FARMER, ALDISS, DEL REY, POHL, SILVERBERG, ELLISON, DEFORD, BLOCH

VISIONES PELIGROSAS I

Harlan Ellison

SUPER FICCIÓN

Prólogo de Isaac Asimov



La mas famosa antología de ciencia ficción publicada en Estados Unidos. Su aparición en lengua inglesa provocó una auténtica revolución, tanto por su originalidad (ha sido la primera antología de relatos inéditos) como por la circunstancia de que el antólogo dio absoluta libertad a los autores en cuanto a temática y expresión literaria.



Harlan Ellison

Visiones Peligrosas I

ePUB v1.0
Cko 11.07.12

Título original: *Dangerous Visions 1*
Harlan Ellison, 1967.
Traducción: D. Santos y F. Blanco
Diseño/retoque portada: Salinas Blanch

Editor original: Cko (v1.0)
ePub base v2.0

Los hombres aprenden de los otros hombres lo que saben de sí mismos, del mundo en el cual deben vivir y del mundo en el cual desearían vivir.

Este libro está dedicado con amor, respeto y admiración a LEO y DIANE DILLON, que concienzudamente, por pura amistad, mostraron al recopilador que lo negro es negro, lo blanco es blanco, y que el bien puede provenir de ambos; pero nunca del gris.

Y a su hijo, LIONEL III, con una silenciosa plegaria para que su mundo no se parezca a nuestro mundo.

El recopilador desea expresar su gratitud a y su reconocimiento por la ayuda de las siguientes personas, sin cuya contribución de tiempo, dinero, sugerencias y empatía puede que este libro no hubiera sido posible, pero seguramente hubiera enviado mucho más pronto al recopilador a un asilo de ancianos agotados:

Sr. Kingsley Amis Sr. Terry Carr y sra. Sr. Joseph Eider Sr. Robert P. Mills Sr. Robert Silverberg Sr. Norman Spinrad Sita. Sherri Townsend Sr. Ted White y sra.

Si el recopilador ha olvidado a alguien que merezca ser anotado aquí, ofrezco mis disculpas por anticipado, alegando agotamiento temporal, pero debo dar las gracias muy especialmente por los servicios prestados mucho más allá de lo imaginable a los señores Larry Niven y Lawrence P. Ashmead, y al señor Leo Dillon y señora…, sin cuya resistencia este libro, literalmente, nunca se hubiera convertido en una realidad. Dios les bendiga a todos.

Hollywood

HARLAN ELLISON

Primer prólogo: La Segunda Revolución

Hoy —en el mismo día en que escribo esto— he recibido una llamada telefónica del New York Times. Publican un artículo que les envié por correo hace tres días. Tema: la colonización de la Luna.

¡Y me dan las gracias por ello!

¡Por la Luna!… ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Hace treinta años, cuando empecé a escribir ciencia ficción (yo era muy joven por aquel entonces), la colonización de la Luna era estrictamente un tema para las revistas pulp con llamativas portadas. Era literatura de no-me-digas-que-me-crea-todas-esas-tonterías. Sobre todo ¡era literatura escapista!

A veces pienso en eso con una especie de incredulidad. La ciencia ficción era literatura escapista. Nosotros éramos escapistas. Nos alejábamos de problemas prácticos tales como el béisbol infantil, los deberes en casa y las peleas con los compañeros, para entrar en el increíble mundo de la explosión demográfica, de las naves cohete, de la exploración lunar, de las bombas atómicas, de las radiaciones tóxicas y de la atmósfera polucionada.

¿No era algo grande? ¿No era admirable la forma en que nosotros, los jóvenes escapistas, recibíamos nuestra justa recompensa? Nos preocupábamos de todos los problemas grandes e insolubles de hoy en día unos veinte años antes de que lo hicieran todos los demás. ¿Cómo podía considerarse eso escapismo?

Pero hoy uno puede colonizar la Luna dentro de las serias páginas grises del New York Times; y no como un argumento de ciencia ficción, en absoluto, sino como un sobrio análisis de una situación completamente real.

Eso representa un cambio importante, y con una relación inmediata con el libro que tienen ustedes ahora en sus manos. ¡Déjenme explicarles!

Me convertí en un escritor de ciencia ficción en 1938, justo en el momento en que John W. Campbell, Jr., estaba revolucionando el campo con la simple exigencia de que los escritores de ciencia ficción se mantuvieran firmes en la línea divisoria que separa la ciencia de la literatura.

La ciencia ficción pre-Campbell caía demasiado a menudo en una de las dos clases. O era completamente no-ciencia, o era todo-ciencia. Las historias de no-ciencia eran historias de aventuras en las cuales los lugares comunes de la jerga del oeste eran borrados y sustituidos por lugares comunes equivalentes de la jerga espacial. El escritor podía ignorar por completo el conocimiento científico, puesto que todo lo que necesitaba era un vocabulario de jerga técnica del que podía echar mano indiscriminadamente.

Por otra parte, las historias todo-ciencia se hallaban pobladas exclusivamente por caricaturas de científicos. Algunos era científicos locos, otros eran científicos distraídos, otros, científicos nobles. Lo único que tenían en común era su inclinación a exponer sus teorías. Los locos las chillaban, los distraídos las murmuraban, los nobles las declamaban, pero todos disertaban de una forma insufriblemente interminable. La historia era una delgada capa de cemento que unía entre sí los largos monólogos, en un intento de proporcionar la ilusión de que esos largos monólogos tenían alguna razón de existir.

Por supuesto, había excepciones. Déjenme mencionar, por ejemplo, Una odisea marciana de Stanley G. Weinbaum (el cual, trágicamente, murió de cáncer a la edad de treinta y seis años). Apareció en el ejemplar de julio de 1934 de la revista Wonder Stories, y era una historia perfectamente campbelliana escrita cuatro años antes de que Campbell introdujera su revolución.

La contribución de Campbell consistió en su insistencia en que la excepción se convirtiera en la regla. Tenía que haber auténtica ciencia y auténtica historia, sin que ninguna de las dos dominara a la otra. No siempre consiguió lo que deseaba, pero sí lo obtuvo lo bastante a menudo como para iniciar lo que los veteranos consideran como la Edad de Oro de la ciencia ficción.

Naturalmente, cada generación tiene su propia Edad de Oro…, pero ocurre que la Edad de Oro campbelliana fue la mía, y cuando yo digo «Edad de Oro» me refiero precisamente a ésa. Gracias a Dios, conseguí meterme en el campo justo a tiempo para hacer que mis historias contribuyeran a su manera (y fue de una estupenda manera, y al diablo con la falsa modestia) a esa Edad de Oro.

Sin embargo, todas las edades de oro llevan consigo las semillas de su propia destrucción, y cuando ésta se ha producido uno puede mirar hacia atrás y localizar infaliblemente esas semillas. (¡Maravillosa, maravillosa retrospectiva! Qué agradable resulta profetizar lo que ya ha ocurrido. ¡Uno nunca se equivoca!)

En este caso las exigencias de Campbell para conseguir auténtica ciencia y auténticas historias invitaban a una doble némesis, una para la auténtica ciencia y otra para las auténticas historias.

Por lo que respecta a la auténtica ciencia, las historias empezaron a parecer más y más plausibles y, por supuesto, eran más y más plausibles. Buscando el realismo, los autores describían computadoras, cohetes y armas nucleares que eran muy parecidos a lo que las computadoras, los cohetes y las armas nucleares serían en cuestión de una simple década. Como consecuencia, la auténtica vida de los años cincuenta y sesenta es muy parecida a la ciencia ficción campbelliana de los años cuarenta.

Sí, el escritor de ciencia ficción de los años cuarenta fue mucho más lejos que cualquier cosa que poseamos hoy en la vida real. Nosotros los escritores no apuntamos simplemente a la Luna o enviamos cohetes no tripulados hacia Marte; nos lanzamos por toda la galaxia en vehículos más rápidos que la luz. Sin embargo, todas nuestras aventuras en el remoto espacio estaban basadas en las líneas de pensamiento que impregnan hoy en día a la NASA.

Y debido a que la vida real de hoy se parece tanto a la fantasía de anteayer, los fans veteranos están desasosegados. Muy dentro de sí mismos, lo admitan o no, notan un sentimiento de decepción e incluso de irritación ante la idea de que el mundo exterior ha invadido su dominio privado. Sienten la pérdida de un «sentido de la maravilla», porque lo que en una ocasión estuvo confinado únicamente a lo «maravilloso» se ha vuelto hoy algo prosaico y mundano.

Además, las esperanzas de que la ciencia ficción campbelliana ascendiera rápidamente en una soberbia y progresiva espiral de lectores y respetabilidad no se han visto colmadas. De hecho, se hizo más bien evidente un efecto imprevisto. La nueva generación de lectores potenciales de ciencia ficción descubrió toda la ciencia ficción que necesitaba en los periódicos y en las revistas generales, y muchos de ellos dejaron de sentir la irresistible necesidad de acudir a las revistas especializadas de ciencia ficción.

Ocurrió, sin embargo, que tras un breve llamear en la primera mitad de los

años cincuenta, cuando todos los dorados sueños parecieron convertirse en realidad para el escritor y el editor de ciencia ficción, hubo una recesión, y las revistas no son más prósperas hoy de lo que eran en los años cuarenta. Ni siquiera el lanzamiento del Sputnik frenó esa recesión; antes al contrario, la aceleró.

Ya es suficiente para la némesis relativa a la auténtica ciencia. ¿Y las auténticas historias?

Mientras la ciencia ficción era el crujiente medio de expresión que fue en los años veinte y treinta, no se exigía un buen estilo literario. Los escritores de ciencia ficción de la época tenían recursos sólidos en los que podían confiar; y seguirían escribiendo ciencia ficción durante toda su vida, puesto que cualquier otra cosa requería una técnica mejor, y eso estaba más allá de ellos. (Me apresuro a decir que había excepciones, y el nombre de Murray Leinster acude a mi mente como uno de ellos.)

Los autores reunidos en torno a Campbell, sin embargo, tenían que saber escribir razonablemente bien, o Campbell los echaba. Bajo el incentivo de su propia ansia empezaron a escribir mejor cada vez. Finalmente, y de modo inevitable, descubrieron que se habían vuelto lo bastante buenos como para ganar más dinero en otro lugar, y su producción de ciencia ficción declinó.

Naturalmente, los dos hados de la Edad de Oro trabajaron en una cierta medida dándose la mano. Un número considerable de los autores de la Edad de Oro siguieron la esencia de la ciencia ficción en su camino de la ficción al hecho. Hombres tales como Poul Anderson, Arthur C. Clarke, Lester del Rey y Clifford D. Simak empezaron a escribir obras científicas.

Realmente, ellos no cambiaron; fue el medio el que cambió. Los temas que en una ocasión habían tratado como ficción (cohetes, viajes espaciales, vida en otros mundos, etc.) derivaban de la ficción al hecho, y los autores eran arrastrados en ese derivar. Naturalmente, cada página de no ciencia ficción escrita por esos autores significaba una página menos de ciencia ficción.

Para que ningún lector avispado empiece en este punto a murmurar comentarios sarcásticos para sí mismo, me apresuraré a admitir, inmediatamente y de una forma muy abierta, que de todo el equipo campbelliano quizá yo sea quien efectuó de un modo más extremo ese cambio. Desde que fuera lanzado el Sputnik I, y la actitud de América hacia la ciencia se viera (al menos

temporalmente) revolucionada, he publicado —hasta este momento— cincuenta y ocho libros, de los cuales tan sólo nueve pueden ser clasificados como ficción.

Sinceramente, me siento avergonzado y lleno de culpabilidad porque, no importa donde vaya ni lo que haga, siempre me consideraré antes que nada un escritor de ciencia ficción. Sin embargo, si el New York Times me pide que colonice la Luna, y el Harper's me pide que explore el borde del Universo, ¿cómo puedo negarme? Esos temas son la esencia de toda mi obra.

Y en mi propia defensa déjenme decirles que no he abandonado tampoco enteramente la ciencia ficción en su sentido más estricto. El número de marzo de 1967 de la revista Worlds of If (que se halla a la venta en el momento en que escribo esto) contiene una novela corta mía titulada Billiard Ball (Bola de billar).

Pero dejemos de hablar de mí, y volvamos a la ciencia ficción…

¿Cuál fue la respuesta de la ciencia ficción a este doble hado? Naturalmente, el género tenía que ajustarse, y eso hizo. El material estrictamente campbelliano podía seguir escribiéndose, pero ya no podía seguir siendo la espina dorsal del género. La realidad estaba demasiado cerca.

De nuevo hubo una revolución cienciaficcionística a principios de los años sesenta, señalada quizá más claramente que en ningún otro sitio en la revista Galaxy, bajo la batuta de su director, Frederik Pohl. La ciencia retrocedió, para dejar paso a la moderna técnica de ficción.

Se acentuó mucho más el estilo. Cuando Campbell inició su revolución, los nuevos escritores que llegaron al género traían consigo el aura de la universidad, de la ciencia y la ingeniería, de reglas de cálculo y de tubos de ensayo. Ahora los nuevos autores que entran en el campo llevan la marca del poeta y el artista, y en cierto modo traen consigo el aura de Greenwich Village y la Rive Gauche.

Naturalmente, ningún cataclismo evolutivo puede producirse sin algunas amplias extinciones. Los trastornos que terminaron con la Era Cretácea barrieron a los dinosaurios, y el cambio del cine mudo al cine sonoro eliminó a una horda de gesticulantes embaucadores.

Lo mismo ocurrió con las revoluciones de la ciencia ficción.

Lean la lista de autores de cualquier revista de ciencia ficción de principios de los años treinta y luego lean la lista de una revista de ciencia ficción de principios de los cuarenta.

Hay un cambio casi total, puesto que se ha producido una gran extinción, y

pocos de ellos han podido efectuar con éxito la transición. (Entre los pocos que lo lograron estaban Edmond Hamilton y Jack Williamson.)

Entre los años cuarenta y los cincuenta hubo poco cambio. El período campbelliano aún seguía su curso, y esto muestra que el lapso de los diez años no es en sí mismo necesariamente crucial.

Pero comparen ahora a los autores de una revista de los primeros años cincuenta con una revista de hoy. Ha habido otro cambio total. De nuevo, algunos han sobrevivido, pero ha aparecido toda una gran corriente de brillantes autores jóvenes de la nueva escuela.

Esta Segunda Revolución no es tan clara y obvia como lo fue la Primera Revolución. Una cosa presente en la actualidad que no estaba presente entonces son las antologías de ciencia ficción, y la presencia de esas antologías empaña la transición.

Cada año ve la publicación de un considerable número de antologías, y siempre extraen sus historias del pasado. En las antologías de los años sesenta hay siempre una fuerte representación de las historias de los años cuarenta y cincuenta, de tal modo que en esas antologías la Segunda Revolución aún no ha tenido lugar.

Ésa es la razón de la antología que tienen ahora ustedes en sus manos. No está formada por historias del pasado. Consiste en historias escritas ahora, bajo la influencia de la Segunda Revolución. Precisamente la intención de Harlan Ellison al hacer esta antología fue presentar el género tal como es en la actualidad, más que tal como era.

Si miran ustedes el índice descubrirán un cierto número de autores que eran importantes en el período campbelliano: Lester del Rey, Poul Anderson, Theodore Sturgeon, etc. Son escritores que tienen el suficiente talento y son lo bastante imaginativos como para sobrevivir a la Segunda Revolución. También encontrarán, sin embargo, autores que son producto de los años sesenta y que sólo conocen la nueva era. Incluyen a Larry Niven, Norman Spinrad, Roger Zelazny, etcétera.

Es vano suponer que esos nuevos autores recibirán una aprobación universal. Aquellos que recuerdan a los viejos y que descubren que sus recuerdos están inextricablemente entremezclados con su propia juventud, añorarán el pasado, por supuesto.

No les ocultaré el hecho de que yo añoro el pasado. (He recibido plena libertad para escribir lo que desee, y mi intención es ser franco.) Fue la Primera Revolución la que me produjo, y es la Primera Revolución la que está dentro de mi corazón.

Por eso, cuando Harlan me pidió que le escribiera una historia para esta antología, me eché atrás. Tenía la sensación de que cualquier historia que yo escribiera iba a dar una nota falsa. Sería demasiado solemne, demasiado respetable y, por decirlo claramente, demasiado conservadora. Así que en vez de ello acepté escribir en su lugar una introducción; una solemne, respetable y completamente conservadora introducción.

E invito a todos aquellos de entre ustedes que no sean conservadores y que tengan la sensación de que la Segunda Revolución es su revolución a enfrentarse a los ejemplos de la nueva ciencia ficción tal como es producida por los nuevos (y algunos de los viejos) maestros. Hallarán ustedes aquí el género en su estado más audaz y experimental; ¡espero que se sientan adecuadamente estimulados y afectados por él!

ISAAC ASIMOV

Segundo prólogo: Harlan y yo

Este libro es Harlan Ellison. Está moldeado por Ellison e impregnado de Ellison. Admito que otros treinta y dos autores (incluido yo mismo en cierto sentido) han contribuido a él, pero la introducción de Harlan y sus treinta y dos prefacios rodean las historias, impregnándolas con el fuerte aroma de su personalidad.

Así que resulta completamente lógico que yo cuente la historia de cómo conocí a Harlan.

La escena es una convención mundial de ciencia ficción, hace poco más de una década. Acababa de llegar al hotel, y me dirigí inmediatamente al bar. Yo no bebo, pero sabía que en el bar estaría todo el mundo. Por supuesto, estaban todos allí, de modo que lancé mi saludo y todo el mundo me lanzó su respuesta.

Entre ellos había un joven al que nunca antes había visto: un tipo bajito de rasgos pronunciados y con los ojos más vivaces que jamás haya visto. Esos ojos vivaces estaban en aquel momento clavados en mí, con algo que sólo puedo describir como adoración.

—¿Es usted Isaac Asimov? —me dijo. En su voz había reverencia, maravilla y estupefacción. Me sentí más bien halagado, pero luché por mantener una compostura modesta.

—Sí, lo soy —dije.

—¿No bromea? ¿Es realmente Isaac Asimov?

Aún no se han inventado las palabras que puedan describir el ardor y la reverencia con que su lengua acarició las sílabas de mi nombre.

Tuve la sensación de que lo menos que podía hacer era poner mi mano sobre su cabeza y darle mi bendición, pero me controlé.

—Sí, lo soy —le dije, y para entonces mi sonrisa era ya una cosa fatua y nauseabunda—. Lo soy, de veras.

—Bueno, creo que es usted… —empezó, siempre con el mismo tono de voz, y por una fracción de segundo hizo una pausa, mientras yo escuchaba y la audiencia contenía el aliento. En esa fracción de segundo el rostro del joven cambió a una expresión de absoluto desprecio, y terminó su frase con suprema indiferencia— ¡una nulidad!

El efecto que me causó fue como el caerme de un risco que no hubiera notado que estaba allí y aterrizar de espaldas. Lo único que pude hacer fue parpadear estúpidamente, mientras todos los presentes estallaban en carcajadas.

El joven era Harlan Ellison, ya lo habrán adivinado; como he dicho, yo no le conocía, de ahí que ignorase su total irreverencia. Pero todos los demás allí le conocían, y habían aguardado a ver cómo yo, víctima inocente, era arteramente apuñalado… Y se salieron con la suya.

Cuando conseguí recuperar algo parecido al equilibrio, ya era demasiado tarde para una posible respuesta. Sólo pude encajar el golpe del mejor modo posible, cojeando y sangrando, y lamentándome de haber sido golpeado cuando no estaba mirando y de que ninguno de los presentes en la estancia hubiera tenido el detalle de advertirme, renunciando así al deleite de verme sucumbir.

Afortunadamente, creo en el perdón, y me hice el propósito de perdonar a Harlan por completo…, tan pronto como le hubiera cobrado la cuenta, con intereses.

Deben comprender ustedes que Harlan es un gigante entre los hombres por su valor, belicosidad, locuacidad, espíritu, encanto, inteligencia…; de hecho, por todo menos por su estatura.

En realidad no es demasiado alto. Para no exagerar, es más bien bajito; un poco más incluso que Napoleón. Y mientras me recuperaba penosamente del desastre, el instinto me dijo que ese joven, que no me había sido presentado como Harlan Ellison, el bien conocido fan, era un poco sensible a ese tema. Tomé nota mental de ello.

Al día siguiente, en la convención, yo estaba en el estrado, presentando a los notables y dirigiendo unas palabras de tierno afecto a cada uno de ellos a medida que lo hacía. Sin embargo, durante todo el tiempo mantenía mi vista fija en Harlan, que estaba sentado frente a mí, en primera fila (¿dónde si no?).

Tan pronto como su atención se distrajo un momento, grité repentinamente su nombre. Se puso en pie, sorprendido y desconcertado, y yo me incliné hacia delante y le dije, tan dulcemente como pude:

—Harlan, súbase sobre el compañero que tiene a su lado, para que los demás puedan verle.

Y mientras la concurrencia (mucho más numerosa esta vez) reía perversamente, perdoné a Harlan, y desde entonces hemos sido muy buenos amigos.

ISAAC ASIMOV

Introducción: Treinta y dos augures

Esto que tienen ustedes en sus manos es más que un libro. Si tenemos suerte, será una revolución.

Este libro, la mayor antología de ficción especulativa jamás publicada de historias por completo originales, y probablemente una de las mayores en cualquier sentido, ha sido confeccionado según conceptos específicos de revolución. Su finalidad es sacudir un poco las cosas. Ha sido concebido como una necesidad de nuevos horizontes, nuevas formas, nuevos estilos, nuevos desafíos en la literatura de nuestro tiempo. Si ha sido confeccionado adecuadamente, proporcionará esos nuevos horizontes, estilos, formas y desafíos. Si no, al menos seguirá siendo un buen libro lleno de historias entretenidas.

Existe una camarilla de críticos, analistas y lectores que pretenden que el «mero entretenimiento» no es suficiente, que una historia debe tener también vigor y sustancia, un profundo mensaje filosófico o superabundancia de superciencia. Si bien sus afirmaciones poseen un cierto mérito, lo cierto es que demasiado a menudo se han convertido en la razón de ser de la ficción, su preocupación pontificadora de decir cosas. Aunque ya no podemos sugerir que los cuentos de hadas son el nivel más elevado que puede alcanzar la ficción moderna ni que la teoría debe dominar a la intriga, sí podemos vernos obligados a optar por lo primero en vez de por lo segundo, si nos hallamos encadenados con la amenaza de astillas de bambú metidas bajo nuestras uñas.

Por fortuna, este libro parece dirigirse directamente hacia el área de en medio. Cada historia es casi obstinadamente entretenida.

Pero todas están llenas también de ideas. No simplemente ideas como las que

han leído un centenar de veces antes en los pulps, sino ideas frescas y atrevidas; a su manera, visiones peligrosas.

¿Porque toda esta cháchara acerca de entretenimiento versus ideas, en una introducción bastante larga a un libro aún mucho más largo? ¿Por qué no dejar que las historias hablen por sí mismas? Porque… aunque anadee como un pato, grazne como un pato, parezca un pato y se reúna con los demás patos, no tiene por qué ser necesariamente un pato. Ésta es una colección de patos que se convertirán en cisnes ante sus propios ojos. Son historias tan puramente entretenidas que parece inconcebible que el ímpetu con que fueron escritas fuera una llamada a las ideas. Pero ése era precisamente el caso, y mientras contemplan maravillados cómo esos patos del entretenimiento se transforman en cisnes de ideas, se hallarán enfrentados a un conjunto de historias que les demostrarán lo que es la new thing, o nouvelle vague si lo prefieren, de la literatura especulativa.

Y aquí, queridos lectores, es donde reside la revolución.

Hay algunos que dicen que la ficción especulativa empezó con Luciano de Sarnosata y Esopo. Sprague de Camp, en su excelente Science Fiction Handbook (Guía de la ciencia ficción, Hermitage House, 1953), cita los nombres de Luciano, Virgilio, Homero, Heliodoro, Apuleyo, Aristófanes y Tucídides, y llama a Platón «el segundo griego padre de la ciencia ficción». Groff Conklin, en The Best of Science Fiction (Lo mejor de la ciencia ficción, Crown, 1946), sugiere que los orígenes históricos pueden ser trazados sin ninguna dificultad a partir del Gulliver del decano Swift, de The Great War Syndicate (El sindicato de la gran guerra) de Frank R. Stockton, de The Moon Hoax (El fraude de la Luna) de Richard Adams Locke, del Looking Backward (Mirando hacia atrás) de Edward Bellamy, así como de Verne, Arthur Conan Doyle, H. G. Wells y Edgar Allan Poe. En la antología clásica Adventures in Time and Space (Aventuras en el tiempo y el espacio, Random House, 1946), Healy y McComas optan por el gran astrónomo Johannes Kepler. Por mi parte yo me inclino a apoyar la idea de que las bases de toda la gran ficción especulativa se hallan en la Biblia. (Hagamos una pausa de un microsegundo para rogarle a Dios que no descargue sobre mí uno de sus rayos.)

Pero antes de que sea acusado de intentar robarles notoriedad a los historiadores establecidos de la ficción especulativa, déjenme asegurarles que les

he ofrecido esta relación de raíces únicamente para indicar que me he aprendido todas mis lecciones y que por lo tanto estoy cualificado para efectuar las impertinentes observaciones que siguen.

En realidad, la ficción especulativa en los tiempos modernos nació con Walt Disney y su clásico film de dibujos animados Streamboat Willie, en 1928. No hay duda de que así fue. ¿Qué sentido tiene si no un ratón que puede manejar un bote de recreo a pedales?

Después de todo, es un punto de partida tan razonable como partir de Luciano, porque si empezamos a bucear en el viejo quid de las cosas, descubriremos que el inicio de la ficción especulativa se halla en el primer Cromagnon que imaginó lo que había resollado en las tinieblas más allá de su pequeño fuego. Si lo imaginó con nueve cabezas, ojos facetados de abeja, mandíbulas exhalando fuego, y llevando zapatillas de gimnasia y una chaqueta raída, estaba creando la ficción especulativa. Si lo vio como un puma, entonces probablemente estaba al corriente, y no cuenta. Además, era cobarde.

Nadie puede negar razonablemente que las Amazing Stories de Gernsback en 1926 fueron el más obvio antepasado de lo que hoy, en este volumen, llamamos «ficción especulativa». Y si aceptamos esto, entonces debemos rendir tributo a Edgar Rice Burroughs, E. E. Smith, H. P. Lovecraft, Ed Earl Repp, Ralph Milne Farley, el capitán S. P. Meek, del ejército de los Estados Unidos (retirado)…; a toda esa multitud. Y por supuesto a John W. Campbell, Jr., que dirigía una revista que publicaba ciencia ficción, llamada Astounding, y que ahora dirige una revista que publica un montón de dibujos esquemáticos llamada Analog. El señor Campbell es generalmente considerado como el «cuarto padre de la moderna ficción especulativa» o algo así, porque fue él quien sugirió a los escritores que pusieran personajes dentro de sus máquinas. Lo cual nos lleva a ustedes y a mí a los años cuarenta, con las gadget stories.

Pero eso no nos dice mucho acerca de los años sesenta.

Después de Campbell, vinieron Horace Gold, Tony Boucher y Mick McComas, que fueron pioneros de la concepción radical de que la ciencia ficción debía ser juzgada por los mismos altos estándares que todas las demás formas literarias. Eso fue como un fuerte puñetazo en la barriga para la mayoría de los pobres diablos que habían estado escribiendo y vendiendo sus cuentos dentro del género. Significaba que tenían que aprender a escribir bien, no

simplemente a pensar un poco.

Con este escenario entramos ahora chapoteando hasta las rodillas en las horribles historias de los Agitados Años Sesenta. Que aún no han empezado a agitarse realmente. Pero la revolución está al alcance de la mano. Vengan conmigo.

Durante veintitantos años el fiel fan de la ficción especulativa había permanecido golpeándose el pecho y gimiendo que el mainstream literario no reconocía las obras literarias realmente imaginativas. Se lamentaba del hecho de que libros como 1984, Un mundo feliz, Limbo y La hora final hubieran recibido aclamaciones de la crítica pero no hubieran sido etiquetados como «ciencia ficción». De hecho, argüía, fueron automáticamente excluidos de acuerdo con la simplista teoría de que «eran buenos libros; no podían ser considerados junto con esa basura de la ciencia ficción». Se aferraba al más pequeño esfuerzo marginal, no importa lo desconsolador que fuera (por ejemplo, The Lomokome Papers, de Wouk, el Anthem de Ayn Rand, el Loto blanco de Hersey, El planeta de los simios de Boulle), sólo para tranquilizarse a sí mismo y reforzar su argumentación de que el mainstream estaba robándole obras al género, y que había mucho que compartir con el ouvrage de longue haleine que era la ciencia ficción.

Ese fan fiel está hoy pasado de moda. Se halla veinte años más atrás de su tiempo. Aún se le puede oír murmurando de forma paranoica en el trasfondo, pero actualmente es más un fósil que una fuerza. La ficción especulativa ha sido descubierta, y está siendo usada por el mainstream, y se halla en proceso de ser asimilada. La naranja mecánica de Burgess, Dios le bendiga, Sr. Rosewater y La cuña del gato de Vonnegut, El comprador de niños de Hersey, Sólo los enamorados quedaron con vida de Wallis y Ustedes deberían conocerlos de Vercors (por citar tan sólo algunos títulos recientes) son novelas especulativas de gran altura, las cuales utilizan muchas de las herramientas puestas a punto por los escritores de ciencia ficción en su propio remolino a contracorriente del género. Ningún ejemplar de revista de gran circulación deja de dar su reconocimiento a la ficción especulativa, ya sea por haber anticipado algún detalle de curiosidad científica que hoy se ha vuelto muy común, o simplemente alabando algunos de los nombres más importantes del género por medio de la inclusión de su obra junto a la de John Cheever, John Updike, Bernard Malamud,

Saúl Bellow.

Hemos llegado; es la ineludible conclusión.

Y pese a ello ese fan impenitente, y toda la miríada de escritores, críticos y editores que han desarrollado una visión túnel a lo largo de años y más años de sentirse encerrados en un gueto, persisten en sus lamentos antediluvianos, rechazando ese reconocimiento por el que suspiran y sollozan. Es lo que Charles Fort llamó «la época de la máquina de vapor». Cuando llegue el momento en que la máquina de vapor deba ser inventada, alguien lo hará, aunque no sea James Watt.

Ésta es «la época de la máquina de vapor» para los escritores de ficción especulativa. El milenio está al alcance de la mano. Nosotros somos lo que está ocurriendo.

Y la mayoría de esos aficionados de la fantasía ficción ante su muro de las lamentaciones odian esto enormemente. Porque de repente incluso el conductor del autobús, el dentista, el vagabundo de la playa y el chico de los recados del colmado están leyendo sus historias; y lo que es peor, esos tipos recién llegados puede que no muestren la deferencia debida hacia los Grandes Viejos Maestros del género, puede que no piensen que las historias del Skylark sean brillantes, maduras y fascinantes; puede que no les guste sentirse confundidos por una terminología que ha sido aceptada por la ciencia ficción desde hace treinta años; puede que deseen comprender lo que está ocurriendo; puede que no se adapten al viejo orden. Puede que prefieran Star Trek y Kubrick a Barsoom y Ray Cummings. Y así, son también los destinatarios de las sonrisas burlonas del fan, una mueca de los labios que se parece mucho al desmoronarse de una vieja edición pulp de Famous Fantastic Mysteríes.

Pero aún más odiosa es la entrada en escena de escritores que no aceptan las antiguas reglas. Esos chicos sabelotodo que escriben «todas esas cosas literarias», que toman las aceptadas y venerables ideas de la arena especulativa y se las pasan por las narices. Esos tipos son unos blasfemos. Dios los golpeará de lleno con sus rayos.

Y sin embargo, la ficción especulativa (¿observan cómo evito astutamente utilizar el erróneo apelativo de «ciencia ficción»?) es el campo más fértil para el desarrollo del talento de un escritor sin lazos ni fronteras, con horizontes que nunca parecen estar demasiado cerca. Y todos esos tipos sabelotodo no dejan de

surgir, sacando con frenesí a la vieja guardia de sus casillas. ¡Señor!, cómo han caído los que estaban más alto; porque la mayoría de los «grandes nombres» del género, que dominaban las portadas y los precios más altos de las revistas durante más años de los que merecían, ya no pueden seguir con ello, ya no producen. O se han trasladado a otros campos, dejando éste a los nuevos y más brillantes, y a aquellos que eran nuevos y brillantes ya con anterioridad pero que habían pasado desapercibidos porque no eran «grandes nombres».

No obstante, pese al nuevo interés en la ficción especulativa que muestra el mainstream, pese a los más amplios y variados estilos de los nuevos escritores, pese a la enormidad y expansión de los temas que se abren a esos escritores, pese a lo que parece a primera vista un mercado sano y en expansión…, hay una constrictora estrechez mental por parte de muchos editores y directores de revistas del género. Porque muchos de esos editores y directores de revistas fueron en su tiempo simples fans, y retienen ese prejuicio especializado hacia la ciencia ficción de su juventud. Escritor tras escritor descubren que están precensurando su obra incluso antes de escribirla porque saben que su editor no les permitirá que discutan de política en sus páginas, y que ese otro huirá aterrado ante historias que exploren el sexo en el futuro, y el de más allá, que es tan poco importante que tiene su oficina en el semisótano, no pagará más que en alubias y arroz, así que para qué preocuparse en calentarse la cabeza y quemar tantas células grises sobre una idea atrevida cuando ese piojoso sólo aceptará la vieja mierda del tío-loco-en-su-máquina-del-tiempo.

A eso se le llama un tabú. Y no hay ni un solo editor del género que no esté dispuesto a jurar, bajo la amenaza de la tortura del agua, que él no lo ha hecho, que no ha rociado incluso toda su oficina con insecticidas para evitar que uno de esos tabúes anide en los archivadores como un lepisma. Lo han dicho en las convenciones, lo han afirmado en letra de imprenta, pero hay más de una docena de escritores sólo en este libro que, por poco que se les pida, relatarán historias de horror y censura que incluyen a todos los editores del género, incluso aquel que es tan poco importante que tiene su oficina en el semisótano.

Oh, sí, se producen desafíos en el campo, y auténticas controversias, y se publican obras lúcidas; pero hay tantas y tantas otras que quedan en los cajones…

Y nadie le ha dicho al escritor especulativo: «Elimina todas las barreras, no

te dejes frenar por nada, ¡di lo que tengas que decir!», al menos hasta que este libro empezó a elaborarse.

No miren ahora, pero se encuentran en la línea de fuego de la gran revolución.

En 1961 este recopilador…

…Esperen un segundo. Acabo de recordar algo que hubiera debido decir. Quizás hayan observado una falta de solemnidad y reserva por parte del responsable…, yo. No es debido tanto a la exuberancia de la juventud —aunque hay legiones que jurarían que tengo catorce años desde que pasé los diecisiete— como a la reluctancia por parte del yo de aceptar la dura realidad de que el yo que es todo escritor ha renunciado a una pequeña parte de su Gestalt de autor para convertirse en un recopilador. Me parece enormemente extraño que, de todas las grandes cabezas pensantes del género, de todos los hombres que son mucho más eminentes y están mucho mejor dotados que yo para erigir un libro tan importante como me gusta pensar que es éste, la tarea haya recaído sobre mí. Pero luego, pensando en ello, parece inevitable; una tarea como ésta no puede hacerse con talento, sino con la sensación de urgencia y la obstinada determinación que yo experimento. Si hubiera sabido al empezar que me tomaría más de dos años reunir este libro, y todos los dolores de cabeza y gastos que me reportaría…, lo habría hecho de todos modos.

Así que, a cambio de todas las maravillas que hallarán aquí, tendrán que sufrir la intrusión del recopilador, que es un escritor como todos los demás reunidos en estas páginas, y que se siente encantado de ser capaz de jugar a Dios aunque sólo sea por una vez.

Bien, ¿dónde estaba?

Ah, sí. En 1961 este recopilador fue contratado para preparar una colección de libros de bolsillo para una editorial pequeña en Evanston, Illinois. Entre los proyectos que deseaba realizar en aquella colección estaba una antología de historia de ficción especulativa, de escritores importantes, todas inéditas, y de naturaleza más bien controvertida. Contraté a un renombrado recopilador, que hizo lo que muchos llamarían un buen trabajo. Yo no opino así. Las historias me parecieron o tontas o insípidas o torpes o aburridas. Algunas de ellas han sido publicadas más tarde en otros lugares, incluso unas pocas han sido consideradas entre «lo mejor de…». De Leiber, Bretnor y Heinlein, por recordar sólo tres.

Pero el libro no me excitó de la forma en que deseaba que lo hiciera una recopilación de ese tipo. Cuando abandoné la firma, otro director intentó lo mismo con un segundo recopilador. No fueron mucho más lejos. El proyecto murió antes de nacer. No tengo la menor idea de lo que les ocurrió a esas historias que ambos recopiladores reunieron.

En 1965 estaba charlando con Norman Spinrad en mi modesto nido de pájaro en Los Ángeles, afectadamente llamado «Ellison Wonderland» (El país de las maravillas de Ellison) en honor al libro del mismo título. Estábamos sentados hablando de esto y aquello, cuando Norman empezó a quejarse de los recopiladores, por una u otra razón que ahora escapa a mi memoria. Dijo que pensaba que yo debía sostener algunas de las revolucionarias ideas que había estado esparciendo un poco por todas partes acerca de la «nueva cosa» en la ficción especulativa con una antología basada en ellas.

Sonreí estúpidamente. Yo nunca había elaborado una antología, ¿qué demonios sabía yo de eso? (Una actitud que muchos críticos de este libro adoptarán una vez lo hayan terminado. Pero continuemos…)

Poco antes de eso le había vendido a Robert Silverberg un relato corto para una próxima antología que él estaba preparando. Yo me había quejado de algún detalle sin importancia que ahora no recuerdo, y había recibido una respuesta, parte de la cual reproduzco a continuación, con el inimitable estilo del propio Silverberg:

Día 2 de octubre de 1965. Querido Harlan: Te alegrará saber que en el transcurso de un largo y agotador sueño, esta última noche, te he visto ganar dos Hugos en la Worldcon del año pasado. Tú también parecías estar muy satisfecho de ello. No estoy seguro de en qué categorías ganaste, pero una de ellas era probablemente Quejas Infundadas. Permíteme una breve y paternal conferencia en respuesta a tu carta de autorización para la antología (que estoy seguro va a hacer sobresaltarse a las dulces damas de Duell, Sloan amp; Pearce)…

En cuyo punto se lanzaba a una mordaz denuncia de mis actitudes hacia aceptar una cantidad insignificante por la reproducción en una antología de una historia de segunda clase que él hubiera debido tener el buen sentido de empezar por no incluir. Luego seguían varios párrafos de naderías destinadas (sin éxito, debo añadir) a ablandarme un poco; párrafos muy divertidos, ciertamente, pero que tienen escasa importancia aquí y ahora, por lo que quienes deseen

conocerlos deberán acudir a los archivos de la Universidad de Syracuse algún día en el futuro. Pero volvamos a lo que nos interesa, que es lo que venía a continuación:

¿Por qué no haces tú mismo una antología? HARLAN ELLISON ESCOGE LOS MEJORES CLÁSICOS EXCÉNTRICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN, o algo así…

Firmaba la carta «Ivar Jorgensen». Pero ésa es otra historia.

Spinrad me aguijoneó. Hazla, hazla, mein kind. Así que me lancé al teléfono e hice una llamada a largadistancia (así, en una sola palabra, como me enseñó mi abuela yiddish, que palidecía cada vez que la sugerías). Para llamar a Lawrence Ashmead, de Doubleday. Él nunca había hablado conmigo antes. Si hubiera sabido qué nuevos horrores, ¡qué nuevos horrores!, le aguardaban por causa de su habitual educación, habría arrojado el ofensivo aparato por la ventana del piso dieciocho del edificio estilo Ministerio de la Verdad de Park Avenue donde están las oficinas de Doubleday en Manhattan.

Pero escuchó. Tejí mágicos hilos de oro de arácnea ilusión. Una gran antología, todo historias inéditas, controvertidas, demasiado fuertes para que sean adquiridas por las revistas, escritores de primera línea, escritores importantes procedentes del mainstream, acción, aventura, pathos, un lanzamiento de miles y miles, la gallina de los huevos de oro.

Picó. Picó inmediatamente. El orador de lengua de plata había atacado de nuevo. Oh, se sentía seducido por la idea. El 18 de octubre recibí la siguiente carta:

Querido Harlan: la opinión general de los directores editoriales que han estudiado su proyecto de VISIONES PELIGROSAS es que necesitamos algo más definido sobre lo que empezar a trabajar… A menos que pueda indicarnos usted exactamente qué hay disponible en historias inéditas y pueda proporcionarme un índice bastante definitivo, no veo muchas posibilidades de conseguir que este proyecto sea aprobado por nuestro Comité de Publicaciones. Las antologías están a diez centavos la docena estos días, y a menos que sean algo especial, no justifican un anticipo importante. De hecho, mi política es limitar las antologías (a menos que sean «algo especial») a los autores que contribuyen regularmente al fondo de Doubleday con novelas. De modo que, si puede asegurarnos usted la mayor parte del contenido de VISIONES

PELIGROSAS con algunos contratos ya firmes… Sé muy bien que esto le coloca más o menos en la situación del Hombre de Caramelo que no puede correr hasta estar caliente y que no puede calentarse a menos que corra, pero…

Y ahora un dato de información histórica. Tradicionalmente, las antologías se han compuesto siempre a base de historias publicadas ya en forma seriada o en revistas. Pueden ser adquiridas para una edición en tapas duras de la antología por una fracción de su coste original. El beneficio para el escritor aparece con las ventas subsiguientes: reediciones de bolsillo, venta de derechos a otras lenguas, etc. Y puesto que ya había cobrado originalmente una vez por su obra, todo lo demás es regalo. Así, un anticipo de mil quinientos dólares a cuenta de derechos pagados a un recopilador significa que éste puede quedarse, como es costumbre, la mitad para sí y repartir los setecientos cincuenta dólares restantes entre once o doce autores, consiguiendo así un libro bastante voluminoso. Este libro, sin embargo, había sido concebido como una recopilación de relatos inéditos, lo cual significaba que las historias deberían ser escritas específicamente para el libro (o, en algunos pocos casos, ser una de esas historias escritas hace ya tiempo y rechazadas por los mercados tradicionales debido a los tabúes, de uno u otro tipo; esa última posibilidad era, obviamente, mucho menos atractiva, puesto que por lo general, a menos que la historia sea demasiado «caliente», siempre puede ser vendida a alguien; si nadie la había comprado, había muchas posibilidades de que fuera mala y no demasiado polémica; muy pronto iba a descubrir que mi razonamiento era correcto; las historias de naturaleza polémica son compradas a menudo por los editores no porque choquen y sorprendan, sino porque son escritas por autores con «nombre» que pueden permitirse ese lujo; los autores menos conocidos tienen muchos más problemas en venderlas; y a menos que desarrollen más tarde un nombre más prominente, y rebusquen algún día esas historias «calientes» en sus cajones, éstas nunca llegan a ver la luz).

Pero para que un escritor aceptara colaborar con una historia a este libro, mi precio debía ser competitivo con el que le ofrecerían las revistas. Eso significaba que el anticipo estándar de mil quinientos dólares no era suficiente. No si se trataba de llevar adelante un proyecto grande, amplio y representativo.

Los tres centavos extra por palabra de publicación en revista cobran mucha importancia para los independientes que se ganan la vida estrictamente con las revistas.

Así que necesitaba al menos tres mil dólares, el doble del anticipo. Ashmead, que no tiene permiso de Nelson Doubleday para rebasar ese tope de mil quinientos dólares, tenía que dirigirse al Comité de Publicaciones, y no creía que se mostraran muy entusiasmados en este estadio de la jugada. Dudaban incluso de entregar los primeros mil quinientos dólares.

De modo que el orador con-garganta-de-cadmio tomó de nuevo el teléfono.

—¡Hey, Larry, mi gatito querido!

Lo que surgió finalmente de allí fue el mayor lío de cifras desde el escándalo del Teapot Dome. Ashmead me enviaría los primeros mil quinientos dólares de anticipo, con los cuales podría adquirir tan sólo la mitad del material propuesto inicialmente. Luego le enviaría las historias a él y le diría que necesitaba otros mil quinientos dólares para completar el proyecto, y si las cosas funcionaban tal como anticipábamos, habría pocas dificultades en persuadir al Comité de que aceptara el resto.

Hoy, diecinueve meses más tarde, VISIONES PELIGROSAS ha costado a Doubleday tres mil dólares, a mí dos mil setecientos dólares sacados de mi bolsillo (y no de mis derechos de recopilador) y al autor Larry Niven setecientos cincuenta dólares, que puso voluntariamente en el proyecto a fin de que pudiera realizarse. Además, cuatro de los autores aún no han sido pagados. Sus historias llegaron tarde, cuando el libro estaba ostensiblemente cerrado; pero habiendo oído acerca del proyecto, y sintiéndose entusiasmados con él, deseaban ser incluidos, y habían aceptado ser pagados más tarde, con sumas sacadas de la parte de Ellison en los beneficios y no de los royalties de los autores.

Esta introducción ya está terminando. Gracias a las estrellas. Mucho de los increíbles incidentes que ocurrieron en el transcurso de su nacimiento deberán quedarse sin ser contados aquí. La historia de Thomas Pynchon. La anécdota de Heinlein. El asunto de Laumer. El incidente de las tres historias de Brunner. El vuelo de último minuto a Nueva York para asegurarse las ilustraciones de Dillon. El epílogo de Kingsley Amis. ¡La pobreza, la enfermedad, el odio!

Sólo una pocas palabras más sobre la naturaleza de esta obra. En primer lugar, pretendía ser un cuadro de los nuevos estilos de literatura, osados lanzamientos, pensamientos poco populares. Creo que, con sólo una o dos excepciones, cada una de las historias incluidas encaja con esa intención. No esperen nada, permanezcan completamente abiertos a lo que los autores están

intentando hacer, y deléitense con ello.

Hay muchos autores familiares a los lectores de ficción especulativa cuyas obras no están incluidas aquí. Ésta no pretende ser una antología exhaustiva. Por la propia naturaleza de lo que escriben, muchos autores fueron excluidos porque ya habían dicho años atrás lo que tenían que decir. Otros no han podido aportar nada polémico o atrevido en su contribución. Algunos expresaron falta de interés hacia el proyecto. Pero, con una sola excepción, este libro no estuvo nunca cerrado a ningún escritor debido a prejuicios editoriales. Así, encontrarán ustedes nuevos jóvenes escritores como Samuel Delany al lado de artesanos reconocidos como Damon Knight. Descubrirán visitantes de otros campos tales como el televisivo Howard Rodman junto a veteranos de las guerras de la ciencia ficción como la encantadora (y en este caso estremecedora) Miriam Allen deFord. Encontrarán escritores tradicionales como Philip Joseph Farmer. Sólo buscábamos lo nuevo y lo diferente, pero en algunos casos la historia era tan…, tan historia (del mismo modo que una silla puede ser muy muy silla) que se obligaba a sí misma a ser incluida.

Y finalmente, fue para mí un privilegio hacer este libro. Tras el asalto de este discurso ampuloso, puede que el lector considere esto como un gesto de engañosa humildad. Todo lo que puedo ofrecer aquí es la afirmación del recopilador de que la palabra «privilegio» es demasiado poco expresiva. Haber vivido el crecimiento de este volumen vivo y apasionante era como mirar a través del agujero de la cerradura no sólo el futuro, sino también el futuro del género de la literatura especulativa.

Gracias a este observar, mientras esos treinta y dos augures contaban sus relatos del mañana, este recopilador era capaz de llegar a la conclusión de que las maravillas y riquezas que veía en la forma cuando empezaba a aprender por primera vez su arte estaban reunidas realmente aquí. Si tienen ustedes alguna duda, recurran a las propias historias. Ninguna de ellas ha sido publicada en ningún lugar antes, y durante el año próximo al menos, ninguna de ellas aparecerá en ninguna otra parte, así que han hecho ustedes una compra juiciosa; y han recompensado a los hombres que han tenido esas visiones peligrosas.

Gracias por su atención.

Hollywood

El canto del crepúsculo

Lester del Rey

He elegido a Lester del Rey para iniciar la distinguida parada de autores en esta antología por varias razones. En primer lugar, porque… No, déjenme decir la segunda razón primero, porque la primera razón es estrictamente personal. La segunda razón, porque el huésped de honor de la 25a Convención Mundial Anual de Ciencia Ficción, que se celebra en la ciudad de Nueva York en el momento en que este libro es publicado, es Lester del Rey. El honor que confiere la Convención a Lester, y el mucho más pequeño honor de iniciar este libro, son sólo bagatelas al lado de la gloria que le corresponde, y que constituye una deuda que tenemos con él desde hace mucho tiempo. Lester es uno de los pocos «gigantes» del género cuyo reputación no descansa tan sólo en una o dos brillantes historias escritas hace veinticinco años, sino en una masiva obra que crece constantemente en versatilidad y originalidad con cada nueva adición. Pocos hombres del género pueden ser considerados con una influencia tan grande como Del Rey. Por ello, los honores resultan pequeños en comparación.

Pero la primera razón es puramente personal. Lester fue responsable de que yo me convirtiera en un escritor profesional, en muchas formas (un acto que le valió innecesarias difamaciones; les aseguro que no hubo ninguna gentileza implicada en ello; Lester jamás hubiera podido imaginar cómo irían luego las cosas). Cuando llegué a Nueva York en 1955, recién expulsado de la Universidad Estatal de Ohio, él y su encantadora esposa Evvie me recibieron en

su casa en Red Bank, Nueva Jersey, y bajo el sádico látigo de la aparentemente incansable tutela de Lester (una especie de muerte educacional a-causa-de-mil-terribles-cuchilladas que Lester me aseguró iban a madurar mi talento, reforzar mi carácter y tonificar mi tez), empecé a comprender los rudimentos de mi oficio. Porque incluso ahora, tras más de diez años de reflexión, tengo la impresión de que de todos los escritores en este campo sólo unos pocos —y Lester es el más prominente de esos pocos— pueden explicar cómo escribir bien. Es la viva y burlona refutación del dicho de que aquellos que no pueden hacer algo lo enseñan. Su talento como director de colección, antologista, crítico y maestro surge directamente de su musculatura de escritor.

Se ha dicho malévolamente de Lester que, una vez enterrado, discutirá con los gusanos acerca de la posesión de su cadáver. Cualquiera que alguna vez se haya visto alineado frente a Del Rey en una discusión asentirá comprensivamente. Y digo bien, alineado, porque Lester es el más justo de los hombres: nunca desplegará toda su eficiencia en una discusión a menos que las ventajas estén igualadas; aproximadamente siete a uno en su contra. Nunca le he visto perder en una discusión. No importa cuál sea el tema del contrario, no importa si uno es la única autoridad mundial sobre el tema, Del Rey extraerá un arsenal de hechos y teorías tan inagotables y formidable que uno tendrá la derrota asegurada. He visto a hombres fuertes desmoronarse ante Del Rey. Por chillones y desgañitadores que sean, los pone literalmente en cueros y los envía a sollozar a los servicios. Se establece a una altura aproximada de un metro sesenta y cinco, tiene un delicado «pelo de bebé» que le cuesta peinar, lleva gafas ligeramente más gruesas que el fondo de una botella, y está animado por alguna fuerza sobrenatural que los fabricantes de marcapasos deberían tener en cuenta para sus aparatos.

Lester del Rey nació en una granja arrendada en Minnesota, en 1915. Ha pasado la mayor parte de su vida en ciudades del Este, aunque algunos de sus más íntimos amigos le oyen murmurar ocasionalmente acerca de su padre, que era un devoto evolucionista allá en su lejanía. Ha actuado como agente, maestro de escritores y consejero de intrigas, y es circunspecto acerca de la (sin duda) interminable lista de extraños trabajos que realizó antes de dedicarse a escribir profesionalmente, hace treinta años. Lester es uno de los pocos escritores que pueden hablar incesantemente y no permitir que eso bloquee su capacidad de

escribir las historias que cuenta. Ha hablado casi sin cesar durante los últimos treinta años en seminarios, conferencias, congresos, reuniones de escritores, programas de televisión, y más de dos mil horas en el show de Long John Nebel en Manhattan, donde interpretaba asiduamente el papel de la Voz de la Razón. Su primera historia fue The Faithful (El creyente), que vendió a Astounding Science Fiction en 1937. Sus libros son demasiado numerosos para catalogarlos, sobre todo a causa de que ha utilizado diez mil seudónimos, y muy astutamente ha publicado lo más flojo de su obra bajo nombres supuestos.

Singularmente, esta primera historia del libro fue la última recibida. Entre los primeros diez escritores con los que contacté para este proyecto estaba Lester, quien se apresuró a asegurarme que me mandaría una historia en las siguientes semanas. Un año más tarde, casi día por día, me encontré con él en la Convención de Ciencia Ficción de Cleveland y le acusé de haberme engañado. Me aseguró que había enviado su historia hacía meses, que no había sabido nada de ella y que por eso había supuesto que no me interesaba. ¡Eso viniendo de un profesional cuya actitud con respecto a sus historias — como me había aconsejado hacía una década— era mantener los manuscritos en movimiento hasta que eran adquiridos! Escribir para el cajón es masturbación, dice Del Rey.

Tras mi regreso a Los Ángeles procedente de la Convención, llegó La canción del crepúsculo, con una pálida nota de Del Rey diciendo que me lo enviaba únicamente para probarme que había estado escrita durante todo el tiempo. Incluía también un epílogo, tal como yo le había pedido. Uno de los estímulos que pretendía incluir en esta antología era unos cuantos comentarios post-ficción de los propios autores, relativos a sus impresiones con respecto a la historia, o sus puntos de vista acerca de por qué era una visión «peligrosa», o qué era lo que sentían acerca de la literatura especulativa, o su audiencia, o su lugar en el Universo… En otras palabras, cualquier cosa que creyeran que podían desear decir, para establecer esa rara comunión escritor-lector. Encontrarán ustedes uno de estos epílogos tras cada historia, pero el comentario de Lester respecto al suyo parece a propósito para ser citado al principio, ya que de hecho refleja la actitud de muchos de los autores incluidos aquí acerca del acto mismo de escribir dicho epílogo. Me decía:

El epílogo no es ni muy brillante ni muy divertido, me temo. Pero creo que he sabido expresar bien lo que deseaba decir en la historia. Así que simplemente

les he dado a los autoproclamados críticos unas pocas palabras para que las busquen en el diccionario y las mastiquen estudiosamente. He tenido la impresión de que como mínimo debía decirles que existe una forma literaria llamada alegoría, aunque ellos sean incapaces de diferenciarla de la simple fantasía. Siempre he pensado que una historia debía sostenerse por sí misma, y que el escritor que hay tras ella no tiene la menor relación con sus méritos. (Y afortunadamente tenía una copia que enviarte de esta historia que ya te había enviado, lo hice, lo hice, lo hice, lohicelohicelohice…)

* * *

Cuando alcanzó la superficie del pequeño planeta, incluso las heces de su poder se habían agotado. Ahora descansaba, extrayendo reluctantemente y con lentitud un poco de fuerza del amarillo sol que brillaba en los verdes prados a su alrededor. Sus sentidos estaban debilitados por un cansancio definitivo, pero el miedo que había aprendido de los Usurpadores lo empujaba en busca de algún nuevo atisbo de refugio.

Se dio cuenta de que era un mundo pacífico, y ese descubrimiento avivó su miedo. En sus días jóvenes había apreciado una multitud de mundos donde el juego del flujo y el reflujo de la vida podía ser jugado hasta el fondo. Era entonces un universo lleno de vitalidad por donde vagabundear. Pero los Usurpadores no soportaban los rivales en su propia ilimitada avidez. La paz y el orden que reinaban en aquel lugar significaban que aquel mundo les había pertenecido.

Los buscó vacilante mientras un leve soplo de energía fluía dentro de él. No había ninguno allí en aquel momento. Hubiera podido captar inmediatamente la presión de su cercana presencia, y no había el menor rastro de ello. Las lisas y herbosas extensiones se abrían ante él en interminables praderas y campos hasta las distantes colinas. Había estructuras de mármol en la lejanía, de blancura resplandeciente al sol del atardecer, pero estaban vacías; su desconocida finalidad había sido alterada hasta convertirse en un simple decorado sobre aquel planeta ahora abandonado. Su atención regresó; cruzó un riachuelo hasta el otro

lado del amplio valle.

Allí descubrió el jardín. Rodeado por un muro bajo, sus kilómetros y kilómetros de extensión estaban llenos de bosques dispuestos aparentemente como una reserva. Pudo sentir la agitación de vida animal de apreciable tamaño entre las ramas y a lo largo de los senderos sinuosos. Faltaba el alborotado vigor de toda auténtica vida, pero su abundancia podía ser suficiente para enmascarar su propio vestigio de fuerza vital en caso de búsqueda profunda.

Al menos era un refugio mejor que esta pradera descubierta; deseaba dirigirse hacia allí, pero el peligro de traicionarse con su movimiento lo mantuvo inmóvil donde estaba. Había pensado que su anterior escapatoria estaba asegurada, mas estaba aprendiendo que incluso él podía equivocarse. Aguardó mientras buscaba una vez más indicios de una trampa de los Usurpadores.

Había aprendido la paciencia en la prisión que los Usurpadores habían diseñado para él en el centro de la galaxia. Había reunido furtivamente sus energías mientras preparaba su evasión en torno a la repugnancia de los otros en tomar la decisión final. Luego se había proyectado fuera en una trayectoria que hubiera debido llevarle hasta mucho más allá de los límites de su dominio en el universo. Y había descubierto su fracaso antes incluso de haber podido recorrer la distancia hasta el extremo de aquel brazo en espiral de una fortaleza galáctica.

Sus redes de detección estaban por todas partes, al parecer. Sus grandes líneas de captación de energía formaban una red demasiado fina para ser cruzada. Las estrellas y los mundos estaban unidos entre sí, y sólo una serie de milagros le habían permitido llegar hasta tan lejos. Y ahora su pérdida de energía hacía que la prosecución de tales milagros estuviera fuera de su alcance. Desde que casi habían fracasado en atraparle y secuestrarle, habían aprendido demasiado.

Ahora buscaba delicadamente, temeroso de activar alguna alarma, pero más temeroso aún de no detectar su existencia. Desde el espacio, aquel mundo había ofrecido la única esperanza en su aparente inmunidad a sus redes. Sin embargo, entonces sólo había dispuesto de microsegundos para comprobarlo.

Finalmente, hizo regresar a sus percepciones. No podía captar la menor evidencia de sus cebos y sus detectores allí. Había empezado a sospechar que ni siquiera sus mayores esfuerzos iban a ser suficientes ahora, pero no podía hacer más. Lentamente al principio, y luego en una repentina acometida, se proyectó

hacia el laberinto del parque.

Nada procedente de los cielos le golpeó. Nada surgió del centro del planeta para detenerle. No hubo ninguna interrupción en el susurro de las hojas y el canto de los pájaros. Los sonidos animales continuaron. Nada pareció consciente de su presencia en el jardín. En un tiempo eso hubiera sido impensable en sí mismo, pero ahora extrajo de ello algo de alivio. En aquel momento no debía ser más que una sombra, ilocalizado e ilocalizable a su paso.

Algo avanzó sendero abajo hacia donde descansaba, haciendo resonar ligeramente sus cascos, que apenas rozaban la alfombra de hojas muertas. Alguna otra cosa saltó rápidamente por entre la maleza del borde del camino.

Dejó que su atención se fijara en ellas cuando ambas salieron al sendero juntas. Y un frío horror lo rodeó.

Una era un conejo, que en aquel momento mordisqueaba las hojas de trébol que allí había mientras agitaba sus largas orejas y avanzaba su rosado hocico. El otro era un joven venado, llevando aún las manchas de cervatillo. Cualquiera de ellos hubiera podido ser hallado en cualquiera de miles de mundos. Pero ninguno habría sido exactamente del tipo que tenía ante él.

Aquel era el Mundo del Encuentro…, el planeta donde había descubierto por primera vez a los antepasados de los Usurpadores. ¡De todos los mundos en la apestada galaxia, había tenido que ir a buscar aquél como refugio!

En los lejanos días en que él poseía toda su gloria eran meros salvajes, confinados en aquel único mundo, procreando y siguiendo su camino hacia la legítima autodestrucción de todos los salvajes como ellos. Y sin embargo había algo extraño en ellos, algo que entonces llamó su atención y despertó incluso una vaga piedad.

Debido a esa piedad, había tomado a unos pocos de ellos y los había conducido hacia la elevación. Hasta había alimentado poéticos sueños de hacer de ellos sus compañeros y sus iguales, puesto que las expectativas de vida de su sol estaban tocando a su fin. Había respondido a sus gritos de socorro y les había proporcionado al menos algo de lo que necesitaban para dar sus primeros pasos hacia la dominación del espacio y la energía. Y le habían recompensado con un orgullo arrogante que negaba incluso el menor rastro de gratitud. Finalmente, los había abandonado a su propio salvaje fin y se había marchado a otros mundos, para realizar proyectos más amplios y ambiciosos.

Aquélla había sido su segunda locura. Habían avanzado ya demasiado en su camino hacia el descubrimiento de las leyes que controlan el universo. De un modo u otro, incluso evitaron su propia autodestrucción. Tomaron los mundos de su sol y los lanzaron hacia delante, hasta que pudieron competir con él por los mundos que él había hecho suyos. Ahora los poseían todos, y él no tenía más que aquel minúsculo lugar allí en el mundo de ellos…, por un cierto tiempo al menos.

El horror de constatar que aquél era el Mundo del Encuentro menguó un poco al recordar con qué facilidad sus crecientes hordas poseían y abandonaban mundos sin ninguna razón aparente. Y de nuevo sus comprobaciones le demostraron que no había ninguna evidencia de ellos allí. Empezó a relajarse de nuevo, sintiendo una súbita esperanza en lo que había sido temporalmente desesperación. Con toda seguridad, ellos también pensarían que aquél era el único planeta donde él jamás iría a buscar refugio.

Apartó a un lado sus temores y empezó a dirigir sus pensamientos hacia el único camino que podía ofrecerle esperanzas. Necesitaba energía, y la energía era algo disponible en cualquier lugar no tocado por las redes de los Usurpadores. Había sido drenada al espacio durante eones, una dilapidación de energía que podía hacer estallar soles o crearlos en legiones. Era energía para escapar, quizás incluso para prepararse finalmente a enfrentarse con ellos con ciertas posibilidades de obligarles a una tregua, si no de conseguir una victoria. Si podía conseguir unas pocas horas sin ser detectado, podría atraer y retener aquella energía para sus necesidades.

¡Empezaba a tenderse para alcanzarla cuando el cielo retumbó y el sol pareció oscurecerse por un momento!

El miedo que anidaba en él asomó a la superficie y lo envió a ocultarse lejos de la visión del cielo antes de poder controlarlo. Pero por un breve momento hubo aún un rastro de esperanza en él. Podía tratarse de un fenómeno causado por su propia necesidad de energía; quizás había empezado a atraer la energía demasiado intensamente, demasiado ávido de fuerza.

Luego el suelo se agitó, y entonces supo.

No había engañado a los Usurpadores. Sabían que estaba allí…; nunca lo habían perdido. Y le habían seguido con toda su enorme falta de sutileza. Una de sus naves exploradoras había aterrizado, y el explorador vendría a buscarlo.

Luchó por controlarse, y lo consiguió lo suficiente como para hacer que su miedo penetrara en lo más profundo de él. Luego, con un cuidado que no agitó ni una brizna de hierba ni una hoja sobre una ramita, empezó a retroceder, buscando las densas espesuras del centro del jardín, allí donde la vida era más intensa. Con aquello para protegerle, podría al menos absorber un débil hililllo de energía, la fuerza suficiente para rodearse de una sutil aura animal que le permitiera ocultarse entre las bestias. Algunos exploradores de los Usurpadores eran jóvenes e inmaduros. Si era uno de ellos podría engañarlo y tal vez se fuera. Luego, antes de que su informe llegara a los demás, podría tener una oportunidad…

Supo que aquel pensamiento no era más que un deseo, no un plan, pero se aferró a él mientras se cobijaba entre la espesura en el centro del jardín. Y entonces incluso ese deseo le fue arrebatado.

El sonido de pasos era firme y seguro. Se oía el crujir de ramas rompiéndose mientras los pasos se acercaban, sin la menor desviación de la línea recta. Inexorablemente, cada firme zancada llevaba al Usurpador más cerca del lugar donde se había ocultado. Ahora había un débil resplandor en el aire, y los animales escapaban en todas direcciones llenos de terror.

Sintió los ojos del Usurpador sobre él, y se obligó a apartarse de aquel conocimiento. Y como el miedo, descubrió que había aprendido la plegaria de los Usurpadores; rezó desesperadamente a la nada que conocía, y no hubo respuesta.

—¡Sal! Este suelo es un lugar sagrado y tú no puedes permanecer en él. Hemos emitido nuestro juicio y se ha preparado un lugar para ti. ¡Sal y déjame llevarte hasta allí!

La voz era suave, pero tenía una fuerza que congeló incluso el susurrar de las hojas.

Dejó que la mirada del Usurpador lo alcanzara finalmente, y la plegaria en él era muda y dirigida hacia fuera…; y sin esperanzas, como sabía que debía ser.

—Pero… —Las palabras eran inútiles, mas la amargura en su interior obligó a las palabras a brotar fuera de él—. Pero ¿por qué? ¡Yo Soy Dios!

Por un momento, algo parecido a la tristeza y a la piedad asomó a los ojos del Usurpador. Luego desapareció, mientras llegaba la respuesta.

—Lo sé. Pero yo soy el Hombre. ¡Ven!

Finalmente asintió, en silencio, y le siguió despacio, mientras el amarillo sol se ocultaba tras los muros del jardín.

Y aquéllos fueron el crepúsculo y la mañana del octavo día.

* * *

Un escritor que piense seriamente en su oficio se hallará sin duda más y más comprometido cada vez con los antiguos problemas de la filosofía, el bien y el mal, la causalidad…, puesto que todo ello se halla profundamente enterrado dentro de cada argumento y personaje. Como escritor de ciencia ficción, que intenta vislumbrar los esquemas del futuro, yo también me siento inevitablemente preocupado por la cuestión de la teleología: ¿existen algún propósito e intención para el universo y para el hombre? Puede que no tenga ninguna importancia. Si es así, ¿debemos seguir adelante ciegamente? Si el azar ciego es la ley, ¿no podemos configurar nuestra propia finalidad, adaptada a nuestras últimas posibilidades? Personalmente, tomo mi Invictus seco, con sólo un chorrito de bitter. Pero me lo tomo muy en serio. Y puesto que es así, *El canto del crepúsculo* no es ficción, sino alegoría.

Moscas

Robert Silverberg

Robert Silverberg es uno de mis más viejos amigos. Es un excelente escritor. Además, es el perfecto profesional, cosa que desgraciadamente es interpretada por los estúpidos como significando que es una fábrica de historias. Están equivocados, pero eso queda al margen. Volveremos en un momento a Silverberg el Escritor.

Silverberg el Tipo es así: procede de Brooklyn, y no le gustan los aplausos. Dirigió un fanzine llamado Spaceship, que era extremadamente literario. Se graduó en la Universidad de Columbia. Está casado con Bobbie, una encantadora investigadora médica, y viven en una suntuosa mansión que perteneció en su tiempo a Fiorello La Guardia. Tiene algo así como entre cincuenta y sesenta libros publicados en tapas duras, sobre temas que van de la zoología a la arqueología, y de vuelta a lo primero. Su primera historia de ciencia ficción publicada lo fue en 1953; se llamaba Gorgon Planet (El planeta Gorgona), y apareció en la revista escocesa de ciencia ficción Nebula. Ganó un Hugo en 1956 como el Nuevo Autor Más Prometedor del Año, venciendo (además de a todos los otros) al autor de esta introducción.

Como muchos escritores en el campo de la ficción especulativa, el autor de esta introducción envidia la habilidad de Silverberg para «hacer el trabajo». La ilusión según la cual el genio y la locura son dos caras opuestas de la misma rara medalla es algo que suscriben la mayoría de escritores como rendición. Eso les

permite ser erráticos, golpear a sus esposas, pedir café recién hecho a las seis de la madrugada, entregar tarde los originales, faltar a sus obligaciones, haraganear leyendo novelas baratas con el pretexto de que son «investigación», recoger los trastos y largarse cuando las cosas empiezan a estar demasiado reglamentadas, gruñir y replicar a los fans, ser tendenciosos o despectivos. Todos podemos holgazanear de ese modo siempre y cuando consigamos hacer creer al Hombre Medio que eso es necesario para el proceso creativo. Silverberg no opera bajo este principio. Trabaja con un esquema regular. Practica su oficio cinco días a la semana, seis horas al día. Su vida es escribir, y no hacerlo sería dejar de funcionar.

Contrariamente a los escritores que encuentran intrincadas y brillantes formas de sumergirse en depresiones, bloqueos, tensiones, complicaciones y situaciones comprometidas, los ordenados hábitos de trabajo de Silverberg hacen que uno pueda confiar en él. Así, ha producido una gran cantidad de trabajo de sustancial mérito, mucho más impresionante aún cuando uno considera la cantidad de novelas y relatos memorables y obras de no ficción que había publicado ya antes de cumplir los treinta años. Ahora, apenas rebasada la treintena, Bob Silverberg escribe libros como Man Before Adam (El hombre antes de Adán), Lost Cities and Vanished Civilizations (Ciudades perdidas y civilizaciones desvanecidas), Home of the Red Man: Indian North America Before Columbus (La tierra del piel roja: La Norteamérica india antes de Colón), Needle in a Timestack (Aguja en un alvéolo de tiempo), The Time-Hoppers (Los saltatiempos) y el maravilloso libro sobre los fósiles vivientes, Forgotten by Time (Olvidados por el tiempo). Sus intereses y su autoridad han superado desde hace tiempo los limites de la ficción, como lo demuestra una lista al azar de tan sólo unos pocos de sus libros.

Sin embargo, Silverberg es un producto del género de ciencia ficción. Es uno de los últimos fans-convertidos-en-profesionales, y aunque la mayor parte de sus ingresos proceden hoy de otro tipo de escritos, regresa con agradable regularidad a la ficción especulativa, a fin de establecer su reputación, reforzar sus raíces, disfrutar con esa clase de historias que sólo él puede escribir de esta forma. Entre todas ellas, la última está representada aquí. Quizá sea a causa de mi amistad de más de diez años con Bob y a mi conocimiento de gran parte de todo lo que ha escrito, pero aseguro que *Moscas* es una de las historias más penetrantes y

originalmente escritas que él haya intentado nunca. Y su intento es un éxito completo.

* * *

Aquí yace Cassiday, clavado en una mesa.

No quedaba mucho de él: el receptáculo del cerebro, unos cuantos nervios sueltos, un miembro. La repentina implosión se había cuidado del resto. Sin embargo, quedaba lo suficiente. Las doradas no necesitaban más para actuar. Le habían encontrado entre los restos de la nave destrozada cuando ésta pasara ante su zona, más allá de Iapetus. Estaba vivo. Podían repararlo. Los otros que quedaban en la nave eran casos perdidos.

¿Repararlo? Claro. ¿Acaso uno ha de ser humano para mostrarse humanitario? Repararlo, no faltaba más Y cambiarlo. Las doradas eran creativas.

Lo que quedaba de Cassiday fue puesto en dique seco sobre una mesa, en una esfera dorada de fuerza. No había cambio de estaciones allí; sólo el brillo de los muros, el calor invariable. Ni día ni noche; ni ayer ni mañana. Las formas iban y venían en torno a él. Le regeneraban paso a paso, mientras yacía en una inmovilidad total, sin ningún pensamiento. El cerebro estaba intacto, pero aún no funcionaba. Poco a poco, el resto del hombre surgía de nuevo: tendones y ligamentos, huesos y sangre, el corazón, los codos… Montículos alargados de tejido daban paso a diminutos botones que crecían en ampollas de carne. Unir las células, reconstruir a un hombre de sus propias ruinas… Nada difícil para las doradas. Tenían habilidad. Pero todavía les quedaba mucho que aprender, y Cassiday podía ayudarlas en eso.

Día a día progresaba la reconstrucción total de Cassiday. No lo despertaban. Yacía envuelto en calor, inmóvil, sin pensar, como llevado por la marea. La carne nueva era rosada y suave como la de un bebé. El endurecimiento epitelial vendría un poco más tarde. El mismo Cassiday servía como modelo. Las doradas lo estaban duplicando, lo construían de nuevo a partir de sus propias cadenas polinucleótidas, decodificaban sus proteínas y las reedificaban a partir de ese patrón. Una tarea fácil para ellas. ¿Por qué no? Una burbuja de protoplasma

podía hacerlo… por sí misma. Las doradas, que no eran protoplasmáticas, podían hacerlo por otros.

Introdujeron algunos cambios en el patrón. Por supuesto. Eran artistas y había mucho que querían aprender.

Mirad a Cassiday:

el dossier.

NACIMIENTO: 1 de agosto de 2316.

LUGAR: Nyak, Nueva York.

PADRES: Varios.

NIVELECONOMICO: Bajo.

NIVEL EDUCACIONAL: Medio.

OCUPACION: Técnico de combustibles.

ESTADO CIVIL: Tres relaciones legales. Duración: ocho meses, dieciséis meses y dos meses.

ALTURA: Dos metros.

PESO: 96 kilos.

COLOR DEL PELO: Rubio.

OJOS: Azules.

SANGRETIPO: A +

NIVEL DE INTELIGENCIA: Elevado.

INCLINACIONES SEXUALES: Normales.

Observadlas ahora, transformándole.

El hombre completo estaba ante ellas, fundido nuevamente, dispuesto para el renacimiento. Faltaban los ajustes definitivos. Tomaron el cerebro gris en su envoltura rosada y lo introdujeron, viajando por los entresijos de la mente, deteniéndose ahora en esta cueva, echando después el ancla en la base de aquel acantilado. Operaban, pero lo hacían limpiamente. No había resecciones mucosas, ni hojas brillantes que cortaran la carne y el hueso, ni un rayo láser en funcionamiento, ni un martilleo torpe en las meninges tiernas. El acero frío no cortaba las sinapsis. Las doradas tenían mayor sutileza. Ellas mismas disponían el circuito que era Cassiday. Aumentaban la fuerza, reducían el ruido.

Y lo hacían suavemente.

Cuando hubieron acabado con él, era mucho más sensible. Sentía ansias

nuevas. Y le habían concedido ciertas habilidades.

Lo despertaron.

—Estás vivo, Cassiday —dijo una voz susurrante—. Tu nave quedó destruida. Tus compañeros murieron. Sólo tú sobreviviste.

—¿Qué hospital es éste?

—No estás en la Tierra. Volverás allí pronto. Levántate, Cassiday. Mueve la mano derecha. La izquierda. Dobla las rodillas. Llena los pulmones. Abre y cierra los ojos varias veces. ¿Cómo te llamas, Cassiday?

—Richard Henry Cassiday.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y uno.

—Mira este reflejo. ¿Qué ves?

—A mí mismo.

—¿Tienes alguna pregunta que hacer?

—¿Qué me habéis hecho?

—Te reparamos. Estabas casi destrozado.

—¿Me cambiasteis en algo?

—Te hicimos más sensible a los sentimientos de tus congéneres.

—¡Ah! —dijo Cassiday.

Seguid a Cassiday mientras viaja, de regreso a la Tierra.

Llegó en un día en el que se había programado la nieve. Una nieve ligera, que se fundía rápidamente. Una cuestión de estética, más que una manifestación auténtica del tiempo. Era magnífico poner de nuevo los pies en el mundo. Las doradas habían dispuesto diestramente su regreso, poniéndole a bordo de su nave destrozada y dándole el impulso suficiente para que se situara al alcance de una nave de salvamento. Los monitores lo habían detectado y recogido. «¿Cómo sobrevivió al desastre sin ninguna herida, astronauta Cassiday?» «Muy sencillo, señor. Estaba fuera de la nave cuando sucedió aquello. Hubo una implosión y todos murieron. Sólo quedé yo para contarlo.»

Lo llevaron a Marte, lo examinaron, lo retuvieron algún tiempo en un área de descontaminación situada en la Luna y por fin lo enviaron de regreso a la Tierra. Llegó con la tormenta de nieve, un hombre alto de paso brioso, con los callos adecuados en los lugares adecuados. Contaba con pocos amigos, ningún pariente, dinero suficiente para vivir una temporada y algunas ex esposas a las

que visitar. Según la ley, tenía derecho a un año de permiso con paga completa por el accidente. Se proponía aprovechar la licencia.

Aún no había empezado a utilizar su nueva sensibilidad. Las doradas lo habían planeado de modo que su capacidad no entrara en funcionamiento hasta que regresara a su mundo. Ahora había llegado, y era el momento de servirse de ella. Las criaturas siempre curiosas que vivían más allá de Iapetus aguardaban pacientemente mientras Cassiday buscaba a las personas que lo habían amado.

Empezó su búsqueda en el Distrito Urbano de Chicago, porque allí se hallaba el puerto espacial, justo en las afueras de Rockford. La avenida deslizante lo llevó rápidamente a la torre de caliza adornada con brillantes incrustaciones de ébano y metal violeta. Allí, en el Teleyector Central de la localidad, Cassiday comprobó la situación actual de sus anteriores esposas. Se mostró paciente, un hombre enorme de rostro apacible, apretando los botones adecuados y aguardando con calma a que los contactos se unieran en algún punto en las profundidades de la Tierra. Cassiday nunca había sido violento. Era tranquilo. Y sabía esperar.

La máquina le dijo que Beryl Fraser Cassiday Mellon vivía en el Distrito Urbano de Boston. La máquina le dijo que Lureen Holstein Cassiday vivía en el Distrito Urbano de Nueva York La máquina le dijo que Mirabel Gunryk Cassiday Milman Reed vivía en el Distrito Urbano de San Francisco.

Esos nombres despertaron recuerdos: el calor de la carne, el aroma de los cabellos, el contacto de las manos, el sonido de una voz. Susurros de pasión. Gritos de desprecio. Jadeos amorosos.

Cassiday, devuelto a la vida, fue a ver a sus ex esposas.

Encontramos a una, sana y salva.

Beryl tenía las pupilas lechosas, los ojos verdosos donde debían de haber sido blancos. Había perdido peso en los últimos diez años y su tez se tensaba como pergamino sobre los huesos. Un rostro devastado, los pómulos presionando bajo la piel, a punto de horadar. Cassiday había estado casado con ella durante ocho meses cuando tenía veinticuatro años. Se habían separado porque ella insistía en presentar la Solicitud de Esterilidad. En realidad él no deseaba hijos, pero se sintió ofendido por la maniobra. Ahora, lo recibió acostada en una cama de espuma tratando de sonreírle sin que se le resquebrajaran los labios.

—Dijeron que habías muerto.

—Escapé. ¿Qué tal te ha ido, Beryl?

—Ya puedes verlo. Me estoy sometiendo a una cura.

—¿Una cura?

—Me aficioné a la trilina. ¿No lo ves? ¿No ves mis ojos, mi cara? Me deshizo. Pero significaba la paz. Como desconectar el alma. Sólo que un año más me habría matado. Ahora estoy en tratamiento. Me libraron de ello el mes pasado. Me están reconstruyendo el sistema a base de prótesis. Estoy rellena de plástico. Pero viva.

—Te volviste a casar? —preguntó Cassiday.

—Me dejó hace tiempo. He pasado sola cinco años. Sola con la trilina. Aunque por fin la he dejado. —Parpadeó penosamente—. Tú pareces relajado, Dick. Siempre fuiste muy tranquilo. Sereno y seguro de ti mismo. Tú nunca te entregarías a la trilina. Cógeme la mano, ¿quieres?

Cogió aquella garra seca. Sintió el calor que se desprendía de ella, la necesidad de amor. Algo semejante a una oleada lo inundó, un latido de anhelo que se filtraba a través de él y ascendía hasta las doradas, que vigilaban allá lejos.

—Una vez me amaste —dijo Beryl. Entonces éramos muy tontos los dos. Ámame de nuevo. Ayúdame a recuperarme. Necesito tu fuerza.

—Claro que te ayudaré —aseguró Cassiday.

Dejó el apartamento y se fue a comprar tres cubos de trilina. Al volver, activó uno de ellos y lo puso en la mano de Beryl. Los ojos verdes y lechosos giraron aterrados.

—¡No! —gimió.

El dolor que surgía de su alma destrozada era exquisito en su intensidad. Cassiday lo aceptó plenamente. Luego, ella apretó el puño y la droga entró en su metabolismo. Y de nuevo la inundó la paz.

Vean a la siguiente, con un amigo.

El anunciador dijo:

—El señor Cassiday está aquí.

—Que entre —contestó Mirabel Gunryk Cassiday Milman Reed.

La puerta se abrió con un resplandor, y Cassiday pasó por ella a un ambiente lujoso, de ónix y mármol. Rayos de palisandro dorado formaban un marco de

madera pulido sobre el que yacía Mirabel. Indudablemente, disfrutaba con la sensación de la madera dura contra su grueso cuerpo. Una cascada de pelo de cristal coloreado le caía hasta los hombros. Había sido esposa de Cassiday durante dieciséis meses en 2346. Entonces era una chica delgada y tímida, pero apenas si la reconocía ahora en aquella mole de carne mimada y satisfecha.

—Te has casado bien —observó.

—A la tercera fue la vencida —asintió Mirabel—. Siéntate. ¿Una copa? ¿Ajusto el ambiente?

—Está bien así. —Seguía en pie—. Siempre deseaste una mansión lujosa, Mirabel. Fuiste la más intelectual de mis esposas, pero ansiabas la comodidad. Supongo que te sentirás cómoda ahora.

—Mucho.

—¿Feliz?

—Disfruto de mi comodidad —respondió Mirabel—. No leo mucho ya, pero me siento cómoda.

Cassiday observó lo que parecía ser una mantita arrugada, algo púrpura, suave y ocioso, que se acurrucaba en su regazo. Tenía varios ojos. Mirabel lo acariciaba con las manos.

—¿De Ganímedes? —preguntó él—. ¿Un animalito doméstico?

—Sí. Mi marido me lo trajo el año pasado. Me es muy querido.

—Todo el mundo los aprecia. Creo que son caros.

—Pero encantadores —dijo Mirabel—. Casi humanos. Muy devotos. Supongo que pensarás que soy tonta, pero se ha convertido en la cosa más importante de mi vida. Más que mi marido incluso. Le quiero, compréndelo. Estoy acostumbrada a que los demás me quieran, pero no hay muchas cosas a las que haya podido amar.

—¿Me dejas que lo vea? —preguntó Cassiday suavemente.

—Con cuidado.

—Desde luego.

Cogió aquella criatura de Ganímedes. Su textura era extraordinaria, lo más suave que había visto en su vida. Algo tembló de aprensión en el interior del cuerpo del animal. Cassiday detectó un temor semejante en Mirabel, mientras él sostenía a su querido animalito. Acarició a la criatura, que latió ahora afectuosamente. Bandas de iridiscencia brillaban al contacto de sus manos. Ella

le preguntó:

—¿Qué haces ahora, Dick? ¿Algún trabajo para la línea espacial?

Ignoró la pregunta.

—Dime aquel verso de Shakespeare, Mirabel. Aquel sobre las moscas y los chicos traviesos.

En la frente pálida se marcaron unas arrugas.

—Es del Rey Lear —dijo—. Espera. Sí. Lo que las moscas son para los chicos traviesos, eso somos nosotros para los dioses. Nos matan para divertirse.

—Eso es —asintió Cassiday.

Sus grandes manos se enroscaron súbitamente en torno a la criatura de Ganímedes. Ésta se tornó de un gris mustio. Fibras sinuosas saltaron en su superficie reventada. Cassiday lo dejó caer al suelo. El grito de horror, dolor y pérdida que estalló en los labios de Mirabel casi lo anonadó, pero aceptó y transmitió aquel sentimiento.

—Moscas y muchachos traviesos —explicó—. Mi diversión, Mirabel. Soy un dios ahora, ¿lo sabías? —Su voz era serena y alegre—. Adiós. Y gracias.

Otra más que espera su visita, henchida de nueva vida.

Lureen Holstein Cassiday, de treinta y un años, pelo oscuro, ojos grandes y embarazada de siete meses, era la única de sus esposas que no había vuelto a casarse. Su habitación, en Nueva York, era pequeña y austera. Había sido una muchacha gordita cuando estuviera casada con Cassiday durante dos meses, hacía cinco años, y estaba mucho más gorda ahora, si bien él ignoraba hasta qué punto aquel aumento de tamaño se debía al embarazo.

—¿Te casarás ahora? —preguntó.

Sonriendo, ella agitó la cabeza.

—Tengo dinero y estimo mucho mi independencia. Jamás me metería en otra relación como la nuestra. Con nadie.

—¿Y el bebé? ¿Lo tendrás?

Asintió con vehemencia.

—¡He luchado mucho para conseguirlo! ¿Crees que fue fácil? ¡Dos años de inseminaciones! ¡Una fortuna en facturas! Con máquinas rodeándome por todas partes, baterías elevadoras de la fertilidad… No se trata de un niño no deseado. Me ha costado mucho lograrlo.

—Interesante —dijo Cassiday—. Visité también a Mirabel y a Beryl. Cada

una de ellas tenía su propio bebé. A su estilo. Mirabel tenía una bestezuela de Ganímedes; Beryl, su dependencia de la trilina, y se sentía muy orgullosa de desembarazarse de ella. Y tú un bebé que has concebido sin ayuda del hombre. Las tres buscabais algo… Resulta interesante.

—¿Te encuentras bien, Dick?

—Muy bien.

—Tu voz suena tan monótona… Y dices unas cosas… Me asustas un poco.

—Sí… ¿Sabes hasta qué punto fui amable con Beryl? Le compré unos cubos de trilina.

Y cogí al animalito de Mirabel y le rompí el… Bueno, no el cuello. Lo hice tranquilamente. Nunca fui un hombre apasionado.

—Creo que te has vuelto loco, Dick.

—Siento tu temor. Crees que voy a hacerle algo a tu bebé. El temor no me interesa, Lureen. En cambio el dolor… Sí, eso vale la pena analizarlo. La desolación. Quiero estudiarla. Quiero ayudarlas a ellas a estudiarlo. Creo que es lo que ellas desean conocer. No huyas de mi, Lureen. No quiero herirte, no así.

Era pequeña, no muy fuerte y estaba torpe por el embarazo. Cassiday la asió suavemente por las muñecas y la atrajo hacia sí. Sentía ya las nuevas emociones que surgían en Lureen, la autocompasión tras el terror. Y aún no le había hecho nada…

¿Cómo se mataba a un feto a dos meses del término?

¿Un golpe brutal en el vientre? No, demasiado grosero, demasiado bestial. Sin embargo, Cassiday no había ido allí armado de abortivos, una píldora de ergotina, un rápido inductor de espasmos. Alzó la rodilla bruscamente, lamentando aquella vulgaridad. Lureen se encogió. La golpeó por segunda vez, esforzándose por hacerlo con toda serenidad, pues sería un error gozarse en la violencia. Un tercer golpe parecía lo indicado. Al fin, la soltó.

Ella permanecía consciente, gimiendo de dolor. Cassiday se hizo receptivo a ese sentimiento. Comprendió que el niño no había muerto aún. Tal vez no muriera. Pero, desde luego, nacería tarado. Adivinaba en Lureen la conciencia de que podía dar a luz a un ser defectuoso. El feto habría de ser destruido. Y ella tendría que empezar otra vez. Todo aquello era muy triste.

—¿Por qué? —murmuró Lureen—. ¿Por qué?

Entre los observadores, la equivalencia a la desilusión.

En cierto modo, las cosas no se habían desarrollado como las doradas suponían. Incluso ellas podían equivocarse por lo visto, conocimiento que les resultó muy grato. Sin embargo, había que hacer algo con respecto a Cassiday.

Le habían dado poderes. Era capaz de detectar y transmitirles las puras emociones de los otros. Lo cual les resultaba muy útil, pues con esos datos tal vez obtuvieran la comprensión de los seres humanos. Pero al concederle el poder de transmitir las emociones de los demás, se habían visto obligadas a bloquear las suyas. Y eso distorsionaba los datos.

Se había vuelto demasiado destructivo, aunque sin el menor goce. Había que corregir eso. Porque Cassiday compartía con demasiada intensidad la naturaleza de las doradas. Ellas podían divertirse con Cassiday, ya que les debía la vida. Pero Cassiday no podía divertirse con los demás.

Se pusieron en contacto con él a través de la línea de comunicación y le dieron sus instrucciones.

—No —dijo Cassiday—. Ya habéis terminado conmigo. No necesito volver ahí.

—Hay que hacer unos ajustes precisos.

—No estoy de acuerdo.

—No será por mucho tiempo.

A pesar de su opinión en contra, Cassiday tomó la nave que se dirigía a Marte, incapaz de desobedecer las órdenes de las doradas. En Marte transbordó a otra nave que hacia la ruta de Saturno y convenció a los tripulantes para que pasaran cerca de Iapetus. Las doradas se apoderaron de él una vez estuvo a su alcance.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó Cassiday.

—Cambiaremos la onda. Ya no serás sensible a las emociones de los demás. Nos informarás de tus propias emociones. Te devolveremos la conciencia, Cassiday.

Protestó, pero fue inútil.

Dentro de la esfera brillante de luz dorada procedieron a sus ajustes. Entraron en él, lo alteraron y dirigieron sus percepciones hacía sí mismo, de modo que sintiera su propia tristeza como un buitre que le desgarrara las entrañas. Eso sería muy informativo. Cassiday protestó hasta que se quedó sin fuerzas para protestar, y cuando recobró la conciencia ya era demasiado tarde.

—No —murmuró. Bajo la luz amarillenta, veía los rostros de Beryl, Mirabel y Lureen—. No debíais haberme hecho esto. Me estáis torturando… como se tortura a una mosca…

No hubo respuesta. Lo enviaron de nuevo a la Tierra. Lo devolvieron a la torre de caliza, a la avenida deslizante, a la casa de placer de la calle 48, a las islas de luz que ardían en el cielo, a los once billones de personas. Lo soltaron entre ellas para que sufriera y les informara de sus sufrimientos. Ya llegaría el momento de liberarlo, pero no todavía.

Aquí yace Cassiday, clavado en su cruz.

* * *

Una de las primeras historias de ciencia ficción que escribí fue un sombrío relato de una Nueva York impulsada al canibalismo. Era lo suficientemente realista como para que nadie quisiera publicarla durante cuatro años, y sólo una inspirada labor de promoción del recopilador de la presente antología ha logrado que al fin vea la luz.

Hoy, doce o trece años más tarde, he pasado de la descripción literal del canibalismo a la presentación simbólica del vampirismo, que supongo indica una sana progresión de la morbosidad. Cada escritor regresa a sus propias obsesiones cuando se le deja la mano libre, y cada situación que inventa, no importa cuán grotesca sea, dice algo acerca de la naturaleza de las relaciones humanas. Sí parece que estoy diciendo que nos debemos los unos a los otros, literal o figuradamente, que nos sorbemos sustancia los unos a los otros, que practicamos el vampirismo y el canibalismo, que así sea. bajo lo grotesco yace su opuesto; bajo el horror del canibalismo subyace la videosentimentalidad «La gente necesita a la gente.» Para devorarla, si no para otra cosa.

No se ofrece ninguna disculpa. Ninguna excusa. Sólo una historia, una ficción, una fantasía sobre tiempos futuros y otros mundos.

Tan sólo eso.

El día siguiente a la llegada de los marcianos

Frederik Pohl

Hay muy pocas cosas que puedan decirse de Frederik Pohl, excepto todo. Es el director de la revista *Galaxy*, fue el hombre que, en 1953, concibió y dirigió la justamente famosa serie de antologías titulada *Star Science Flction Stories*; fue el coautor, con Cyril Kornbluth, de *The Space Merchants* (*Mercaderes del espacio*); fue el antologista que sacó de la oscuridad el relato de Cordwainer Smith *Scanners Live in Vain* (*Los exploradores viven en vano*) publicándolo en su antología de 1952 *Beyond the End of Time* (*Más allá del fin del tiempo*); es el sabueso que rastreó al doctor *Linebarger*, que era Cordwainer Smith, y lo trajo de vuelta al campo de la ficción especulativa; es el rastreador de talentos que dio el tono a todas las obras de ciencia ficción de *Ballantine Books*; es el conferenciante que recorrió todos los Estados Unidos promulgando las últimas novedades científicas y sirviendo incidentalmente como embajador de buena voluntad para el campo de la ficción especulativa; es el director que censuró despiadadamente una de mis más recientes y brillantes historias bajo el pretexto de que expresiones tales como «neceser para lavados vaginales» y «partes íntimas» eran ofensivas. Bueno, nadie es perfecto.

Fred Pohl es un hombre extremadamente alto, de unos cuarenta y cinco años, cuyo tiempo transcurre entre las oficinas de *Galaxy* en la calle Hudson y su casa familiar en Red Bank, Nueva Jersey. En las primeras considera las posibilidades del mundo que nos estamos construyendo, y en la segunda, los programas de

televisión que llevan las semillas de ese mundo. Obviamente, se siente inquieto por lo que ve. Como atestigua la siguiente historia.

Sólo una frase o dos sobre esta historia. Trata de un problema terriblemente complejo, en sus términos más básicos y sustanciales: la reducción de las reacciones irracionales humanas a su más bajo común denominador posible, a fin de que puedan ser vistas como las insensibilidades que en realidad son. Es casi una historia periodística, pero no se dejen engañar por su aparente simplicidad; Pohl apunta a la yugular.

* * *

Había dos camas plegables en cada habitación del motel, además del habitual número de camas, y el señor Mándala, el gerente, había convertido la parte trasera del vestíbulo de entrada en un dormitorio para hombres. Sin embargo, no se sentía satisfecho, y estaba intentando persuadir a sus botones de color para que limpiaran la sala de equipajes y pusieran camas en ella también.

—Por favor, señor Mándala —dijo el capitán de los botones, gritando fuerte por encima del ruido del vestíbulo—, usted sabe que lo haríamos si pudiéramos. Pero no podemos, primero porque no tenemos ningún otro lugar donde colocar esos viejos aparatos de televisión que usted desea guardar, y segundo porque no tenemos más camas plegables.

—Estás discutiendo conmigo, Ernest. Te dije que no discutieras conmigo —dijo el señor Mándala.

Tamborileó con sus dedos sobre el mostrador de recepción y miró irritado a su alrededor en el vestíbulo. Al menos había cuarenta personas en él, hablando, jugando a las cartas y dormitando. El aparato de televisión murmuraba algo mientras ofrecía un montaje de cintas de la NASA, y en la pantalla el señor Mándala pudo ver la imagen de uno de los marcianos mirando a la cámara con sus grandes, gelatinosos y lagrimeantes ojos.

—Ya basta —ordenó el señor Mándala, volviéndose a tiempo para ver a su botones mirando también a la pantalla—. No te pago para que veas la televisión. Ve a ver si puedes ayudar en la cocina.

—Hemos estado en la cocina, señor Mándala. No nos necesitan.

—¡Ve donde te digo que vayas, Ernest! Tú también, Berzie. Los observó salir por la puerta de servicio, y deseó poder librarse tan fácilmente de algunos de los que llenaban el vestíbulo.

Ocupaban todos los asientos, y los sobrantes ocupaban los brazos de los sillones, o se apoyaban contra las paredes y las mesas del bar, que llevaba dos horas cerrado de acuerdo con la ley. Según los libros de registro, todos ellos pertenecían a periódicos, agencias de prensa, cadenas de radio y televisión y cosas así, y aguardaban para dirigirse por la mañana a cubrir la información en Cabo Kennedy. El señor Mándala deseaba con impaciencia que llegara la mañana. No le gustaba tanta gente reunida en su vestíbulo, especialmente teniendo en cuenta el hecho de que estaba casi seguro de que la mayoría de ellos ni siquiera eran clientes del motel.

En la pantalla de televisión un montaje hecho apresuradamente estaba mostrando ahora el regreso de la sonda espacial Algonquino Nueve enviada a Marte, pero nadie la estaba mirando. Era la tercera vez que aquella cinta en particular había sido repetida desde medianoche, y todo el mundo la había visto al menos una vez; pero cuando cambió a otra imagen de uno de los marcianos, parecido a un perro pachón triste con largas aletas de foca como miembros, uno de los jugadores de póquer se desperezó y dijo:

—¡Sé un chiste de marcianos! ¿Por qué un marciano no nada en el océano Atlántico? —Tú sabrás —dijo el que tenía la banca.

—Porque dejaría un anillo a su alrededor —dijo el periodista, recogiendo sus cartas. Nadie rió, ni siquiera el señor Mándala, aunque algunos de los chistes habían sido francamente buenos. Todo el mundo empezaba a sentirse un poco cansado de ellos, o quizá simplemente cansado.

El señor Mándala se había perdido la primera excitación sobre los marcianos, porque había estado durmiendo. Cuando el gerente de día le telefoneó, despertándole, el señor Mándala había pensado al principio que se trataba de una broma y, luego, que su compañero de día estaba loco; después de todo, ¿a quién le preocupaba que la sonda marciana hubiera traído de vuelta algún tipo de animales, o aunque no fueran exactamente animales? Cuando vio la gran cantidad de reservas que estaban llegando por el teletipo se dio cuenta de que en realidad a algunas personas sí les interesaba. Sin embargo, el señor Mándala no

se tomaba excesivo interés en cosas como aquélla. Estaba bien que hubieran llegado los marcianos, puesto que habían hecho que su motel se llenara, así como todos los demás moteles en un radio de un centenar de kilómetros de Cabo Kennedy, pero cuando uno había dicho eso ya había dicho todo lo que podía interesar al señor Mándala sobre los marcianos.

En la pantalla de televisión la imagen se oscureció y fue reemplazada por el rótulo Boletín informativo de la NBC. El juego de póquer se detuvo momentáneamente.

El vestíbulo se mantuvo casi en silencio mientras un invisible locutor leía un nuevo comunicado de la NASA.

—El doctor Hugo Bache, el veterinario de Fort Worth, Texas, que llegó a última hora de esta tarde para examinar a los marcianos en el centro de recepción de la base Patrik de las Fuerzas Aéreas, ha emitido un informe preliminar que acaba de sernos transmitido por el coronel Eric T. «Happy» Wingerter, hablando en nombre de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio.

Un tipo de una agencia de prensa aulló:

—¡Subid el sonido!

Hubo un movimiento convulsivo en torno al aparato. El sonido desapareció por completo durante un momento; luego restalló:

—…los marcianos son vertebrados, de sangre caliente y aparentemente mamíferos. Un examen superficial indica un nivel bajo generalizado del metabolismo, aunque el doctor Bache afirma que es posible que eso sea en buena parte el resultado de su difícil y confinado viaje a lo largo de doscientos veinte millones de kilómetros por el espacio en la cámara de especímenes de la espacionave Algonquino Nueve. No hay, repito, no hay evidencia de enfermedades contagiosas, aunque las normales precauciones de esterilización han sido…

—Está diciendo tonterías —gritó alguien, probablemente un corresponsal de la CBS—. Walter Cronkite ha entrevistado en la Clínica Mayo a uno que…

—¡Cállate! —rugieron una docena de voces, y la televisión se hizo audible de nuevo:

—…completa el texto del informe del doctor Hugo Bache tal como nos ha sido comunicado hace un momento por el coronel Happy Wingerter.

Hubo una pausa; luego la voz del locutor, cansada pero animosa, reanudó el

hilo y prosiguió su recapitulación de los anteriores comunicados. La partida de poker prosiguió mientras el locutor iba describiendo la conferencia de prensa del doctor Sam Sullivan, del Instituto de Lingüística de la Universidad de Indiana, y sus conclusiones de que los sonidos emitidos por los marcianos eran sin lugar a dudas alguna especie de lenguaje.

Qué tontería, pensó el señor Mándala, que se caía de sueño. Cogió un taburete y se sentó, sintiendo que los ojos se le cerraban.

Luego el ruido de unas risas lo despertó, y se alzó con aire beligerante. Hizo sonar su campanilla para llamar la atención.

—¡Caballeros! ¡Señoras! ¡Por favor! —gritó—. Son las cuatro de la madrugada. Nuestros otros huéspedes están intentando dormir.

—Oh, sí, claro —dijo el hombre de la CBS, alzando impaciente una mano—. Pero espere un momento. Tengo uno muy bueno. ¿Qué es un rascacielos marciano? ¿Lo captan?

—Oh, dilo ya —murmuró una pelirroja de Life.

—¡Veintisiete pisos de apartamentos subterráneos!

—De acuerdo —dijo la chica—, yo también tengo uno. ¿Cuál es la prohibición religiosa que impide a las mujeres marcianas mantener los ojos abiertos mientras hacen el amor? —Aguardó a que alguien dijera algo—. ¡Dios les prohibe ver a sus maridos pasando un buen rato!

—¿Estamos jugando al póquer o no? —gruñó uno de los jugadores, pero eran demasiados para él.

—¿Quién ganó el concurso de belleza marciano?… ¡Nadie!

—¿Cómo conseguir que una mujer marciana renuncie al sexo?… ¡Casándose con ella!

El señor Mándala se echó a reír fuertemente ante aquél, y cuando uno de los periodistas se le acercó y le pidió una caja de cerillas, se la dio.

—Gracias —dijo el hombre, encendiendo su pipa—. Una larga noche, ¿eh?

—Y que lo diga —respondió el señor Mándala jovialmente.

En la pantalla de televisión estaban pasando de nuevo la cinta, por cuarta vez. El señor Mándala bostezó, mirándola con ojos vacuos; no había mucho que ver, realmente, pero aquello era todo lo que la gente había visto y probablemente vería de los marcianos. Todos aquellos periodistas, cámaras, columnistas e ingenieros de sonido, pensó el señor Mándala con placer, que aguardaban allí

desde las diez de la mañana para conseguir información en Cabo Kennedy, efectuarían un viaje de sesenta kilómetros entre los pantanos de palmitos para nada. Porque todo lo que verían cuando llegaran allí sería exactamente lo mismo que estaban viendo ahora.

Uno de los jugadores de póquer estaba contando una larga y complicada historia sobre marcianos que llevaban abrigos de pieles en Miami Beach. El señor Mándala miró al grupo con disgusto. Si al menos algunos de ellos se fueran a sus habitaciones a dormir un poco podría intentar preguntar a los otros si estaban registrados en el motel. Aunque de todos modos no podía admitir realmente a nadie más, pues todas las habitaciones estaban ocupadas al doble de su capacidad. Rechazó el pensamiento y miró con aire ausente a los marcianos en la pantalla, intentando imaginar a toda la gente del mundo mirando aquella misma imagen en sus aparatos de televisión, leyendo sobre ellos en sus periódicos, interesándose por ellos. No parecían en absoluto dignos de que nadie se interesara por ellos, arrastrándose de aquel modo sobre sus largas y débiles piernas, parecidas a alargadas aletas de foca, jadeando fuertemente bajo el tirón de la gravedad terrestre y mirándolo todo con sus grandes ojos vacuos.

—Parecen más bien estúpidos —dijo uno de los periodistas al fumador de pipa—. ¿Sabes lo que he oído decir? Que la razón por la que los astronautas los mantuvieron encerrados a la vuelta es porque hieden.

—Es probable que ellos no lo noten en Marte —dijo juiciosamente el fumador de pipa—. El aire es más tenue, ¿sabes?

—¿Que no lo noten? Lo adoran. —Echó un billete de un dólar sobre el mostrador ante el señor Mándala—. ¿Tiene usted cambio para la máquina de Coca-Cola?

El señor Mándala contó en silencio diez monedas de diez centavos. No se le había ocurrido pensar que los marcianos pudieran oler mal, pero sólo porque no había pensado en ello. Si lo hubiera hecho, probablemente se le habría ocurrido también.

El señor Mándala tomó otra moneda de diez centavos para él y siguió a los dos hombres hacia la máquina de Coca-Cola. La imagen en la pantalla de televisión cambió para mostrar algunas fotos más bien imprecisas, tomadas por los astronautas, mostrando unos bajos e irregulares edificios color arena sobre un suelo de arena resplandeciente. Eso era lo que la NASA llamaba «la mayor

ciudad marciana», compuesta aproximadamente de un centenar de aquellas estructuras bajas y sin ventanas.

—No sé… —dijo finalmente el segundo periodista, llevándose su botella de Coca-Cola a los labios—. ¿Crees que son lo que tú llamarías inteligentes?

—Es difícil decirlo exactamente —dijo el fumador de pipa. Pertenecía a la Reuter y lo parecía, con su rojiza y ancha cara inglesa—. Construyen casas —observó.

—Los gorilas también.

—Sin duda, sin duda —murmuró el hombre de la Reuter. Su rostro se iluminó—. Hey, espera un momento. Eso me hace pensar en uno bueno. Era…, déjame ver, en casa lo contábamos refiriéndonos a los irlandeses… Sí, ya lo tengo. La próxima espacionave llega a Marte, y descubren que alguna terrible enfermedad terrestre ha borrado del planeta a toda la raza, a toda menos una hembra. Todos eliminados. Todos desaparecidos excepto ella. Bien, se sienten terriblemente trastornados, y hay un debate en la ONU, y se firma un pacto antigenocidio, y América vota doscientos millones de dólares como reparación y, bueno, en pocas palabras, se decide que para preservar la raza se aparee a un hombre con esa hembra marciana sobreviviente.

—¡Caramba!

—Sí, así es. Bien, entonces van a buscar a Paddy O'Shaughnessy, que se encuentra pasando un apuro, y le dicen: «Mira, Paddy, vas a entrar en esa jaula; dentro encontrarás una buena hembra. Todo lo que tienes que hacer es dejarla preñada, ¿entiendes?» Responde O'Shaughnessy: «¿Y qué conseguiré a cambio?». Le ofrecen miles de libras. Y por supuesto acepta. Pero luego abre la puerta de la jaula y ve lo que parece aquella hembra. Y se vuelve atrás. —El hombre de la Reuter dejó su botella de Coca-Cola vacía en el estante e hizo una mueca, mostrando la expresión de repulsión de Paddy—. «Santo cielo», dice, «no creí que sería algo así». «Miles de libras, Paddy», le dicen, animándole a seguir adelante. «Oh, está bien entonces», dice él, «pero con una condición». «¿Cuál?», le preguntan. «Tenéis que prometerme que los niños serán educados en la religión católica», contesta Paddy.

—Sí, ya lo había oído —dijo el otro periodista.

Se adelantó para depositar también su botella, y al hacerlo su pie se enganchó en la estantería, y cuatro botellas de Coca-Cola vacías se estrellaron

ruidosamente contra el suelo.

Aquello fue más de lo que el señor Mándala podía soportar; jadeó, tartajeó, agitó su campanilla y gritó:

—¡Ernest! ¡Berzie! ¡Venid inmediatamente! —Cuando Ernest apareció, pasando su oscura cabeza color ciruela por la puerta de servicio con una expresión que revelaba una anticipación de desastre, el señor Mándala gritó—: ¡Pandilla de cabezas de chorlito, os he dicho cien veces que mantengáis esas estanterías limpias y vacías.

Y se mantuvo de pie allí, dominando a los dos botones con su estatura, refunfuñando, mientras se agachaban sobre el caos de botellas y cristales rotos, mirándole de tanto en tanto con el rabillo del ojo, preocupados, ciruela oscura y arena árabe. Sabía que todos los periodistas lo estaban mirando y que desaprobaban su conducta.

Entonces salió al aire de la noche para tranquilizarse, porque se sentía apesadumbrado y sabía que iba a sentirse aún más apesadumbrado.

La hierba estaba húmeda. El rocío condensado goteaba de la estructura del trampolín de la piscina. El motel no estaba tan tranquilo como debería haberlo estado tan cerca del amanecer, pero estaba bastante tranquilo. Sólo se oía alguna distante y ocasional risa, y los ruidos procedentes del vestíbulo. Para el señor Mándala aquello era tranquilizador. Reconfortó su alma caminando por todas las galerías, comprobando las máquinas de cubitos y las expendedoras de cigarrillos, y encontrándolas todas en orden.

Un jet militar de McCoy aullaba en el cielo sobre su cabeza. Tras él las estrellas aún brillaban, pese al naciente amanecer allá en el este. El señor Mándala bostezó, alzó la vista cansadamente y se preguntó cuál de ellas sería Marte; luego regresó a su mostrador. Muy pronto estaría demasiado ocupado con la larga y agotadora ronda de llamadas a las habitaciones y con las comprobaciones para pensar en marcianos.

Más tarde, cuando la mayor parte de los clientes montaban ruidosamente en sus coches y camionetas, y el equipo de día estaba llegando, el señor Mándala destapó dos botellas de Coca-Cola y le llevó una a Ernest a la puerta de servicio.

—Dura noche —dijo, y Ernest, aceptando la Coca-Cola y la buena intención, asintió y bebió. Se dirigieron hacia el muro que protegía la piscina de la carretera de acceso y observaron a los periodistas de ambos sexos dirigirse hacia la

carretera general y hacia su conferencia de prensa de las diez. La mayoría de ellos no habían dormido. El señor Mándala agitó la cabeza, desaprobando tanta conmoción por tan poca causa.

Ernest chasqueó los dedos, sonrió y dijo:

—Sé un chiste de marcianos, señor Mándala. ¿Cómo llamaría usted a un marciano de tres metros que avanzara hacia usted con una lanza?

—Oh, demonios, Ernest —dijo el señor Mándala—, le llamaría «señor». Todo el mundo lo sabe. —Bostezó y se estiró, y dijo reflexivamente—: Cabía pensar que sacarían algunos chistes nuevos con ellos. Todos los que he oído eran viejos, sólo que dedicados a los judíos, a los católicos y a los…, a todo el mundo; y ahora los aplican a los marcianos.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso, señor Mándala —dijo Ernest.

El señor Mándala volvió a desperezarse.

—Será mejor que vayamos a dormir un poco —aconsejó—, porque puede que vuelvan esta noche. No sé para qué… ¿Sabes lo que pienso, Ernest? Aparte los chistes, no creo que dentro de seis meses nadie se acuerde ya de que existen los marcianos. No creo que su llegada suponga ningún cambio para nadie.

—Lamento tener que disentir, señor Mándala —dijo Ernest amablemente—, pero yo no lo creo así. Van a cambiar muchas cosas para alguna gente. De hecho, va a suponer un gran cambio para mí.

* * *

Siempre he estado convencido, y sigo estándolo, de que una historia habla por sí misma, y que cualquier palabra que un escritor le añada tras terminarla no es más que una retractación, una mentira o un error. Pero hay una cosa que me gustaría decir acerca de la razón por la cual fue escrita esta historia. No para persuadirles a ustedes de que es una buena razón o de que la historia cumple con su finalidad…, ya se habrán hecho una idea sobre eso, o deberían habérsela hecho…, sino para decirles cómo la naturaleza imita fielmente al arte.

Después de haber escrito El día siguiente a la llegada de los marcianos conocí a un sacerdote de una pequeña ciudad de Alabama. Como muchas

iglesias, no sólo en Alabama, la suya se ve dividida por la cuestión de la integración. Él ha encontrado una forma, cree, de resolver el problema —o al menos de mejorarlo— entre los adolescentes blancos de su congregación: les anima a que lean ciencia ficción, con la esperanza de que lleguen a aprender, primero, a preocuparse de los hombrecillos verdes marcianos en vez de los hombres negros norteamericanos, y segundo, que todos los hombres son hermanos…, al menos frente a un enorme universo que muy probablemente estará poblado de criaturas cuya apariencia no será en absoluto humana.

Me gusta la forma en que este hombre sirve a su Dios. Es una buena idea. Debería funcionar. Será mejor que funcione, o de otro modo que Dios nos ayude a todos.

Jinetes del salario púrpura

Philip José Farmer

Philip José Farmer es una de las pocas personas realmente buenas que yo haya encontrado nunca. Es un hombre gentil, con todas las implicaciones que comporta esta palabra en lo relativo a nobleza, sabiduría y humanidad. También es indestructible. Ha sido pateado por los maestros, y de alguna forma ha conseguido salir incólume de los embrollos. Ha sido robado por editores despreciables, criminalmente engañado por agentes ineptos, vergonzosamente ignorado por críticos sentenciosos, asaltado por las Furias del Azar y de la Mala Suerte, y pese a ello, pese a ello, ha conseguido producir quince libros de una importancia tan singular que es considerado como un «escritor de escritores», en un campo donde los celos y las envidias son el modus operandi que acuchilla las costillas del vecino.

Phil Farmer ronda la cincuentena, tiene una voz suave y un formidable caudal de información sobre todo, desde arqueología hasta los hábitos nocturnos de sir Richard Burton (no el actor). Es un buen andarín de calles, gran bebedor de café, fumador de cigarrillos, apasionado de sus nietos. Pero, sobre todo lo demás, es un escritor de historias. Historias como The Lovers (Los amantes), que estalló en el campo de la ciencia ficción en un número de 1952 de Startling Stories como una explosión en una fábrica de aire comprimido. Hasta que Phil Farmer le echó una buena ojeada al tema, el sexo era algo confinado a las portadas de Bergey representando jóvenes muchachas de poderosos muslos

llevando sujetadores de cobre. Ha examinado todas las facetas de la psicología anormal —parece—, en una forma adulta y extrapolativa que la mayoría de editores hubieran rechazado como imposible en 1951. Aquellos que consideran despreciable una tal hazaña, en un campo en el que la ausencia de genitales en Kimball Kinnison nunca pareció preocupar ni a editores ni a aficionados, sólo tienen que considerar que, hasta Farmer y el vigor de su obra, lo más parecido dentro del género a las exploraciones psicológicas eran las historias del doctor David H. Keller, que quedaban muy por debajo de los niveles alcanzados por, digamos, un Dostoievski o un Kafka.

Un recopilador nunca debe mostrar favoritismos. Sin embargo, por mi admiración hacia la historia que están ustedes a punto de leer, por mi incredulidad hacia su pirotécnico estilo, por mis celos ante la riqueza del pensamiento y la excelencia de la estructura, me siento impulsado a decir que ésta no es solamente la historia más larga del libro, sino también, y con mucho, la mejor. No, digamos la más hermosa. Es una joya con un brillo tal que al examinarla y leerla de nuevo revelará faceta tras faceta, ramificación tras ramificación, alegría tras deleite, cosas que sólo fueron parcialmente entrevistas la primera vez. La explicación de las bases de esta historia está completamente detallada en el excelente epílogo de Farmer, y cualquier otro intento de efectuar un comentario original y profundo acerca de lo que ha querido decir sería ridículo. El autor habla por sí mismo mejor que cualquier otro. Me gustaría sin embargo tomarme un instante para señalar los tres elementos de la obra general de Farmer que creo necesitan una explicación.

El primero es su valor. Frente a los rechazos de editores que no son siquiera dignos de llevar su estuche para lápices, él ha insistido en seguir escribiendo historias que exigían considerable concentración cerebral y el rechazo de anteriores formas de pensamiento.

Aunque su obra ha tenido que enfrentarse con las sorprendidas miradas de lectores acostumbrados a historias de conejitos rosas y blancos, ha seguido ofreciendo una tras otra sus visiones peligrosas. Sabiendo que podría ganarse mucho mejor su vida escribiendo sandeces, sabiendo que cuanto más profundos o inquietantes fueran sus argumentos más despertarían la animosidad y la estupidez, ha seguido firme en su estilo, sus concepciones, su musa, si ustedes quieren.

El segundo es su incapacidad de dejar escapar una idea. El más pequeño destello de un concepto lo arrastra más y más lejos hacia extrapolaciones y consecuencias de las que autores menores extraerían toda una tetralogía. Se halla en la gran tradición de todos los pensadores originales. No hay misterio demasiado complejo para que Farmer no extraiga todas sus consecuencias. Ninguna línea de pensamiento le es lo bastante extraña como para no intentar revalorizarla con los instrumentos de la lógica. Ninguna historia es demasiado grande para que él no la escriba, ningún personaje demasiado oscuro para que él no lo incorpore, ningún universo demasiado distante para que él no lo explore. Trágicamente, mientras Farmer escribe inmensas órbitas en tomo a talentos mucho menores que examinan de modo interminable los piojos en sus barbudas reputaciones, el campo en el que él ha elegido mostrar sus talentos lo ignora casi por completo.

El tercero es su estilo. Que nunca es dos veces igual. Que crece geométricamente con cada nueva historia. Que exige del lector una especie de masticación intelectual reservada a la mejor literatura. Su obra es como un bistec, que debe ser masticado cuidadosamente y digerido; no como un budín de tapioca, que puede ser tragado con facilidad aunque no se tengan dientes.

Me doy cuenta de que me he alargado más de lo que pretendía. El lector puede echarle la culpa al entusiasmo del recopilador hacia la historia que sigue. Fue sometida al comité, por supuesto, como lo fueron todas las demás aquí reunidas. Pero cuando estaba terminada, Farmer acudió solicitando que se le permitiera reescribirla, ampliarla, sin ningún pago adicional, puesto que las ideas que contenía necesitaban una mayor expansión. Farmer fue pagado, naturalmente, y se hizo la nueva versión. Pero no fue pagado suficientemente de acuerdo con lo que se merecía. No puede estimarse en su justo valor la originalidad, el verbo y la penetrante visión de futuro que contiene.

* * *

Si Julio Verne hubiera podido realmente ver el futuro, por ejemplo en

1966 d. C., se hubiera cagado en los calzoncillos.
Y en 2166, ¡la leche!
De *Cómo mamé del Tío Sam y otras eyaculaciones privadas*, memorias inéditas del Abuelo Winnegan.

El gallo que cantaba para atrás In y Sub, los gigantes, lo muelen para hacer pan.

Rotos fragmentos flotan, a través del vino del sueño. Grandes pies aplastan uvas abisales para el sacramento del íncubo.

Él, como Simón, pesca en su alma, mar en que mora el leviatán.

Gime, casi se despierta, se da la vuelta sudando océanos negros y gime otra vez. In y Sub, poniendo manos a la obra, giran las ruedas de piedra del molino hundido y murmuran «*fái*, *fái*, *fou*, *fom*». Ojos brillando, color rojo-naranja como los de una gata al parir en su madriguera; dientes romos, dígitos blancos en la aritmética de las tinieblas.

In y Sub, también como Simón, mezclan activamente metáforas inconscientes.

Colina de estiércol y el huevo del gallo: el basilisco se levanta y canta, primera vez de tres, en la hinchazón de sangre de yo soy la erección y el coito.

La hinchazón crece y crece hasta que peso y longitud se combinan para curvarse allá arriba, como un sauce todavía no llorón poco de fiar. La roja cabeza cíclope se asoma por el borde de la cama. Descansa su mandíbula barbilampiña; después, hinchándose, se desliza arriba y abajo. Mirando con un solo ojo aquí y allá, olfatea arcaicamente el suelo y se encamina hacia la puerta, dejada abierta por el lapsus linguae de centinelas perezosos.

Un gruñido en el centro de la habitación lo hace volverse. El asno de tres patas, caballete de Baal, está rebuznando. En el caballete está el «lienzo», un cuenco oval poco profundo de plástico irradiado, especialmente tratado. El lienzo tiene dos metros de alto y cincuenta centímetros de profundidad. El cuadro representa una escena que debe estar terminada mañana.

Medio escultura medio dibujo, las figuras están en altorrelieve, redondeadas, unas más cerca del fondo del cuenco que otras. Brillan con la luz exterior y también gracias al plástico, luminoso por sí mismo, del lienzo. La luz parece penetrar en las figuras, mojarlas un poco, después desvanecerse. La luz es de un

color rojo pálido, el rojo del alba, de la sangre aguada con lágrimas, de la ira, de la tinta en el capítulo «debe» del libro Mayor.

Este cuadro pertenece a su Serie del Perro: Dogmas de un perro, La batalla aérea del perro, Los días del perro. El perro del Sol, El perro invertido, El perro de los escombros, Criadillas de perro, El cazador de perros, El mastín yacente, El perro del ángulo recto e Improvisaciones sobre un perro.

Sócrates, Ben Johnson, Cellini, Swedenborg, Li Po y Hiawatha están de juerga en la Taberna de la Sirena. Por una ventana se ve a Dédalo en lo alto de las almenas de Cnoseus, metiéndole un cohete en el culo a su hijo Icaro para proporcionarle un despegue de propulsión a chorro para su famoso vuelo. En un rincón se agazapa Og, hijo del Fuego. Roe un hueso de tigre «dientes de sable» y dibuja bisontes y mamuts en el yeso enmohecido. La camarera, Atenea, se inclina sobre la mesa en la que sirve néctar y galletas a sus distinguidos clientes. Aristóteles, con cuernos de cabra, está tras ella. Le ha levantado la falda y la está topeteando por detrás. Las cenizas del cigarrillo que oscila entre sus labios, que sonríen tontamente, han caído en la falda, que empieza a humear. En la puerta de los servicios de caballeros un Batman borracho sucumbe a un deseo largo tiempo reprimido e intenta violar a Robin. Por otra ventana se ve un lago sobre cuya superficie camina un hombre, con un halo verde deslucido flotando sobre su cabeza. Tras él, un periscopio sale del agua.

Prensil, el pene se enrolla alrededor del pincel y comienza a pintar. El pincel es un pequeño cilindro, conectado por uno de sus extremos a una manguera que va a una máquina con forma de cúpula. Por el otro extremo del cilindro asoma la embocadura de la manguera. Su apertura puede ser regulada girando un botón en el cilindro. Varios botones adicionales controlan el espesor de salida —desde fina aspersión a grueso chorro—, así como el color y el matiz.

Furiosamente, proboscídeo, dibuja otra figura capa a capa. Luego capta un mustio olor a moho, deja el pincel y se desliza, atravesando la puerta y siguiendo la curvatura de la pared de la habitación ovalada, describiendo la ondulación de las criaturas sin patas: un garabato en la arena que todos pueden leer pero pocos comprenden. La sangre late al mismo ritmo que los molinos de In y Sub para alimentar y emborrachar al reptil de sangre caliente. Pero las paredes, detectando la masa intrusa y el deseo de eyección, brillan.

Él gime, y la cobra glandular se levanta y se agita por la emoción de su deseo

de ocultación. ¡Que no haya luz! La noche debe ser su embozo. Se apresura al pasar junto al dormitorio materno, más cerca de la salida. ¡Ah! Suspira suavemente con alivio, pero el aire silba por la boca apretada y vertical, anunciando la salida del rápido a Desideratum.

La puerta es antigua: tiene cerradura de llave. ¡Rápido! Sube por la rampa y sale de la casa a través del ojo de la cerradura, hasta la calle. Alguien aborda a una puta, una joven con cabello plateado fosforescente y labios haciendo juego.

Sale, baja por la calle y se le enrolla a un tobillo. Ella mira hacia abajo con sorpresa, y luego con miedo. A él le gusta eso; demasiadas tienen demasiadas ganas. Ha encontrado un as entre la paja.

Sube, por la pierna suave como oreja de gato, se enrosca más y más, se desliza sobre el valle de la ingle. Acaricia los tiernos pelos ondulados y después, medio Tántalo, contornea la leve convexidad del vientre, dice «hola» al ombligo, lo aprieta para tocar el timbre, se enrosca alrededor de la estrecha cintura y, tímida y rápidamente, arrebata un beso de cada pezón. Después vuelve abajo para formar una expedición que escale la vagina y plante la bandera en la matriz.

¡Oh, tabú delicioso y enfermedad sacrosanta! Hay un niño allí, ectoplasma comenzando a formarse en ávida espera de realidad. Cae, óvulo, y recorre los toboganes de carne; apresúrate para engullir al afortunado micro-Moby Dick, expulsando a sus millones de hermanos: supervivencia del más apto.

Un, fuerte graznido llena la habitación. El aliento cálido hiela la piel. El suda. El fuselaje tumoroso se reviste de carámbanos y se dobla bajo el peso del hielo; la niebla remolinea alrededor, silbando por los recodos; los alerones y elevadores están bloqueados por el hielo y él pierde altura rápidamente. ¡Arriba, arriba! Venusberg enfrente, en algún lugar entre la niebla; Tannhauser, toca las trompetas, alza tus llamas. Estoy saltando del trampolín.

La puerta de la madre se ha abierto. Un sapo acuclillado llena el umbral ovalado. Su papada sube y baja como al croar; su boca sin dientes balbucea: «ginungagap». La lengua bífida se dispara y se enrosca alrededor del cerdo constrictor. El grita con ambas bocas y escupe aquí y allá. Corren las ondas de eyección. Dos garras nervudas se doblan y hacen en el cuerpo que cae un nudo; corredizo, desde luego.

La mujer corre. ¡Espérame! El torrente que sale brama, se estrella contra el nudo, ruge de rebote, chocan flujo y reflujo. Demasiado caudal y un solo cauce.

Escupetea, el firmamento de agua se desploma, no hay arca de Noé; estalla como una nova, una explosión de millones de meteoritos retorciéndose y brillando, destellos en el cuenco de la existencia.

Llega el reinado del muslo. Ingle y vientre encajonados en mohosa armadura, y él frío, húmedo y temblando.

La patente de Dios sobre el alba expira

…Habla para vosotros Alfred Melophon Voxpopper, de los Empujones de la Aurora y la Hora del Café, canal 69B. Versos grabados durante la L Exposición y Competición anual del Centro de Arte Popular, Beverly Hills, nivel 14. Pronunciadas por Omar Bacchylides Runic, improvisadamente, si no tenéis en cuenta algunas meditaciones previas durante la velada de la víspera en la taberna particular El Universo Privado; y podéis hacerlo, porque Runic no recordaba lo más mínimo de esa velada. A pesar de lo cual ganó la Primera Corona de Laurel A; no hay Segunda, ni Tercera, etc., y las coronas se clasifican de la A a la Z; Dios bendiga nuestra democracia:

Un salmón gris rosado escalando las cascadas de la noche
hacia el remanso de la procreación de un nuevo día.
Alba: el rojo bramido del toro solar
embistiendo contra el horizonte.
La sangre fotónica de la noche sangrante,
apuñalada por el Sol asesino.

Y así durante cincuenta líneas puntuadas y separadas por vítores, aplausos, abucheos, siseos y gemidos.

Chib está medio despierto. Mira hacia abajo, a la oscuridad que disminuye conforme el sueño se aleja rugiendo por el túnel del Metro. Mira por entre párpados medio abiertos a la otra realidad: la conciencia.

—¡Que pierda la vista! —gruñó como Moisés; y al recordar sus largas barbas y cuernos (cortesía de Miguel Angel), piensa en su tatarabuelo.

La voluntad, como una palanqueta, obliga a sus párpados a abrirse. Ve la pantalla del fido que recorre la pared frente a él y se curva hasta la mitad del techo. El alba, paladín del Sol, abate su gris guantelete.

El canal 69B, TU CANAL FAVORITO, exclusivo para LA, te anuncia el amanecer (decepción profunda. Amanecer de una naturaleza falsa, modelado en la pantalla con electrones producidos por aparatos formados por el hombre).

¡Levántate con el Sol en el corazón y una canción en los labios! ¡Penetra en los versos convulsos de Omar Runic! ¡Mira el alba, como los pájaros en los árboles, como Dios, mírala!

Voxpopper recita los versos despacio mientras Anitra, de Grieg, fluye suavemente. El viejo noruego nunca soñó con un auditorio tan grande y tan bueno. Un joven, Chibiabos Elgreco Winnegan, tiene una mecha empapada, cortesía de un antiguo manantial en el campo de petróleo del subconsciente.

—Mueve el culo y ve a tu puesto —dice Chib—. Pegaso vuela hoy.

Habla, piensa, vive en el presente tensamente.

Chib salta de la cama y la oculta en la pared. Salir de la cama resbalando, arrugado como la lengua de un viejo borracho, rompería la estética de su habitación, destruiría esa curva que es el reflejo del Universo básico y lo perturbaría en su trabajo.

La habitación es un gran ovoide. En un rincón hay un ovoide más pequeño con el lavabo y la ducha. Sale de él con la apariencia de uno de los semidioses aqueos de Homero, masivamente musculado, de grandes brazos, piel de un moreno dorado, ojos azules y pelo marrón, aunque sin barba. Suena el timbre del fido como el croar de unas ranas de árbol sudamericanas que una vez oyó en el canal 122.

«¡Ábrete, Sésamo!»

Inter caecos regnat luscus

La cara de Rex se extiende por la pantalla del fido; los poros de su piel son como los cráteres de un campo de batalla de la I Guerra Mundial. Lleva un monóculo negro sobre el ojo izquierdo, arrancado en una discusión entre críticos de arte durante la Serie de Lecturas Me gusta Rembrandt en el canal 109. Aunque tiene suficiente influencia para conseguir prioridad de sustitución de

ojos, ha rehusado.

—Inter caecos regnat luscus —dice cuando le preguntan, y a menudo cuando no—. Traducción: en el país de los ciegos, el tuerto es rey. Por eso tomó el nombre de Rex Luscus, es decir Rey Tuerto.

Corre un rumor, propagado por Luscus, según el cual permitirá a los biomuchachos ponerle un ojo proteico artificial cuando vea las obras de un artista lo suficientemente grande como para justificar visión bifocal. Se rumorea también que podría hacerlo pronto, debido a su descubrimiento de Chibiabos Elgreco Winnegan.

Luscus mira ávidamente (alabando con adverbios) las formas de Chib. Éste se hincha, no de placer sino de ira.

Luscus dice blandamente.

—Querido, quería asegurarme de que te habías levantado y preparado para los asuntos tremendamente importantes de hoy. ¡Debes estar listo para la exposición! Pero, ahora que te veo, me acuerdo de que aún no he comido. ¿Qué te parece desayunar conmigo?

—¿Desayunar qué? —dice Chib. No espera la respuesta—. No. Tengo demasiado que hacer hoy. ¡Ciérrate, sésamo!

La cara de cabra o, tal como él prefiere describirla, la cara de Pan de Rex Luscus, Fauno de las Artes, se desvanece. Incluso se ha hecho adornar las orejas. Realmente encantador.

—¡Beeeee! —se burla Chib del fantasma—. ¡Bah! ¡Cínico! ¡Nunca te besaré el culo, Luscus, ni te dejaré besármelo a mí! ¡Aunque pierda el premio!

El timbre suena de nuevo. Aparece la cara oscura de Halcón Rojo Rousseau. Su nariz es aguileña y sus ojos como vidrio negro roto. Su ancha frente está rodeada por una cinta roja, que sujeta el liso cabello negro que le cae hasta los hombros. Su chaquetilla es de piel de gamo; un collar de cuentas, atado como una corbata de lazo, le cuelga del cuello. Tiene el aspecto de un verdadero indio norteamericano, aunque Toro Sentado, Caballo Loco o el menos noble Perfil Griego de aquéllos le hubiera echado de la tribu a patadas. No es que fueran antisemíticos, es sólo que no hubieran podido respetar a un bravo a quien los caballos producirían urticaria alérgica.

Nacido Julius Applebaum, se convirtió legalmente en Halcón Rojo Rousseau en su Día del Nombre. Apenas volver del bosque, renaturalizado, arma juerga

ahora en las sucias cacerolas de carne de una civilización decadente.

—¿Cómo estás, Chib? La panda se pregunta cuándo vendrás.

—¿Con vosotros? Aún no he desayunado, y tengo que hacer mil cosas para prepararme para la exposición. ¡Os veré a mediodía!

Rousseau se desvanece como el último de los pieles rojas.

El intercom silba precisamente cuando Chib va a desayunar. ¡Ábrete, sésamo! Chib ve en la pantalla la sala de estar. Remolinea el humo, demasiado denso y furioso para que lo disuelva el acondicionador de aire. En el extremo más lejano del ovoide, sus pequeños hermanastros y hermanastras duermen en el sofá. Jugando a Mamá-y-su-amigo, se han dormido, las bocas abiertas en bendita inocencia, hermosos como sólo pueden serlo los niños dormidos.

Frente a los cerrados ojos de cada uno hay un ojo, que no parpadea, como el de un cíclope de Mongolia.

—¿No son conmovedores? —dice Mamá—. Los pobrecitos estaban demasiado cansados para irse a la cama.

La mesa es redonda. Los viejos y solteronas se han reunido a su alrededor para la última batalla de rey, caballo, sota y as. Sus armaduras son sólo capas y capas de grasa. Las mejillas de Mamá cuelgan como banderas en un día sin viento. Sus pechos se deslizan y tiemblan sobre la mesa, se inclinan y se agitan.

—Partida de tahúres —dice Chib en voz alta, mirando las gruesas caras, los tremendos pechos, las nalgas exuberantes.

Ellos levantan las cejas.

—¿De qué coño habla ahora el genio loco?

—¿Es realmente subnormal tu hijo? —dice uno de los amigos de Mamá, y ellos ríen y beben más cerveza.

Angela Ninon, no queriendo dejar de intervenir, e imaginando que Mamá pronto pondrá en marcha los aspersores, se mea piernas abajo. Se ríen, y Guillermo el Conquistador dice:

—Abro.

—Yo siempre estoy abierta —dice Mamá, y ellos chillan de risa.

Chib quisiera llorar. No lo hace, aunque lo han animado desde su infancia a llorar siempre que le apetezca.

Te hace sentir mejor. Y fíjate en los vikingos, qué hombres eran, y

lloraban como niños cuando tenían ganas.

Cortesía del canal 202 en el popular programa *¿Qué ha hecho una madre?*

Él no llora porque se siente como un hombre que recuerda a la madre a quien amaba y que murió, pero hace mucho tiempo. Su madre ha sido enterrada profundamente bajo un alud de carne. Cuando él tenía 16 años, había tenido una madre encantadora.

Entonces ella dejó de cuidarlo.

Familia que mama, familia que crece

De un poema de Edgar A.Grist, vía canal 88.

—Hijito, yo no saco nada de esto. Lo hago sólo porque te quiero.

¡Después, grasa, grasa, grasa! ¿Dónde se fue? Hundida en el abismo de la adiposis. Desapareciendo conforme aumentaba de volumen.

—Hijito, por lo menos podrías discutir conmigo un poco de vez en cuando.

—Me dejaste, Mamá. De acuerdo. Soy un hombre ahora. Pero no tienes derecho a esperar de mí que resucite aquello.

—¡Ya no me quieres!

—¿Qué hay de desayuno, Mamá? —dice Chib.

—Ahora tengo buenas cartas, Chibby —dice Mamá—. Como has dicho muchas veces, eres un hombre. Sólo por esta vez, hazte tu propio desayuno.

—¿Para qué me llamaste?

—Olvidé cuando empieza la exposición. Quería dormir algo antes de ir.

—A las dos y media, Mamá, pero no tienes obligación de ir.

—Oh, quiero estar presente. No quiero perderme los triunfos artísticos de mi propio hijo. ¿Crees que ganarás el premio?

—Si no, ahí está Egipto —dice él.

—¡Esos apestosos árabes! —dice Guillermo el Conquistador.

—Es la Oficina quien lo hace, no los árabes. Los árabes emigraron por la misma causa que puede hacernos emigrar a nosotros —dice Chib.

¿Quién hubiera pensado que Beverly Hills se volvería antisemítico?

De las Memorias inéditas del Abuelo.

—¡No quiero ir a Egipto! —llora Mamá—. Tienes que ganar ese premio, Chibby. No quiero dejar el Nido. Nací y crecí aquí, bueno, en el décimo nivel, y cuando me mudé también lo hicieron todos mis amigos. ¡No iré!

—No llores, Mamá —dice Chib, sintiendo pena a su pesar—. No llores. El gobierno no te puede obligar a ir, ya sabes. Tienes unos derechos.

—Si quieres seguir teniendo golosinas, irás —dice Guillermo el Conquistador—. A menos que Chib gane el premio, claro. Y yo no le echaría en cara que ni siquiera intentara ganarlo. No es culpa suya que tú no le sepas decir «no» al Tío Sam. Tienes tu sueldo y lo que gana Chib vendiendo sus cuadros. Todavía no es suficiente. Gastas más de prisa que ganas.

Mamá le grita con furia a Guillermo, y se van. Chib desconecta el fido. A la mierda con el desayuno; comerá después. Su último cuadro para el Festival debe estar terminado a mediodía. Aprieta una placa y la desnuda habitación oval se abre aquí y allá, y surgen equipos de pintura como un regalo de los dioses electrónicos. Zeuxis se desmayaría y Van Gogh compartiría su excitación si pudieran ver el lienzo, la paleta y el pincel que usa Chib.

El proceso de pintar incluye el doblar y torcer individualmente miles de alambres, dándoles diferentes formas, y colocarlos a diversas profundidades. Los hilos son tal delgados que sólo pueden ser vistos con amplificadores y manipulados con tenacillas extremadamente delicadas. De ahí las gafas de aumento que usa Chib y la larga herramienta, casi tan delgada como un hilo de araña, que lleva en la mano durante las primeras etapas de la creación de un cuadro. Tras cientos de horas de lento y paciente trabajo (de amor), los cables están preparados.

Chib se quita las gafas para ver el efecto general. Entonces utiliza el aspersor de pintura para cubrir los hilos con los colores y matices que desea. La pintura se endurece en pocos minutos. Chib conecta conductores eléctricos al cuenco y aprieta un botón para enviar una leve descarga por los hilos. Éstos brillan bajo la pintura y, fusibles liliputienses, desaparecen entre humo azul.

El resultado es una obra tridimensional compuesta de duras cáscaras de pintura en varios niveles bajo el revestimiento exterior. Las cáscaras son de diversos grosores, pero todas tan delgadas que la luz las atraviesa desde el nivel

más alto al más interno cuando el cuadro es girado en ángulos. Partes de las cáscaras son simplemente reflectores para intensificar la luz, con el fin de que las imágenes internas sean más visibles.

Cuando el cuadro se expone al público, está en un pedestal móvil que gira 12° a la izquierda del centro y luego 12° a la derecha.

El fido suena. Chib, maldiciendo, piensa en desconectarlo. Por lo menos, no es el intercom de su madre llamando histéricamente. Bueno, no todavía. No tardará en llamar si pierde mucho al póker.

¡Ábrete sésamo!

Cantad, maullad al Tío Sam

> Escribe el Abuelo en sus Eyaculaciones Privadas: 25 años después de mi huida con 20.000 millones de dólares y de mi muerte aparente de un ataque al corazón, Falco Accipiter está de nuevo sobre mi pista. El detective de la O. R. I. que tomó el nombre de Halcón Cazador cuando ingresó en su profesión. ¡Menudo ególatra! De todas formas, es tan agudo de vista e inflexible como un ave de presa, y yo temblaría si no fuera demasiado viejo para temer a los simples seres humanos. ¿Quién le quitó cadena y capucha? ¿Cómo encontró el viejo y frío rastro?

La cara de Accipiter es la de un halcón demasiado desconfiado que intenta mirar a todas partes al cernerse, y mira en su propio ano para asegurarse de que ningún pato se ha refugiado allí. Los pálidos ojos azules lanzan miradas como cuchillos escondidos en la manga de la camisa que se arrojan con un giro de la muñeca. Lo exploran todo con percepción sherlokiana de la minucia y del detalle significativo.

Su cabeza gira a ambos lados, las orejas moviéndose, las ventanas de la nariz aleteando, todo radar y sonar y odar.

—Señor Winnegan, siento llamarle tan temprano. ¿Le he sacado de la cama?

—¡Es evidente que no! —dice Chib—. No se moleste en presentarse. Le conozco. Lleva tres días siguiéndome.

Accipiter no se sonroja. Maestro en autocontrol, se guarda todo el rubor en

las profundidades de las tripas, donde nadie pueda verlo.

—Si me conoce, quizá pueda decirme por qué le llamo…

—¿Iba a ser yo tan bocazas como para decírselo?

—Señor Winnegan, me gustaría hablar con usted respecto a su tatarabuelo.

—¡Lleva 25 años muerto! —grita Chib— Olvídelo Y no me moleste. No intente conseguir una orden de registro; ningún juez se la daría. La casa de un hombre es su costilla…, quiero decir castillo.

Piensa en Mamá y en el día que le va a dar a menos que se vaya pronto. Pero tiene que acabar el cuadro.

—¡Esfúmese, Accipiter! —dice Chib—. Creo que daré parte de usted a la BPHR. Estoy seguro de que lleva un fido en su estúpido sombrero.

La cara de Accipiter permanece tan lisa e inmóvil como una escultura en alabastro del dios halcón Horus. Puede tener algo de gas retorciéndole los intestinos De ser así, lo expulsa sin que se note.

—Muy bien, señor Winnegan. Pero no se va a librar de mí tan fácilmente. Al fin y al cabo…

—¡Esfúmese!

El intercom silba tres veces. Es la señal de que llama el Abuelo.

—Estaba espiando —dice la voz de 120 años de edad, hueca y profunda como el eco en la tumba de un faraón—. Quiero verte antes de que te vayas. Bueno, si es que puedes dedicar algunos minutos al Viejo de los Rompecabezas.

—Eso siempre, Abuelo —dice Chib, pensando cuánto quiere al anciano—. ¿Necesitas comida?

—Sí, y también para la mente.

Der Tag. *Dies irae*. *Gótterdámmerung*. *Armagedón*. Las cosas están llegando a su fin. Día de hacer o de romper. Tiempo de ir y no ir. Todas estas llamadas y la sensación de algo más que está al caer. ¿Qué traerá el final del día?

El comprimido del sol se desliza
en la dolorida garganta de la noche
(Por Omar Runic)

Chib camina hacia la puerta convexa que se hunde, enrollándose, en dos ranuras de las paredes. El centro de la casa es la habitación familiar, oval. En el

primer cuadrante, en el sentido de las agujas del reloj, está la cocina, separada de la habitación familiar por biombos de seis metros de altura decorados por Chib con escenas de tumbas egipcias: su opinión demasiado sutil de la comida moderna. Siete delgadas columnas alrededor de la sala marcan los límites de habitación y pasillo. Entre las columnas hay más biombos altos, pintados por Chib durante su Época de la Mitología Amerindia.

El pasillo tiene también forma oval; todas las habitaciones de la casa se abren a él. Hay siete habitaciones; seis de ellas son combinaciones de dormitorio, despacho, estudio, lavabo y ducha. La séptima es un cuarto trastero.

Pequeños huevos en huevos mayores en grandes huevos en un megamonolito en una pera planetaria en un universo oval: la más reciente cosmogonía, que indica que el infinito tiene la forma del producto de la gallina. Dios empolla sobre el abismo y cacarea cada trillón de años o así.

Chib atraviesa el recibidor, pasa entre dos columnas esculpidas por él en forma de cariátides nínficas y entra en la habitación familiar. Su madre le mira de reojo, pensando que se acerca a pasos agigantados a la locura, si no ha alcanzado ya su umbral. Es culpa de ella, en parte; no debería haberse enfadado y haber terminado Aquello en un momento de chifladura. Ahora es gorda y fea, oh, Dios, tan gorda y tan fea… No puede esperar razonablemente, ni siquiera irrazonablemente, empezar de nuevo.

Es natural, se dice suspirando, resentida y lagrimeante, que haya abandonado el amor de su madre por las delicias extrañas, firmes, de las formas de las jóvenes. Pero ¿dejarlas a ellas también? El no es un narciso. Dejó todo eso a los 13 años. Entonces ¿cuál es la razón de su castidad? Tampoco usa el fornixator, cosa que ella podría comprender aunque no lo aprobara.

«Oh, Dios, ¿en qué me equivoqué? Y sin embargo, no tengo nada de malo. Está enloqueciendo como su padre, Raleigh Renacimiento creo que se llamaba, y su tía y su tatarabuelo. Es por culpa de toda esa pintura y todos esos extremistas, los Jóvenes Rábanos, con los que se mezcla. Es demasiado artista, demasiado sensible. Oh, Dios, si le ocurre algo a mi hijito tendré que ir a Egipto.»

Chib conoce sus pensamientos, porque ella los ha pronunciado muchas veces y no es capaz de tenerlos nuevos. Pasa junto a la mesa redonda sin decir una palabra. Los caballeros y doncellas del Camelot en lata le miran a través de un velo de cerveza.

En la cocina, abre una puerta oval en la pared. Saca una bandeja con platos y tazas de comida tapados y envueltos en plástico.

—¿No vas a comer con nosotros?

—No te quejes, Mamá —dice él, y vuelve a su habitación para coger algunos cigarros para su Abuelo.

La puerta —que debería detectar, amplificar y transmitir la móvil pero reconocible aura de campos eléctricos epidérmicos al mecanismo de apertura— falla. Chib está demasiado alterado. Remolinos magnéticos se enfurecen sobre su piel y distorsionan la configuración espectral. La puerta se abre a medias, se cierra, cambia de opinión de nuevo, se abre, se cierra.

Chib le da una patada y queda totalmente bloqueada. Decide ponerle un «sésamo» verbal o visual. El problema es que le faltan piezas y cupones y no puede comprar los materiales. Se encoge de hombros, camina a lo largo del recibidor curvo, de una sola pared, y se detiene ante la puerta del Abuelo, oculta de la vista de los del salón por los biombos de la cocina. Chib recita la contraseña:

Pues cantó de paz y libertad,
cantó de belleza, amor y deseo;
cantó de muerte, y de vida inmortal
en las Islas de los Benditos,
en el Reino de Ponemah,
en la tierra de *A Partir de Ahora*.
Muy querido por Hiawatha
era el gentil Chibiabos.

La puerta se abre, enrollándose sobre sí misma hacia atrás.

Una luz amarillo rojiza, creación del propio Abuelo, sale por la puerta oval, convexa. Mirar a su través es como mirar en las pupilas de un loco. El Abuelo, en el centro de la habitación, tiene una barba blanca que le llega hasta medio muslo, y su cabello blanco le cae en cascada hasta debajo de las rodillas. Aunque barba y cabello ocultan su desnudez y no está en público, lleva zapatos. El Abuelo es un poco chapado a la antigua, cosa excusable en un hombre de doce decadencias de edad.

Como Rex Luscus, es tuerto. Sonríe con sus propios dientes, crecidos a partir de brotes trasplantados hace 30 años. Un gran cigarro verde cuelga de una esquina de su roja y llena boca. Su nariz es ancha y sucia como si el tiempo la hubiera aplastado con un pesado pie. Su frente y mejillas son anchas, quizás a causa de algo de sangre Ojibway en sus venas, aunque nació Finnegan e incluso suda célticamente, soltando un olor a güisqui. Mantiene la cabeza alta, y el ojo azul gris es como un charco en el fondo de una cuenca antediluviana, resto de un glaciar fundido.

En conjunto, el rostro del Abuelo es el de Odín al volver de las Fuentes de Mimir, preguntándose si ha pagado un precio demasiado alto. O el de la Esfinge de Gizeh, golpeado por el viento y comido por la arena.

—Parafraseando a Napoleón, cuarenta siglos de histeria nos contemplan —dice el Abuelo—. La cabeza de piedra de los eones. «¿Qué es entonces el Hombre?», dijo la Nueva Esfinge, habiendo resuelto Edipo la pregunta de la Vieja Esfinge (sin solucionar nada, porque Ella ya había parido otra de su especie, una niña de culo escocido con una pregunta que nadie ha sido capaz de contestar todavía. Y quizá no puede ser contestada).

—Hablas de un modo raro —dice Chib—, pero me gusta.

Sonríe al Abuelo, queriéndole.

—Te arrastras hasta aquí cada día, no tanto por amor a mí como para ganar conocimiento y perspicacia. Lo he visto y oído todo, y he pensado algo más que un poco. Viajé mucho, antes de refugiarme en esta habitación hace un cuarto de siglo. Y sin embargo, mi confinamiento aquí ha sido la mayor Odisea de todas.

»El viejo marinero

»Me llamo a mí mismo. Un escabeche de sabiduría ha saturado la disolución de cinismo demasiado salado y vida demasiado larga.

—Sonríes como si acabaras de gozar de una mujer —se guasea Chib.

—No, hijo mío. Perdí la tensión en mi verga hace treinta años. Y doy gracias a Dios por ello, ya que me aleja de la tentación de fornicar, por no hablar de la masturbación. Sin embargo, me quedan otras energías, y por tanto intención de otros pecados, y éstos son incluso más importantes.

»Junto al pecado de la realización sexual, que paradójicamente incluye el de

la emisión sexual, tenía otras razones para no solicitar de esa Vieja Ciencia de la Magia Negra fuerzas para excitarme de nuevo. Era demasiado viejo para atraer a las jóvenes excepto con dinero. Y era demasiado poeta, amante de la belleza, para acostarme con las arrugadas vejigas de mi generación o de varias anteriores a la mía.

»Así que ya ves, hijo mío. Mi badajo se balancea flojamente en la campana de mi sexo. Ding, dong, ding, dong. Mucho dong pero poco ding.

El Abuelo ríe profundamente, un rugido de león con rocío de palomas.

—No soy sino el portavoz de los antiguos, un picapleitos que gime por clientes muertos tiempo ha. Venido no a esconderme sino a realizarme, y forzado por mi sentido de la honradez a admitir las faltas del pasado, también. Soy un viejo extraño y encorvado, inquilino como Merlín en su tronco de árbol. Samolxis, el dios oso tracio, hibernando en su cueva. El último de los Siete Durmientes.

El Abuelo se dirige al delgado tubo de plástico que cuelga del techo y baja las empuñaduras plegables del visor.

—Accipiter se cierne al exterior de nuestra casa. Olfatea algo podrido en Beverly Hills, nivel 14. ¿Es posible que Vuelvoaganar Winnegan no haya muerto? El Tío Sam es como un diplodocus golpeado en el culo. Hacen falta 25 años para que el mensaje alcance su cerebro.

Unas lágrimas aparecen en los ojos de Chib. Dice:

—Oh, Dios, Abuelo, no quiero que te ocurra nada.

—¿Qué podría ocurrirle a un viejo de ciento veinte años aparte de fallarle el cerebro o los riñones?

—Con el debido respeto, Abuelo —dice Chib—, estás parloteando.

—Llámame Molino de la Identidad —dice el Abuelo—. La harina que produzco es cocida en el extraño horno de mi ego; o medio cocida, si lo prefieres.

Chib sonríe tras sus lágrimas y dice:

—Me enseñaron en el colegio que los juegos de palabras son baratos y vulgares.

—Lo que es bastante bueno para Homero, Aristófanes, Rabelais y Shakespeare lo es para mí. A propósito, hablando de barato y vulgar, me encontré con tu madre en el recibidor anoche, antes de empezar la partida de

póquer. Yo salía de la cocina con una botella de licor. Casi se desmayó. Pero se recuperó rápidamente e hizo como si no me viera. Quizá pensó que había visto un fantasma. Lo dudo. Lo hubiera chismorreado por toda la ciudad.

—Puede habérselo dicho a su médico —dice Chib—. Te vio hace varias semanas, ¿te acuerdas? Puede haberlo mencionado al quejarse de sus supuestas visiones y alucinaciones.

—Y el viejo matasanos, conociendo la historia de la familia llamó a la O.R.I. Puede ser.

Chib mira por el visor del periscopio. Lo hace girar y mueve los botones de las empuñaduras para levantar y bajar el cíclope del extremo del tubo exterior. Accipiter ronda por el Nido de siete huevos, cada uno en el extremo de una de las anchas escaleras ligeramente curvadas que se extienden ramificándose desde el pedestal central.

Accipiter sube los escalones de una rama hasta la puerta de la señora Applebaum. La puerta se abre.

—Debe de haberla sacado del fornixator —dice Chib—. Y ella debe de encontrarse sola; no le habla por el fido. ¡Dios mío, es más gorda que Mamá!

—¿Por qué no? —dice el Abuelo—. El señor y la señora Cualquiera están sentados todo el día, comen, beben y ven fido, y sus cerebros se convierten en mierda y sus cuerpos en barro. César no hubiera tenido problemas, rodeándose de gordos amigos, en estos días. ¿Tú también comiste, Bruto?

El comentario del Abuelo, sin embargo, no debería aplicarse a la señora Applebaum. Tiene un conducto en la cabeza, y la gente adicta a la fornixación raramente engorda. Se quedan sentados o acostados durante todo el día y parte de la noche, con la aguja clavada en la zona de fornixación del cerebro enviando una serie de pequeñas sacudidas eléctricas. Un éxtasis indescriptible fluye por sus cuerpos con cada impulso, delicia mucho mayor que cualquier placer de comida, bebida o sexo. Es ilegal, pero el gobierno nunca molesta a un usuario a menos que le necesite para alguna otra cosa, ya que un fórnico raras veces tiene hijos. Un 20 % de la población de LA se ha hecho perforar un agujero en la cabeza e insertar un delgado canal para el acceso de la aguja. El 5 % son adictos; se consumen, comiendo de tarde en tarde, con las vejigas hinchadas y vertiendo venenos en la corriente sanguínea.

—Mi hermano y mi hermana deben de haberte visto a veces cuando salías a

por provisiones —dice Chib.

—Ellos también creen que soy un fantasma. ¡A estas alturas! Pero quizás es una buena señal el que puedan creer en algo, aunque sea en un espectro.

—Será mejor que dejes de escaparte a la iglesia.

—La Iglesia y tú sois lo único que me mantiene en marcha. Aunque fue un día triste, cuando me dijiste que no podías creer. Hubieras sido un buen sacerdote, con defectos, desde luego, y yo hubiera podido tener misa y confesión privadas en esta habitación.

Chib no dice nada. Fue a misa y participó en los servicios sólo para complacer al Abuelo. La iglesia era una caracola ovoide que, puesta al oído, sólo dejaba oír el distante rugido de Dios alejándose como el reflujo de la marea.

Hay universos que piden dioses

Y, sin embargo, Él sobrevuela éste buscando trabajo.

De las Memorias del Abuelo

El Abuelo alza el visor. Ríe.

—¡La Oficina de Impuestos! ¡Creí que la habían disuelto! ¿Quién coño tiene ya tantos ingresos como para seguir declarándolos? ¿Crees que sigue funcionando sólo por mí? Podría ser.

Llama a Chib al visor, enfocado hacia el centro de Beverly Hills. Chib tiene una línea de visión entre los Nidos de 7 huevos de los pedestales ramificados. Puede ver parte de la plaza central, los ovoides gigantes del Ayuntamiento, las oficinas federales, el Centro del Pueblo, parte de la espiral masiva en que están situadas las casas de la aristocracia, y la Dora (de Pandora), en donde los del salario púrpura compran sus alimentos y los que tienen ingresos extra sus golosinas. Se ve un extremo del gran lago artificial; barcas y canoas lo surcan y hay gente pescando.

La cúpula de plástico irradiado que cubre los Nidos de Beverly Hill es azul celeste. El sol electrónico sube hacia el cenit. Hay algunas imágenes realistas de nubes e incluso una V de patos emigrando al Sur, sus graznidos disminuyendo poco a poco. Muy bonito para quienes no han estado nunca fuera de los muros

de LA. Pero Chib estuvo dos años en el Cuerpo de Rehabilitación y Conservación de la Naturaleza Mundial —el CRCNM— y conoce la diferencia. Casi decidió desertar con Halcón Rojo Rousseau y unirse a los Neo-Amerindios. Después pensó en ser guardabosques. Pero eso podría significar que acabara disparando o arrestando a Halcón Rojo. Además, no quería ser un empleado del gobierno. Y por encima de todo, quería pintar.

—Ahí está Rex Luscus —dice Chib—. Está siendo entrevistado ante el Centro del Pueblo. Una multitud.

El descubrimiento de Pellucidar

El segundo nombre de Luscus debería haber sido Adelanto. Hombre de gran erudición, con privilegiado acceso a la Librería del Ordenador de LA Mayor y sigiloso como Ulises, siempre está por delante de sus colegas.

Fue él quien fundó la Escuela de Crítica Go-go.

Primalux Ruskinson, su gran competidor, llevó a cabo una amplia investigación cuando Luscus anunció el nombre de su nueva filosofía. Ruskinson proclamó triunfalmente que Luscus había tomado el nombre de un argot antiguo, utilizado a mediados dcl siglo XX.

Luscus, en una entrevista en el fido al día siguiente, dijo que Ruskinson era un estudiante bastante supefficial, como era de esperar.

Go-go venía del idioma hotentote. En hotentote, go-go significaba «examinar», esto es permanecer mirando hasta descubrir algo sobre el objeto (en este caso, el artista y sus obras).

Los críticos hicieron cola para ingresar en la nueva escuela. Ruskinson pensó en suicidarse, pero en vez de eso acusó a Luscus de haber mamado su camino ascendente por la escala del éxito.

Luscus replicó en el fido que su vida privada era cosa suya y que Ruskinson corría peligro de ser denunciado por violación de intimidad. Sin embargo, no merecía más esfuerzo que el de un hombre que aparta un mosquito.

—¿Qué demonios es un mosquito? —dijeron millones de fidovidentes—. Nos gustaría que el Gran Cerebro hablase en un lenguaje que pudiéramos entender.

La voz de Luscus se desvaneció por un minuto mientras los locutores lo

explicaban, ya que acababan de recibir una nota de un controlador que había buscado la palabra en la enciclopedia de la emisora.

Luscus vivió de la novedad de la Escuela Go-go durante dos años.

Después restableció su prestigio, que había ido difuminándose ligeramente, con su filosofía del Hombre Totipotencial. Ésta se hizo tan popular que la Oficina de Desarrollo y Recreación de la Cultura requisó una hora diaria del fido durante un año y medio para el programa inicial de Totipotencialización.

> Comentario escrito por el Abuelo Winnegan en sus Eyaculaciones Privadas:
> *¿Y el Hombre Totipotencial, esa apoteosis de la individualidad y del completo desarrollo psicosomático, la Ubermensch democrática, tal como la recomendó Rex Luscus, el sexualmente zurdo? ¡Pobre viejo Tío Sam! Intentando moldear a los más adelantados de sus ciudadanos en una forma sencilla y estable para poder controlarlos…* Y al mismo tiempo, ¡intentando animar a todos y cada uno a desarrollar sus capacidades inherentes, si las tienen! ¡El pobre viejo esquizofrénico de largas piernas, barba con patillas, corazón blando y cerebro duro! Verdaderamente, la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha. Es mas, la mano derecha no sabe lo que hace la mano derecha.

—¿Y el Hombre Totipotencial? —replicó Luscus al Presidente durante la cuarta sesión de la «Serie de Lecturas de Luscus»—. ¿Cómo se contrapone al Zeitgeist contemporáneo? No lo hace. El Hombre Totipotencial es un imperativo de nuestro tiempo. Debe surgir antes de que el Mundo Dorado pueda realizarse. ¿Cómo podéis tener una Utopía sin habitantes utópicos, un Mundo de Oro con hombres de latón?

Fue durante ese Día Memorable que Luscus pronunció su conferencia sobre el Descubrimiento de Pellucidar, haciendo famoso a Chibiabos Winnegan. Y por algo más que casualidad, situó a Luscus a una distancia récord por delante de sus competidores.

—¿Pellucidar? ¿Pellucidar? —murmura Ruskinson—. Oh, Dios, ¿qué está haciendo ahora el Cencerro?

—Me llevará algún tiempo explicar por qué uso esta frase para describir el

estallido de genio de Winnegan —continúa Luscus—. En primer lugar, voy a hacer como que viajo

»Del Ártico a Illinois.

»Veamos: Confucio dijo en cierta ocasión que un oso polar no podría tirarse un pedo en el Polo Norte sin provocar un huracán en Chicago.

»Con eso quería decir que todos los acontecimientos, y por tanto todos los hombres, están interconectados en una tela de araña irrompible. Lo que un hombre hace, no importa cuán insignificante parezca, vibra por las hebras y afecta a todos los hombres.

Ho Chung Ko, ante su fido en el nivel 30 de Lhasa, Tibet, le dice a su mujer:

—Ese gilipollas blanco no se ha enterado de nada. Confucio nunca dijo eso. ¡Lenin nos valga! Voy a llamarle y a ponerle en un aprieto.

Su mujer dice:

—Cambia de canal. Pai Ting Place está en antena y…

Ngombe, nivel 10, Nairobi:

—Los críticos de aquí son un puñado de bastardos negros. Fíjate en Luscus: podría reconocer mi genio en un segundo. Voy a inscribirme en la Oficina de Emigración mañana por la mañana.

Su mujer:

—¡Por lo menos podrías preguntarme si quiero ir! ¿Y los niños…, madre…, amigos…, perro?

Y así sucesivamente, en la noche sin leones del África autoluminosa.

—…El ex presidente Radinoff dijo una vez que ésta es la «Era del Hombre Enchufado» —continúa Luscus—. Se han hecho algunas vulgares observaciones sobre esta, para mí, profunda frase. Pero Radinoff no quería decir que la sociedad humana sea una guirnalda de flores. Quería decir que la corriente de la sociedad moderna fluye por un circuito del que todos formamos parte. Ésta es la Edad de la Completa Interconexión. Ningún cable puede quedar suelto; en caso

contrario, todos cortocircuitamos. Sin embargo, es innegable que una vida sin individualidad no merece la pena de ser vivida. Cada hombre debe ser un hapaxlegómeno…

Ruskinson salta de su silla y ruge:

—¡Conozco esa frase! ¡Esta vez te he cogido, Luscus!

Está tan excitado que cae en un desmayo, síntoma de un defecto hereditario muy extendido. Cuando se recupera, la lectura ha terminado. Se lanza hacia el magnetofón para ver lo que se ha perdido. Pero Luscus ha evitado cuidadosamente definir el Descubrimiento de Pellucidar. Lo explicará en otra lectura.

El Abuelo, de vuelta al visor, silba.

—Me siento como un astrónomo. Los planetas orbitan alrededor de nuestra casa, que es el Sol. Ahí está Accipiter (el más cercano): Mercurio, aunque no es el dios de los ladrones sino su némesis. Sigue Benedictine, tu Venus de triste vientre. ¡Duro, duro, duro! El esperma aplastaría sus cabezas contra el óvulo de roca. ¿Estás seguro de que está embarazada?

»Tu Mamá está ahí fuera, vestida con una especie de mortaja, y me gustaría que en efecto alguien la matara. La Madre Tierra se dirige al perigeo del almacén del Gomierdo para gastar tu dinero.

El Abuelo se tensa como en la cubierta de un buque que gira, con las venas azul negras de sus piernas gruesas como parras alrededor de un roble viejo.

—Breve salto del papel de Herr Doktor Sternscheissdreckschnuppe, el gran astrónomo, al del Unterseeboot Kapitan von Schooten die Fischen in der Barrel. Ach! Feo totafía el barrco de fapor, deine Mamá, asomanto, huntiéntose, rrotando en los marres del alcohol. Brrujula rrota; a la deriva. Tres aspas al viento. Ruedas de palas girando en el aire. La pandilla negra dejándose las pelotas en sudor, abasteciendo los hornos de la frustración. Hélice enredada en las redes de la neurosis. Y la gran Ballena Blanca, un destello en las oscuras profundidades, subiendo de prisa, decidida a ver ensartado su vientre, demasiado grande para fallar. Pobre navío condenado, lloro por él. También vomito de asco.

»¡Fuego el uno! ¡Fuego el dos! ¡Baruuummm! Mamá gira, con un agujero irregular en la piel, pero no el que estás pensando. Se hunde, la nariz por delante, como corresponde a un saltador de trampolín experto, con su gran popa levantándose en el aire. ¡Blub, blub! ¡Cinco brazas!

»Y así, volvemos desde las profundidades del mar al espacio exterior. Tu Marte selvático, Halcón Rojo, acaba de salir de la taberna. Y Luscus, Júpiter, el tuerto Padre de Todas las Artes, si me perdonas que mezcle las mitologías nórdica y latina, está rodeado por un enjambre de satélites.

«La excreción es la parte amarga del valor», dice Luscus a los reporteros del fido.

—Con eso quiero decir que Winnegan, como todo artista, grande o no, produce arte que es, primero, secreción, única para él, y después excreción. Sé que mis distinguidos colegas se burlarán de esta analogía, así que les reto desde aquí a un debate en el fido cuando haya ocasión.

»El valor viene de la valentía del artista de mostrar al público sus productos internos. La parte amarga viene del hecho de que el artista puede ser rechazado o mal comprendido en su época, y también de la terrible guerra que se produce en el artista con los elementos inconexos o caóticos, a menudo contradictorios, que deben unir y moldear en una única entidad. De ahí mi concepto de «excreción discreta».

Reportero del fido:

—¿Debemos entender que todo es un gran montón de mierda, pero que el arte hace un extraño cambio en él, moldeándolo en algo dorado y luminoso?

—No exactamente, pero por ahí van los tiros. Lo desarrollaré y explicaré en otra ocasión. Por ahora, quiero hablar sobre Winnegan. Veamos. Los artistas menores sólo muestran la superficie de las cosas; son fotógrafos. Pero los grandes muestran la interioridad de los objetos y seres. Winnegan, sin embargo, es el primero en revelar más de una interioridad en una sola obra de arte. Su invención de la técnica del altorrelieve multinivel le permite epifanizar, mostrar en profundidad, capa tras capa subterránea.

Primalux Ruskinson, en voz alta:

—¡El gran Pelador de Cebollas de la pintura!

Luscus, calmosamente, cuando acaban las risas:

—En cierto sentido, eso está bien expresado. El arte grande, como una cebolla, lleva lágrimas a los ojos. Sin embargo, la luz de los cuadros de Winnegan no es sólo un reflejo, es absorbida, diferida y fraccionada. Cada uno

de los rayos de luz rotos hace visibles no ya varios aspectos de las figuras interiores, sino figuras completas. Mundos, podría decir.

»Llamo a esto el Descubrimiento de Pellucidar. Pellucidar es la cavidad interior de nuestro planeta, tal como fue descrita en una novela fantástica ahora olvidada de un escritor del siglo XX, Edgar Rice Burroughs, creador del inmortal Tarzán.

Ruskinson gime y se siente débil de nuevo:

—¡Pellucid! ¡Pellucidar! ¡Luscus, bastardo exhumador de símbolos!

—El héroe de Burroughs atravesó la corteza de la Tierra para descubrir, dentro, otro mundo. Era en ciertos sentidos el inverso del exterior: continentes donde están los mares y viceversa. Del mismo modo, Winnegan ha descubierto un mundo interior, el reverso de la imagen pública que proyecta Cualquierhombre. Y como el héroe de Burroughs, ha regresado con un relato asombroso de la exploración de la psique y sus peligros.

»E igual que el héroe imaginario descubrió que Pellucidar estaba poblado de hombres y dinosaurios de la Edad de Piedra, el mundo de Winnegan es, aunque absolutamente moderno en cierto sentido, arcaico en otro. Abismalmente primitivo. Pero en la iluminación del mundo de Winnegan hay una senda malvada e inescrutable de negrura, y ésta tiene su pareja (en Pellucidar) en la pequeña luna fija que proyecta una sombra gélida e inmóvil.

»Yo pretendía que pellucid formase parte de Pellucidar. Pero pellucid significa «que refleja la luz uniformemente por toda la superficie» o «que admite el máximo paso de la luz sin distorsión ni difusión». La pintura de Winnegan hace precisamente lo contrario. Sin embargo, bajo la luz rota y torcida, el observador penetrante puede ver una luminosidad prístina, uniforme y recta. Es la luz que enlaza todas las fracturas y multiniveles, la luz en que yo pensaba durante mi anterior conferencia sobre la «Era del Hombre Enchufado» y el oso polar.

»Mediante la contemplación intensa, un observador puede percibir esto, sentirlo como si fuera el relampagueo fotónico del palpitar del corazón del mundo de Winnegan.

Ruskinson casi se desmaya. La sonrisa y el monóculo negro de Luscus le confieren la apariencia de un pirata que acabara de capturar un galeón español lleno de oro.

El Abuelo, todavía al periscopio, dice:

—Y ahí está Maryam Ben Yusuf, la ramera egipcia de la que me hablabas. Tu Saturno, lejano, regio, frío, y llevando uno de esos multicolores sombreros giratorios colgantes que hacen furor. ¿Los anillos de Saturno? ¿O un halo de santidad?

—Es hermosa, y sería una madre maravillosa para mis hijos —dice Chib.

—El encanto de Arabia. Tu Saturno tiene dos lunas, madre y tía. ¡Damas de compafúa! ¡Y dices que sería una buena madre! ¡Qué buena esposa! ¿Es inteligente?

—Tanto como Benedictine.

—Una basura, entonces. No cabe duda de que sabes elegirlas. ¿Cómo sabes que la quieres? Has amado a veinte en los seis últimos meses.

—La quiero. Eso es un hecho.

—Hasta la próxima. ¿Puedes realmente querer a algo excepto a tu pintura? Benedictine va a abortar, ¿no?

—No si puedo disuadirla. Para ser sincero, ya ni siquiera me gusta. Pero lleva a mi hijo.

—Déjame ver tu pelvis. No, eres macho. Por un momento no estuve seguro; estás tan loco por tener un hijo…

—Un niño es un milagro capaz de hacer dudar a sextillones de infieles.

—También crían los ratones. Pero ¿no sabes que el Tío Sam ha estado haciendo propaganda desesperadamente para reducir la procreación? ¿Dónde has estado toda tu vida?

—Tengo que irme, Abuelo.

Chib besa al viejo y vuelve a su habitación para terminar su último cuadro. La puerta aún se niega a reconocerle, y él llama al taller de reparaciones del Gomierdo; sólo para que le digan que todos los técnicos están en el Festival del Pueblo. Sale de la casa rojo de ira. Las serpentinas y los globos ondean y se agitan en el viento artificial, incrementado para esta ocasión, y una orquesta toca junto al lago.

Por el visor, el Abuelo le ve irse.

—¡Pobre diablo! Me duele su pena. Quiere un hijo, y está desgarrado por dentro porque esa pobre mujer de Benedictine va a abortárselo. Parte de su

agonía, aunque él no lo sabe, es identificación con el niño condenado. Su propia madre ha tenido innumerables, bueno, bastantes, abortos. De no ser por gracia de Dios, él habría sido uno de ellos, otra nada. Quiere que este niño tenga también una oportunidad. Pero no puede hacer nada, nada.

»Y tiene otro sentimiento, uno que comparte con la mayoría de las personas. Sabe que ha desviado su vida, o algo la ha torcido. Todo hombre o mujer pensante lo sabe. Incluso los orgullosos y los obtusos se dan cuenta de ello inconscientemente. Pero un niño, ese ser maravilloso, esa limpia tabula rasa, ángel no formado, representa una nueva esperanza. Quizá no se torcerá. Quizá crecerá para ser una persona sana, confiada, razonable, de buen humor, generosa, amante. «No será como yo o mi vecino», jura el padre, orgulloso pero aprensivo.

»Chib lo cree y promete que su hijo será diferente. Pero, como todos los demás, se engaña a sí mismo. Cada niño tiene un solo padre y una sola madre, pero trillones de tíos y tías. No sólo sus contemporáneos; también los muertos. Aunque Chib huyera a la naturaleza y criara por sí mismo al niño, le estaría enseñando sus propios prejuicios inconscientes. El niño crecería con creencias y actitudes de las que el padre ni siquiera está al corriente. Además, siendo criado en el aislamiento, el niño sería un ser humano muy peculiar, verdaderamente.

»Y si Chib cría al niño en esta sociedad, es inevitable que asimile parte de las actitudes de sus compañeros de juegos, de sus profesores, y así sucesivamente ad nauseam.

»Así que desiste de hacer un nuevo Adán de tu maravilloso hijo en potencia, Chib. Si llega a ser al menos medio sano, será porque le des amor y disciplina y porque tenga suerte en sus contactos sociales y porque haya sido bendecido al nacer con la correcta combinación de genes. Es decir, porque tu hijo o hija sea tanto un luchador como un amante.

«La pesadilla de uno es el correrse en sueños de otro»,

dice el Abuelo.

—Estaba hablando el otro día con Dante Alighieri, y me contaba qué infierno de estupidez, crueldad, perversidad, ateísmo y peligro abierto era el siglo XVI. El XIX le dejó balbuceante, buscando sin esperanza invectivas suficientemente adecuadas.

»En cuanto a nuestra época, le subió de tal modo la presión sanguínea que tuve que administrarle un tranquilizante y enviarle de vuelta, vía máquina del tiempo, con una enfermera. Se parecía a Beatriz, así que debía de ser exactamente la medicina que él necesitaba…, quizá.

El Abuelo cloquea de risa, recordando que Chib, de niño, le tomaba en serio cuando él describía a sus visitantes de la máquina del tiempo, tales como Nabucodonosor, Rey de los Comedores de Hierba; Sansón, Resolvedor de Enigmas y Azote de los Filisteos; Moisés, que le robó un dios a su suegro kenita y luchó contra la circuncisión toda su vida; Buda, el Beatnik Original; No-Musgo Sísifo, tomándose unas vacaciones en el rodar de su piedra; Androcles con su pequeño vastago, Cobarde León de Oz; el Barón von Richthofen, Caballero Rojo de Alemania; Beowulf; Al Capone; Hiawatha; Iván el Terrible, y cientos de otros.

Llegó un día en que el Abuelo se alarmó y decidió que Chib estaba confundiendo fantasía y realidad. Odiaba decirle al muchacho que se había estado inventando todos esos maravillosos cuentos, más que nada para enseñarle Historia. Era como decirle a un niño que Santa Claus no existe.

Y entonces, cuando estaba dando de mala gana la noticia a su nieto, se dio cuenta de la risa difícilmente contenida de Chib y supo que era su turno de que le tomaran el pelo. Chib nunca había estado engañado, o bien había encajado la confesión sin impacto. Así que ambos soltaron la carcajada y el Abuelo siguió hablando de sus visitantes.

—No hay Máquinas del Tiempo —dice el Abuelo—. Te guste o no, Pequeño Saltamontes, tienes que vivir en esta tu época.

»Las máquinas trabajan en los Niveles de fabricación de bienes de consumo en un silencio roto sólo por la charla de algunos técnicos. Las grandes tuberías del fondo de los mares absorben agua y lodo. Este material es llevado automáticamente por tubos hasta los diez Niveles de producción de LA. Allí los compuestos inorgánicos son convertidos en energía y después en comida, bebida, medicinas y aparatos. Hay muy poca agricultura o ganadería fuera de los muros de la ciudad, pero hay superabundancia de vegetales y carne para todos. Artificiales, pero duplicados exactos de la materia orgánica, así que ¿quién nota la diferencia?

»Ya no hay hambre ni necesidades en ninguna parte, excepto entre los

exiliados voluntarios que vagan por los bosques. Y la comida y las manufacturas se transportan a las Pandoras y se distribuyen a los receptores del salario púrpura. El salario púrpura. Un eufemismo de la avenida Madison con inflexiones de realeza y de derecho divino. Ganado sólo por haber nacido.

»Otras épocas considerarían delirante a la nuestra, y sin embargo tiene ventajas que no tenían aquéllas. Para combatir la transitoriedad y el desarraigo, la megápolis está dividida en pequeñas comunidades. Un hombre puede pasar toda su vida sin tener que moverse para obtener cualquier cosa que necesite. Como consecuencia, han surgido un provincialismo, un nacionalismo de patria chica y una hostilidad hacia los extranjeros. De ahí las sangrientas luchas de pandillas juveniles de distintas ciudades. La polémica intensa y viciosa. La insistencia en implantar y apegarse a costumbres locales.

»Al mismo tiempo, el ciudadano de patria chica tiene fido, que le permite ver los acontecimientos de todo el mundo. Entremezclada con basura y propaganda, que el gobierno considera buena para el pueblo, hay una infinita variedad de programas soberbios. Un hombre puede obtener el equivalente a un doctorado en Filosofía sin moverse de casa.

»Un nuevo Renacimiento ha llegado, una floración de las artes comparable a la de la Atenas de Pericles y las ciudades-estado de la Italia de Miguel Ángel o la Inglaterra de Shakespeare. Paradójico: más analfabetos que nunca antes en la historia del mundo; pero también más intelectuales. Los que hablan el latín clásico superan en número a los de los días de César. El mundo de la estética produce un fruto fabuloso. Y desde luego, madura.

»Para reducir el provincialismo y para hacer la guerra internacional aún más improbable, tenemos la norma mundial de la «homogeneización» El intercambio voluntario de parte de la población de un país con la de otro. Rehenes de la paz y del amor fraterno. Los ciudadanos que no pueden soportar vivir sólo del salario púrpura o creen que serán más felices en otro lugar son inducidos a emigrar con sobornos.

»Un Mundo Dorado en algunos aspectos; una pesadilla en otros. Así que, ¿qué hay de nuevo en el mundo? Siempre fue así en cada época. La nuestra ha tenido que lidiar con la superpoblación y la automatización. ¿De qué otro modo podría haberse resuelto el problema? Es el asno de Buridan, muriendo de hambre porque no puede decidir cuál de dos partes iguales de pienso comer.

»Historia: un pons asinorum en que los hombres son los asnos en el puente del tiempo.

»No, esas dos comparaciones no son ni sinceras ni correctas. Es el caballo de Hobson: la única elección posible es el animal del establo más próximo. ¡El Zeitgeist gobierna esta noche, y el demonio elige el más lejano!

»Los firmantes del Manifiesto de la Triple Revolución del siglo XX previeron con exactitud algunos aspectos. Pero le quitaron importancia a la falta de trabajo que la Triple Revolución produciría en el señor Cualquiera. Creían que todos los hombres tienen la misma capacidad de desarrollar tendencias artísticas, que todos podrían dedicarse a las artes, oficios y aficiones o a la educación por la educación. No se enfrentaron a la «no democrática» realidad de que sólo un diez por ciento aproximadamente de la población, si llega, es capaz inherentemente de producir algo valioso, o siquiera levemente interesante, en las artes. Oficios, aficiones y una educación académica durante toda la vida aburren pronto, así que… de vuelta al licor, al fido y al adulterio.

»Careciendo de respeto hacia sí mismo, el padre se hace calavera, nómada en las estepas del sexo. La Madre, con M mayúscula, se convierte en la figura dominante de la familia. Puede estar juergueando también, pero cuida de los niños; está cerca la mayor parte del tiempo. Así, siendo el padre una figura minúscula, ausente, débil o indiferente, los niños se hacen a menudo homosexuales o ambisexuales. La tierra de las maravillas es también la tierra de los eunucos.

»Algunas características de este tiempo podrían haber sido previstas. La liberalidad sexual es una de ellas, aunque nadie podría haber previsto a qué extremo llegaría. Pero tampoco hubiera podido nadie prever la secta Panamorita, a pesar de haber parido América cultos con ribetes lunáticos como una rana produce renacuajos. El monómano de ayer es el Mesías de mañana; y así, Sheltey y sus discípulos han sobrevivido a años de persecución, y sus preceptos están imbuidos en nuestra cultura.

El Abuelo enfoca de nuevo el objetivo del visor en Chib.

—Ahí va mi maravilloso nieto, llevando regalos a los griegos. Hasta ahora, ese Hércules ha fracasado en limpiar su establo de Augias psíquico. Sin embargo, puede tener éxito, ese Apolo atolondrado, ese Edipo náufrago. Es más feliz que la mayoría de sus contemporáneos. Ha tenido un padre permanente,

aunque secreto; un bufón viejo que se esconde de la así llamada Justicia. Ha tenido amor, disciplina y una educación soberbia en esta habitación estrellada. También tiene la suerte de tener una profesión.

»Pero Mamá gasta demasiado y es adicta al juego, vicio que le priva de sus ingresos completamente seguros. Se supone que yo estoy muerto, así que no gano el salario púrpura. Chib tiene que soportar todo esto vendiendo o cambiando sus cuadros. Luscus le ha ayudado haciéndole propaganda, pero en cualquier momento puede volverse contra él. El dinero de los cuadros aún no es bastante. Al fin y al cabo, el dinero no es la base de nuestra economía apenas es una ayuda. Chib necesita el premio, pero no lo logrará a menos que permita a Luscus hacerle el amor.

»No es que Chib rechace las relaciones homosexuales. Como la mayoría de sus contemporáneos, es sexualmente ambivalente. Creo que él y Omar Runic todavía se acuestan juntos ocasionalmente. ¿Y por qué no? Se aman. Pero Chib rechaza a Luscus por cuestión de principios. No se prostituirá para avanzar en su carrera. Es más Chib cree en una distinción que está profundamente arraigada en esta sociedad: piensa que la homosexualidad voluntaria es natural (sea cual sea el significado de esta palabra), pero que la homosexualidad compulsiva es, para usar un término anticuado, ridícula. Válida o no, la distinción está hecha.

»Así que quizá Chib vaya a Egipto. Pero entonces ¿qué será de mí?

»No te preocupes por mí o por tu madre, Chib. No importa lo que pase. No te des a Luscus. Recuerda las palabras que pronunció al morir Singleton, Director de la Oficina de Rehabilitación y Redistribución, quien se suicidó porque no podía ajustarse a los nuevos tiempos: «¿Qué pasa cuando un hombre gana el mundo y pierde el culo?».

En este momento, el Abuelo ve que su nieto, que ha estado caminando con los hombros un poco caídos, los endereza de repente. Y le ve comenzar una danza, un quiebro algo improvisado seguido de una serie de giros. Es evidente que Chib está cantando a voces. Los viandantes sonríen a su alrededor.

El Abuelo gruñe y después ríe.

—¡Oh, Dios, la lasciva energía de la juventud, el impredecible desplazamiento del espectro desde la negra pena a la alegría naranja brillante! ¡Baila, Chib, baila hasta perder la loca cabeza! Sé feliz, aunque sea por un momento! ¡Aún eres joven, tienes el bullir de la esperanza inconquistable

profundamente impreso en tus saltos! ¡Baila, Chib, baila!

Ríe y se seca una lágrima.

Implicaciones sexuales de la carga de la brigada ligera

es un libro tan fascinante que el doctor Jespersen Joyce Bathymens, psicolingüista de la Oficina Federal de Reconfiguración e Intercomunicabilidad de Grupos, detesta interrumpir su lectura. Pero el deber le llama.

—Un rábano no es necesariamente rojizo —dice al dictáfono—. Los Jóvenes Rábanos denominaron así a su grupo porque un rábano es una raíz, y por tanto es radical.

»Sin embargo, no son lo que yo llamaría la izquierda política; representan el resentimiento actual contra la Vida en General, y no promueven una directriz de reconstrucción radical. Aúllan contra las Cosas Tal Como Son, como monos en un árbol, pero nunca hacen una crítica constructiva. Quieren destruir, sin la menor idea de qué hacer tras la destrucción.

»En pocas palabras, representan el cacarear y ladrar del ciudadano medio, difiriendo en que están más organizados. Hay miles de grupos como ellos en LA y posiblemente millones en el mundo. De niños, tuvieron una vida normal. De hecho, nacieron y crecieron en el mismo Nido, lo cual es uno de los motivos por los que fueron elegidos para este estudio. ¿Qué fenómeno produjo diez personas creativas semejantes, todas amamantadas en las siete casas del Area 64-14, desde que las pusieron juntas en el mismo corral de juegos, en lo alto del pedestal, mientras que una madre tomaba su turno de cuidarles, y las otras hacían lo que tuvieran que hacer, que… ¿Qué estaba diciendo?

»Ah, sí, tuvieron una vida normal, fueron al mismo colegio, hicieron novillos, gozaron del juego sexual corriente entre ellos, se unieron a bandas juveniles y tomaron parte en algunas guerras bastante sangrientas con el Barrio Oeste y con otras bandas. Todos se distinguían, sin embargo, por una curiosidad intelectual intensa, y todos se hicieron activos en las artes creativas.

»Se ha sugerido la posibilidad, y puede ser cierta, de que ese misterioso extranjero, Raleigh Renacimiento, fuera el padre de todos ellos. Eso no se puede demostrar, pero es posible. Raleigh Renacimiento vivía en la casa de la señora Winnegan por aquel tiempo, pero parece haber sido extrañamente activo en el

Nido, y en verdad por todo Beverly Hills en lo que se refiere a sus contactos sexuales. De dónde vino ese hombre, quién era y adónde iba no se sabe aún, a pesar de la intensa investigación realizada por varias agencias. No tenía DNI ni otros carnets de ninguna clase, y sin embargo estuvieron mucho tiempo sin pedirle la documentación. Parece haber estado liado con el Jefe de Policía de Beverly Hills, y posiblemente con algunos de los agentes federales destacados allí.

»Vivió durante dos años con la señora Winnegan, después desapareció. Se rumorea que dejó LA para unirse a una tribu de NeoAmerindios blancos, a veces llamados los Indios Seminales

»Bueno, volviendo a los Jóvenes Rábanos, se rebelan contra la Imagen Padre del Tío Sam, a quien aman y odian. Por supuesto «tío» está relacionado en sus subconscientes con tíoc, término de argot que significa «extraño, improbable, fantástico», lo cual indica que sus propios padres eran extraños para ellos. Todos proceden de hogares en los que el padre no existía o era débil, fenómeno lamentablemente común en nuestra época.

»Yo nunca conocí a mi propio padre… Tooney, borra eso como irrelevante. Tíoc también significa «noticias» o «nuevas», indicando que los infortunados jóvenes esperan ávidamente noticias de la vuelta de sus padres y quizá desean secretamente la reconciliación con el Tío Sam, esto es con sus padres.

»El Tío Sam. Sam es una abreviatura de Samuel, del hebreo Shemu-el, que significa «El Nombre de Dios». Todos los Rábanos son ateos, aunque algunos, especialmente Omar Runic y Chibiabos Winnegan, recibieron de pequeños educación religiosa (Panamorita y Católica, respectivamente).

»La rebeldía del joven Winnegan contra Dios y contra la Iglesia Católica fue reforzada sin duda por el hecho de que su madre le obligó a usar fuertes Catárticos cuando tuvo un estreñimiento crónico. Probablemente también se resintió de tener que aprender el Catecismo cuando lo que le apetecía era jugar. Y existe aquel incidente, profundamente significativo y traumático, en que le aplicaron un Catéter (este negarse a defecar del joven será analizado en un informe posterior).

»El Tío Sam: el símbolo del Padre. Símbolo es por sí mismo un juego de palabras tan evidente que no me voy a molestar en señalarlo. Quizá también lo es con respecto a bolo, en el sentido de «tócate el bolo»… Obsérvese esta

expresión en el Infierno de Dante, donde algún italiano que estaba en el infierno dijo: «¡Tócate el bolo, Dios!», mordiéndose el pulgar: antiguo gesto de desafío y falta de respeto. ¿Hmm? Morderse el pulgar…, ¿una característica infantil?

»Sam da pie también a un juego de palabras multinivel sobre términos relacionados fonética, ortográfica y semisemánticamente. Es significativo que el joven Winnegan no pueda soportar que le llamen «monín»; dice que su madre se lo llamó tantas veces que le da náuseas. Sin embargo, la palabra tiene un significado más profundo para él. Por ejemplo, sambolo es un «mono» asiático cuya piel tiene «tres» colores. Obviamente, los tres colores simbolizan, para él, el Manifiesto de la Triple Revolución, el punto de partida histórico de nuestra era, a la que Chib dice odiar tanto. Los tres colores son también arquetipos de la Santísima Trinidad, contra la que blasfeman frecuentemente los Jóvenes Rábanos.

»Podría hacer notar que en esto el grupo difiere de otros que he estudiado. Los otros empleaban una infrecuente y blanda blasfemia, a tono con el suave, en verdad pálido, espíritu religioso dominante hoy día. Los grandes blasfemos sólo proliferan cuando proliferan los grandes creyentes.

»SAM también se relaciona con SUMiso, indicando que el subconsciente de los Rábanos quiere SOMeterse.

»Sam el Infirme, arcaico eufemismo por enfermo. ¿Es el Tío Sam un Sam Enfermo de padre?… Será mejor que borres eso, Tooney. Es posible que estos altamente educados jóvenes hayan leído sobre esa anticuada frase, pero no es confirmable. No quiero sugerir conexiones que pudieran hacerme aparecer ridículo.

»Samsob. ¿Sobrino de Sam? ¿Sombra de Sam? Que lleva naturalmente a Sansón, quien derrumbó el templo de los filisteos sobre sí mismo y sobre ellos. Estos chicos hablan de hacer lo mismo. ¡Je, je! Me recuerdan a mí a su edad, antes de madurar. Borra la última observación, Tooney.

»Samovar. Esta palabra rusa significa, literaimente, «hirviente». No hay duda de que los Rábanos hierven de fervor revolucionario. Y sin embargo, sus perturbadas psiques saben en el fondo que el Tío Sam es el siempre amoroso Padre-Madre, que sólo tiene en el corazón las mejores intenciones. Pero se obiigan a odiarlo, y por tanto hierven.

»Bueno, Tooney, envíaselo al jefe. Yo tengo que irme. Voy con retraso para

comer con Madre; se trastorna mucho cuando no llego en punto.

»¡Ah, posdata! Recomiendo que los agentes vigilen a Winnegan más de cerca. Sus amigos echan humo psíquico hablando y bebiendo, pero él ha alterado de repente su norma de conducta. Tiene largos períodos de silencio y ha dejado el tabaco, la bebida y el sexo.

No hay negocio sin honor,

ni siquiera hoy en día. El Gomierdo no tiene reparos abiertos contra las tabernas particulares, dirigidas por ciudadanos que hayan pasado todos los exámenes, realizado las inscripciones correspondientes, pagado todas las tasas de la licencia y sobornado a los concejales y jefe de policía locales. Ya que no hay sitio previsto para ellas ni ningún gran edificio disponible para alquilar, la tabernas están en las casas de los propios dueños.

«El Universo Privado» es la favorita de Chib, en parte porque su propietario opera ilegalmente. Dionysus Gobrinus, incapaz de abrirse camino por entre las barricadas, filtros y trampas del procedimiento policial, ha dejado de intentar obtener una licencia.

Abiertamente, tiene pintado el nombre de su establecimiento sobre las ecuaciones matemáticas que una vez distinguieron el exterior de la casa (profesor de matemáticas en Beverly Hills, Universidad 24, llamado Al-Khwarizmi Descartes Lobachevsky, ha renunciado y vuelto a cambiar de nombre). El salón y varios dormitorios han sido acondicionados para la bebida y la juerga. No hay clientes egipcios, probablemente a causa de su hipersensibilidad a los floridos sentimientos escritos por el público en las paredes interiores:

MORIR, MOROS
MAHOMA ERA HIJO DE UNA PERRA VIRGEN
LA ESFINGE APESTA
¡ACUÉRDATE DEL MAR ROJO!
EL PROFETA TIENE UNA VERGA DE CAMELLO

Algunos de los que escribieron los insultos tienen padres, abuelos y

bisabuelos que fueron objeto a su vez de burlas similares.

Pero sus descendientes están completamente asimilados, son de Beverly Hills hasta la médula. De tales es el reino de los hombres.

Gobrinus, una raíz cúbica de hombre, está de pie tras la barra que es cuadrada en protesta contra el ovoide. Sobre él hay un gran letrero:

El hidromiel de un hombre es veneno para otro.

Gobrinus ha explicado este juego de palabras muchas veces, no siempre a la satisfacción de sus oyentes. Baste saber que Poisson (veneno) era un matemático, y que la distribución de frecuencias de Poisson es una buena aproximación a la distribución binomial cuando el número de ensayos crece y la probabilidad de éxito de un solo ensayo es pequeña.

Cuando un cliente se emborracha demasiado para permitirle beber más, es expulsado de la taberna de cabeza, con combustión furiosa y ruina total, por Gobrinus, que grita: «¡Veneno! ¡Veneno!».

Los amigos de Chib, los Jóvenes Rábanos, sentados a una mesa hexagonal, le saludan, y sus palabras son un eco inconsciente de las del psicolingüista federal al estudiar su conducta reciente.

—¡Chib el monje! ¡Chiquito y bueno, como siempre! ¡Buscando a una Chibita, sin duda! ¡Elige!

Madame Trismegista, sentada ante una mesita grabada como un Sello de Salomón, le saluda. Lleva como mujer de Gobrinus dos años, un récord conseguido porque lo acuchillaría si él la dejara. Además, Gobrinus cree que ella puede engañar de algún modo a su destino con los naipes que maneja. En esta edad de iluminación el adivino y el astrólogo proliferan. Según galopa la ciencia, la ignorancia y la superstición avanzan a sus flancos y le muerden la grupa con grandes dientes negros.

El propio Gobrinus, doctor en Filosofía, portador de la antorcha del conocimiento (hasta hace poco, por lo menos), no cree en Dios. Pero está convencido de que las estrellas se encaminan hacia una conjunción funesta para él. Con una extraña lógica, cree que las cartas de su mujer controlan las estrellas; no sabe que la adivinación con naipes y la astrología son campos completamente separados.

¿Qué se puede esperar de un hombre que sostiene que el Universo es asimétrico?

Chib saluda con la mano a Madame Trismegista y se dirige a otra mesa. Ante ella está sentada

Una adolescoiteante típica,

Benedictine Serinus Melba. Es alta y esbelta, y tiene estrechas caderas de lémur y piernas delgadas, pero grandes pechos. Su pelo, negro como las pupilas de sus ojos, con la raya al medio, está pegado a la cabeza con una laca perfumada y dividido en dos largas trenzas. Estas pasan sobre sus hombros desnudos y se unen con un broche dorado bajo la garganta. Desde el broche, que tiene forma de nota musical, se separan de nuevo, rodeando cada una un pecho. Otro broche las une, y se separan para rodear el torso hasta la espalda, donde de nuevo son unidas por un broche y vuelven para encontrarse en el vientre. Una vez más las reúne un broche, y las delgadas cascadas fluyen negramente sobre el frente de la falda de campana.

Su cara está densamente cargada de verde, aguamarina, señal cosmética de belleza, y topacio. Lleva un sujetador amarillo con pezones artificiales de color rosa; lazos de encaje cuelgan del sujetador. Un medio corpiño, verde brillante con rosetas negras, rodea su cintura. Sobre él, medio ocultándolo, hay una estructura de alambres cubierta de un material acolchado rosa brillante. Se extiende tras la espalda formando un medio fuselaje o una larga cola de pájaro, a la que están unidas largas plumas artificiales amarillas y carmesíes.

Una falda translúcida, larga hasta los tobillos, ondea. No esconde las ligas a rayas amarillas y verde oscuro ribeteadas de lazos, los blancos muslos ni las negras medias de malla con cierres verdes en forma de notas musicales. Sus zapatos son de un azul brillante, con altos tacones color topacio.

Benedictine se ha vestido para cantar en el Festival del Pueblo; lo único que le falta es el sombrero de cantante. Sin embargo, ha venido a quejarse, entre otras cosas, de que Chib le ha hecho empeorar de apariencia y perder así la posibilidad de hacer una gran carrera.

Está con cinco chicas, todas entre 16 y 21 años, todas bebiendo S (de Saltasesos).

—¿No podemos hablar en privado, Benny? —dice Chib.

—¿Para qué?

Su encantadora voz de contralto se ve afeada por el tono en que ahora habla.

—¿Me has citado aquí para hacerme una escena en público? —dice Chib.

—Por el amor de Dios, ¿qué otra clase de escena hay? —chilla ella—. ¡Miradle! ¡Quiere hablarme en privado!

Es entonces cuando Chib se da cuenta de que Benedictine tiene miedo de estar a solas con él. Más que eso, es incapaz de estar sola. Ahora sabe por qué insistió ella en dejar abierta la puerta del dormitorio con su amiga, Bela, a distancia de llamada. Y a distancia de escuchar.

—¡Dijiste que sólo ibas a usar el dedo! —grita ella. Se señala el vientre ligeramente redondeado—. ¡Voy a tener un hijo! ¡Bastardo podrido enfermo de lengua suave!

—Eso no es cierto en absoluto —dice Chib—. Me dijiste que de acuerdo, que me amabas.

—¡Amor! ¡Amor! ¿Eso dije? ¡Qué coño sé lo que dije! ¡Me pusiste tan excitada! ¡De todas formas, no dije que podías metérmela! ¡Nunca lo dije, nunca! ¡Y mira lo que hiciste! ¡Lo que hiciste! ¡Dios mío, apenas pude andar en una semana, bastardo!

Chib suda. Excepto por la Pastoral de Beethoven que surge del fido, la sala está silenciosa. Sus amigos sonríen. Gobrinus, de espaldas, bebe escocés. Madame Trismegista baraja sus cartas y eructa con una fuerte mezcla de cerveza y cebolla. Las amigas de Benedictine se miran las largas uñas de mandarín, fluorescentes, o le miran a él. El dolor y la indignación de Benedictine es de ellas y viceversa.

—No puedo tomar esas píldoras. ¡Me producen colitis y molestias en los ojos y me alteran las menstruaciones! ¡Lo sabes! ¡Y no puedo soportar esos úteros mecánicos! ¡Y de todas formas, me mentiste! ¡Dijiste que habías tomado una píldora!

Chib se da cuenta de que ella se contradice, pero no sirve de nada intentar ser lógico. Ella está furiosa porque está embarazada; no quiere tener la molestia de un aborto en este momento, y está vengándose.

Pero ¿cómo pudo quedar embarazada «esa» noche?, se pregunta Chib. Ninguna mujer, por fértil que fuera, podría habérselas arreglado para eso. Debe

de haber sido fecundada antes o después. Pero ella jura que fue esa noche, la noche en que él era

El caballero del badajo ardiente,
o espuma, espuma por todas partes.

—¡No, no! —grita Benedictine.

—¿Por qué no? Te amo —dice Chib—. Quiero casarme contigo.

Benedictine chilla, y su amiga Bela, en el recibidor, aúlla:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Benedictine no contesta. Rabiosa, agitándose como presa de la fiebre, salta de la cama, empujando a Chib a un lado. Corre al pequeño ovoide del lavabo en un rincón, y él la sigue.

—¿Supongo que no irás a hacer lo que estoy pensando? —dice él.

Benedictine gime:

—¡Asqueroso hijo de puta!

En el lavabo abre una sección de pared que resulta ser una repisa. En ella, unidos por fondos magnéticos al estante, hay muchos recipientes. Coge un largo y delgado bote de espermaticida, se pone en cuclillas y se lo introduce. Aprieta el botón del fondo del bote y éste espumea con un sonido sibilante que ni siquiera el aislamiento de carne puede silenciar.

Chib queda paralizado un momento. Después ruge.

Benedictine grita:

—¡No te acerques, gilipollas!

De la puerta del dormitorio llega el tímido «¿Estás bien, Benny?» de Bela.

—¡Yo la pondré bien! —ruge Chib.

Salta hacia delante y toma un bote de pegamento instantáneo de la repisa. El pegamento es el que utiliza Benedictine para pegarse las pelucas a la cabeza y es capaz de sujetar cualquier cosa para siempre a menos que se despegue con un disolvente específico.

Benedictine y Bela gritan cuando Chib levanta en vilo a Benedictine y después la tumba en el suelo. Ella lucha, pero Chib consigue extender el

pegamento sobre el bote de espermaticida y la piel y los pelos de alrededor.

—¿Qué haces? —aúlla Benedictine.

Él coloca el botón del bote de espermaticida en posición de «flujo máximo» y le cubre el fondo de pegamento. Mientras ella se agita, Chib mantiene los brazos apretados contra su cuerpo impidiéndole girar, y por tanto mover el bote adentro o afuera. En silencio, cuenta hasta 30, después 30 más para asegurarse de que el pegamento está completamente seco. La suelta.

La espuma se extiende en cascada alrededor de la ingle y abajo por las piernas y se esparce por el suelo. El fluido está bajo enorme presión en el recipiente indestructible e imperforable, y la espuma se expande rápidamente una vez en contacto con el aire.

Chib toma el frasco de disolvente de la repisa y lo aprieta en la mano, decidido a que ella no lo coja. Benedictine salta en pie y se arroja hacia él. Riendo como una hiena bajo la acción del óxido nitroso, Chib esquiva su puño y la aparta de un empujón. Resbalando en la espuma, que ya les llega a los tobillos, Benedictine cae y se desliza, sobre las nalgas y de cabeza, fuera del lavabo, con el bote claqueteando en el suelo.

Se pone en pie y sólo entonces se da cuenta cabal de lo que Chib ha hecho. Su grito se eleva, y ella le sigue. Bailotea, dando tirones del bote, sus gritos incrementándose con cada tirón y el dolor resultante. Después se vuelve y corre fuera de la habitación, o lo intenta. Tropieza; Bela está en su camino; chocan y patinan juntas fuera del cuarto, haciendo un medio giro al pasar por la puerta. La espuma remolinea de tal modo que parecen Venus y su amigo alzándose de las olas burbujeantes del mar de Chipre.

Benedictine aparta a Bela de un empujón, pero no sin perder algo de carne en las uñas largas y afiladas de su amiga. Ésta viene lanzada de espaldas, por la puerta, hacia Chib. Es como un patinador novato tratando de guardar el equilibrio. No lo consigue y pasa junto a Chib, gimiendo, sobre la espalda, con los pies al aire.

Chib desliza con cuidado los pies descalzos por el suelo, se para junto a la cama para coger la ropa, pero decide que será más prudente esperar a estar fuera antes de ponérsela. Llega al salón circular justo a tiempo de ver a Benedictine resbalar bordeando una de las columnas que separan el pasillo de la sala. Sus padres, dos zánganos de edad mediana, están aún sentados en un sofá, latas de

cerveza en mano, ojos y bocas muy abiertos, temblando.

Chib ni siquiera les da las buenas noches al cruzar el salón. Pero entonces ve el fido y se da cuenta de que lo han cambiado de EXT a INT, y después lo han enfocado en la habitación de Benedictine. Padre y Madre han estado espiando a Chib y a su hija, y es evidente por la apariencia no muy deprimida del Padre que se ha excitado mucho con el espectáculo, superior a cualquiera del fido exterior.

—¡Mirones bastardos! —ruge Chib.

Benedictine ha llegado hasta ellos y balbucea, de pie, llora, señala el bote y a Chib. Al grito de éste, los padres se alzan del sofá como dos leviatanes de lo profundo. Benedictine se vuelve y echa a correr hacia él, los brazos extendidos, los dedos de largas uñas curvados, la cara como la de una Medusa. Tras ella corren la estela de la Bruja Blanca y Padre y Madre entre la espuma.

Chib se impulsa contra un pilar, rebota y les esquiva, incapaz de evitar girar a un lado durante la maniobra. Pero conserva el equilibrio. Mamá y Papá se han caído juntos con un choque que sacude incluso la sólida casa. Se levantan, con los ojos girando, y bramando como hipopótamos que emergen. Le embisten pero por separado, Mamá gritando ahora, su cara —a pesar de eso— la de Benedictine. Papá rodea el pilar por un lado, Mamá por el otro. Benedictine ha dado la vuelta a otra columna, agarrándose a ella con una mano para no resbalar. Está entre Chib y la puerta de la calle.

Chib choca con una pared del pasillo, en un área libre de espuma. Benedictine corre hacia él. Él se zambulle, cae al suelo y rueda entre dos columnas hasta el salón.

Mamá y Papá convergen en curso de colisión. El Titanic choca con el iceberg y ambos se hunden lentamente. Patinan sobre sus rostros y barrigas hacia Benedictine. Ella salta, cubriéndoles de espuma según pasan bajo ella.

Por entonces resulta ya evidente que la afirmación del Gobierno de que el bote contiene 40.000 disparos de muerte-al-esperma, espuma para 40.000 copulaciones, está justificada. La espuma llega por todo el lugar a la altura de los tobillos, en algunos sitios a la de las rodillas, y sigue subiendo.

Bela está ahora sobre su espalda en el suelo del salón, con la cabeza metida entre las faldas del sofá.

Chib se levanta despacio y se para en pie por un momento, mirando a su alrededor, con las rodillas dobladas, dispuesto a huir de un salto del peligro pero

esperando no tener que hacerlo, ya que sus pies volarían indudablemente bajo él.

—¡Espera, podrido hijo de puta! —ruge Papá—. ¡Voy a matarte! ¡No puedes hacerle esto a mi hija!

Chib le ve darse la vuelta como una ballena en un mar pesado e intentar ponerse en pie. Cae abajo de nuevo, bramando como herido por un arpón. Mamá no tiene más éxito que él.

Viendo que el camino está libre —ha desaparecido Benedictine en algún sitio —, Chib patina a través del salón hasta alcanzar una zona sin espuma cerca de la salida. Con la ropa al brazo, aún sosteniendo el disolvente, se dirige hacia la puerta, pavoneándose.

En ese momento le llama Benedictine. Se vuelve para verla deslizarse hacia él desde la cocina. Lleva un vaso alto en la mano. Chib se pregunta qué va a hacer con él. Seguramente, no le está ofreciendo la hospitalidad de un trago.

Entonces ella tropieza en la zona seca del suelo y cae de bruces con un grito. Sin embargo, lanza el contenido del vaso certeramente.

Chib chilla al sentir el agua hirviendo, dolorido como si le hubieran circuncidado sin anestesia.

Benedictine, en el suelo, ríe. Chib, después de saltar y aullar, frasco y ropa caídos, sujetándose las partes escaldadas, se las arregla para controlarse, se detiene en sus cabriolas, agarra la mano derecha de Benedictine y la arrastra a las calles de Beverly Hills. Hay mucha gente fuera esa noche, y les siguen. Chib no se detiene hasta llegar al lago, y allí entra en el agua para refrescar las quemaduras, y con él Benedictine.

La gente tiene mucho de que hablar después, cuando Benedictine y Chib ya han salido del lago y se han ido a casa. Comenta y ríe un buen rato viendo a los del Departamento de Sanidad limpiar la espuma de la superficie del lago y de las calles.

—¡Quedé tan dolorida que no pude andar en un mes! —chilla Benedictine.

—Te lo mereciste —dice Chib—. No tienes de qué quejarte. Dijiste que querías tener un hijo mío, y hablaste como si lo dijeras en serio.

—¡Debo de haber estado loca! —dice Benedictine—. ¡No, no lo estaba! ¡Nunca dije tal cosa! ¡Me mentiste! ¡Me forzaste!

—Yo nunca forzaría a nadie —dice Chib—. Lo sabes. Deja de ladrar. Eres libre, y consentiste libremente. Tienes libre albedrío.

Omar Runic, el poeta, se levanta de la silla. Es un alto y delgado joven piel roja, bronceado, de nariz aquilina y labios rojos muy gruesos. Su ensortijado cabello es largo y está cortado con la forma del Pequod, el navío de fábula que condujo al loco capitán Ahab, a su lunática tripulación y al que sería el único superviviente, Ishmel en pos de la Ballena Blanca. El peinado tiene un bauprés, un casco, tres mástiles, vergas e incluso un bote colgado de pescantes.

Omar Runic aplaude y grita:

—¡Bravo! ¡Un filósofo! ¡Libre albedrío, eso es; libre albedrío para buscar las Verdades eternas, si las hay, o la Muerte y la Condenación! ¡Un brindis, caballeros! ¡En pie, Jóvenes Rábanos, un brindis por nuestro líder!

Y así comienza

La loca fiesta de S.

Madame Trismegista llama:

—¿Te digo la buenaventura, Chib? ¡Veo lo que dicen las estrellas por medio de las cartas!

Chib se sienta ante la mesa de ella mientras sus amigos se agrupan alrededor.

—De acuerdo, Madame. ¿Cómo salgo de este lío?

Ella baraja y levanta la primera carta.

—¡Jesús! ¡El as de espadas! ¡Vas a hacer un largo viaje!

—¡Egipto! —grita Halcón Rojo Rousseau—. ¡Oh, no, no quieres ir allí, Chib! Ven conmigo a donde brama el búfalo y…

Se alza otra carta.

—Pronto encontrarás a una maravillosa chica de piel oscura.

—¡Una condenada mora! ¡Oh, no, Chib, dime que no es verdad! —Pronto ganarás grandes honores.

—¡Chib va a ganar el premio!

—Si gano el premio, no tengo que ir a Egipto —dice Chib—. Madame Trismegista, con el debido respeto, no hace más que decir pijadas.

—No te burles, joven. No soy un ordenador. Estoy sintonizada con el espectro de las vibraciones psíquicas.

Flip.

—Correrás un grave peligro, física y moralmente.

—Eso ocurre al menos una vez al día —dice Chib.

Flip.

—Un hombre muy querido por ti morirá dos veces.

Chib palidece, se recupera y dice:

—Un cobarde muere mil muertes.

—Viajarás en el tiempo, volverás al pasado.

—¡Eh! —dice Halcón Rojo—. ¡Cuidado, Madame, se está pasando! ¡Va a herniarse psíquicamente, tendrá que llevar un braguero ortopédico de ectoplasma!

—Burlaos si queréis, jóvenes mierdas —dice Madame—. Hay más de un mundo. Las cartas no mienten, no cuando yo las manejo.

—¡Gobrinus! —llama Chib—. ¡Otra caña para Madame!

Los Jóvenes Rábanos vuelven a su mesa, un disco sin patas suspendido en el aire por un campo gravitónico. Benedictine les mira con odio y se mezcla con el grupo de las otras adolescoiteantes. En una mesa cercana está Pinkerton Legrand, un agente del Gomierdo, dándoles la cara para que el fido que lleva bajo la ventana polarizada de su chaqueta les enfoque. Ellos saben que lo está haciendo. Él sabe que lo saben y así lo ha informado a sus superiores. Frunce el ceño al ver entrar a Falco Accipiter. A Legrand no le gusta que un agente de otro departamento se meta en su caso. Accipiter ni siquiera le mira. Pide una taza de té y finge echar en ella una píldora de esas que se combinan con el ácido tánico para producir S.

Halcón Rojo Rousseau le hace un guiño a Chib y dice:

—¿Crees realmente que es posible paralizar toda LA con una sola bomba?

—¡Tres bombas! —dice Chib, en voz alta para que el fido de Legrand capte las palabras—. Una para la consola de control de la planta de desalinización, otra para la consola alternativa de seguridad, la tercera para la conexión de la gran tubería que lleva el agua al depósito del nivel 20.

Pinkerton Legrand palidece. Se bebe de un trago el güisqui que le queda y pide otro, aunque ya ha tomado demasiados. Aprieta una tecla en su fido para transmitir «prioridad máxima triple». Centellean luces rojas en el Cuartel General; una campana suena repetidamente; el jefe se despierta tan de repente que se cae de la silla.

Accipiter también lo oye, pero sigue sentado impasible, oscuro pensativo

como la imagen de diorita del halcón de un faraón. Monómano, no va a ser distraído por charlas sobre inundar todo LA, aunque éstas lleguen a realizarse. Sobre la pista del Abuelo, está aquí ahora porque espera usar a Chib como llave de la casa. Un «ratón» —como él llama a todos los criminales— correrá a la guarida de otro.

—¿Cuándo crees que podemos entrar en acción? —dice Huga Wells-Erb Heinsturbury, la escritora de ciencia ficción.

—Aproximadamente dentro de tres semanas —dice Chib.

En el Cuartel General el jefe maldice a Legrand por molestarle. Hay miles de jóvenes echando vapor con estas conjuras de destrucción, asesinato y revolución. No entiende por qué los jóvenes idiotas hablan así, ya que tienen de todo. Si pudiera hacer las cosas a su manera, los metería en la cárcel y los correría a patadas.

—Después de hacerlo, tendremos que dirigirnos a las grandes puertas del exterior —dice Halcón Rojo. Sus ojos brillan—. Lo que os digo, muchachos, ser un hombre libre en el bosque es lo más grande. Eres un individuo genuino, no simplemente uno de los de la raza sin rostro.

Halcón Rojo cree en el complot para destruir LA. Es feliz porque, aunque no lo ha dicho, echó de menos la compañía intelectual cuando estaba en el regazo de la Madre Naturaleza. Los otros salvajes pueden oír un ciervo a cincuenta metros y ver una serpiente de cascabel en los arbustos, pero son sordos a las pisadas de la filosofía al bramido de Nietzsche, al cascabel de Russell, a los graznidos de Hegel.

—¡El cerdo analfabeto! —dice en voz alta.

—¿Qué? —dicen los otros.

—Nada. Oíd, chicos, vosotros debéis de saber qué maravilloso es. Estuvisteis en el CRCNM.

—Yo era granjero de cuarta —dice Omar Runic—. Cogí la fiebre del heno.

—Yo estaba trabajando en mi segunda licenciatura en Artes —dice Gibbon Tacitus.

—Yo estaba en la banda del CRCNM —dice Sibelius Amadeus Yehudi—. Sólo salíamos para tocar en los campamentos, y eso era pocas veces.

—Chib, tú estuviste en el Cuerpo. Te gustaba, ¿no?

Chib asiente, pero dice:

—Ser un Neo-Amerindio requiere todo tu tiempo sólo para sobrevivir. ¿Cuándo podría pintar? ¿Y quién vería los cuadros, si tuviera tiempo para pintarlos? De todas formas, no es vida para una mujer o un niño.

Halcón Rojo parece dolido y pide un güisqui con S.

Pinkerton Legrand no quiere interrumpir su transmisión, pero no puede aguantar la presión de su vejiga. Camina hacia el cuarto utilizado como lavabo por los clientes. Halcón Rojo, de mal humor por la negativa recibida, extiende una pierna. Legrand tropieza, se agarra el vientre y avanza dando traspiés. Benedictine estira una pierna. Legrand cae de bruces. Ya no necesita ir al urinario, a no ser para lavarse.

Todos, excepto Legrand y Accipiter, ríen. Legrand se pone en pie de un salto, con los puños cerrados. Benedictine lo ignora y se encamina hacia Chib, con sus amigas detrás. Chib se envara. Ella dice:

—¡Bastardo perverso! ¡Me dijiste que sólo ibas a usar el dedo!

—Te estás repitiendo —dice Chib—. Lo importante es: ¿qué va a pasar con el niño?

—¿Qué te importa? —dice Benedictine—. ¡Por lo que sabes, podría no ser tuyo siquiera!

—Sería un alivio. Aun siendo así, el niño debería opinar en esto. Podría querer vivir…, incluso contigo por madre.

—¿En esta vida miserable? —grita ella—. Voy a hacerle un favor. Voy a ir al hospital y librarme de él. ¡Por tu culpa voy a perder mi gran oportunidad en el Festival del Pueblo! ¡Allí habrá representantes de todas partes, y yo no tendré ocasión de cantar para ellos!

—Eres una mentirosa —dice Chib—. Vas vestida para cantar.

La cara de Benedictine está roja; sus ojos, muy abiertos; las ventanas de la nariz le palpitan.

—¡Me has aguado la fiesta! —dice. Luego se vuelve y grita—: ¡Eh, escuchad todos, fijaos qué fallo! A este gran artista, a este gran pedazo de virilidad, a Chib el divino, ¡no se le levanta a menos que se la chupen antes!

Los amigos de Chib intercambian miradas.

—¿De qué va esta puta ahora? ¿Qué tiene eso de nuevo?

De las Eyaculaciones Privadas del Abuelo:

Algunas de las características de la religión Panamorita, tan vilipendiadas y odiadas en el siglo XXI, han llegado a ser cosa de todos los días en los tiempos modernos. ¡Amor, amor, amor, físico y espiritual! No basta con besar y abrazar a los hijos. Pero la estimulación bucal de los genitales de los niños por los padres y parientes ha producido algunos curiosos reflejos condicionados. Podría escribir un libro sobre este aspecto de la vida del siglo XX y probablemente lo haga.

Legrand sale del lavabo. Benedictine abofetea a Chib. Éste le devuelve la bofetada. Gobrinus levanta una sección del mostrador y sale por la abertura, gritando: «¡Veneno! ¡Veneno!»

Choca con Legrand, que choca con Bela, que chilla, se vuelve y abofetea a Legrand, quien le contesta. Benedictine vacía un vaso de S en la cara de Chib. Aullando, él se levanta y le lanza un puñetazo. Benedictine se agacha, y el puño pasa sobre su hombro para darle a una amiga en el pecho.

Halcón Rojo se sube a la mesa y grita:

—Soy un oso-gato regular, medio caimán, medio…

La mesa, sostenida por un campo gravitónico, no puede soportar mucho peso. Se inclina y le catapulta entre las chicas, y todos caen. Ellas le muerden y le arañan, y Benedictine le aprieta los testículos. El chilla, se retuerce y lanza con los pies a Benedictine encima de la mesa. Esta ha recuperado su peso y altura normales pero ahora se inclina de nuevo, lanzándola al otro lado. Legrand, que atraviesa de puntillas el gentío hacia la salida, es derribado. Pierde algunos de los dientes frontales contra la rodilla doblada de alguien. Escupiendo sangre y dientes, se pone en pie de un salto y aporrea a un espectador.

Gobrinus dispara una pistola que lanza una pequeña bengala. Se supone que debe cegar a los camorristas y así devolverles el sentido común mientras recuperan la vista. Se cierne en el aire y brilla como

Una estrella sobre el manicomio.

El jefe de policía habla por el fido con un hombre que llama desde una cabina pública. El hombre ha desconectado el video y disimula su voz.

—Se están dando de leches en «El Universo Privado».

El jefe gruñe. El Festival acaba de empezar, y ellos ya están al tanto.

—Gracias. Los muchachos ya estarán de camino. ¿Cuál es su nombre? Me gustaría proponerle para una Medalla al Civismo.

—¡Ya! ¡Y zurrarme a mí también! No tengo ningún interés; sólo cumplo con mi deber. Además, no me gusta Gobrinus ni sus clientes. Son un puñado de chulos.

El jefe da órdenes a la División de Disturbios, se reclina y bebe una cerveza viendo la operación por el fido. De todas formas, ¿qué le pasa a esa gente? Siempre están armando bulla por algo.

Las sirenas ululan. Aunque los policías conducen silenciosos triciclos de impulsión eléctrica; aún se aferran a la tradición secular de avisar a los criminales de su llegada.

Cinco triciclos se detienen ante la puerta abierta de «El Universo Privado». Los policías desmontan y cambian impresiones. Sus cascos cilíndricos de dos pisos son negros y tienen unos escudos escarlata. Por algún motivo llevan gafas, aunque sus vehículos no pueden superar los 25 kilómetros hora. Sus guerreras son negras y peludas como la piel de un oso de peluche, y grandes hombreras doradas decoran sus hombros. Los pantalones, cortos, también son de piel, de un azul eléctrico; las botas, altas, de un negro lustroso. Llevan estoques de choque eléctrico y pistolas que disparan ampollas de gas lacrimógeno.

Gobrinus bloquea la entrada. El sargento O'Hara dice:

—Vamos, entremos. No, no tengo orden judicial de entrada. Pero conseguiré una.

—Si lo hace le demandaré —dice Gobrinus.

Sonríe. Si bien es cierto que la burocracia del Gobierno estaba tan enredada que él dejó de intentar adquirir una taberna legalmente, también lo es que el Gobierno le protegerá en este caso. La invasión de intimidad es un hueso muy duro de roer para la Policía.

O'Hara mira por la puerta a los dos cuerpos en el suelo, a los que se sujetan la cabeza y los costados y se limpian la sangre, y a Accipiter, sentado como un buitre que sueña en carroña. Uno de los cuerpos se levanta, poniéndose a cuatro patas, y gatea hasta la calle por entre las piernas de Gobrinus.

—¡Sargento, arreste a este hombre! —dice Gobrinus—. Lleva un fido ilegal. Le acuso de violación de intimidad.

La cara de O'Hara se ilumina. Al menos conseguirá un arresto para su hoja de servicios. Meten a Legrand en el coche celular, que llega precisamente detrás de la ambulancia. Halcón Rojo es llevado hasta el umbral por sus amigos. Abre los ojos en el momento en que le llevan en una camilla a la ambulancia, y balbucea.

O'Hara se inclina sobre él.

—¿Qué?

—Luché una vez contra un oso sólo con un cuchillo, y salí mejor librado que con estos parroquianos. Les acuso de asalto, agresión, asesinato y mutilación.

El intento de O'Hara de conseguir que Halcón Rojo firme una denuncia falla porque ahora está inconsciente. Maldice. Cuando Halcón Rojo empiece a sentirse mejor, se negará a firmar. No querrá que las chicas y sus amigos sean procesados por su causa, si tiene sentimientos.

A través de la ventanilla enrejada del coche celular, Legrand chilla:

—¡Soy un agente del Gomierdo! ¡No podéis arrestarme!

Los policías son llamados urgentemente para ir frente al Centro del Pueblo, donde una lucha entre jóvenes locales e invasores del Barrio Oeste amenaza convertirse en una masacre. Benedictine sale de la taberna. A pesar de varios golpes en los hombros y el estómago, una patada en las nalgas y un chichón en la cabeza, no da señales de perder el feto.

Chib, medio triste medio contento, la ve irse. Le causa una sorda pena el que le vayan a negar la vida al niño. Ahora ya se da cuenta de que parte de su repulsión por el aborto es identificación con el feto; sabe lo que el Abuelo cree que no sabe. Comprende que su nacimiento fue un accidente, afortunado o no. Si las cosas hubieran ocurrido de otro modo, no habría nacido. El pensamiento de su no existencia —no cuadros, no amigos, no risa, no esperanza, no amor— le aterroriza. Su madre, alcohólicamente negligente sobre la contracepción ha tenido muchos abortos, y él podría haber sido uno de ellos.

Viendo a Benedictine irse contoneando (a pesar de sus ropas desgarradas), se pregunta qué pudo ver en ella. Vivir con ella, incluso con un hijo, hubiera sido nauseabundo.

Al nido esperanzado de la boca vuela de nuevo el amor;
se acurruca, empolla flamea gloria emplumada, reluce,

y entonces alza el vuelo,
cagando, como es costumbre de las aves,
para ayudar con fuerza de reacción al despegue.
OMAR RUNIC

Chib regresa a su casa, pero aún no se siente con ánimos de volver a su habitación. Se va al cuarto trastero. El cuadro está completo en sus siete octavas partes, pero no ha sido terminado porque a él no le satisfacía. Ahora lo saca de la casa y lo lleva a la de Runic, que está en el mismo Nido. Runic está en el Centro, pero siempre deja abierta la puerta cuando sale. Tiene herramientas y materiales que Chib utiliza para terminar el cuadro, trabajando con una seguridad y concentración que le faltaban cuando lo empezó a crear. Después deja la casa de Runic, sosteniendo el gran lienzo oval sobre la cabeza.

Pasa más allá de los pedestales y bajo sus curvadas ramas, que terminan en ovoides. Bordea varios pequeños parques de hierba y árboles, camina bajo más casas y, en diez minutos, llega cerca del corazón de Beverly Hills. Allí el animado Chib ve

Tres tristes doncellas en el dorado atardecer,

navegando en una canoa sobre el lago Issus. Maryam Ben Yusuf, su madre y su tía sostienen negligentemente cañas de pescar y miran los alegres colores, la música y el gentío dicharachero que hay ante el Centro del Pueblo. Para entonces la policía ha disuelto la batalla juvenil y monta guardia a fin de asegurarse de que nadie más arme bulla.

Las tres mujeres están vestidas con las ropas oscuras de la secta fundamentalista de Mahoma Wahhabi, que ocultan completamente el cuerpo. No llevan velos; ni siquiera los Wahhabi siguen insistiendo en eso. Sus hermanos egipcios, en tierra, van vestidos con ropas modernas, vergonzosas y pecaminosas. A pesar de lo cual las doncellas los miran.

Sus hombres están en primera fila. Barbudos, vestidos como jeques en un documental del fido sobre alguna Legión Extrajera, murmuran juramentos guturales y silban ante la inicua exhibición de carne femenina. Pero miran.

Este pequeño grupo ha llegado de las reservas zoológicas de Abisinia, donde

los pillaron cazando. Su gomierdo les dio a elegir entre tres alternativas: prisión en un centro de rehabilitación, en donde serían sometidos a tratamientos hasta hacerlos buenos ciudadanos, aunque tardaran el resto de sus vidas, emigración a la megápolis de Haifa, en Israel, o emigración a Beverly Hills, en LA.

¡Cómo! ¿Vivir entre los malditos judíos de Israel? Escupieron y eligieron Beverly Hills. ¡Ay! ¡Alá se había burlado de ellos! Ahora estaban rodeados de Pinkelsteins, Applebaums, Siegels, Weintraubs y otros de las infieles tribus de Isaac. Peor aún, Beverly Hills no tenía mezquita. O bien viajaban 40 kms. al día hasta el nivel 16 donde había una, o utilizaban una casa particular.

Chib corre hasta la orilla de plástico del lago, deja en el suelo su cuadro y hace una amplia reverencia, quitándose el sombrero algo aporreado. Maryam le sonríe, pero pierde la sonrisa cuando sus dos acompañantes la regañan.

—Ya kelb! Ya ibn kelb! —gritan las dos hacia él.

Chib les sonríe, agita el sombrero y dice:

—¡Encantado, desde luego, Mesdames! Oh, doncellas encantadoras, me recordáis a las Tres Gracias.

Entonces grita:

—¡Os amo, Maryam! ¡Os amo! ¡Sois para mí como la Rosa de Sharon! ¡Maravillosa, de ojos de gacela, virginal! ¡Os amo, sois la única luz en un negro firmamento de estrellas muertas! ¡Os llamo a través del vacío!

Maryam comprende el Inglés Mundial, pero el viento impide que le lleguen las palabras. Sonríe tontamente y Chib no puede evitar sentir una repulsión momentánea, un destello de ira, como si ella lo hubiera traicionado de algún modo. Sin embargo, se recupera y grita:

—¡Os invito a venir conmigo a la exposición! Vos, vuestra madre y vuestra tía seréis mis invitadas. ¡Podéis ver mis cuadros, mi alma, y saber qué clase de hombre va a raptaros en su Pegaso, paloma mía!

> No hay nada tan ridículo como las efusiones verbales de un poeta enamorado. Libremente exageradas. Me río. Pero también me conmuevo. Viejo como soy, recuerdo mis primeros amores, los fuegos, los torrentes de palabras enfundados en luz, alentados de dolor. Queridas doncellas, la mayoría de vosotras estáis muertas; las demás, marchitas. Os envío un beso.

ABUELO

La madre de Maryam se pone en pie en la canoa. Durante un segundo muestra su perfil a Chib, y él ve atisbos del halcón que será Maryam cuando tenga la edad de su madre. Maryam tiene ahora unos rasgos gentilmente aguileños «el sablazo de la espada del amor», ha llamado Chib a esa nariz—. Insolente pero maravillosa. Sin embargo, su madre parece una sucia águila vieja. Y su tía…, con algo no de águila, sino de camello en esos rasgos.

Chib hace a un lado las desfavorables comparaciones, incluso traicioneras. Pero no puede hacer lo mismo con los tres barbudos y sucios hombres con chilabas que se reúnen a su alrededor.

Chib sonríe, pero dice:

—No recuerdo haberles invitado.

No muestran ninguna expresión, ya que el inglés rápidamente hablado de LA es como camelo para ellos. Abu —nombre genérico de cualquier egipcio de Beverly Hills— gruñe un juramento tan antiguo que ya los habitantes premahometanos de la Meca lo conocían. Cierra un puño. Otro árabe da un paso hacia el cuadro y echa un pie atrás como para darle una patada.

En ese momento la madre de Maryam descubre que es tan peligroso ponerse en pie en una barca como en un camello. Es peor, porque las tres mujeres no saben nadar.

Tampoco sabe el árabe de edad mediana que ataca a Chib sólo para ver a su víctima echarse a un lado y después empujarlo al lago de una patada en las nalgas. Uno de los jóvenes se lanza sobre Chib; el otro inicia una patada hacia el cuadro. Ambos se detienen al oír gritar a las tres mujeres y verlas caer al agua.

Entonces los dos corren al borde del lago, donde también caen al agua empujados por las manos de Chib en sus espaldas. Un policía oye gritar y chapotear a los seis y corre hacia Chib. Chib empieza a preocuparse porque Maryam apenas consigue permanecer a flote. Su terror no es fingido.

Lo que Chib no comprende es por qué todos siguen comportándose así. Sus pies deben de hacer fondo; el agua no les llega a la barbilla. A pesar de lo cual parece como si Maryam se fuera a ahogar. Lo mismo les pasa a los otros, pero ésos no le interesan. El debería ir a por Maryam. Sin embargo, si lo hace tendrá que cambiarse de ropa antes de ir a la exposición.

Al pensar eso se ríe en voz alta y después incluso más fuerte, cuando el policía se mete en el agua a por las mujeres. Coge el cuadro y se va, riendo. Antes de llegar al Centro, se pone serio.

—Vaya, ¿cómo es posible que el Abuelo tuviera tanta razón? ¿Cómo me lee tan bien? ¿Soy inconstante, demasiado superficial? No, me he enamorado demasiado profundamente demasiadas veces. ¿Qué puedo hacer si amo la Belleza, y las bellezas a las que amo no tienen bastante Belleza? Mis ojos son demasiado exigentes; anulan los impulsos de mi corazón.

La masacre del sentido común

El recibidor (uno de los doce del Centro) en que entra Chib fue diseñado por el Abuelo Winnegan. El visitante llega a un largo túnel curvo revestido de espejos en diversos ángulos. Ve una puerta triangular al final del pasillo. La puerta parece demasiado pequeña para que pase por ella nadie de más de nueve años. La ilusión hace al visitante sentirse como si fuera subiendo por las paredes según avanza hacia la puerta. Al final del corredor, el visitante está convencido de que anda por el techo.

Pero la puerta crece al acercarse hasta que se hace inmensa. Ciertos comentaristas han opinado que esta entrada es para el arquitecto la representación simbólica de la puerta al mundo del arte. Uno debería ponerse cabeza abajo antes de entrar en el país de las maravillas de la estética.

Al entrar, el visitante piensa en un principio que la inmensa sala está vuelta hacia fuera como un guante. Se desconcierta aún más. La pared más lejana parece realmente la más próxima hasta que el visitante se reorienta. Algunos no pueden adaptarse y tienen que salir antes de desmayarse o vomitar.

A la derecha hay un sombrero con un cartel: EMPALE LA CABEZA AQUÍ. Un doble juego de palabras del Abuelo, que siempre lleva las bromas demasiado lejos para el gusto de la mayoría. Si el Abuelo sobrepasa los límites del buen gusto verbal, su tataranieto ha sobrepasado la Luna en sus cuadros. Treinta de los más recientes han sido expuestos, incluyendo los tres últimos de su Serie del Perro: La estrella del perro, El deseo del perro y El perro en fila india. Ruskinson y sus discípulos amenazan con destrozarlos en su crítica. Luscus y su manada los alaban, pero se contienen. Luscus les ha dicho que esperen a que hable con el

joven Winnegan antes de deshacerse en elogios. Los hombres del fido están ocupados en fotografiar y entrevistar a ambos críticos y en tratar de provocar una discusión.

La sala principal del edificio es una gran semiesfera con un techo brillante cuyo color recorre el arco iris cada nueve minutos. El suelo es un tablero de ajedrez gigantesco, y en el centro de cada cuadro se ve el rostro de una gran figura de las artes. Miguel Angel, Mozart, Balzac, Zeuxis, Beethoven, Li Po, Twain, Dostoievsky, Farmisto, Mbuzi, Cupel, Krishnagurti, etc. Se han dejado diez cuadros sin rostro para que las generaciones futuras puedan añadir sus propios elegidos para la inmortalidad.

La parte baja de la pared está cubierta de murales que representan acontecimientos importantes en la vida de los artistas. Junto a la curva pared hay nueve tarimas, una para cada una de las Musas. En un pedestal sobre cada tarima hay una estatua gigante de la diosa que inspira el arte correspondiente. Están desnudas y tienen formas demasiado maduras: grandes pechos, anchas caderas, piernas gruesas, como si el escultor pensara en ellas como en diosas de la Tierra, no como en tipos intelectuales refinados.

Las caras tienen la estructura básica de los suaves rostros plácidos de las estatuas de la Grecia clásica, pero tienen una expresión de indecisión alrededor de la boca y los ojos. Los labios sonríen, pero parecen dispuestos a estallar en una regañina. Los ojos son profundos y amenazadores. NO ME VENDAS, dicen. SI LO HACES…

Una cúpula de plástico se extiende sobre cada tarima; tiene propiedades acústicas que impiden a quien no está bajo ella oír los sonidos procedentes de la tarima y viceversa.

Chib se abre camino por entre la ruidosa multitud hacia la tarima de Polimnia, la musa que inspira al pintor. Bordea la tarima en que Benedictine, de pie, está declamando su corazón de plomo en una alquimia de notas áureas. Ella lo ve y, de algún modo, se las arregla para dirigirle una mirada asesina y al mismo tiempo seguir sonriendo a su auditorio. Chib la ignora, pero observa que se ha cambiado el vestido desgarrado en la taberna. Ve también a los muchos policías estacionados en el edificio. La gente no parece estar de un humor explosivo. En realidad, parece feliz, si bien agitada. Pero la policía sabe cuán engañoso puede ser eso. Una chispa y…

Chib pasa junto a la tarima de Canope, donde Omar Runic está improvisando. Llega a la de Polimnia, saluda con la cabeza a Rex Luscus, que le contesta con la mano, y coloca su cuadro en la tarima. Se titula La masacre de los inocentes (subtítulo: El perro en el pesebre).

El cuadro representa un establo.

El establo es una cueva con estalactitas de curiosas formas. La luz que rompe —o se rompe— a través de la cueva es del rojo de Chib. Penetra en cada objeto, duplica su intensidad y después se expande desigualmente. El observador, al moverse de un lado a otro para obtener una vista completa, puede realmente ver los muchos niveles de luz según se mueve, y así capta atisbos de las figuras que hay bajo las exteriores.

Las vacas, ovejas y caballos están ante comederos, al fondo de la cueva. Algunos miran con horror a María y al niño. Otros tienen la boca abierta, evidentemente intentando dar calor a María. Chib ha tenido en cuenta la leyenda según la cual los animales del pesebre podían hablar entre sí la noche en que nació Cristo.

José, un anciano cansado, tan encorvado que no parece tener columna vertebral, está en un rincón. Lleva dos cuernos, pero cada uno tiene un halo, así que todo está bien.

María da la espalda al lecho de paja en que se supone que está el niño. Por una trampilla del suelo de la cueva se asoma un hombre para colocar un gran huevo en el lecho de paja. Está en una cueva inferior, va vestido con ropas modernas, tiene una expresión alcohólica y, como José, se encorva como si estuviera invertebrado. Tras él una mujer muy gorda, notablemente parecida a la madre de Chib, sostiene al niño, que le ha pasado el hombre antes de poner el huevo bastardo en la cuna de paja.

El niño tiene una cara exquisitamente hermosa y es bañado por una luz blanca que emana de su halo. La mujer le ha quitado el halo de la cabeza y está usando el agudo borde para destriparlo.

Chib tiene profundos conocimientos de anatomía, ya que diseccionó muchos cadáveres cuando estudiaba para doctorarse en Arte, en la Universidad de Beverly Hills. El cuerpo del niño no es innaturalmente alargado, como tantas de las figuras de Chib. Es más que fotográfico: parece un niño de verdad. Sus intestinos se desbordan por un gran hueco sangrante.

Los espectadores reciben un impacto en sus entrañas como si aquello no fuera un cuadro sino un niño real, rajado y destripado, encontrado en el umbral al salir de casa.

El huevo tiene una cáscara semitransparente. En su oscura yema flota un repugnante pequeño demonio con cuernos, pezuñas y cola. Sus borrosas facciones parecen una combinación de las de Henry Ford y las del Tío Sam. Cuando los espectadores se mueven a uno y otro lado, aparecen los rostros de otros: personalidades en el desarrollo de la sociedad moderna.

La ventana está llena de animales salvajes que han venido para adorar pero se han quedado para gritar en silencio, horrorizados. Las bestias en primera fila son las que han sido exterminadas por el hombre o sobreviven sólo en zoológicos y reservas naturales. El dodo, la ballena azul, la paloma mensajera, la cebra, el gorila, el orangután, el oso polar, el puma, el león, el tigre, el oso pardo, el cóndor de California, el canguro, el murciélago, el rinoceronte, el águila calva.

Tras ellos hay otros animales y, en una colina, las oscuras formas acuclilladas del aborigen de Tasmania y del indio haitiano.

—¿Cuál es su apreciada opinión de este verdaderamente notable cuadro, doctor Luscus? —pregunta un reportero del fido.

Luscus sonríe y dice:

—Tendré un juicio serio dentro de pocos minutos. Quizá sería mejor que hablase usted primero con el doctor Ruskinson. Parece haber decidido inmediatamente. Tontos y ángeles, ya sabe usted.

La roja cara y el grito de furia de Ruskinson se transmiten por el fido.

—¡El pedo oído en todo el mundo! —dice Chib en voz alta.

—¡INSULTO! ¡ESCUPITAJO! ¡MIERDA PLASTICA! ¡UN GOLPE EN LA CARA DEL ARTE Y UNA PATADA EN EL CULO DE LA HUMANIDAD! ¡INSULTO! ¡INSULTO!

—¿Por qué es un insulto, doctor Ruskinson? —pregunta el reportero del fido —. ¿Porque se burla de la fe cristiana y también de la fe panamorita? A mí no me lo parece. Me parece que Winnegan intenta decir que los hombres han pervertido al cristianismo. Quizás a todas las religiones, a todos los ideales, por sus propios ávidos propósitos de autodestrucción; que el hombre es básicamente un asesino y un pervertidor. Al menos eso es lo que yo saco del cuadro, aunque desde luego sólo soy un simple profano y…

—¡Deje a los críticos hacer la crítica, joven! —se desgañita Ruskinson—. ¿Tiene usted un doble doctorado en Filosofía, especialidades de Psiquiatría y Arte? ¿Ha sido usted reconocido como crítico por el Gobierno?

»Winnegan, esa abominación de Beverly Hills, que en cualquier caso no tiene ningún talento, aparte de ese genio sobre el que varios mamones autoengañados parlotean, presenta su chatarra, en realidad un revoltijo que sólo ha llamado la atención a causa de una nueva técnica que cualquier operario electrónico podría inventar; me pone negro que un simple truquillo, una tonta novedad, pueda engañar no sólo a ciertos sectores del público sino también a críticos muy educados y reconocidos oficialmente, tales como el doctor Luscus… Aunque siempre habrá burros académicos que rebuznen tan fuerte, pomposa y oscuramente que…

—¿No es cierto que muchos pintores a quienes ahora llamamos grandes —pregunta el reportero del fido—, como Van Gogh, fueron condenados o ignorados por sus críticos contemporáneos? Y…

El reportero, hábil en provocar la ira para beneficio de sus espectadores, hace una pausa. Ruskinson se hincha, su cabeza como una vena un segundo antes del aneurisma.

—¡No soy un profano ignorante! —chilla—. ¡No puedo evitar que haya habido otros Luscus en el pasado! ¡Sé de lo que estoy hablando! Winnegan es sólo un micrometeorito en el firmamento del Arte, indigno de lustrar los zapatos de las grandes luminarias de la pintura. Su reputación ha sido creada por cierta pandilla para poder brillar reflejada en la gloria; hienas que muerden la mano que las alimenta, como perros locos…

—¿No está mezclando usted un poco las metáforas? —pregunta el reportero del fido.

Luscus toma tiernamente la mano de Chib y lo aparta a un lado, fuera del campo visual del fido.

—Querido Chib —cloquea—, ahora es el momento de decidirte. Sabes cuán vastamente te amo, no sólo como artista sino también por ti mismo. Debe de ser imposible para ti resistir más tiempo las profundas vibraciones de simpatía que saltan sin trabas entre nosotros. Dios, si al menos supieras cómo he soñado contigo, mi glorioso, mi divino Chib.

—Si crees que voy a declr «sí» porque tienes el poder de hacer o romper mi

reputación, de negarme el premio, estás equivocado —dice Chib.

Se suelta la mano de un tirón.

El ojo sano de Luscus brilla de ira. Dice:

—¿Me encuentras repulsivo? Seguramente no puede ser por motivos morales…

—Es una cuestión de principios —dice Chib—. Aun cuando estuviera enamorado de ti, que no lo estoy, no te dejaría hacerme el amor. Quiero ser juzgado sólo por mis méritos, simplemente. Puesto a pensarlo, me importa un comino la opinión de cualquiera. No quiero oír alabanzas o condenaciones de ti ni de nadie. Mirad mis cuadros y hablad entre vosotros, chacales. Pero no intentéis hacerme estar de acuerdo con vuestras pequeñas imágenes de mí.

El único buen crítico es el crítico muerto.

Omar Runic ha dejado su estrado y ahora está de pie ante los cuadros de Chib. Coloca una mano sobre la parte izquierda de su desnudo pecho, donde está tatuada la cara de Herman Melville Homero ocupa el otro lugar de honor, en la parte derecha. Grita con fuerza, con los negros ojos semejantes a las puertas de un horno arrancadas por su explosión. Como ha ocurrido otras veces, es presa de inspiración surgida de los cuadros de Chib:

Llámame Ahab, No Ishmael,
porque he arponeado al Leviatán.
Soy el retoño
del asno salvaje hecho hombre.
¡Mis ojos lo han visto todo!
Mi pecho es como el vino en cuba hermética;
soy un mar con puertas, pero están cerradas.
¡Mira! La piel estallará; la puertas se romperán.
Tú eres Nimrod, digo a mi amigo Chib.
Y ahora es cuando Dios dice a sus ángeles:
Si esto es lo que puede hacer nada más empezar,
nada es imposible para él.
Tocará su cuerno de caza ante las murallas del Cielo,

y exigirá la Luna como rehén,
a la Virgen por esposa,
y pedirá una parte en los beneficios
de la Gran Puta de Babilonia.

—¡Haced callar a ese hijo de puta! —grita el director del Festival—. ¡Va a provocar un tumulto como el año pasado!

Los policías empiezan a entrar. Chib ve a Luscus, que está hablando al reportero del fido. No puede oírle, pero está seguro de que Luscus no está elogiándolo.

Melville escribió sobre mí mucho antes de que yo naciera.
Soy el hombre que quiere comprender el Universo,
pero comprenderlo en mis propios términos.
Soy Ahab, cuyo odio debe taladrar, romper
todo obstáculo de Tiempo, Espacio o Mortalidad del Ser,
y lanzar su feroz incandescencia a la Matriz de la Creación,
perturbando en su cubil
a quién sabe qué Fuerza o Cosa Desconocida que allí se agazapa,
remota, molesta, no revelada.

El director hace gestos a la policía de que se lleve a Runic. Ruskinson aún está gritando, aunque las cámaras enfocan a Runic o a Luscus. Uno de los Jóvenes Rábanos, Huga Wells-Erb Heinsturbury, la autora de ciencia ficción, tiembla de histeria causada por la voz de Runic, y de sed de venganza. Está acercándose a un reportero del fido, de Time. Time dejó hace mucho de ser una revista, pues ya no hay revistas, pero se convirtió en una agencia de noticias subvencionada por el Gobiemo. Time es un ejemplo del doble juego del Tío Sam: el de la política de proporcionar a las agencias de noticias todo lo que necesitan y al mismo tiempo permitir a los ejecutivos de cada agencia determinar las directrices de la misma. Así, los planes del Gobierno y la libre expresión van unidos. Eso es estupendo, al menos en teoría.

Time ha conservado algunas de sus líneas de conducta originales, a saber: la verdad y la objetividad deben ser sacrificadas en aras de la ingeniosidad, y la

ciencia ficción debe ser aplastada. Time se ha burlado de todos y cada uno de los trabajos de Heinsturbury, y así, ella está decidida a conseguir alguna satisfacción personal del daño causado por las innobles críticas.

Quid nuno? *Cui bono*?
¿Tiempo? ¿Espacio? ¿Substancia? ¿Accidente?
Tras la muerte… ¿Infierno? ¿Nirvana?
La nada no es nada en que pensar.
Truenan los cañones de la filosofía,
sus proyectiles son trapos.
Las pilas de municiones de la teología saltan,
dispersas por la Razón saboteadora.
Llámame Efraím,
pues fui detenido en el Vado de Dios
y no pude pronunciar la contraseña sibilante.
Bueno, no puedo vocalizar shi-bboleth,
¡pero puedo decir «mierda»!

Huga Wells-Erb Heinsturbury le da una patada en los testículos al reportero de Time. Él levanta los brazos, y la cámara, de la forma y tamaño de un balón de fútbol, sale disparada de sus manos y golpea a un joven en la cabeza. El joven es un Joven Rábano, Ludwig Euterpo Mahlzart. Está consumiéndose de rabia a causa de la crítica adversa a su poema musical Paleando el carbón de los infiernos del futuro, y la cámara es el combustible extra necesario para hacerle inflamarse incontrolablemente. Le da un puñetazo al principal crítico musical en el grueso vientre.

Huga, que no el reportero del Time, chilla de dolor. Ha golpeado con los dedos desnudos del pie la coraza de plástico duro con que el reportero, receptor de muchas patadas semejantes, se protege los genitales. Huga brinca sobre un pie, sujetándose el otro con las manos. Tropieza con una chica, y se produce una reacción en cadena. Un hombre cae contra el reportero de Time, que se ha agachado para recoger la cámara.

—¡Aaaah! —grita Huga, y le arranca el casco al reportero, lo derriba y le golpea en la cabeza con el objetivo de la cámara. Como ésta, transistorizada, aún

funciona, envía a miles de millones de espectadores algunas escenas muy interesantes, si bien aturdidoras. La sangre oscurece un lado de la imagen, pero no tanto como para que los espectadores se desorienten completamente. Y entonces ven otro cambio de escena al saltar de nuevo la cámara por el aire, girando y girando.

Un policía ha empujado su estoque eléctrico contra la espalda de Huga, haciéndola atiesarse y lanzar la cámara en un alto arco tras ella. El amante de turno de Huga se agarra al policía; ruedan por el suelo; un joven del Barrio Oeste coge el estoque eléctrico y se divierte apaleando a los adultos a su alrededor hasta que un joven local salta sobre él.

—Los follones son el opio del pueblo —gruñe el jefe de policía.

Llama a todas las unidades y al jefe de policía del Barrio Oeste, que ya tiene sus propios problemas.

Runic se golpe el pecho y aúlla:

¡Señor, existo!
Y no me digas, como a Crane,
que eso no te crea obligaciones respecto a mí.
Soy un hombre; soy único.
He lanzado el Pan por la ventana, me he meado en el Vino,
he sacado el tapón del fondo del Arca,
he cortado el Arbol para hacer leña y,
si hubiera un Espíritu Santo,
lo conduciría como a un ganso, con una vara.
Pero sé que todo esto no significa una mierda maldita de Dios,
que nada significa nada,
que es es es y no es no es no es,
que una rosa es una rosa es una,
que estamos aquí y no estaremos,
¡y eso es todo lo que podemos saber!

Ruskinson ve a Chib venir hacia él; chilla e intenta escapar. Chib coge el lienzo Dogmas de un perro y le golpea en la cabeza con él. Luscus protesta con horror, no por el daño causado a Ruskinson, sino porque el cuadro podría sufrir

desperfectos. Chib se vuelve y golpea a Luscus en el estómago con el borde ovalado.

La Tierra da bandazos como un barco que se hunde,
con la popa casi arrancada por la riada de excrementos
de los cielos y las profundidades,
que Dios, en Su terrible generosidad,
ha concedido al oír gritar a Ahab:

«¡Mierda! ¡Mierda!».
Lloro al pensar que éste es el Hombre
y éste su fin.
Pero, ¡mira!,
en la cresta de la riada,
un buque de tres palos de antigua forma.
¡El Holandés Errante!
Y Ahab está en pie sobre la cubierta de un barco, una vez más.
¡Reíd, Hados, y burlaos, Norns!
Pues soy Ahab y soy el Hombre,
y aunque no puedo abrir un agujero en el muro de Lo Que Parece
para coger un puñado de Lo Que Es
pese a todo seguiré golpeándolo.
Y mi tripulación y yo no cejaremos,
aunque las cuadernas se rompan bajo nuestros pies
y nos hundamos hasta hacernos indistinguibles
del excremento general.
Durante un momento que arderá en el Ojo de Dios para siempre,
Ahab se yergue,
silueteado contra la llamada de Orión puño cerrado —falo sangriento—,
como Zeus exhibiendo el trofeo de la castración de su Cronos.
Y entonces él, su tripulación y su barco
se hunden y chocan de frente con el borde del mundo.
Y según se dice, todavía están

c

a
y
e
n
d
o.

Chib es convertido en una masa temblorosa por la sacudida del estoque eléctrico de un policía. Mientras se recupera, Oye la voz del Abuelo salir del transceptor de su sombrero.

—¡Chib, ven rápido! ¡Accipiter ha entrado y está intentando pasar por la puerta de mi habitación!

Chib se levanta, lucha y se abre camino hasta la salida. Cuando llega, jadeante, a su casa encuentra que la puerta de la habitación del Abuelo ha sido abierta. Los hombres de la ORI y unos técnicos electrónicos están en el umbral. Chib irrumpe en la habitación. Accipiter está de pie, en el centro, pálido y temblando. Piedra nerviosa. Ve a Chib, se encoge y retrocede, diciendo:

—No ha sido culpa mía. Tenía que entrar. Era la única manera de saberlo seguro. No ha sido culpa mía, yo no lo toqué.

La garganta de Chib se cierra sobre sí misma. No puede hablar. Se arrodilla y coge la mano del Abuelo. El Abuelo tiene una suave sonrisa en los labios lívidos. De una vez por todas, ha eludido a Accipiter. En sus manos está la última hoja de sus Memorias:

A través de Balaklavas de odio, cargan contra Dios

> Durante la mayor parte de mi vida, sólo he visto algunas personas sinceramente devotas y una gran mayoría de verdaderos indiferentes. Pero ha surgido un nuevo espíritu. Muchos jóvenes han resucitado no un amor a Dios, sino una violenta antipatía contra Él. Eso me anima y me reconforta. Jóvenes como mi nieto y Runic gritan blasfemias, y así Le reverencian. Si no creyeran, nunca pensarían en Él. Ahora tengo confianza en el futuro.

A las estacas por la Estigia

Vestidos de negro, Chib y su madre bajan por la entrada del tubo que lleva al nivel 13B. Es de paredes luminosas, espacioso, y el transporte es gratis. Chib le dice al fido expendedor de billetes su destino. Tras la pared, el ordenador proteínico, no mayor que un cerebro humano, calcula. Un billete codificado sale deslizándose por una ranura. Chib lo coge y se dirigen al puerto, un gran andén curvado, donde inserta el billete en otra ranura. Sale otro y una voz mecánica repite la información del billete en Inglés Mundial y en Inglés de LA, por si no saben leer.

Las góndolas salen al puerto y deceleran hasta detenerse. Sin ruedas, flotan en un campo gravitónico en continuo ajuste. Secciones del andén retroceden formando embarcaderos para las góndolas. Los pasajeros entran en los vagones destinados a ellos. Los vagones avanzan; sus puertas se abren automáticamente. Los pasajeros suben a las góndolas. Se sientan y esperan mientras la red de seguridad se cierra sobre ellos. De sus nichos en el casco se alzan paredes curvas de plástico transparente y se unen formando una cúpula.

Automáticamente cronometradas, controladas por ordenadores proteínicos triplicados para mayor seguridad, las góndolas esperan hasta que la costa está libre. Al recibir el permiso de avance, salen despacio del puerto hacia el tubo. Hacen una pausa para obtener otra confirmación del permiso, triplemente comprobado en cuestión de microsegundos. Después entran suavemente en el tubo.

¡Whoooosh! ¡Whoooosh! Otras góndolas les adelantan. El tubo reluce, amarillento como si estuviera lleno de gas electrificado. La góndola acelera rápidamente. Algunas aún les adelantan, pero Chib acelera y pronto ya no pueden alcanzarle. La redondeada popa de la góndola delantera es una presa brillante que no será capturada a menos que reacelere antes de amarrar en su puerto de destino. No hay muchas góndolas en el tubo. A pesar de la población de 100 millones, hay poco tráfico en la ruta Norte-Sur. La mayoría de los habitantes de LA se quedan entre las autosuficientes paredes de sus Nidos. Hay más tráfico en los tubos Este-Oeste, ya que un pequeño porcentaje prefiere las playas públicas del océano a las piscinas municipales.

El vehículo ruge hacia el sur. Después de algunos minutos, el tubo comienza a inclinarse hacia abajo y, de repente, llega a formar un ángulo de cuarenta y

cinco grados con la horizontal. Atraviesan como centellas nivel tras nivel.

Al otro lado de las transparentes paredes, Chib ve fugazmente la gente y arquitectura de otros barrios. El nivel 8, Long Beach, es interesante. Sus casas son como dos bandejas de pastel talladas en cristal de roca, una encima de otra, concavidad sobre concavidad, y el conjunto montado sobre una columna esculpida con relieves la rampa de entrada y salida es como un contrafuerte volante.

En el nivel 3A el tubo vuelve a la horizontal. Ahora la góndola corre a lo largo de establecimientos cuya vista obliga a Mamá a cerrar los ojos. Chib le aprieta la mano y piensa en sus primos y hermanastros que están tras el plástico amarillento. Este nivel contiene un 15% de la población: los retrasados, los locos incurables, los demasiado feos, los monstruosos, los seniles. Pululan aquí, con los rostros vacuos o retorcidos apretados contra la pared del tubo para ver pasar flotando a los coches bonitos.

La «humanitaria» ciencia médica mantiene vivos a los niños que —por imperativo de la Naturaleza— «deberían» haber muerto. A partir del siglo XX, seres humanos con genes defectuosos han sido salvados de la muerte. De ahí la continua expansión de esos genes. Lo trágico es que la ciencia, hoy día, puede detectar y corregir los genes defectuosos en el óvulo y en el espermatozoide. En teoría, todos los seres humanos podrían ser bendecidos con cuerpos totalmente sanos y cerebros perfectos. Pero el obstáculo es que no tenemos ni mucho menos suficientes médicos y equipos para soportar el ritmo de los nacimientos. A pesar del descenso constante en la cantidad de los mismos.

La ciencia médica mantiene a la gente en vida tanto tiempo que surge la senilidad. Así, cada vez hay más decrépitos ancianos babeantes sin mente. Y también una acumulación progresiva de los mentalmente inútiles. Hay terapias y drogas para volver a la «normalidad» a la mayoría, pero no bastantes médicos y equipos. Algún día quizá los haya, pero eso no ayuda a los infortunados de hoy.

¿Qué hacer, entonces? Los antiguos griegos abandonaban en los campos a los niños defectuosos para que murieran. Los esquimales embarcaban a sus ancianos en bancos de hielo flotantes, enviándolos a la deriva. ¿Deberíamos asfixiar a nuestros niños anormales y a nuestros viejos seniles? A veces pienso que es lo caritativo. Pero no puedo pedir a otro que apriete el botón que yo no pulsaría.

Mataría al primer hombre que se dirigiera a él.
De las Eyaculaciones privadas del Abuelo

La góndola se acerca a una de las escasas intersecciones. Sus pasajeros ven el tubo de ancha boca, abajo y a la derecha. Un rápido vuela hacia ellos; reluce. Curso de colisión. Ellos ya conocen eso, pero no pueden evitar aferrarse a la red, rechinar los dientes y tensar las piernas. Mamá suelta un gritito. El rápido se abalanza por encima de ellos y desaparece; el chillido ululante del aire es como el de un alma en su camino al juicio del inframundo.

El tubo desciende de nuevo hasta recuperar la horizontalidad en el nivel 1. Ven el suelo, debajo, y los macizos pilares autorregulados que soportan la megápolis. Zumban sobre una pequeña ciudad extraña: el LA de principios del siglo XXI, conservado como museo, uno de los muchos que hay bajo el hexaedro.

Quince minutos después de embarcar, los Winnegan llegan a la estación terminal. Un ascensor les lleva a la superficie, donde entran en una gran limusina negra. Esta ha sido proporcionada por una empresa privada de pompas fúnebres, ya que el Tío Sam o el

Gobierno de LA pagarían una cremación pero no un entierro. La Iglesia ya no insiste en el entierro, dejando a sus fieles elegir entre ser cenizas al viento o cuerpos bajo la tierra.

El sol está a medio camino del cenit. Mamá comienza a respirar con dificultad y sus brazos y cuello enrojecen y se hinchan. Las tres veces que ha estado fuera de los muros ha sido atacada por esta alergia, a pesar del aire acondicionado de la limusina. Chib le palmea la mano, mientras viajan por una carretera burdamente parcheada. El arcaico vehículo de 80 años, a pesar de ser de gasolina y de ir dirigido por un motor eléctrico, sólo avanza con brusquedades si se le compara con la góndola. Recorre rápidamente los 10 kilómetros hasta el cementerio, deteniéndose en una ocasión para perrnitir a un ciervo cruzar la carretera.

El padre Fellini les saluda. Está apenado porque tiene la obligación de decirles que la Iglesia piensa que el Abuelo ha cometido sacrilegio. Quitarle el sitio al cuerpo de otro hombre, decir misa sobre el suyo, enterrarlo en suelo sagrado, es blasfemar. Además el Abuelo murió como un delincuente no

arrepentido. Al menos por lo que sabe la Iglesia, no hizo acto de contrición antes de morir.

Chib esperaba esta negativa. El párroco de la Iglesia de la Virgen María, en Beverly Hills 14, se negó a oficiar un funeral por el Abuelo en ese templo. Pero el Abuelo le dijo a menudo a Chib que quería ser enterrado con sus antepasados, y Chib está decidido a que ese deseo se cumpla.

Chib dice:

—¡Lo enterraré yo mismo! ¡En el borde del cementerio!

—¡No puede hacerlo! —dicen simultáneamente el sacerdote los enterradores y un agente federal.

¡Y una leche que no puede! ¿Dónde está la pala?

Es entonces cuando ve la cara delgada y la nariz aguileña de Accipiter. El agente está supervisando la exhumación del féretro del Abuelo (del primero). Cerca hay al menos cincuenta reporteros del fido transmitiendo con sus minicámaras, con los transceptores flotando algunas decenas de metros más allá. El Abuelo está teniendo una gran publicidad, como corresponde al Último de los Milmillonarios y al Mayor Delincuente del Siglo.

Reportero del fido:

—Señor Accipiter, ¿podría concedernos unas palabras? No exagero al decir que hay, probablemente, al menos diez mil millones de personas viendo este acontecimiento histórico. Al fin y al cabo, incluso los niños de la escuela primaria saben quién era Vuelvoaganar Winnegan.

¿Cómo se siente? Usted ha estado a cargo del caso durante veintiséis años. Su terminación con éxito debe de satisfacerle mucho.

Accipiter, sin sonreír, como la esencia de la diorita:

—Bueno, en realidad no me he dedicado todo el tiempo a este caso. Sólo unos tres años de tiempo acumulado. Pero, ya que he trabajado en él al menos durante varios días al mes, se podría decir que he estado sobre la pista de Winnegan durante veintiséis años.

Reportero:

—Se ha dicho que el fin de este caso significa también el fin de la ORI. Si no nos han informado mal, la ORI se mantenía en funcionamiento sólo por Winnegan. Usted tuvo otras ocupaciones, desde luego, durante este tiempo, pero la investigación de falsificadores y tahúres que no declaran sus ingresos se ha

transferido a otras oficinas. ¿Es cierto eso? En ese caso, ¿qué piensa hacer?

Accipiter, soltando un gallo de emoción:

—Sí, la ORI se va a disolver. Pero no hasta que termine el proceso contra la nieta de Winnegan y su hijo. Lo escondieron y, por tanto, son cómplices del delito.

»De hecho, casi toda la población de Beverly Hills, nivel 14, debería ser procesada. Sé, aunque no lo puedo demostrar, que todos, incluyendo al jefe de policía municipal, estaban muy al corriente de que Winnegan se ocultaba en esa casa. Incluso el párroco lo sabía, ya que le aconsejó que se reformara y se negó a darle la absolución a menos que lo hiciera.

»Pero Winnegan, un «ratón», quiero decir delincuente, endurecido donde los haya, no quiso seguir los consejos del sacerdote. Sostenía que no había cometido un delito; que, lo creyeran o no, el Tío Sam era el delincuente. ¡Imaginen la desvergüenza, la depravación de ese hombre!

Reportero:

—¿No pensará usted arrestar a toda la población de Beverly Hills 14?

Accipiter:

—Me han aconsejado que no lo haga.

Reportero:

—¿Va a retirarse cuando este caso quede cerrado?

Accipiter:

—No. Pienso pedir la transferencia a la Oficina de Homicidios de LA Mayor. El asesinato por interés apenas existe ya, pero aún hay crímenes pasionales, gracias a Dios.

Reportero:

—Desde luego, si el joven Winnegan ganara su pleito contra usted…, le ha acusado de invasión de intimidad doméstica, irrupción ilegal en el hogar y de causar directamente la muerte de su tatarabuelo, usted no podría trabajar para la Oficina de Homicidios ni para ningún otro departamento de policía.

Accipiter, fallándole de nuevo la voz por la emoción:

—¡No es de extrañar que a los defensores de la ley nos resulte tan difícil actuar con eficacia! A veces, no sólo parecen estar de parte del delincuente la mayoría de los ciudadanos, sino que mis propios jefes…

Reportero:

—¿Le importaría completar esa frase? Estoy seguro de que sus jefes están escuchando este canal, ¿no? Entiendo que, por algún motivo se ha planificado que los juicios de Winnegan y de usted tengan lugar «al mismo tiempo». ¿Cómo espera estar presente en ambos?… ¡Algunos comentaristas del fido le llaman El Hombre Simultáneo!

Accipiter, enrojeciendo:

—¡Es por culpa de algún técnico idiota! Alimentó los datos al ordenador legal incorrectamente. Y él, o algún otro, desconectó el circuito de corrección de errores, y el ordenador se quemó. Se sospecha que el técnico cometió el error deliberadamente, al menos lo sospecho yo, y que me demande el imbécil si quiere, de todas formas, ha habido demasiados casos como éste, y…

Reportero:

—¿Le importaría resumir el desarrollo de este caso para nuestros espectadores? Sólo lo más importante, por favor.

Accipiter:

—Bien, eh…, como saben, hace cincuenta años todas las grandes empresas privadas se habían convertido en oficinas del Gobierno. Todas excepto una empresa de construcción, la Compañía Finnegan de Cincuenta y tres Estados, cuyo presidente era Finn Finnegan. Él era el padre del hombre que va a ser enterrado, en algún sitio hoy.

»También todos los sindicatos excepto el mayor, el de la construcción, se habían disuelto o eran del Gobierno. En realidad, la compañía y el sindicato eran todo uno, ya que los empleados controlaban el noventa y cinco por ciento del capital, distribuido más o menos uniformemente entre ellos. El viejo Finnegan era el presidente de la compañía y el secretario ejecutivo del sindicato.

»Por las buenas o por las malas, especialmente por las malas, creo, la empresa— sindicato había resistido la inevitable absorción. Se investigaron los métodos de Finnegan: coacción y chantaje sobre los senadores USA e incluso sobre los jueces del Tribunal Supremo USA. Sin embargo, no se demostró nada.

Reportero:

—Para nuestros espectadores, que pueden estar poco fuertes en historia, diremos que ya hace cincuenta años el dinero sólo se usaba para comprar chucherías no suministradas por el Estado. Su otra utilidad, como hoy, era la de indicador de prestigio y de nivel social En cierto momento, el Gobierno pensó en

librarse por completo del dinero, pero un estudio reveló que tenía un gran valor psicológico También se conservó el impuesto sobre la renta, aunque al Gobierno no le servía para nada el dinero, porque el montante del impuesto de una persona determinaba su prestigio y porque permitía al Gobierno retirar de la circulación una gran cantidad de dinero

Accipiter:

—En cualquier caso, cuando el viejo Finnegan murió, el Gobierno Federal renovó su presión para incorporar a los trabajadores de la construcción y a los oficinistas del sindicato como funcionarios civiles. Pero el joven Finnegan demostró ser tan astuto y vicioso como su viejo padre. Desde luego, no sugiero que el hecho de que su tío fuera el presidente de los Estados Unidos tuviera nada que ver con el éxito del joven Finnegan.

Reportero:

—El joven Finnegan tenía setenta años cuando murió su padre.

Accipiter:

—Durante esta lucha, que continuó a lo largo de muchos años, Finnegan decidió tomar el nombre de Winnegan. Es un juego de palabras sobre Win-again («vuelvo a ganar»). Parece haber tenido una afición infantil, incluso imbécil, a los juegos de palabras, que yo, francamente, no comprendo. Me refiero a los juegos de palabras.

Reportero:

—Para nuestros espectadores no americanos, que quizá no conozcan nuestra costumbre nacional del Día del Nombre, diremos que fue originada por los Panamoritas. En cualquier momento a partir de la mayoría de edad, cualquier ciudadano puede tomar un nuevo nombre que crea apropiado a su temperamento o a su objetivo en la vida. Podría indicarles que el Tío Sam, que ha sido deshonestamente acusado de intentar imponer el conformismo a sus ciudadanos, anima este enfoque individualista de la vida. A pesar del aumento de trabajo que ello le supone para mantener sus ficheros.

»También podría hacer notar algo más de interés. El Gobierno declaró que el Abuelo Winnegan era mentalmente incompetente. Espero que mis oyentes me perdonen si tomo unos momentos de su tiempo para explicar las bases de la afirmación del Tío Sam. Bien para aquellos de ustedes que no conozcan un clásico del siglo XX, El funeral de Finnegan, a pesar del deseo de su Gobierno

de que tengan una educación permanente gratuita, diremos que el autor James Joyce, sacó el título de una vieja canción de vodevil.

(Pausa mientras un controlador explica brevemente «vodevil».)

—La canción trataba de Tim Finnegan, un obrero irlandés que se cayó de una escalera, borracho, y murió, aparentemente. Durante el funeral irlandés celebrado por Finnegan, el cuerpo fue salpicado accidentalmente de güisqui. Finnegan sintiendo el tacto del güisqui, del «agua de vida», se sentó en el ataúd y saltó de él para beber y bailar con las plañideras.

»El Abuelo Winnegan siempre sostuvo que aquella canción de vodevil se basaba en la realidad, que los buenos siempre ganan a la larga, y que el Tim Finnegan original era un antepasado suyo. Esta afirmación descabellada fue utilizada por el Gobierno en su demanda contra Winnegan.

»Sin embargo, éste presentó documentos que apoyaban su aserto. Más tarde, demasiado tarde, se demostró que los documentos eran falsos.

Accipiter:

—El movimiento del Gobienno contra Winnegan fue reforzado por la simpatía que los obreros de otras ramas y las personalidades sentían hacia el Gobierno. Los ciudadanos se quejaban de que la compañía-sindicato era antidemocrática y discriminatoria. Los oficinistas y productores ganaban sueldos relativamente altos, pero muchos ciudadanos tenían que contentarse con sus ingresos púrpura. Así que Winnegan fue llevado a juicio y acusado, desde luego con razón, de varios delitos, entre ellos subversión de la democracia.

»Viendo venir lo inevitable, Winnegan remató su carrera de delincuente. De algún modo se las arregló para robar veinte mil millones de dólares de la bóveda del banco federal. Esta suma, por cierto, era igual a la mitad del capital existente por aquel entonces en el Gran LA. Winnegan desapareció con el dinero, que no sólo había robado sino que también había dejado de tener en cuenta en su Declaración del Impuesto sobre la Renta. Imperdonable. No sé por qué tanta gente ha ensalzado la hazaña de este bandido. ¡Vaya! He visto programas de fido con él como héroe, ligeramente disfrazado bajo otro nombre, claro.

Reportero:

—Sí, amigos, Winnegan cometió el Delito del Siglo. Y aunque finalmente ha sido localizado y va a ser enterrado hoy, en algún sitio, el caso no ha quedado totalmente cerrado. El Gobierno federal dice que sí; pero ¿dónde está el dinero,

los veinte mil millones de dólares?

Accipiter:

—En realidad, el dinero ya no tiene ningún valor, excepto como piezas de colección. Poco después del robo, el Gobierno requisó todo el capital en circulación y editó nuevos billetes que no podían confundirse con lo antiguos. El Gobierno había querido hacer algo así desde hacía mucho tiempo, de todas formas, porque creía que había demasiado dinero circulante; sólo reimprimió la mitad de la cantidad requisada.

»Me gustaría saber dónde está el dinero. No descansaré hasta que lo sepa. Lo rastrearé aunque tenga que hacerlo en mi tiempo libre.

Reportero:

—Quizá tenga usted tiempo de sobra para ello si el joven Winnegan gana su querella. Bien, amigos, como muchos de ustedes posiblemente sepan, Winnegan fue encontrado muerto en uno de los niveles inferiores de San Francisco aproximadamente un año después de su desaparición. Su nieta identificó el cuerpo; y las huellas dactilares, la estructura de oídos, de retina y de dientes, el tipo sanguíneo y capilar de la identidad coincidían.

Chib, que ha estado escuchando, piensa que el Abuelo debió de gastarse varios millones del dinero robado en eso. No lo sabe, pero sospecha que un laboratorio de investigación en algún lugar del mundo desarrolló el duplicado de un biotanque.

Eso fue dos años después de nacer Chib. Cuando tenía cinco años, su Abuelo salió a la luz. Sin decirle a mamá que había vuelto, entró en la casa. Sólo Chib era su confidente. Desde luego, resultaba imposible para el Abuelo pasar completamente inadvertido por Mamá, pero ella insistía en no haberle visto nunca. Chib pensaba que lo hacía para evitar ser acusada de complicidad en el delito. No estaba seguro. Quizás había aislado sus «visitas» del resto de su mente. Para ella sería fácil, ya que nunca sabía si era martes o jueves, y no podía decir el año en curso.

Chib ignora a los sepultureros, que quieren saber qué hacer con el cuerpo. Camina hacia la fosa. La tapa del ataúd ovoide resulta ya visible bajo la larga trompa proboscídea de la máquina de cavar, que desmenuza sónicamente el barro y después lo aspira. Accipiter, roto su autocontrol de toda la vida, sonríe a los reporteros del fido y se frota las manos.

—Baila un poco, hijo de puta —dice Chib, con las lágrimas contenidas sólo por la ira.

Se despeja la zona que rodea la fosa, haciendo sitio para los brazos prensores de la máquina. Éstos descienden, se unen bajo el negro ataúd de plástico irradiado, adornado con arabescos de latón, y lo levantan, dejándolo sobre la hierba. Chib, viendo a los hombres de la ORI empezar a abrirlo, comienza a decir algo, pero cierra la boca. Mira intensamente, con las rodillas dobladas, como preparado para saltar. Los reporteros del fido se acercan, enfocando con las cámaras en forma de globo ocular al grupo que rodea el féretro.

Rechinando, la tapa se levanta. Se produce una gran explosión. Denso humo negro se alza. Accipiter y sus hombres, tiznados, con los ojos muy abiertos y blancos, tosiendo, salen a trompicones de la nube. Los reporteros del fido corren en todas direcciones o se agachan para recoger las cámaras. Los que estaban a suficiente distancia pueden ver que la explosión se produce en el fondo de la tumba. Sólo Chib sabe que la apertura del ataúd ha activado el mecanismo de detonación de la fosa.

También es él el primero en mirar al cielo, al proyectil que se remonta desde la tumba, porque sólo él lo esperaba. El cohete sube a 150 metros mientras los reporteros del fido siguen su vuelo con las cámaras. Se abre, y desde su interior se despliega una cinta entre dos objetos redondos. Los objetos se expanden hasta convertirse en globos, mientras que la cinta viene a ser una gran pancarta.

En ella, en grandes letras, están escritas las palabras:

¡El funetruco de Winnegan!

Veinte mil millones de dólares quemados bajo el suelo falso de la fosa arden furiosamente. Algunos billetes, despedidos en el géiser de fuegos artificiales, son arrastrados por el viento, mientras los hombres de la Oficina de Impuestos, los del fido, los sepultureros y los concejales los cazan.

Mamá está pasmada.

Accipiter tiene el aspecto de estar recibiendo una revelación.

Chib llora y después ríe y se revuelca por el suelo.

El Abuelo ha vuelto a jugársela al Tío Sam, y también ha lanzado su mayor juego de palabras a donde todo el mundo pueda verlo.

—¡Oh, viejo! —solloza Chib entre espasmos de risa—. ¡Oh, viejo! ¡Cómo te quiero!

Mientras rueda de nuevo por el suelo, riendo tan fuerte que le duelen los costados, siente un papel en su mano. Se detiene, se pone de rodillas y busca con la mirada al hombre que se lo ha dado. El hombre dice:

—Su abuelo me pagó para que se lo diera cuando lo enterraran.

Chib lee.

Espero que nadie haya resultado herido, ni siquiera los de la Oficina de Impuestos.

Último consejo del Viejo Sabio de los Rompecabezas. Piérdete. Deja LA. Deja el país. Ve a Egipto. Que tu madre cabalgue el salario púrpura por sí misma. Ella puede hacerlo si practica el ahorro y la austeridad. Y si no puede, no es culpa tuya.

En verdad eres afortunado de haber nacido con talento, si no genio, y de ser bastante fuerte para querer romper el cordón umbilical. Así que hazlo. Ve a Egipto. Empápate de la cultura antigua. Párate ante la Esfinge. Pregúntale a ella (en realidad es «él») la Pregunta.

Después visita una de las reservas zoológicas al sur del Nilo. Vive durante un tiempo en una imitación razonable de la Naturaleza tal como era antes de que la Humanidad la deshonrase y desfigurase. Allí, donde el Homo sapiens (?) evolucionó desde el mono asesino, absorbe el espíritu de ese antiguo tiempo y lugar. Has estado pintando con el pene, erecto más de ira, me temo, que de pasión de vivir. Aprende a pintar con el corazón. Sólo así podrás llegar a ser grande y verdadero.

Pinta.

Después, a dondequiera que vayas, estaré contigo mientras estés vivo para recordarme. Citando a Runic, «seré la aurora boreal de tu alma».

Mantén firme la creencia de que habrá otros que te amen tanto como yo lo hice e incluso más. Y lo que es más importante, debes amarles tanto como ellos te amen.

¿Puedes hacerlo?

* * *

Me siento extrañamente indiferente hacia el hecho de que el hombre llegue a la Luna. Digo extrañamente porque he estado leyendo ciencia ficción desde 1928 y vendiendo historias de ciencia ficción desde 1952. Es más, estaba casi seguro, y lo esperaba y rezaba por ello, de que llegaríamos a Marte en 1940. Cuando tenía dieciocho años renuncié a esa fecha demasiado cercana, pero seguí creyendo que algún día, quizás en 1970, lo lograríamos.

He sido también escritor técnico de electrónica militar y comercial desde 1957, y en la actualidad trabajo para una compañía que está íntimamente relacionada con los programas espaciales Saturno y Apolo. Hace diez años habría estado muy cerca del éxtasis si hubiera podido trabajar en un proyecto espacial. Cohetes, aterrizaje en la Luna, escotillas estancas, y todo eso.

Pero en los últimos ocho años me he ido sintiendo cada vez más interesado en —y preocupado por— los problemas terrestres. Como son la explosión demográfica, el control de la natalidad, la violación de la Madre Naturaleza, los «derechos» humanos y animales, los conflictos internacionales y, especialmente, la salud mental. Me gusta ver que exploramos el espacio, pero no creo que debamos hacerlo. Si los Estados Unidos desean gastarse su (mi) dinero en cohetes espaciales, estupendo. Comprendo perfectamente que los proyectos espaciales reembolsarán algún día con creces los actuales desembolsos. Los descubrimientos tecnológicos efectuados por el camino, buscados o hallados por azar, sin hablar de cosas tales como el control del clima, etc., harán que finalmente todos esos esfuerzos y dispendios tengan un gran valor. Me gusta creerlo así.

Pero gastemos al menos una cantidad igual de dinero e investigación intentando descubrir lo que hace moverse a la gente. Si hay que hacer alguna elección entre los dos distintos tipos de proyectos, abandonemos el proyecto espacial. Si esto es traición, tanto peor. La gente es más importante que los cohetes; nunca estaremos en armonía con la Naturaleza que existe fuera de nuestra atmósfera; ya tenemos bastante trabajo para ponernos en armonía con la naturaleza sublunar.

La idea de esta historia surgió mientras asistía a una conferencia en casa de

Tom y Terry Pincard. Lou Barron habló, entre otras cosas, del documento de la Triple Revolución. Esta publicación contiene una carta enviada el 22 de marzo de 1964 por el Comité Ad Hoc sobre la Triple Revolución al presidente Lyndon B. Johnson, la respuesta políticamente anodina del ayudante del consejero especial del presidente y el informe de la propia Triple Revolución. Los autores del documento saben que la humanidad se halla en el umbral de una era que exige un reexamen fundamental de los valores e instituciones existentes. Las tres revoluciones, separadas y que se refuerzan mutuamente, son: 1) la Revolución Cibernética; 2) la Revolución de Armamentos, y 3) la Revolución de los Derechos Humanos.

Lou Barron fue el primero en mencionar la Triple Revolución en mi presencia, y el último desde entonces. Sin embargo, dicho documento puede ser una fecha crucial para los historiadores, un medio conveniente de indicar cuándo se inició la nueva era de las «sociedades planificadas». Puede ocupar un lugar junto con documentos tan irnportantes como la Carta Magna, la Declaración de Independencia, el Manifiesto Comunista, etc. Desde aquella conferencia, he hallado algunas referencias al documento en dos revistas pero sin ninguna elucidación. Y durante la conferencia, Lou Barron dijo que, pese a su importancia, seguía siendo desconocido para algunos profesionales de la economía y las ciencias politicas en el campus de la Universidad de California en Los Angeles.

La conferencia de Barron me proporcionó la visión de una historia situada en una sociedad futura extrapolada a partir de las tendencias actuales. Probablemente nunca hubiera llegado a escribirla si Harlan Ellison no me hubiera pedido, algunos meses más tarde, una historia para esta antología. Tan pronto como oí que no habría ninguna clase de tabúes, mis ojos empezaron a girar con un frenesí que algunas personas hubieran encontrado más bien vulgar. De mi subconsciente surgió la frase de un título de Zane Grey, Riders of the Purple Sage (Jinetes del sabio púrpura). Otros elementos encajaron en su lugar, y las extrapolaciones siguieron.

Hay algunas cosas que me gustaría dejar claras. Primera, esta historia representa tan sólo uno de entre una docena de mundos futuros que puedo escribir, cada uno de ellos completamente distinto. Las implicaciones del documento de la Triple Revolución son muchas.

Segunda, la historia aquí presentada muestra tan sólo la osamenta de lo que yo deseaba escribir. Teóricamente, no hay límites a su extensión, pero en la práctica había de existir un punto final. Esas 30.000 palabras eran demasiado, pero los editores fueron indulgentes. En realidad escribí 40.000 palabras, pero me obligué a suprimir varios capítulos, y luego a reducir los capítulos que había dejado. Eso dio como resultado 20.000 palabras, que luego volví a aumentar a 30.000. Tenía un cierto número de episodios y de cartas de varios presidentes de los Estados Unidos a diversos servicios. Las cartas y sus respuestas debían mostrar cómo se había iniciado la Gran Retirada y cómo habían empezado las ciudades cerradas a varios niveles. Una descripción más detallada de la construcción física de una comunidad, LA OOGÉNESIS DE BEVERLY HILLS 14, fue suprimida, así como las justas municipales organizadas entre pandillas de quinceañeros durante el Festival del Pueblo, una escena entre Chib y su madre que hubiera aportado mayor profundidad a sus relaciones, una escena de un dramático fidovisado basado en los primeros días de la secta panamorita y aproximadamente una docena de otros capítulos.

Tercera, los autores del documento de la Triple Revolución, me parece, están anticipando únicamente los próximos cincuenta años. Yo salté al 2166 porque estoy seguro de que la conversión materia-energía y la duplicación de objetos materiales será entonces una realidad. Probablemente antes incluso. Esta creencia se basa en el actual desarrollo de la física. (Los computadores proteínicos mencionados en la historia han sido ya predichos en un reciente Science News Letter. Yo lo anticipé en una historia de ciencia ficción en 1955. Por lo que sé, mi predicción fue la primera mención de computadores proteínicos hecha en cualquier tipo de literatura, de ciencia ficción, científica o de otro tipo.) La humanidad ya no tendrá que seguir dependiendo de la agricultura, la cría de ganado o la minería. Es más, las ciudades tenderán a ser completamente independientes del gobierno nacional excepto cuando lo necesiten para evitar una guerra internacional. Las luchas entre las ciudades-estado y el gobierno federal se hallan sólo apuntadas en esta historia.

Cuarta, los autores del documento de la Triple-Revolución dieron prueba de humildad y buen sentido cuando afirmaron que no sabían todavía cómo planificar nuestra sociedad. Insisten en que es necesario efectuar primero un estudio de gran amplitud; y luego la puesta en práctica de las recomendaciones

debe efectuarse muy cautelosamente.

Quinta, dudo que todo esto se efectúe con la profundidad y las precauciones requeridas. El tiempo presiona demasiado; el sofocante aliento de la Necesidad sopla en nuestras nucas. Además, el estudio adecuado sobre la humanidad se ha visto siempre demasiado enmarañado con la política, los prejuicios, la burocracia, el egoísmo, la estupidez, el ultraconservadurismo y un rasgo que todos compartimos: la absoluta ignorancia.

Sexta, pese a todo lo cual, comprendo que nuestro mundo debe ser planificado, y deseo a los planificadores buena suerte en su peligrosa carrera.

Séptima, puede que esté equivocado.

Octava, espero estarlo.

Este relato fue escrito primariamente como una historia, no como una caja de resonancia para una serie de ideas o una profecía. Terminé sintiéndome demasiado interesado en mis personajes. Y aunque la idea básica procedió de Lou Barron, él no es responsable de nada de la historia. De hecho, dudo mucho que le guste.

Sea cual sea la acogida que tenga la historia, yo me lo pasé muy bien escribiéndola.

El sistema Malley

Miriam Allen deFord

En un contexto casi obstinadamente dedicado a las nuevas y jóvenes voces de la ficción especulativa, es sorprendente descubrir una historia de una mujer que era ya una profesional de la ciencia ficción mucho antes de que yo naciera. Eso o es un testimonio de las vigorosas cualidades inherentes a su forma de escribir, o de la singular naturaleza de esa mujer. Yo optaría por la segunda razón, como lo harían ustedes si conocieran personalmente a Miriam deFord. Es el tipo de persona que te lanzará una mirada capaz de marchitar un espárrago al momento con sólo que le menciones alguna estupidez semántica tal como «ciudadano adulto» o «ciudad sol». Lo más probable es que entonces te ponga en tu lugar citándote algún restallante aforismo de Schopenhauer («Los primeros cuarenta años de la vida nos aportan el texto; los treinta siguientes nos dan el comentario») o quizá de Ortega y Gasset («Una muchacha de quince años generalmente posee un mayor número de secretos que un hombre viejo, y una mujer de treinta, más arcanos que un jefe de estado»). Y si no le gustan ninguno de los dos, ¿qué le parece entonces un rápido fummikomi en el empeine derecho?

Miriam Alien deFord, además de haber escrito The Overbuy Affair (El asunto de los gastos excesivos) y Slone Walls (Muros de piedra) —estudios semiclásicos sobre crímenes y castigos—, es la autora de diez, no, digamos once libros de historia o biografía. Es una luminaria en el campo de la ficción y del

ensayo sobre criminología. Es uno de los autores favoritos de los lectores de ciencia ficción y fantasía. Ha publicado una cantidad increíble de traducciones del latín, biografías literarias y críticas, artículos sobre temas políticos y sociológicos; fue durante muchos años periodista laboral; es una renombrada poetisa, en cuyo haber hay que destacar un volumen de recopilaciones poéticas, Penultimates (Penúltimos). Nacida en Filadelfia, vive y ha vivido la mayor parte de su vida allí donde se halla su corazón, San Francisco. En su vida privada es la señora Maynard Shipley, cuyo difunto esposo (que murió en 1934) era un conocido escritor y conferenciante de temas científicos.

No mencionaré la edad de Miriam, pero creo que con ello suprimo un milagro. En una época en la que Todo el Mundo se cuestiona la cordura del Universo, cada migaja de maravilla debería ser proclamada, a fin de confirmarnos que todavía existe esperanza y armonía en el esquema de las cosas. Porque déjenme constatar el triste pero omnipresente hecho: en nuestra cultura la mayoría de la gente madura, gente de una cierta edad, no son más que cariacontecidos lamentándose constantemente de su perdida juventud. Pero Miriam deFord desafía todas las convenciones. Poca gente puede igualar su encanto. Nadie roza sus dotes de persuasión. (Prueba de esto último es que el recopilador de este libro deseaba retitular su historia «Células de memoria», o alguna otra tontería por el estilo. Miriam «persuadió» al recopilador de que estaba demostrando ser un asno. Su título original es el que ha prevalecido, y el recopilador, aunque vencido, no se ha sentido rebajado por las argumentaciones de la dama. Eso, hijos míos, se conoce como clase.) Pero nada de eso, y por supuesto no su edad, es lo que atrae nuestra atención. La fuerza de su estilo, la originalidad y la libertad del punto de vista que aporta a un desconcertante y apremiante problema contemporáneo es lo que nos apasiona aquí.

Miriam Alien deFord cumple con la inestimable finalidad, en esta antología y también en el género de la ciencia ficción, de ser una lección de cosas. No sólo los jóvenes tienen la capacidad de pensar duro y sacar a la luz nuevas ideas y hacerlo de una forma compulsiva. Si el escritor es un escritor, al diablo con las etiquetas cronológicas. Sepan ustedes o no cuál es la edad de Miriam, esta historia va a impresionarles. Nos permite hacer una pausa para considerar la validez de las pretensiones de los escritores que intentan disculpar su falta de imaginación y su horrible estilo literario achacándolo a su edad. Miriam deFord

les da un buen puntapié, del mismo modo que su historia nos da un buen puntapié a nosotros. ¡Ay!

* * *

SHEP:

—¿Estás lejos? —preguntó—. Tengo que estar en casa para mi telescuela; sólo he salido a comprarme un vitachups. Ya estoy en cibernética, y sólo tengo siete años —añadió orgullosamente.

Obligué a mi voz a suavizarse.

—No, tan sólo a un paso, y no voy a tomarte ni un minuto. Mi hijita me pidió que viniera a buscarte. Te describió para que te reconociera.

La niña parecía dudar.

—No pareces lo bastante viejo como para tener una hijita. Y yo no sé quién es.

—Está ahí abajo.

La sujeté firmemente por su delgado hombro.

—¿Bajando esas escaleras? No me gusta… Miré rápidamente a mi alrededor; nadie a la vista. La empujé hacia el oscuro portal, y eché el pestillo.

—¡Tú eres un ocupante ilegal de lugares bombardeados! —gritó aterrorizada—. No puedes tener una…

—¡Cállate!

Aplasté mi mano contra su boca, y la arrojé al montón de harapos que me servían de cama. Su débil debatirse me excitó aún más. Arranqué los pantalones cortos de sus temblorosas piernas.

¡Oh, Dios! ¡Ahora, ahora, ahora! Me hormigueaba la sangre.

La niña consiguió liberar la cabeza y gritó, justo en el momento en que yo me sumergía en una beatífica lasitud. Furioso, rodeé su delgado cuello y golpeé su cabeza contra el suelo de cemento hasta que la sangre y los sesos brotaron de su destrozado cráneo.

Sin moverme más, me dormí. Ni siquiera oí los golpes en la puerta.

CARLO:

—¡Aquí hay uno! —dijo Ricky, señalando hacia abajo. Mis ojos siguieron la dirección de su dedo. Oculto bajo la estructura de la acera rodante había un oscuro bulto inerte.

—¿Podemos bajar?

—El lo hizo, y debe de estar cargado de droga en polvo o algo así; de otro modo no estaría aquí.

No había nadie a la vista; eran casi las veinticuatro, y la gente estaba o en casa o todavía en algún sitio de meneo. Llevábamos horas arrastrándonos por las calles, buscando algo con que romper la monotonía.

Lo conseguimos, mano sobre mano. Esas cosas están electrificadas, pero uno aprende cómo evitar los lugares calientes.

Ricky encendió su atomflash. Era un tío viejo —daba la impresión de estar en su segundo siglo—, y estaba muerto para el mundo. Hubiera debido tener un poco más de buen sentido, a esa edad. Se merecía lo que íbamos a hacerle.

Se lo hicimos, y bien, ya lo creo. Muchachos, se despertó inmediatamente y empezó a chillar, pero arreglé eso clavándole un tacón en el rostro. Hubieran debido verlo en pelotas cuando le quitamos todas sus ropas…, los repulsivos pelos grises de su torso, las costillas marcándose en su piel, pero un vientre enorme, que se deshinchó cuando empezamos a acuchillarlo. Era asqueroso; lo dejamos bien marcado. Era posible que nos hubiera visto, de modo que le hundí los ojos en la cabeza. Luego le clavé una bota en la garganta para mantenerlo quieto, y rebuscamos en sus bolsillos…; no le quedaba mucho después de todo el polvo que se había comprado, pero nos hicimos cargo de sus códigos de crédito en caso de que encontráramos algún medio de utilizarlos sin que nos atraparan. Lo dejamos allí y empezamos a subir.

Estábamos a medio camino cuando oímos el maldito policóptero zumbando sobre nosotros.

RACHEL:

—Estás loca —me gruñó—. ¿Qué demonios estás pensando…, que me casé contigo por los ritos antiguos y que en cierto modo te pertenezco?

Yo apenas podía hablar debido a las lágrimas.

—¿Acaso no me debes algo de consideración? —conseguí decir—. Después de todo, he renunciado a otros hombres por ti.

—No seas tan condenadamente posesiva. Hablas como un atavismo de la Edad Media. Cuando yo te deseo y tú me deseas, de acuerdo. El resto del tiempo los dos somos libres. Además, fue el otro tipo el que renunció a ti, ¿no?

Aquello puso el punto final. Busqué detrás de la videopared, donde había guardado la vieja pistola láser que el abuelo me había dado cuando era pequeña —aún funcionaba, y él me había enseñado cómo utilizarla—, y se la dejé probar. Puf, puf, directamente entre sus mentirosos labios.

No pude parar hasta que se agotó la carga. Creo que perdí los sesos. Lo siguiente que recuerdo es a mi hijo Jon, de mi primer hombre, abriendo la puerta con su llave dactilar; y allí nos encontró a los dos, tendidos en el suelo, pero yo era la única viva. ¡Oh, maldito sea Jon y su diploma en humanística y su sentido del deber cívico!

RICHIE B:

¡Completamente inasquerosojusto! Era tan sólo un sucio extra-terry, y yo sólo quería divertirme un poco. Estamos en 2083, ¿no?; las nuevas leyes salieron hace dos años, y se supone que los extra terrys deben saber cuál es su lugar y no meterse donde no son deseados. En el parque de atracciones había un cartel que decía «Sólo humanos», y allí estaba él, de pie justo delante de la caseta donde yo había quedado con Marta. Llevaba una grabadora en la pata, así que supongo que era un turista, pero deberían informarles antes de venderles sus billetes. No se les debería permitir que vinieran a la Tierra, eso es lo que yo creo.

En vez de echar a correr, tuvo el valor de dirigirse a mí.

—¿Podría decirme…? —empezó, con esa estúpida voz zumbante que tienen y su asqueroso acento.

Era temprano, así que pensé que vería qué ocurría a continuación.

—Oh, sí, puedo decirte —le imité—. Una cosa que puedo decirte es que tienes demasiados dedos en tus patas delanteras, para mi gusto.

Parecía asombrado, y apenas pude contenerme de echarme a reír. Miró a su alrededor… Esas casetas son privadas, y no había nadie cerca; yo podía ver claramente hasta el heliparking y Marta aún no estaba a la vista. Metí la mano bajo mi capa y saqué mi pequeña rebanatodo que siempre llevo conmigo para defenderme.

—Y odio las colas prensiles —añadí—. Las odio, pero las colecciono. Dame

la tuya.

Me incliné y se la agarré, y empecé a cortarla por la base.

Entonces él chilló e intentó echar a correr, pero yo lo tenía bien sujeto. Sólo pretendía asustarlo un poco, pero me puso loco. Y su sangre violeta me puso enfermo, y aquello hizo que aún me volviera más loco. Estaba en guardia por si intentaba golpearme, pero maldito sea si lo hizo; simplemente se desvaneció. Demonios, uno nunca sabe con esos extraterrys…; igual era una hembra.

Terminé de cortar la cola, y la agité para sacar toda la sangre. Estaba a punto de administrarle —a él, a ella, a ello— un golpe tras la oreja y echarlo entre los matorrales, cuando oí a alguien acercándose. Pensé que era Marta; a ella siempre le gusta divertirse un poco, así que llamé:

—¡Hey, sacarina, mira qué recuerdo acabo de conseguirte!

Pero no era Marta. Era uno de esos asquerosos tipos de la Fed Planetaria.

BRATHMORE:

Tengo hambre de nuevo. Soy una persona fuerte y vital; necesito auténtica comida. ¿Esperan esos estúpidos que viva siempre de neurosintéticos y predigeridos? Cuando tengo hambre necesito comer.

Esta vez estaba de suerte. Mi pequeño anuncio siempre me los proporciona, pero no siempre lo que yo necesito; entonces tengo que dejarlos irse y esperar al siguiente. Exactamente la edad precisa…; jugosos y tiernos, pero no demasiado jóvenes. Los demasiado jóvenes no tienen carne sobre los huesos.

Soy metódico; llevo un registro. Éste era el Número 78. Y todos en cuatro años, desde que tuve la inspiración de poner el anuncio en el comunicáfono público. «Se busca pareja para un número de baile, masculina o femenina, de 16-23 años.» Porque después de esa edad, si son realmente bailarines, sus músculos se vuelven duros.

Con la semana de veinticuatro horas, uno de cada dos especialistas o diplomados pertenecen a algún Culto del Ocio, y yo tenía la sensación de que muchos de ellos deseaban ser bailarines profesionales. Yo no les decía que estaba en la tridi o en el senso o en una jaula de meneos, pero ¿en qué otro lugar podía estar?

—¿Cuántos años tienes? ¿En qué escuela estudiaste? ¿Cuánto tiempo? ¿Qué es lo que puedes hacer? Pondré la música, y tú me lo muestras.

No me lo mostraban mucho rato…, sólo lo suficiente para tener una idea. Tengo una auténtica oficina, en el piso 270 del Sky-High Rise, ni más ni menos. Todo muy respetable. Mi nombre —o el nombre que utilizo— en la puerta. Y la indicación «Agencia de espectáculos».

A los satisfactorios les digo:

—De acuerdo. Ahora iremos a mi sala de prácticas y veremos lo que podemos hacer juntos.

Subimos y tomamos el cóptero…, pero hacia mi escondrijo. A veces se ponen nerviosos, pero los tranquilizo. Si no puedo, simplemente aterrizo en el heliparking más próximo y les digo:

—Afuera, hermano —o hermana, según sea el caso—. No puedo trabajar con alguien que no tiene confianza en mí.

Dos veces han venido los polis a mi oficina a causa de la queja de algún imbécil, pero lo tengo todo previsto. No hubiera pensado en el baile si no hubiera tenido todos mis papeles en regla. Todos me reconocen en seguida…; fui profesional durante veinte años.

Nadie se preocupa nunca de aquellos que desaparecen. Normalmente no le dicen a nadie adonde van. Si lo hicieran, y me preguntasen, me limitaría a decir que nunca vinieron, y nadie podría probar que no fue así.

Así que éste es el Número 78. Mujer, diecinueve años, hermosa y bien desarrollada, pero aún no demasiado musculada.

Una vez en casa, el resto es fácil.

—Ponte tu tutu, hermana, y vayamos a la sala de prácticas. El vestidor está ahí.

El vestidor es gaseado apenas pulso el botón. Se necesitan unos seis minutos. Luego a mi cocina especialmente equipada. Las ropas al incinerador. El macerador y el disolvente para el metal y el vidrio. Lentes de contacto, joyas, dinero, todo va a parar ahí: no soy un ladrón. Luego al horno, bien aceitada y sazonada.

Una media hora aproximadamente, así es como me gustan. Después de comer, cuando lo he limpiado todo, el macerador se encarga de los huesos y los dientes. (Y en una ocasión de los cálculos biliares, lo crean o no.) Disco unas cuantas copas para aguzar mi apetito, y saco mi cuchillo y mi tenedor…; genuinamente antiguos, me costaron una fortuna, de los días en que la gente

comía aún auténtica comida.

En su punto y humeante, dorada por fuera y rezumando jugo. Mi estómago gruñe de satisfacción anticipada. Tomo mi primer delicioso bocado.

¡Aaaag! En nombre de… ¿Qué es lo que tenía? ¡Debía de pertenecer a una de esas bandas de muchachos que se atiborran de todos los venenos! Un dolor horrible desgarra mis entrañas. Me doblo. No recuerdo haber gritado, pero me dijeron que me oyeron con claridad desde la carretera exprés, y alguien finalmente reventó mi puerta y me encontró.

Me llevaron a toda prisa al hospital, donde tuvieron que reemplazar la mitad de mi estómago.

Y por supuesto la encontraron a ella también.

—Extremadamente interesante —dijo el criminólogo visitante de la Unión Africana.

Él y el alcaide, sentados en la oficina del segundo, contemplaban la gran pantalla mientras los técnicos retiraban las sondas cerebrales y, flanqueados por los roboguardias, sacaban a los cuatro hombres y a la mujer —¿o el último era también una mujer?; era difícil decirio—, abotagados y arrastrando los pies, hacia sus cubículos de descanso.

—¿Quiere decir que hacen ustedes esto todos los días? —preguntó el visitante.

—Todos los días de su condena. La mayoría de ellos tienen sentencias de cadena perpetua.

—¿Y hacen eso con todos los prisioneros? ¿O sólo con los criminales?

El alcaide se echó a reír.

—Ni siquiera con todos los criminales —respondió—. Sólo con los casos de homicidio de Clase Uno, violación y mutilación. Difícilmente sería aconsejable permitir que un ladrón profesional reviviera cada día su última fechoría; no haría más que anotar todos sus fallos y educarse para realizar un trabajo mejor cuando saliera.

—¿Y actúa esto realmente como factor disuasorio?

—Si no fuera así, no podríamos usarlo. En la Unión Interamericana tenemos una cláusula, ya sabe, contra «castigos crueles e insólitos». Éste ya no es insólito, y nuestro Tribunal Supremo y los Tribunales de Apelación de las

Regiones Terrestres han dictaminado que no es cruel. Es terapéutico.

—Quiero decir disuasorio para los criminales en potencia del exterior.

—Todo lo que puedo decir es que todas las escuelas secundarias de la Unión incluyen un curso de criminología elemental, con una docena de films-documento sobre este procedimiento. Hemos tenido mucha publicidad. He sido entrevistado a menudo. Y de los dos mil reclusos de esta institución, que es de mediana importancia, actualmente esos cinco son los únicos sujetos a este tratamiento. El índice de homicidios en esta Unión ha bajado del más alto al más bajo de toda la Tierra en los diez años transcurridos desde que empezamos.

—Oh, sí, ya sabía eso, por supuesto. Por eso fui delegado para hacer un estudio, a fin de ver si podría resultar conveniente también para nosotros. Entiendo que sólo soy uno más de tales visitantes.

—Exacto. La Unión del Asia Oriental lo está estudiando actualmente, y varias otras Uniones esperan poder incluirlo en sus agendas.

—Pero ¿y en el otro sentido de la disuasión…, cómo afecta a los propios sujetos? ¿Cómo funciona con ellos? Por supuesto, sé que no pueden continuar sus carreras criminales en este momento, pero ¿cuál es el efecto psicológico en ellos, aquí y ahora?

—El principio fue definido por Lachim Malley, nuestro notable criminalista… —dijo el alcaide.

—Por supuesto, uno de los más grandes.

—Creemos que sí. Su idea surgió originalmente de un detalle muy pequeño y banal de la historia popular. Allá por los viejos días, cuando existían las tiendas de propiedad particular y la gente recibía un salario por trabajar en ellas, era costumbre, en las tiendas que vendían pasteles y bombones y todas esas cosas que tanto les gustan a los jóvenes, y también, creo, en las cervecerías y vinaterías, permitir a los nuevos empleados que comieran y bebieran hasta saciarse. Se descubrió que se sentían saciados muy pronto, y que al final llegaban a aborrecer aquello que antes tanto les gustaba…, lo cual evidentemente ahorraba una gran cantidad de dinero a largo plazo.

»Se le ocurrió a Malley que si un criminal particularmente perverso era obligado a revivir una y otra vez el episodio que había conducido a su encarcelamiento…, si se le atiborraba a diario con él, por decirlo así, la incesante repetición obtendría efectos similares en él. Puesto que en la actualidad podemos

activar cualquier parte del cerebro de una forma totalmente indolora mediante sondas eléctricas aplicadas en zonas determinadas, el experimento era realizable. En esta prisión fuimos los primeros en ponerlo en práctica.

—¿Y cómo les afecta eso?

—Al principio algunos de los más perversos, ese horrible caníbal que ha visto, o el pederasta, por ejemplo, parecen saborear realmente el revivir sus crímenes. Los menos deteriorados temen e intentan eludir el tratamiento desde el principio. E incluso los peores, aquellos que se hallan tan sólo al principio de sus condenas, empiezan gradualmente a sentirse hastiados, luego saciados y, por último, a su debido tiempo, alienados por completo por sus anteriores impulsos. Algunos de ellos terriblemente llenos de remordimientos también; hemos tenido a endurecidos criminales que han caído de rodillas y me han suplicado que les deje olvidar. Pero, por supuesto, yo no puedo.

—¿Y después que han cumplido su condena? Porque supongo, como en nuestra Unión, que cadena perpetua significa en realidad no más de quince años.

—Entre nosotros unos doce, por término medio. Pero algunos de ésos, el último caso por ejemplo, nunca pueden ser dejados libres con seguridad. En general terminan por acostumbrarse. Porque, aparte su confrontación diaria, sus vidas no son demasiado malas aquí. Viven confortablemente, tienen todas las posibilidades de divertirse y educarse, cuando es posible disponemos visitas conyugales, y muchos de ellos prosiguen carreras útiles como si no estuvieran en prisión.

—Pero ¿qué ocurre con aquellos que son dejados libres? ¿Ha recaído alguno de ellos en el crimen? ¿Tienen ustedes reincidentes? El alcaide pareció incómodo.

—No, nunca ha vuelto aquí ningún sujeto sometido al Sistema Malley —dijo reluctante—. De hecho, es mi deber decirle que hay una ligera desventaja en el Sistema.

»Hasta ahora no hemos podido dejar libre a ningún sujeto al final de su condena. Todos ellos han debido ser transferidos a hospitales mentales.

El criminólogo africano permaneció en silencio. Luego sus ojos miraron en torno a la oficina en la que permanecían sentados. Por primera vez observó las paredes blindadas, los cristales a prueba de balas, las armas electrónicas apuntando a la puerta y listas para ser activadas con sólo apretar un botón en el

escritorio del alcaide.

El alcaide siguió su mirada y enrojeció.

—Me temo que soy un poco miedoso —dijo a la defensiva—. En realidad los sujetos son mantenidos bajo estrecha vigilancia, y los roboguardias tienen órdenes de tirar a matar. Pero no puedo dejar de pensar en lo que le ocurrió a mi predecesor, cuando él y Lachim Malley…

—Sé que Malley murió repentinamente mientras visitaba esta prisión —dijo el africano—. Un ataque al corazón, tengo entendido.

—Mi predecesor era demasiado despreocupado —observó el alcaide con una amarga sonrisa—. Tenía una fe ciega en el Sistema Malley, y ni siquiera tenía roboguardias para proteger a los técnicos, como tampoco hacía registrar a los sujetos en busca de cuchillos antes de su recapitulación diaria. Entonces había más sujetos también…, al menos catorce aquel día. Así que cuando dominaron simultáneamente a los técnicos, con las sondas ya puestas, e irrumpieron en esta oficina…

»Oh, sí, Malley murió de un ataque al corazón. Y mi predecesor también. Directamente al corazón, en ambos casos.

* * *

Puesto que la criminología y los relatos de misterio forman la mayor parte de mi obra, es natural que incluso en la ciencia ficción me atraiga el terna. Esta extrapolación en particular se me ocurrió repentinamente no sé cómo, del mismo modo que me pasa con buena parte de mi obra de ciencia ficción. Los asesinatos son cometidos por personas en un estado altamente emocional, incluso aunque la emoción sea tan sólo un deseo incontenible de excitación; y siendo así, ¿qué peor castigo podría infligirse que obligar a una repetición constante de la experiencia hasta que el asesino se sintiera atrozmente dominado por los remordimientos o (lo que parece más probable, y yo he indicado aquí) se viera reducido a un completo derrumbamiento psíquico?

Aceptando que la humanidad tiene un futuro, y que de alguna forma podemos atrapar social y psicológicamente nuestros logros técnicos, es posible

que una técnica como la descrita se les ocurra a algunos de nuestros criminólogos futuros. El si será más o menos disuasoria que la actual posibilidad de una ejecución es ya otra cuestión. Y pese a mi rechazo, no estoy completamente segura de que los más altos tribunales de apelación de aquel tiempo no decidan que el castigo es más cruel aún que el crimen.

Un juguete para Juliette

Robert Bloch

Lo que sigue es, en su más puro sentido, el resultado final de un feedback literario. Recientemente, el realizador de una serie de televisión que se emitía a una hora de gran audiencia, no teniendo ningún guión que realizar, se sentó a su mesa y escribió él mismo uno antes que aguardar a que alguno de sus perezosos guionistas independientes se lo trajera. Cuando hubo completado el guión, que debía ser ofrecido por la pantalla al cabo de pocos días, lo envió por puro formulismo al departamento jurídico de los estudios, a fin de asegurarse de que los nombres de los personajes no iban a traerles problemas, etc. Más tarde, aquel mismo día, el departamento jurídico lo llamó precipitadamente. Casi escena por escena y palabra por palabra (incluido el título), el realizador de la serie —que no era de ciencia ficción— había copiado una muy conocida historia corta de ciencia ficción. Cuando se lo señalaron, el realizador palideció y recordó que había leído aquella historia, haría unos quince años. Apresuradamente, le fueron comprados los derechos de la historia al conocido escritor de relatos de fantasía que había concebido originalmente la idea. Debo apresurarme a añadir que acepto la sinceridad del realizador cuando jura que no recordaba conscientemente y no tenía la menor intención de imitar la historia. Le creo porque este tipo de plagio inconsciente es algo común en el mundo de los escritores. Es inevitable que gran parte de lo que lee constantemente un escritor quede de algún modo en su cerebro, en forma de vagos conceptos, retazos de

escenas, fragmentos de personajes, que aparecen más tarde en la propia obra del autor; alterados y modificados, pero pese a todo un resultado directo de la obra de otro escritor. No es «plagio» en absoluto. Es parte de la respuesta a la pregunta que formulan los idiotas a los autores en las fiestas y los cócteles: «¿De dónde saca usted sus ideas?».

Poul Anderson me escribió una nota hace unos meses, explicándome que acababa de terminar una historia que estaba a punto de enviar a un editor, cuando se dio cuenta de que era muy semejante al tema de una historia que yo había leído en una conferencia de escritores a la que ambos habíamos asistido hacía apenas un mes o dos. Añadía que su historia era tan sólo vagamente similar a la mía, pero deseaba avisarme de este parecido a fin de que luego no surgiese ningún problema. Era una carta retórica; soy arrogante, pero no tan arrogante como para pensar que Poul Anderson necesita copiarme. Del mismo modo, en la Convención Mundial de Ciencia Ficción que se celebró el año pasado en Cleveland, el conocido fan alemán Tom Schlück y yo fuimos presentados. (Tom estaba invitado allí como Fan de Honor, una tradición de intercambio entre países perpetuada por el TransAtlantic Fan Fund). Lo primero que hizo después de que nos estrecháramos las manos fue darme un libro de bolsillo de ciencia ficción en alemán. Tuve alguna dificultad en comprender por qué me lo daba. Tom abrió el libro, una recopilación de relatos escritos con seudónimo por Walter Ernsting. La dedicatoria decía: «A Harlan Ellison, con mis saludos y mi agradecimiento». Seguía sin comprender. Entonces Tom pasó a la primera historia, cuyo título era Die Sonnenbombe. Bajo el título decía: Nach einer Idee von Harlan Ellison. Fruncí el ceño. Seguía sin comprender. Reconocí mi propio nombre, que suena igual en todos los idiomas excepto el ruso, el chino, el hebreo o el sánscrito, pero yo no leo alemán, y me temo que me quedé allí como un tonto. Tom explicó que la idea básica de la historia que yo había escrito en 1957 —*Run for the Stars* (*El último hombre*)— había inspirado a Ernsting a escribir Die Sonnenbombe. Era el feedback literario, la realimentación, venida del otro lado del mundo. Me sentí profundamente emocionado, y más aún, era un sentimiento de justificación. Todo escritor, excepto los más mercenarios, espera que sus palabras vivan después de que él sea metido en el agujero, que sus pensamientos influyan en la gente. Esta no es la finalidad primordial de escribir, por supuesto, pero es el tipo de deseo secreto comparable al del Hombre Medio

con respecto a tener hijos, a que su nombre no muera con él. Y allí, en mis manos, estaba la prueba visible de que algo que mi mente había evocado había alcanzado su finalidad y había activado la imaginación de otro hombre. Era obviamente la forma más sincera de homenaje, y en absoluto un «plagio». Era el feedback literario. Los casos de realimentación como éste entre escritores son innumerables, y algunos de ellos, legendarios. Ésa es la razón de los seminarios entre escritores, los talleres de escritura, las conferencias, y el interminable intercambio de cartas entre escritores. ¿Qué tiene que ver todo esto con Robert Bloch, el autor de la historia que sigue? Todo.

En 1943 Robert Bloch había publicado una historia titulada *Yours Truly*: *Jack the Ripper* (*Sinceramente suyo*, *Jack el Destripador*). El número de veces que ha sido reeditada, incluida en antologías, transmitida por radio y televisión, y sobre todo plagiada, es sorprendente. Yo la leí en 1953, y nunca he podido olvidarla. Cuando oí su dramatización en el Molle Mystery Theater, se convirtió en uno de mis recuerdos recurrentes preferidos. La idea original de la historia era simplemente que Jack el Destripador, matando en momentos específicos, había hecho las paces con los dioses de las tinieblas y gracias a ello se le había concedido la vida eterna. Jack era inmortal, y Bloch trazaba con fría y metódica lógica el rastro de una serie de asesinatos similares a los del Destripador en casi todas las grandes ciudades del mundo a lo largo de un período de cincuenta o sesenta años. La idea de Jack —que nunca fue detenido— viviendo de era en era cautivó mi imaginación. Cuando llegó el momento de reunir esta antología, llamé a Robert Bloch y le sugerí que dado que Jack era inmortal, podía seguir cometiendo sus crímenes en el futuro. La imagen de una criatura de la niebla y la suciedad de Whitechapel, la oscura silueta de Mandil de Cuero, errando por una estéril y automatizada ciudad del futuro era un anacronismo que me fascinaba. Bob aceptó, y dijo que se pondría inmediatamente al trabajo. Cuando su historia llegó, era (perdón por la palabra) una delicia, y la adquirí inmediatamente. Pero la idea de Jack en el futuro no abandonaba mis pensamientos. Le daba vueltas y más vueltas con una fascinación casi mórbida. Finalmente le pregunté a Bob si le importaría que mi historia para este libro prosiguiera allí donde él había dejado la suya. Dijo que le parecía estupendo. Se trataba, como he dicho, de un acto de feedback literario, en su más puro sentido. Y de nuevo la forma más sincera de halago: Bloch había desencadenado, literalmente, el proceso creativo de otro

autor.

La historia que sigue a la historia de Robert Bloch es el producto de ese feedback. El propio Bloch aceptó amable y graciosamente escribir la introducción de mi historia, en un esfuerzo por vengarse de esta introducción a su historia. Formando un nudo, las dos introducciones, las dos historias y los dos epílogos parecen haberse mezclado en una unidad que demuestra más admirablemente que un millón de palabras de críticas literarias lo que un escritor puede obtener de otro.

Lo que este recopilador en particular obtuvo de ese escritor en particular llamado Robert Bloch es mucho más que la historia de una idea. Vi por primera vez a Bloch —alto, jovial, de rasgos enérgicos, con gafas, fumando a través de una larga boquilla al estilo de Eric von Stroheim— en la Convención del Medio Oeste de Ciencia Ficción, celebrada en el hotel Beatley's-on-the-Lake en Bellefontaine, Ohio, en 1951. Yo tenía unos dieciocho años. Era odioso, ávido, hambriento por conocerlo todo respecto a la ciencia ficción. Bloch era por aquel entonces, y desde hacía varios años, una leyenda viviente. Aun siendo un reconocido profesional con bastantes libros e historias en su haber, siempre estaba disponible incluso para los más insoportables fans ansiosos de conseguir una historia o artículo para cualquier semilegible revista de aficionados. Gratis, por supuesto. Era el eterno maestro de ceremonias, y sus brindis eran una combinación de frases banales con comentarios incisivos. Conocía a todo el mundo, y todo el mundo lo conocía a él. Y el mocoso Ellison se lanzó a trepar por aquel pilar de fantasía.

No recuerdo lo que ocurrió en aquella ocasión, pues las brumas del tiempo y los estragos de la senilidad me han alcanzado ya a la edad de treinta y tres años, pero debió de ser algo memorable, porque alguien tomó nuestra fotografía, y aún conservo una copia: allí estoy yo, con aspecto más presumido que un escarabajo de la patata, y Bloch mirándome con una peculiar expresión que habla de benevolencia, tolerancia, divertida confusión y completo terror. Desde entonces tengo el privilegio de llamarme amigo de Robert Bloch.

Todavía otra pequeña anécdota, y luego dejaré a Bloch hablar por sí mismo de su carrera, su infancia y la naturaleza de la violencia. Cuando llegué a Hollywood en 1962, literalmente sin un dólar en el bolsillo (tenía diez centavos, una esposa, un hijo, y estábamos tan arruinados que durante todo el camino

cruzando el país sólo habíamos comido en los últimos quinientos kilómetros de recorrido el contenido de una lata de caramelos de avellana), al volante de un destartalado Ford de 1951, Robert Bloch —que no nadaba en oro precisamente — me prestó el dinero suficiente para encontrar un lugar donde meternos y comer algo. Aguardó tres años hasta que le devolví el dinero, y ni una sola vez me reclamó la considerable suma que me había prestado. Es una de esas Buenas Personas de Dios, como puede atestiguar cualquiera que lo haya conocido un poco de cerca. Es una de las grandes dicotomías de nuestro tiempo el que un hombre tan gentil, divertido, simpático y pacífico como Bloch pueda escribir las perversas y horribles historias que produce con tan alarmante regularidad. Uno sólo puede ofrecerse a título de consuelo la queja de Sturgeon de que después de haber escrito una —y sólo una— historia sobre homosexualidad, todo el mundo lo acusó de ser marica. Bloch es una entidad completamente aparte y diametralmente opuesta a los horrores que plasma sobre el papel. (Sugiero al lector que recuerde los lamentos de este escritor cuando llegue a la historia que sigue a la de Bloch.)

Y ahora, resplandeciendo con cosas memorables y bonhomie, he aquí a Bloch:

Cuando era chico me salté varios grados en la escuela elemental, con lo que me encontré en compañía de otros alumnos mayores y más grandes que yo que me introdujeron en la salvaje jungla del patio de recreo, con sus secretas jerarquías y el incesante martirio del débil a manos del fuerte. Afortunadamente para mí, nunca me convertí en una víctima física, como tampoco en un martirizador para compensar; de alguna extraña forma descubrí que era capaz de conducir a mis compañeros a través de varios e intrincados juegos imaginativos como actividad sustitutiva. Cavábamos trincheras en el patio trasero y jugábamos a la guerra; el abierto porche delantero se convirtió en la cubierta de un barco pirata, y las víctimas capturadas eran pasadas por la plancha (un ala extensible de la mesa del comedor) hasta saltar al océano de césped. Pero comprendí vagamente que mis actuaciones, mis circos y todo lo que imaginaba no captaban tanto el interés de mis compañeros como los juegos que eran sustitutivos de la violencia. Y más tarde, mientras ellos eran inevitablemente atraídos hacia las veneradas violencias del boxeo, la lucha, el fútbol y otras válvulas de escape aprobadas por los adultos con las que ultrajar a la persona

humana, yo me retiré a la lectura, al dibujo, al drama y a gozar del teatro y de las películas.

La versión muda de El fantasma de la Ópera me aterrorizó cuando tenía ocho años, pero una parte de mí era lo suficientemente objetiva como para descubrir una fascinación en esta demostración del poder de la simulación. Empecé a leer ávidamente relatos de violencia imaginaria. Cuando, a la edad de quince años, empecé a cartearme con el escritor de fantasía H. P. Lovecraft, él me animó a intentar escribir yo mismo. Como actor en la escuela había descubierto que podía hacer reír al público; entonces empecé a darme cuenta de que podía empujarlos emocionalmente en otras direcciones.

A los diecisiete años vendí mi primera historia a la revista Weird Tales, y así hallé mi vocación. Desde entonces mi firma ha aparecido en las revistas al pie de cuatrocientos relatos, artículos y novelas cortas. He dirigido secciones fijas en revistas, he visto algunas de mis historias reeditadas en cerca de un centenar de antologías, aquí y en otros países; veinticinco libros, novelas y recopilaciones de relatos han sido ya publicados. Además, he trabajado como colaborador anónimo para políticos, y pasé un tiempo escribiendo casi todo lo que puede concebirse escribir en publicidad. Adapté treinta y nueve de mis propias historias para una serie de radio, y en los últimos años me he concentrado ampliamente en guiones para la televisión y el cine.

Al principio mi trabajo estaba casi por entero centrado en el campo de la fantasía, donde el elemento violento era abierta y obviamente un producto de la imaginación. La violencia masiva de la segunda guerra mundial me condujo a examinar la violencia y sus fuentes… a nivel individual. Poco deseoso o incapaz de afrontar su presente realidad, retrocedí en la historia y recreé, como un prototipo de la violencia aparentemente sin sentido, al infame y famoso criminal que se presentaba a sí mismo como «Sinceramente suyo, Jack el Destripador». Este relato corto iba a verse constantemente reeditado e incluido en todo tipo de antologías, dramatizado frecuentemente para la radio, y finalmente apareció por televisión; según recientes informes, ha sido dramatizado también en Israel. Por alguna razón, la idea de Jack el Destripador sobreviviendo en la época actual toca un punto sensible en la psique del público.

Yo mismo estaba muy lejos de ser insensible a esta encarnación de la violencia entre nosotros, y me batí rápidamente en retirada para evitar ulteriores

consideraciones. Mientras la guerra continuaba y la violencia de la vida real se acercaba peligrosamente, me concentré durante un tiempo en el humor y la ciencia ficción. No fue hasta 1945, cuando apareció mi primera recopilación de relatos cortos, The Opener of the Way (El que abre el camino), que rematé su contenido con un nuevo esfuerzo, One Way to Mars (Viaje de ida a Marte), en el cual es utilizada una forma seudocienciaficcionística para describir la fuga psicótica de la violencia de un hombre contemporáneo.

Un año más tarde escribí mi primera novela, The Scarf…, el relato en primera persona de un terrible asesino. Desde entonces, aunque sigo utilizando la fantasía y la ciencia ficción para la sátira y la crítica social, he dedicado muchos de mis posteriores relatos cortos y casi todas mis novelas Spiderweb (Tela de araña), Shooting Star (Estrella fugaz), The Kidnaper (El secuestrador), The Will to KM (El deseo de matar), Psycho (Psicópata), The Dead Beat (El gorrón), Firebug (Pirómano), The Couch (El diván), Terror a un examen directo de la violencia en nuestra sociedad.

Psycho fue inspirada por el reportaje periodístico en cierto modo suavizado de una masacre en una pequeña ciudad cercana a donde yo residía; desconocía todos los detalles precisos de los crímenes, pero me pregunté qué tipo de individuo podía ser capaz de perpetrarlos mientras vivía una vida de ciudadano aparentemente normal en un ambiente convencional dominado por los chismorrees. Creé mi esquizofrénico personaje de una forma que pensé era por completo personal, sólo para descubrir, algunos años más tarde, que la parte racional que había concebido para él estaba estremecedoramente cerca de la aberrante realidad.

Algunos de mis otros personajes demostraron ser también un poco demasiado reales para mi tranquilidad. Cuando escribí The Scarf, por ejemplo, los editores insistieron en eliminar una breve escena en la cual el protagonista se dedica a una especie de fantasía sádica; imagina lo que sentiría tomando un rifle de largo alcance, subiendo al tejado de un alto edificio y empezando a disparar al azar contra la gente de abajo. Era algo inverosímil, dijeron los editores. Hoy, yo soy quien ha reído el último…, aunque mi risa no es precisamente de alegría.

The Scarf, incidentalmente, acaba de ser reeditada en libro de bolsillo. Tras veinte años, he revisado naturalmente el libro para poner al día algunas expresiones y referencias. Pero mi protagonista no ha necesitado ningún cambio;

el paso del tiempo ha hecho el trabajo por mí. Hace veinte años lo describí como un monstruo…; hoy surge como un antihéroe.

Porque la violencia vive hoy por sí misma; la violencia que yo he examinado, y a veces proyectado y predicho, se ha convertido en una realidad aceptada y común. Lo cual, para mí, es mucho más terrible que cualquier otra cosa que pueda imaginar.

Ellison de nuevo. En un intento de unificar la totalidad, y creyendo firmemente que la obra de Bloch pierde muy poco impacto ante esta revelación, esta parte del libro ha sido estructurada para ser leída como una sola obra. Les animo a que pasen de Bloch a su epílogo, y de ahí a su introducción a Ellison y al epílogo de éste. En este caso la edad pasa delante de la belleza.

O posiblemente la Belleza delante de la Bestia.

* * *

Juliette entró en su dormitorio, sonriendo, y un millar de Juliettes le devolvieron la sonrisa. Porque todas las paredes estaban pandadas con espejos, y el techo estaba formado por paneles empotrados que reflejaban su imagen.

Por todos lados donde mirara podía ver los rubios rizos que enmarcaban los rasgos llenos de sensibilidad de un rostro que era una radiante amalgama de niña y ángel; un sorprendente contraste con la rubicunda y carnosa revelación de su cuerpo de mujer bajo la diáfana ropa.

Pero Juliette no se sonreía a sí misma. Sonreía debido a que sabía que el Abuelo estaba de vuelta y le habría traído otro juguete. Dentro de unos momentos sería descontaminado y se lo entregaría, y deseaba estar preparada.

Juliette giró el anillo en su dedo y los espejos se oscurecieron. Otro giro oscurecería enteramente la habitación; un giro en sentido contrario y los espejos volverían a brillar. Todo era cuestión de elegir…, pero ése era el secreto de la vida. Elegir, por el puro placer de hacerlo.

¿Y qué le complacía hacer esta noche?

Juliette avanzó hacia uno de los paneles de espejo y pasó su mano ante él. El cristal se deslizó hacia un lado, revelando una hornacina tras él; una abertura en

forma de ataúd excavada en la roca sólida, con la bota de tortura y las empulgueras situadas a sus alturas correspondientes.

Vaciló un momento; no había jugado a ese juego desde hacía años. Otra vez, quizá. Juliette agitó su mano y el espejo se deslizó, cubriendo de nuevo la abertura.

Erró lentamente a lo largo de la hilera de paneles, haciendo gestos a medida que andaba, deteniéndose para inspeccionar uno tras otro lo que había detrás de los espejos. Allí estaba el potro; allí, bien alineados, los látigos de púas colocados contra la oscura madera pulida. Y allí estaba la mesa de disección, con cientos de años de antigüedad, con sus exóticos instrumentos; tras el siguiente panel, los cables y electrodos que producían esas muecas tan extrañas y esas contorsiones de agonía, por no hablar de los gritos. Por supuesto, los gritos no importaban en una habitación a prueba de ruidos.

Juliette se dirigió hacia la pared lateral y agitó de nuevo su mano; el obediente cristal se deslizó a un lado, y se quedó contemplando un juguete que casi había olvidado. Era una de las primeras cosas que el Abuelo le había traído, y era muy vieja, parecida a la caja de una momia. ¿Cómo la había llamado?… La Doncella de Hierro de Nuremberg, eso era…; con las afiladas púas de acero llenando la tapa por su interior. Encadenabas a un hombre dentro, y luego hacías girar la pequeña manivela que cerraba la tapa, siempre muy suavemente, y las púas atravesaban la muñecas y los codos, las rodillas y los tobillos, las ingles y los ojos. Tenías que ir con cuidado para no excitarte e ir demasiado de prisa, o te perdías toda la diversión.

El Abuelo le había enseñado cómo funcionaba, la primera vez que le había traído un juguete realmente vivo. Y luego, el Abuelo se lo había mostrado todo. Le había enseñado todo lo que sabía, puesto que era muy sabio. Incluso le había dado su nombre —Juliette—, sacándolo de uno de los viejos libros impresos que había descubierto escritos por el filósofo De Sade.

El Abuelo le había traído libros del Pasado, al igual que le había traído los juguetes. Era el único que tenía acceso al Pasado, puesto que era el dueño del Viajero.

El Viajero era un mecanismo muy ingenioso, capaz de alcanzar las frecuencias vibratorias que lo liberaban de los lazos del tiempo. En reposo, era simplemente un artefacto parecido a una gran caja cúbica, del tamaño de una

habitación pequeña. Pero cuando el Abuelo accionaba los controles y se iniciaba la oscilación, la caja se volvía borrosa y desaparecía. Estaba todavía allí, decía el Abuelo —al menos la matriz permanecía allí, como un punto fijo en el espacio y en el tiempo—, pero cualquier cosa o cualquier persona que estuvieran dentro del cubo podía moverse libremente por el Pasado hasta el lugar para el cual estuvieran programados los controles. Por supuesto eran invisibles cuando llegaban allí, pero en realidad eso constituía una ventaja, particularmente cuando se quería encontrar cosas y traerlas. El Abuelo había traído algunos objetos realmente interesantes desde lugares casi míticos —la gran biblioteca de Alejandría, la Pirámide de Keops, el Kremlin, el Vaticano, Fort Knox—, todos los lugares donde estaban almacenados los tesoros y el conocimiento que había existido hacía miles de años. Le gustaba ir a esa parte del Pasado, el período antes de las guerras termonucleares y las edades roboticas, y coleccionar cosas. Naturalmente, los libros, las joyas y los metales no tenían utilidad, excepto para un anticuario, pero el Abuelo era un romántico y le gustaban los viejos tiempos.

Era extraño pensar en él como en el dueño del Viajero, pero por supuesto él no había sido su creador. El padre de Juliette era quien lo había construido realmente, y el Abuelo tomó posesión de él después de que su padre muriera. Juliette sospechaba que el Abuelo había matado a su padre y a su madre cuando ella era todavía un bebé, pero nunca había podido estar segura de ello. Tampoco importaba; el Abuelo era siempre muy bueno con ella, y además, pronto iba a morirse, y entonces ella sería la dueña del Viajero. Acostumbraban a bromear frecuentemente sobre ello.

—He hecho de ti un monstruo —decía el Abuelo—. Y algún día tú terminarás destruyéndome. Tras lo cual, por supuesto, procederás a destruir todo el mundo… o lo que queda de él.

—¿Y no tienes miedo? —le pinchaba ella.

—Claro que no. Ése es mi sueño…, la destrucción de todo. Un final para esta estéril decadencia. ¿Te das cuenta de que hubo un tiempo en que había más de tres mil millones de habitantes en este planeta? ¡Y ahora hay menos de tres mil! Menos de tres mil, encerrados en estos Domos, prisioneros de sí mismos y encerrados para siempre, gracias a los pecados de sus padres, que envenenaron no sólo el mundo exterior sino también el espacio abierto en su intento de transformar el orden atómico del universo. La humanidad está ya virtualmente

extinta; lo único que harás tú será acelerar el final.

—Pero ¿no podríamos ir hacia atrás, a otro tiempo, en el Viajero? —preguntaba ella.

—¿Hacia atrás a qué tiempo? El continuum es incambiable; un acontecimiento conduce inexorablemente a otro, eslabones todos de una cadena que nos conduce al presente y a su inevitable fin de destrucción. Gozamos de una supervivencia individual temporal, sí, pero de ninguna finalidad. Y ninguno de nosotros está capacitado para vivir en un ambiente más primitivo. De modo que quedémonos aquí y extraigamos todo el placer que podamos de este momento. Mi placer es ser el único poseedor y usuario del Viajero. En cuanto al tuyo, Juliette…

El Abuelo siempre se reía entonces. Ambos se reían, porque sabían cuál era el placer de ella.

Juliette mató su primer juguete cuando tenía once años…, un muchachito. El Abuelo se lo había traído como un regalo especial, de algún lugar del Pasado, para sus elementales juegos sexuales. Pero él no quería cooperar, y ella perdió la calma y lo golpeó hasta matarlo con una barra de acero. De modo que el Abuelo le trajo otro juguete un poco mayor, de piel morena, y éste cooperó estupendamente; pero al final ella se cansó de él, y un día mientras estaba durmiendo en su cama lo ató y fue a buscar un cuchillo.

Experimentando un poco antes de que muriera, Juliette descubrió nuevas fuentes de placer, y por supuesto el Abuelo se enteró. Fue entonces cuando la bautizó «Juliette»; pareció aprobarlo con entusiasmo, y a partir de entonces le trajo los juguetes que ella guardaba detrás de los espejos en su dormitorio. Y en sus incesantes viajes al Pasado fue trayéndole nuevos juguetes.

Siendo invisible, podía encontrarle casi cualquier cosa en sus viajes; todo lo que tenía que hacer era utilizar un aturdidor y transportarlos de vuelta. Por supuesto, cada juguete tenía que ser descontaminado muy cuidadosamente; el Pasado pululaba de extraños microorganismos. Pero una vez los juguetes se habían vuelto adecuadamente antisépticos eran entregados a Juliette para su placer, y durante los últimos siete años no había dejado de divertirse.

Siempre era delicioso ese momento de anticipación antes de que llegara un nuevo juguete. ¿Cómo sería? El Abuelo era muy considerado; ante todo, se aseguraba de que los juguetes que le traía pudieran hablar y comprender Inglés,

o «inglés», como lo llamaban en el Pasado. La comunicación verbal era a menudo importante, sobre todo si Juliette deseaba seguir los preceptos del filósofo De Sade y gozar de alguna forma de relación sexual antes de adentrarse en placeres más intensos.

Pero siempre existía esa anticipación. Este juguete ¿sería joven o viejo, salvaje o domesticado, masculino o femenino? Los había tenido de todo tipo, y cada posible combinación. A veces los mantenía vivos durante días antes de cansarse de ellos… o antes de que las sutilidades de que ella era capaz les hicieran expirar. En otras ocasiones deseaba que todo ocurriera muy rápidamente; esta noche, por ejemplo, sabía que se sentiría apaciguada tan sólo por la acción más primitiva y directa.

Una vez se hubo dado cuenta de esto, Juliette dejó de jugar con sus paneles de espejos y se dirigió directamente hacia la gran cama. Echó abajo el cobertor, y rebuscó bajo la almohada hasta que lo encontró. Sí, aún seguía allí…, el gran cuchillo con la larga y cruel hoja. Ahora sabía lo que iba a hacer: llevaría el juguete con ella a la cama y luego, precisamente en el momento adecuado, combinaría sus placeres. Si podía controlar el momento exacto de utilizar su chuchillo…

Se estremeció de anticipación; luego de impaciencia.

¿Qué clase de juguete sería? Recordó aquel otro, suave y frío…, Benjamín Bathurst era su nombre, un diplomático inglés del tiempo que el Abuelo llamaba las Guerras Napoleónicas. Oh, había sido suave y frío hasta que ella lo había seducido con su cuerpo y lo había llevado a la cama. Y luego había habido aquella aviadora norteamericana de un poco después en el Pasado; y en una ocasión, como un regalo muy especial, toda la tripulación de un velero llamado Marie Celeste. ¡Le habían durado semanas!

Sorprendentemente, en ocasiones había llegado incluso a leer cosas sobre sus juguetes después. Porque cuando el Abuelo se acercaba a ellos con su aturdidor y los traía aquí, desaparecían para siempre del Pasado, y si de alguna forma eran conocidos o importantes en su tiempo, tales desapariciones eran notadas. Así, algunos de los libros del Abuelo relacionaban «misteriosas desapariciones» que ocurrían de tanto en tanto y que por supuesto nunca eran explicadas. ¡Qué delicioso era todo aquello!

Juliette palmeó la almohada, ahuecándola, y volvió a dejarla en su sitio,

deslizando debajo el cuchillo. Ya no podía esperar más; ¿qué era lo que lo estaba entreteniendo?

Se obligó a dirigirse hacia una abertura y pulsar un vaporizador, desvistiéndose mientras la perfumada neblina bañaba su cuerpo. Aquél era el último toque de seducción… Pero ¿por qué no llegaba aún su juguete?

De pronto, la voz de su Abuelo le llegó desde el altavoz.

—Querida, te envío una pequeña sorpresa.

Eso era lo que decía siempre; formaba parte del juego.

Juliette soltó el mando del comunicador.

—No me tengas más sobre ascuas —suplicó—. Dime cómo es.

—Es un inglés. De la época victoriana. Muy formal y educado, por lo que parece.

—¿Joven? ¿Guapo?

—Pasable. —El Abuelo dejó escapar una risita—. Tus apetitos te traicionan, querida.

—¿Quién es…, alguien de los libros?

—Ignoro su nombre. No encontramos identificación durante la descontaminación. Pero por sus ropas y modales, y el pequeño maletín negro que llevaba cuando lo descubrí a primeras horas de esta madrugada, calculo que debe de ser un médico regresando de alguna llamada de urgencia.

Juliette sabía lo que eran los «médicos» por sus lecturas, por supuesto; como sabía lo que significaba «Victoriano». De algún modo, la combinación parecía correcta.

—¿Formal y educado? —rió—. Entonces me temo que va a sufrir un fuerte shock.

El Abuelo rió también.

—Tienes algo en mente, estoy seguro.

—Sí.

—¿Puedo mirar?

—Por favor…, no esta vez.

—Muy bien.

—No te enfades, querido. Te quiero.

Juliette cortó la comunicación. Justo a tiempo, porque la puerta se estaba abriendo, y el juguete entró.

Ella lo miró, dándose cuenta de que el Abuelo había dicho la verdad. El juguete era un hombre de unos treinta y tantos años, atractivo pero no guapo. No podía serlo, enfundado en aquel traje oscuro y con aquellas ridículas patillas. Había algo casi deprimentemente refinado y amanerado en él, un aire de embarazada represión.

Y por supuesto, cuando vio a Juliette en su ropa casi transparente, y la cama rodeada de espejos, realmente enrojeció.

Esa reacción sedujo completamente a Juliette. Un Victoriano enrojeciendo, con la constitución de un toro… ¡e ignorante de que aquél era su matadero!

Era tan divertido que no pudo dominarse; avanzó inmediatamente y lo rodeó con sus brazos.

—¿Quién…, quién es usted? ¿Dónde estoy?

Las preguntas habituales, formuladas de la forma habitual. Normalmente, Juliette se hubiera divertido dando respuestas evasivas destinadas a desconcertar y a excitar a su víctima. Pero esta noche sintió una impaciencia que no hizo más que aumentar cuando abrazó al juguete y lo empujó hacia la cama que aguardaba.

El juguete empezó a respirar pesadamente, reaccionando. Pero seguía desconcertado.

—Dígame…, no comprendo. ¿Estoy vivo? ¿O esto es el cielo? Las ropas de Juliette se abrieron cuando ella se tendió de espaldas.

—Estás vivo, querido —murmuró—. Maravillosamente vivo. —Se echó a reír cuando empezó a probar su afirmación—. Pero mucho más cerca del cielo de lo que piensas.

Y para probar esa afirmación, su mano libre se deslizó bajo la almohada y buscó a tientas el cuchillo.

Pero el cuchillo ya no estaba allí. De alguna forma, había hallado el modo de abrirse camino hasta la mano del juguete. Y el juguete ya no era formal y educado; su rostro era como algo surgido de una pesadilla. Sólo un atisbo, antes de que el cegador destello de la hoja del cuchillo se abatiera sobre ella, una y otra y otra vez…

La habitación, naturalmente, era a prueba de ruidos, y había mucho tiempo. No descubrieron lo que quedaba del cuerpo de Juliette hasta pasados varios días.

Allá en Londres, tras el último y misterioso crimen cometido a primeras

horas de la madrugada, jamás se encontró a Jack el Destripador…

* * *

Han pasado un cierto número de años desde que me senté ante la máquina de escribir un triste día de invierno y escribí *Yours Truly*: *Jack the Ripper*, para una revista. La revista en que apareció es hoy un fantasma, y no se interesa en fantasmas desde hace ya tiempo. Pero de algún modo mi pequeña historia parece haber sobrevivido. No ha dejado de perseguirme desde entonces, en nuevas ediciones, antologías, traducciones a otros idiomas, emisiones de radio y televisión.

Así que, cuando el recopilador de esta antología me propuso que colaborara con una historia y me sugirió: «¿por qué no algo acerca de Jack el Destripador en el futuro», sólo fui capaz de una respuesta.

Acaban de leerla.

El merodeador en la ciudad al borde del mundo

Harlan Ellison

Aquí Robert Bloch, escribiendo acerca de Harlan Ellison. Y créanme, no es fácil.

Su contribución a esta antología resulta ser una secuela de la mía, de modo que me pidió que le escribiera una introducción, sólo como un asunto de injusticia poética.

No tengo la menor intención de redactar un perfil biográfico del hombre; seguro que no me necesita para ello. Ellison ha contado la historia de su vida tantas veces que uno pensaría que se la sabe de memoria.

Así que me veo obligado a dirigirme a la consideración de Ellison como fenómeno —el más fenomenal de los fenómenos— que ha marcado su huella en mí y en todos los escritores del género de la ciencia ficción durante los últimos quince años.

Cuando lo conocí, en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de 1952, Harlan Ellison era un joven prometedor de dieciocho años. Hoy es un joven prometedor de treinta y tres. Esto no es una crítica, al contrario.

A los dieciocho años hizo la promesa de convertirse en un fan de primera línea. A los treinta y tres ha prometido convertirse en un escritor de primera línea. Y no se ha contentado con las promesas.

Como fan era fanático, ambicioso y agresivo. Como escritor profesional, esas cualidades siguen siendo obvias en toda su obra, y están acrecentadas con

otra cualidad aliterada…, el talento.

Lean sus relatos cortos, sus novelas, sus artículos y sus críticas. Puede que no siempre estén de acuerdo con lo que dice o con la forma en que lo dice, pero el talento está ahí; la mezcla de emoción y excitación formulada con profunda convicción y compromiso. Cualquiera que sea la aparente forma gramatical con la que se presente, uno es consciente de que en realidad Ellison siempre está escribiendo en primera persona.

Menciono la emoción. Ellison opera a menudo de un extremo a otro, que van de la simpatía compasiva a la virtuosa indignación. Escribe lo que siente…, y ustedes sienten lo que escribe.

Menciono la excitación. Es un clima interior; un constante tornado en el cual una parte de Ellison permanece como el ojo…, un ojo tremendamente perceptivo. Puede descubrirse poca tranquilidad tanto en su vida como en su obra. Ellison, definitivamente, no es uno de esos autores que cultivan la serenidad de Buda mientras permanecen sentados contemplando el ombligo de su obra.

He mencionado la convicción. Puesto que no es un oscurantista, sus convicciones aparecen fuertes y claras…, en prosa y con un estilo personal. Esas convicciones crean a la vez admiradores y enemigos. Mitad aguijón, mitad orgullo, Ellison ha sido criticado por aquellos que insisten en considerar estas cualidades como admirables en un soldado, un político o un ejecutivo, pero algo degradante en un artista creativo. Ellison sobrevive a la contienda; es el único organismo vivo que conozco cuyo hábitat natural es el conflicto.

He mencionado el compromiso. Sus objetivos y su tenacidad lo han conducido a través de un amplio abanico de experiencias: un período en el ejército, una relación con bandas de adolescentes en busca de material de fondo, un trabajo de redactor, y la eterna lucha contra la crítica que cree que todo escritor debe adaptar su obra al gusto de otros árbitros.

Ellison ha tenido a menudo problemas con aquellos que han intentado dirigir sus escritos. En su avance de Cleveland a Nueva York y a Chicago ha dejado en su camino una estela de cabellos grises en directores de editoriales, algunos de ellos arrancados a mechones, de raíz. En Hollywood ha actuado como picador de productores, con su garrocha siempre blandida y lista para ser hincada a la primera aparición del toro.

Alguna gente admira su valor. Otros odian sus redaños. Pero él tiene su forma de probarse… y de mejorar.

Esta antología lo demuestra.

Durante los quince años en los cuales Ellison pasó de ser un fan al status profesional, literalmente cientos de lectores de ciencia ficción, escritores y editores han soñado en la publicación de una antología de este tipo.

Han soñado.

Ellison la ha convertido en realidad.

Soy consciente de que no he dicho nada sobre la inteligencia de Ellison, o la sensibilidad implicada en su trabajo, que le ha hecho ganar un Hugo de la Convención Mundial de Ciencia Ficción y un Nébula de la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de Norteamérica. Pueden descubrir esas cualidades por ustedes mismos leyendo la historia que sigue.

Es un tour de forcé, por supuesto, en la gran tradición del Gran Guiñol; una descendencia literaria lineal de figuras paternas tan temibles como el marqués de Sade y Louis-Ferdinand Céline. En su superficie salpicada de sangre constituye una obscenidad, una violación brutal de los sentidos y las sensibilidades.

Pero bajo las crudas e impresionantes alusiones a Eros y Thanatos se halla el significativo retrato del Hombre Obsesionado…, el Hombre Violento cuya transición del pasado al futuro nos deja con una profunda visión del Hombre Violento de hoy.

Porque Jack el Destripador está con nosotros ahora. Merodea de noche, huyendo del sol en una búsqueda de la deslumbrante incandescencia de una realidad interior…, y le vemos claramente en la historia de Ellison, hasta el punto de poder ver (y admitir) la violencia que se agazapa dentro de nuestras propias psiques. Aquí, todo lo que normalmente está prohibido se halla anormalmente liberado y realizado. ¿Divagaciones metafísicas? Antes de decidirse, lean la historia y dejen que el Destripador les destripe a ustedes, hasta la comprensión de los deseos y las fuerzas que la mayoría de nosotros nunca admitiremos, ni nos someteremos a ellas; fuerzas que, sin embargo, permanecen potencialmente vivas dentro de nosotros y de nuestra sociedad. Y ponderen, si lo desean, la parábola del dilema de Jack mientras busca —para utilizar una frase que todos nosotros usamos pero que raramente comprendemos— «labrarse un porvenir» por sí mismo.

Una obscenidad, sí. Pero una moralidad también; una terrible moralidad implícita en el conocimiento de que la víctima inevitable y definitiva del Destripador es siempre él mismo.

Al igual que usted y yo.

* * *

Ante todo estaba la ciudad; nunca de noche. Lisas paredes reflectantes de metal antiséptico, como un inmenso autoclave. Pura e inmaculada, dominada por un silencio jamás roto por el zumbido visceral de sus engranajes íntimos. La ciudad era autónoma. Los ruidos de pasos resonaban por todos lados, notas sordas y cadenciosas de un instrumento exótico con base de cuero. Los ruidos repercutían hacia su creador como una canción tirolesa lanzada de montaña en montaña. Ruido de invisibles ciudadanos cuya existencia era tan ordenada, higiénica, metálica, como la de la ciudad que habían concebido para que les protegiera en su seno de las embestidas del tiempo. La ciudad era una compleja arteria, sus habitantes eran la helada sangre que se deslizaba por ella. Ambos formaban un todo único Ciudad constantemente brillante, eterna en su concepto, edificada en un desafío de exaltantes formas; la más moderna de todas las estructuras modernas, concebida como una residencia archiperfecta por individuos perfectos. Último logro de todas las investigaciones sociológicas orientadas a la Utopía. Se la había llamado espacio vital, y estaban condenados a vivir en ella, país de ninguna parte, de estética implacable y aséptica.

Nunca de noche.

Nunca en sombras.

…una sombra. Una mancha moviéndose sobre la pureza del metal, arrastrando consigo fragmentos de tela y de tierra arrancados a tumbas cerradas desde hacía innumerables siglos. Una silueta.

Al pasar, tocó una pared gris como el acero de un cañón; sus dedos polvorientos quedaron impresos en ella. Una sombra furtiva avanzando a lo largo de calles antisépticas que se transformaban —a su paso— en oscuros callejones de otros tiempos.

Tenía una vaga conciencia de lo ocurrido. No de una forma precisa, no con muchos detalles; pero era fuerte; era capaz de salir de aquello sin que su mente de paredes frágiles como la cáscara de un huevo estallara. No veía ningún lugar, en la brillante estructura en que se hallaba, donde pudiera aislarse para pensar. Tan sólo necesitaba un poco de tiempo. Refrenó su paso, sin ver a nadie. Extrañamente, inexplicablemente, se sentía. ¿seguro? Sí, seguro. Por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Hacía tan sólo unos instantes se hallaba ante el estrecho callejón frente al número 13 de Miller’s Court. Eran las seis de la madrugada. Londres estaba silencioso, y él se había detenido un instante en el callejón de los prostíbulos Mc Carthy, un corredor fétido de donde llegaban hedores de orina y donde las prostitutas de Spitalfields llevaban a sus clientes. Hacía tan sólo unos instantes, con su maletín negro conteniendo el feto en su frasco de formaldehído puesto a su lado en la opaca neblina, se había detenido para beber algo antes de regresar a Toynbee Hall dando un rodeo. Luego debían de haber transcurrido cinco minutos. Y de pronto se había hallado en otro lugar, y ya no eran las seis de la madrugada de un día glacial de noviembre de 1888.

Había levantado los ojos hacia la claridad que lo inundaba en aquel otro lugar. Un silencio de hollín reinaba en Spitalfields; y de pronto, sin la menor sensación de desplazarse o de haber sido desplazado, se halló, inundado de luz, en aquel otro lugar. Dándose un corto respiro, tan pocos minutos después del cambio, se apoyó en la pared de la ciudad y recordó aquella otra luz. La de los mil espejos. En las paredes, en el techo. Un dormitorio, con una mujer en su interior. Una mujer hermosa. No como Black Mary Kelly o Annie Chapman o Kate Eddowes o todas las demás basuras de las que había tenido que hacerse cargo.

Una mujer hermosa. Rubia, sana. hasta el momento en que le ofreció su cuerpo como cualquiera de aquellas vulgares rastreras que había tenido que utilizar en Whitechapel.

Una sibarita; una criatura para el placer; una Juliette, había dicho ella, antes de que él utilizara el cuchillo de larga hoja. Lo había encontrado bajo la almohada, en la misma cama hacia donde ella lo había atraído. Qué vergüenza, ni siquiera había sabido resistirse, desamparado, apretando su maletín negro como un niño que tiembla, él que se movía como un rey en la densa noche de

Londres, él que ocho veces había cumplido impunemente su misión, para caer entre los brazos de una perdida, sí, una perdida como todas las demás, que se había aprovechado de él mientras él intentaba comprender lo que le ocurría y dónde se encontraba. Qué vergüenza. Y entonces había utilizado el cuchillo.

Habían pasado apenas unos minutos, y sin embargo había realizado un trabajo de artista.

El cuchillo era de un modelo extraño. La hoja parecía estar formada por dos finas piezas de metal, entre las cuales había algo que había adquirido intermitentemente una tonalidad rojiza, algo así como las chispas producidas por un generador Van de Graaff. Pero eso era perfectamente ridículo, ya que no estaba provisto de hilos ni de barra de contacto ni de nada que pudiera provocar ni siquiera la más pequeña descarga eléctrica. Lo había depositado en su maletín, donde estaba ahora junto con sus escalpelos, el ovillo de catgut, los frascos cuidadosamente alineados en sus fundas de piel y el bocal conteniendo el feto. El feto de Mary Jane Kelly.

Se había esmerado, pero sin perder tiempo. La había preparado casi exactamente igual que a Kate Eddowes: la garganta limpiamente incidida de oreja a oreja, el tronco hendido entre los senos y hasta la vagina, los intestinos extraídos y desplegados sobre el hombro derecho, a excepción de un trocito seccionado y colocado entre el brazo izquierdo y el cuerpo. El hígado había sido picado con la punta del cuchillo, y su lóbulo derecho escarificado verticalmente. (Se sorprendió al constatar que el hígado no ofrecía ningún signo de cirrosis, enfermedad tan común entre las prostitutas de Spitalfields, que bebían constantemente con la esperanza de escapar de la sórdida y grotesca existencia que se veían obligadas a llevar. Y de hecho, ésta parecía totalmente distinta a las otras, pese al carácter aún más desvergonzado de sus avances sexuales. Y el cuchillo oculto bajo su almohada.) Cortó la vena cava a la altura del corazón. Luego se ocupó del rostro.

Por un instante había pensado en retirar el riñón izquierdo, como había hecho con Kate Eddowes. Sonrió al imaginar la expresión que debió de mostrar el señor George Lusk, presidente del Comité de Vigilancia de Whitechapel, al recibir por correo la caja de cartón conteniendo el riñón de la señorita Eddowes, acompañado de aquellas palabras de alambicada ortografía:

Señor Lusk os embío desde el infierno este pequeño regalo la mitad de un

riñón que la quité a una mujer de las bigiladas por usted. La otra mitad la ice a la plancha y me la comí y estaba mui buena. Si quereis el cuchiyo que la cortó puedo embiaroslo si esperais un poco. Cojedme cuando podais.

Había pensado firmar la nota: «Su seguro servidor, Jack el Destripador», o incluso Jack el Escurridizo, o El Carnicero, o cualquier otra cosa que se le ocurriera. Pero se había sentido frenado por una cuestión de estilo. Ir demasiado lejos en aquella dirección sería ir en contra de sus propias convicciones. Tal vez ya se había pasado de la raya al dar a entender al señor Lusk que se había comido la otra mitad del riñón.

Aquella rubia, aquella Juliette con su cuchillo oculto bajo la almohada, era la novena. Se apoyó contra la pared de acero perfectamente lisa, sin ninguna junta ni remache, y se pasó la mano por los ojos. ¿Cuándo iba a poder detenerse? ¿Cuándo terminarían comprendiendo, cuándo captarían su mensaje, un mensaje tan claro, escrito en sangre, que sólo la ceguera de su propia codicia les forzaba a ignorar? ¿Debería diezmar los innumerables regimientos de mujerzuelas de Spitalfields para quitar la venda de sus ojos? ¿Tendrían que acarrear los vertederos chorros de sangre negra antes de que se decidieran por fin a escuchar lo que intentaba decirles y emprendieran las necesarias reformas?

Sin embargo, cuando apartó sus manos manchadas de sangre de delante de los ojos, se dio cuenta de lo que tendría que haberle parecido evidente desde un principio: ya no estaba en Whitechapel. No estaba en Miller's Court, ni en ningún otro lugar de Spitalfields. Quizá ni siquiera estuviera en Londres. Pero, ¿cómo podía ser así?

¿Le había llamado Dios a Su seno?

¿Estaba muerto sin darse cuenta de ello, en algún lugar entre la lección de anatomía de Mary Jane Kelly (la muy sucia, ¡se había atrevido a besarle!) y el destripamiento en la habitación de aquella Juliette? ¿Por fin había decidido el Cielo recompensarle por el trabajo que había efectuado?

¡Oh, si el reverendo Barnett pudiera verlo! ¡Si hubiera podido saberlo todo! Pero «el Carnicero» no estaba dispuesto a hablar. Que las reformas se hicieran tal como el reverendo y su mujer las deseaban; que aplicaran los beneficios a sus sermones y sus peticiones, en lugar de a los escalpelos de Jack.

Pero si él estaba muerto, ¿su trabajo había llegado a buen fin? Aquel pensamiento le hizo sonreír. Si el Cielo le había llamado, eso tenía que significar

que su trabajo había llegado a buen puerto. Definitivamente. Sí, pero en esas condiciones, ¿quién era la Juliette cuyo cuerpo se enfriaba, abierto y húmedo, en la habitación de los mil espejos?

En aquel momento conoció el miedo.

¿Y si el propio Dios hubiera interpretado mal lo que había hecho?

Al igual que lo había interpretado mal el buen pueblo de la reina Victoria. Al igual que lo había interpretado mal sir Charles Warren. ¿Y si Dios había visto tan sólo lo superficial e ignorado la verdadera razón? ¡No! ¡Ese pensamiento era ridículo! Si alguien estaba en situación de comprender, ese alguien era Aquel que le había dictado lo que había que hacer para enderezar la situación.

Dios le amaba tal como él amaba a Dios, y Dios le comprendía.

Pero en aquel instante conoció el miedo.

Porque, ¿quién era la mujer que acababa de degollar?

—Era mi nieta Juliette —dijo una voz en su oído.

Su cabeza se negó a moverse, a volverse aunque fuera tan sólo unos centímetros para ver a quien había hablado. El maletín se hallaba en el liso y reflectante suelo, a su lado. No tenía tiempo de sacar el cuchillo antes de ser alcanzado. Al final habían conseguido atrapar a Jack. Empezó a temblar incontroladamente.

—No tema nada —dijo la voz.

Era una voz cálida y tranquilizadora. La de un hombre más viejo que él. Temblaba como si tuviera fiebre. Pero se volvió para mirar. Era un anciano sonriente, amable y comprensivo. Que habló de nuevo, sin mover los labios:

—Nadie puede hacerle daño. ¿Cómo se encuentra?

El hombre de 1888 se dejó caer lentamente de rodillas.

—Perdón, Dios mío. No lo sabía —murmuró.

El estallido de la risa del viejo resonó en la cabeza del hombre que estaba de rodillas. Se elevó límpido como un rayo de sol recorriendo una de las callejuelas de Whitechapel entre el mediodía y la una de la tarde, iluminando los grises ladrillos de las paredes cubiertas de hollín. Resonó límpido y purificador en su mente.

—Yo no soy Dios —dijo el viejo—. La idea es espléndida, pero no soy Dios. ¿Le gustaría encontrar a Dios? Seguramente uno de nuestros artistas podrá modelar uno para usted. ¿Es muy importante? No, ya veo que no es muy

importante. Qué extraña mente tiene usted. No es ni creyente ni no creyente. ¿Cómo puede contener los dos conceptos a la vez? ¿Quiere que rectifique algunas de sus configuraciones cerebrales? No, ya veo. Tiene miedo. Dejémoslo por ahora. Ya lo haremos en otra ocasión.

Tomó por el cuello al hombre arrodillado y lo obligó a levantarse.

—Está usted cubierto de sangre. Habrá que limpiar todo eso. Hay un ablutorio no lejos de aquí. A propósito, he quedado muy impresionado por la forma en que se ha ocupado usted de Juliette. Es la primera vez, ¿sabe? No, claro, no puede saberlo, por supuesto. Pero es el primero que le ha administrado un tratamiento digno de ella. Le hubiera gustado ver lo que le hizo a Caspar Hauser. Le trituró una punta de su cerebro y lo envió a su casa para que viera un poco de su vida, y entonces la muy sinvergüenza me lo hizo traer otra vez y terminó su trabajo con el cuchillo. Ese mismo que ha tomado usted, supongo. Y luego lo envió de nuevo a su época. Oh, sublime misterio. Figura en todos los anales de enigmas no resueltos. Pero era una chapucera. No como usted. Ponía mucha labia a sus diversiones, pero ningún estilo. Excepto con el juez Crater. Allí sí que. —Se interrumpió, riendo con aire lascivo—. Pero estoy chocheando. Supongo que querrá usted adecentarse un poco y visitar algo el lugar, ¿no? Luego podremos charlar. Lo único que quería era que supiera que estoy contento de la forma como la ha liquidado. Pero, en cierto sentido, voy a echarla de menos. Fornicaba con tanto arte.

El viejo tomó el maletín y arrastró al hombre sucio de sangre a través de las claras y espejeantes calles.

—¿Usted quería que la mataran? —preguntó el hombre de 1888, incrédulo.

—Naturalmente —asintió el viejo, sin que sus labios se movieran ni una sola vez—. De otro modo, ¿para qué le habría traído a Jack el Destripador?

«¡Oh, Dios mío!», pensó él. «¡Estoy en el Infierno, e inscrito con el nombre de Jack!»

—No, no muchacho. No está en el infierno, en absoluto. Está en el futuro. El futuro para usted, el presente para mí. Viene usted de 1888 y está ahora en el. —Se interrumpió unos instantes, contando silenciosamente, como si tuviera que convertir manzanas en dólares, y luego prosiguió—. En el 3077. Es un mundo hermoso, no faltan las diversiones y nos sentimos felices de recibirle entre nosotros. Ahora venga. Vamos a limpiar un poco todo eso.

En el ablutorio, el abuelo de la difunta Juliette cambió de cabeza.

—En realidad tengo horror a hacerlo —explicó al hombre de 1888, agarrando sus mejillas con todos los dedos y tirando de la fláccida piel como si fuera goma—, pero Juliette insistía siempre. Yo ya quería darle ese gusto, si con ello hubiera conseguido enderezarla. Pero luego había todos esos juguetes que tenía que traerle del pasado, y luego verme obligado a cambiar de cabeza cada vez que quería acostarme con ella. Era horrible, realmente horrible.

Penetró en una de las numerosas cabinas, todas idénticas, empotradas en la pared. La puerta pivotó con un ligero chac blando, casi quitinoso. Luego pivotó otra vez, y el abuelo de la difunta Juliette, ahora seis años más joven que el hombre de 1888, salió de nuevo, completamente desnudo y con una nueva cabeza.

—El cuerpo está en buen estado —dijo, examinando las partes genitales y una peca en su hombro derecho—. Lo cambié el año pasado.

El hombre de 1888 desvió la mirada. Estaba en el Infierno, y Dios lo odiaba.

—Vamos, no se quede ahí, Jack. —El abuelo de Juliette sonrió—. Métase en una de esas cabinas y haga sus abluciones.

—No me llamo así —dijo el hombre de 1888 muy suavemente, como si acabara de ser golpeado por la correa de un látigo.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero no importa. Ande, vaya ahora a lavarse.

Jack se acercó a una cabina. Era de color verde pálido, que se transformó en malva cuando él se detuvo ante ella.

—¿Qué es lo qué…?

—Va a limpiarle, eso es todo. ¿De qué tiene miedo?

—No quiero ser cambiado.

El abuelo de Juliette se rió.

—Es un error —dijo sibilinamente.

Hizo un gesto imperioso con la mano, y el hombre de 1888 penetró en la cabina que pivotó rápidamente en su nicho y se hundió en el suelo emitiendo un triunfal sisss. Cuando volvió a ascender, pivotó y se abrió. Jack salió titubeando, con aspecto de terrible desorientación. Sus largas patillas habían sido escuadradas cuidadosamente, su barba de tres días había desaparecido, sus cabellos eran más claros y ya no llevaba la raya en medio, sino a un lado. Seguía llevando el mismo abrigo negro con cuello y puños de astracán, el mismo traje

oscuro con una camisa blanca y una corbata negra, sujeta con una aguja en forma de herradura, pero todo parecía nuevo ahora, inmaculado, quizás incluso sintético y fabricado a la imagen de sus antiguas ropas.

—¡Ajá! —exclamó el abuelo de Juliette—. ¿No es mejor así? No hay nada como una buena sesión de limpieza para ponerle a uno las ideas en su sitio.

Penetró en otra cabina de donde salió unos segundos más tarde vestido con un traje de papel que le cubría ajustadamente desde el cuello hasta los pies. Avanzó hacia la salida.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó el hombre de 1888 al rejuvenecido abuelo, que avanzaba a su lado.

—Quiero presentarle a alguien —respondió el abuelo de Juliette, y Jack se dio cuenta de que ahora sí movía los labios. Pero decidió no hacer ningún comentario. Debía haber alguna razón para ello—. Iremos a pie, si me promete no lanzar exclamaciones de admiración acerca de la ciudad. Es una hermosa ciudad, por supuesto, pero yo vivo en ella y, francamente, encuentro el turismo tan aburrido.

Jack no respondió. El viejo tomó aquello como una aceptación a sus condiciones.

Así pues, caminaron. El peso de la ciudad impresionaba terriblemente a Jack. Era extensa, maciza, extraordinariamente limpia. Lo que había soñado para Whitechapel se había realizado aquí. Preguntó acerca de los barrios bajos, de los antros de vicio. El viejo agitó la cabeza.

—Desaparecieron hace mucho tiempo.

Así pues, había ocurrido. Las reformas por las cuales había expuesto su alma inmortal habían llegado. Haciendo balancear su maletín, anduvo con un paso más ligero. Pero al cabo de unos minutos su paso se hizo de nuevo más lento: no había nadie por las calles.

Nada más que edificios limpios y brillantes, calles que partían en todos sentidos y se cortaban bruscamente, como si el arquitecto hubiera decidido que, puesto que la gente podía desaparecer en un punto y reaparecer en otro distinto, ¿para qué romperse la cabeza haciendo calles que fueran de un lugar a otro?

El suelo era de metal, el cielo parecía metálico; los edificios se alzaban por todas partes, monótonas prolongaciones de metal insensible explorando un espacio plano. El hombre de 1888 se sintió terriblemente solo, como si cada uno

de los actos que había realizado hubiera alienado un poco más a aquellos a quienes había intentado ayudar.

A su llegada a Toynbee Hall, cuando el reverendo Barnett le abrió los ojos acerca de la horrible realidad de los antros de Spitalfields, había hecho votos de poner remedio a la situación por todos los medios a su alcance. Tras algunos meses en los bajos fondos de Whitechapel, lo que tenía que hacer le había parecido tan simple como su fe en Dios. ¿Cuál era la utilidad de las rameras? No mayor que la de los microbios que las infestaban.

Así pues, había dejado hablar a Jack, para cumplir la voluntad del Señor y liberar los miserables desechos que habitaban al este de Londres. Que lord Warren, el comisario de la Policía Metropolitana, la reina y todos los demás le tomaran por un médico loco, por un carnicero sanguinario o por una bestia con apariencia humana no le importaba en lo más mínimo. Sabía que él permanecería anónimo hasta el fin de los tiempos, pero que el generoso proceso que había puesto en marcha alcanzaría un día sus maravillosos resultados: la destrucción de la más horrible de las lacras que Inglaterra hubiera conocido nunca.

Sin embargo, ahora el tiempo había pasado; y se encontraba en un mundo aparentemente sin lacras, una Utopía esterilizada que era la concreción de todos los sueños del reverendo Barnett. Y sin embargo, pese a todo ello. algo sonaba a falso.

El abuelo, con su joven cabeza.

El silencio en las desiertas calles.

La mujer, Juliette, y su extraño pasatiempo.

El poco caso que se había hecho a su muerte.

La certeza del abuelo de que él, Jack, iba a matarla. Y la amistad que le testimoniaba ahora.

¿Adónde iban?

A su alrededor, la ciudad. El abuelo andaba sin prestar atención; Jack miraba pero no comprendía nada. Pero esto es lo que vieron mientras andaban:

Mil trescientos rayos de luz de treinta centímetros de largo por siete moléculas de espesor surgieron a las calles de metal por unos intersticios casi invisibles, se desplegaron en abanico e inundaron las paredes de los edificios; tomaron un vago tono azulado, recorrieron el contorno de las superficies, se

doblaron en ángulo recto y volvieron a doblarse, una y otra vez, como un papel en un ejercicio de papiroflexia; cambiaron de nuevo de tonalidades, ahora eran dorados, penetraron a través de la superficie de los edificios, se dilataron y se contrajeron en ondas compactas, se extendieron sobre todas las superficies interiores, luego se replegaron rápidamente y desaparecieron. El proceso completo había durado doce segundos.

La noche cayó sobre un cuadrado de la ciudad que comprendía doce edificios. Descendió como un macizo pilar de duras aristas que coincidían con el ángulo de las calles. Del interior de la zona oscura llegaron ruidos indistintos, cantos de grillos, eructar de sapos, pájaros nocturnos, rumor del viento entre los árboles, y una música lejana de instrumentos imposibles de identificar.

Aparecieron paneles de escarchada luz, suspendidos en el aire. Una presencia ondulante e indefinible se lanzó al asalto de los niveles superiores de un gran edificio situado en la prolongación de esos paneles. Cuando éstos descendieron lentamente, el edificio se volvió fluido y se diluyó en corpúsculos de luz que flotaron en el aire. Cuando los paneles alcanzaron el suelo, el edificio se había desmaterializado por completo. Los paneles se tiñeron con una fuerte coloración anaranjada y comenzaron una nueva ascensión en dirección al cielo. A medida que subían, una masa se creaba en lugar del antiguo edificio, extrayendo al parecer del aire que lo rodeaba corpúsculos de luz, y fundiéndolos en una entidad que se transformó en el momento en que los paneles cesaron su ascensión, en un nuevo edificio. Los paneles de luz escarchada desaparecieron.

Durante unos segundos se oyó el zumbido de un abejorro, Luego cesó.

Una compacta multitud de personas vestidas con ropas de plástico desembocó de un gris agujero que vibraba en el aire, martilleó unos instantes la calzada con sus pasos, y desapareció tras la esquina de una calle de donde llegaba un ruido de toses prolongadas. El silencio se hizo de nuevo.

Una gota de agua, densa como el mercurio, cayó al suelo, golpeó la calzada, rebotó, se elevó varios centímetros, y luego se vaporizó en una mancha escarlata en forma de diente de ballena que cayó inerte al suelo.

Dos edificios se hundieron en el suelo, y el revestimiento de metal permaneció liso e ininterrumpido, a excepción de un árbol de metal de delgado tronco plateado, coronado de un follaje brillante hecho de fibras de oro irradiadas en un círculo perfecto. No se oyó el menor ruido.

El abuelo de la difunta Juliette y el hombre de 1888 siguieron andando.

—¿Adónde vamos?

—A casa de Van Cleef. Normalmente no andamos nunca; algunas veces, sí, pero ya no es un placer como antes. Lo hago especialmente por usted. ¿Le gusta el lugar?

—Es. poco habitual.

—Sobre todo con respecto a Spitalfields, ¿eh? Pero confieso que me gusta volver a aquella época. Soy yo quien posee el único transportador, ¿lo sabía? El único que haya sido fabricado nunca. Construido por el padre de Juliette, por mi hijo. Tuve que matarlo para conseguirlo. No quería mostrarse razonable. Sin embargo no representaba mucho para él, se lo aseguro. Era el último de los grandes artesanos, hubiera podido dármelo fácilmente. Pero era obstinado. Por eso le he hecho cortar a mi nieta en rodajas. De otro modo, habría sido ella quien lo hubiera hecho conmigo. Por aburrimiento; simplemente porque no encontraba otros medios de divertirse.

Una gardenia se materializó en el aire y se transformó ante sus ojos en un rostro de mujer de largos cabellos blancos.

—¡Hernon, no podemos aguardar más!

Parecía irritada.

El abuelo de Juliette palideció.

—¡Especie de hija de puta! Te dije que al paso. Pero tú no podías, ¿eh? Saltar, saltar, saltar, eso es lo que haces siempre. Bueno, eso representará varios feddels menos, eso es todo. Feddels, maldita sea. Había previsto marcar el paso; de hecho, estaba marcándolo, ¡pero tú.!

Levantó el brazo y una espuma verdosa surgió instantáneamente en dirección al rostro. El rostro desapareció y un instante después la gardenia reapareció unos pocos metros más allá. La espuma se convirtió en polvo y cayó, y Hernon, el abuelo de Juliette, dejó caer el brazo como descorazonado por la estupidez de aquella mujer. Una rosa, un nenúfar, un jacinto, un par de phlox, una celidonia silvestre y un cardo gigante aparecieron al lado de la gardenia. Cuando cada flor tomó la apariencia de un rostro distinto, Jack dio un paso atrás, aterrado.

Todos los rostros se volvieron hacia el que había sido antes un cardo gigante.

—¡Traidor! ¡Inmundo marrano! —gritaron al unísono al tembloroso y pálido rostro que había sido un cardo.

Los ojos de la mujer gardenia se abrieron enormemente, pareciendo que iban a salirse de sus órbitas; la pintura violácea que rodeaba completamente sus globos oculares la hacía semejarse a un animal al acecho a la entrada de una caverna.

—¡Turd! —gritó, dirigiéndose al hombre-cardo—. Todos estábamos de acuerdo, todo el mundo había aceptado. ¡Y tuviste que formar un cardo, so galápago! Ahora verás. —Se volvió rápidamente hacia los demás—. ¡Adelante! ¡Al diablo con la espera! ¡Ahora! ¡En formación!

—¡No, mierda! —gritó Hernon—. ¡Habíamos dicho al paaaso!

Pero ya era demasiado tarde. El aire se enturbió alrededor del hombre-cardo como el fondo de un río cuando se agita el limo; la atmósfera se ennegreció, y se formó un torbellino, con la cabeza ahora aterrada del hombre-cardo en su centro. El torbellino avanzó, atrapando a Jack, Hernon, las cabezas-flores, la ciudad; y de pronto fue de nuevo Spitalfields por la noche, y el hombre de 1888 estaba de nuevo en 1888, con su maletín en la mano, avanzando al encuentro de una mujer en una calle de Londres envuelta en la niebla.

(Había ocho nódulos adicionales en el cerebro de Jack.)

Era una mujer de unos cuarenta años, de aire cansado y algo desaliñada. Llevaba un traje negro de tela basta que descendía hasta sus botines. Un mandil blanco, manchado y arrugado, rodeaba su talle. Las amplias mangas le llegaban hasta la muñeca, e iba abotonada hasta el cuello. Llevaba un pañuelo anudado en torno a la garganta, y un deformado sombrero de ala ancha con una cinta adornada de una minúscula y patética flor de origen indeterminado. De su muñeca pendía un bolsito de cuentas de capacidad apreciable.

Retardó su paso cuando lo vio, o mejor lo adivinó, inmóvil en las sombras.

Él surgió de las sombras e hizo una ligera inclinación.

—Buenas noches, señorita. ¿Tomamos una copa?

El rostro de la mujer —de un patetismo conocido tan sólo por aquellas que han servido de blanco a innumerables dardos henchidos de sangre masculina— recuperó su expresión normal.

—Oh, bueno. Creí que era él. El Carnicero en persona. Dios del cielo, me ha puesto usted la carne de gallina.

Quiso sonreír, pero sólo consiguió hacer una mueca. Sus brillantes mejillas evidenciaban el abuso de la ginebra y la enfermedad. Su voz era ronca, un

instrumento roto y mellado apenas utilizable.

—Tan sólo un corredor de comercio en busca de algo de compañía —aseguró Jack—. Enormemente feliz de poder ofrecer una jarra de cerveza a una dama tan encantadora como tú y pasar una o dos horas contigo.

Ella se le acercó y enlazó su brazo con el de él.

—Emily Matthews, señor. Feliz de haberle encontrado y andar un poco en su compañía, ya que con esta noche tan mala, y con el anguila de Jack merodeando por alguna parte en libertad, una dama respetable no debe pasear sola.

Descendieron por la calle Thrawl, pasaron ante los hoteluchos donde la desgraciada terminaría indudablemente por pasar la noche si conseguía sacarle unas monedas a aquel desconocido bien trajeado de ojos negros.

Giraron a la derecha en la calle Commercial; en el momento en que pasaban ante un infecto callejón sin salida, casi a la altura de la calle Flower amp; Dean, él la empujó vigorosamente a un lado. Ella se metió en el callejón y, creyendo que él quería palpar la mercancía, se apoyó contra la pared y separó las piernas, subiéndose la falda hasta la cintura. Pero Jack había agarrado las puntas del pañuelo. Asegurando su presa, apretó a fondo. La mujer boqueó, privada de aire. sus mejillas se hincharon y, a la vacilante luz de un farol de gas, él vio sus pupilas color avellana adoptar instantáneamente un tono de hoja muerta. En su rostro se leía, por supuesto, el terror, que se mezclaba también con una profunda tristeza, la de haber perdido la jarra de cerveza, la de no haber podido asegurarse un cobijo para la noche, la de no haber tenido suerte, esa suerte que nunca le había sonreído a Emily Matthews, la de haber caído aquella noche en manos del único hombre susceptible de despreciar sus favores. Era una expresión de desconsolada tristeza ante la inevitabilidad de su destino.

Vengo a ti, surgido de la noche, descendiendo cada minuto de nuestras vidas hasta este instante, enviado por la noche hasta ti. Para siempre, los hombres desearán descubrir el secreto de este instante. Arderán en silencio con el deseo de hallar de nuevo este instante, nuestro instante; de ver mi rostro y de saber mi nombre; sin tan siquiera querer tal vez arrestarme, puesto que entonces ya no sería quien soy sino tan sólo alguien que lo ha intentado y ha fracasado. Oh, tú y yo creamos una leyenda que fascinará eternamente a los hombres; pero nunca comprenderán por qué hemos sufrido, Emily. Nunca comprenderán realmente por qué ambos hemos muerto de un modo tan horrible.

Ella jadeó una súplica inarticulada, y sus ojos se empañaron mientras él deslizaba su mano libre en el bolsillo de su abrigo. Desde el momento en que supo que lo necesitaría había buscado, mientras andaba, en su maletín. Y cuando su mano surgió de nuevo, estaba armada con el escalpelo.

—Emily. —dijo suavemente.

Luego cortó.

Con un gesto preciso: inclinando la punta del escalpelo, que penetró en la blanca carne por debajo y por detrás de la oreja izquierda. Sternocleidomastoideus. Forzando suavemente el cartílago, que cedió con un ligero chasquido. Manteniendo el escalpelo con mano firme para desgarrar de un solo corte toda la longitud de la garganta siguiendo la línea dura de la mandíbula. Glandula submandibularis. La sangre brotó en un chorro espeso sobre sus manos, luego a borbotones que salpicaron la pared de enfrente; se introdujo por sus mangas, empapando los puños blancos de su camisa. Con un gorgoteante estertor, ella se derrumbó blandamente, retenida por el pañuelo del que él no podía retirar sus dedos. Habían aparecido marcas negras allí donde había cortado la carne. Al llegar al extremo de la mandíbula, continuó, sajando el lóbulo de la oreja. Luego la depositó sobre la mugrienta calle. La tendió boca arriba, y abrió sus ropas con un golpe de escalpelo, dejando al descubierto un vientre desnudo e hinchado a la débil y vacilante luz del farol. Hizo la primera incisión en el hueco de la garganta. Glandula thyreoeidea. Trazó con mano firme una delgada línea de sangre negra hacia abajo, entre los senos, siempre hacia abajo. Sternum. Hizo una profunda incisión en forma de cruz en el interior del ombligo. Brotó un humor amarillento. Plica umbilicalis medialis. Más abajo; siguiendo el hinchado vientre, hundiendo más el escalpelo, trazando una limpia línea recta. Mesenterium dorsale commune. Siempre más abajo, hacia la protuberancia del monte, húmedo de transpiración. Un poco más difícil allí. Vesica urinaria. Y finalmente, para terminar, vagina.

Cavidad putrefacta.

Infecta y hedionda cloaca de prostitución.

Y en la cabeza de Jack, súcubos. En su cabeza, ojos vigilantes. En su cabeza, intrusos. En su cabeza, centelleos

de una gardenia

un nenúfar

una rosa
un jacinto
un par de phlox
una celidonia silvestre
y una flor negra con pétalos de obsidiana, estambres de ónice y pistilos de antracita, con la mente de Hernon, el abuelo de la difunta Juliette.

Contemplaron todo el horror de la loca lección de anatomía. Le observaron cortar los párpados. Le observaron retirar el corazón. Le observaron seccionar las trompas de Falopio en rodajas. Le observaron apretar en su mano, hasta reventarlo, el riñón henchido de ginebra. Cortar los senos hasta que sólo fueron informes montones de carne sangrante, que depositó sobre cada uno de los ojos muy abiertos, de mirada fija, sin párpados. Miraron.

Miraron y bebieron de la turbia marea que agitaba su espíritu. Sorbieron con avidez en la húmeda y temblorosa fuente de su inconsciente. Y gozaron.

Oh Dios es delicioso mirad eso se diría que es la costra de una pizza a medio cocer y esto otro se diría que son lumaconi ooooh Dios me pregunto qué gusto tendrá esssssso. Mirad el brillo del acero.

Cómo las odia a todas, todas por el mismo rasero, debe de tratarse de una historia con alguna mujer, una enfermedad venérea, el temor de Dios Cristo, el reverendo Barnett, la. ¡Quiere poseer a la mujer del reverendo!

La reforma en materia social no puede ser sino labor de unos pocos. Es un fin en sí que justifica el utilizar cualquier medio, sea el que sea, incluso la exterminación de más del cincuenta por ciento de aquellos que se convertirán en sus beneficiarios. Los mejores reformadores son también los más atrevidos. ¡Él cree en ello! ¡Es maravilloso!

¡Pandilla de vampiros, basura, inmunda gentuza.!

¡Nos ha sentido!

¡Que se vaya al diablo! Y tú con él, Hernon; has caído demasiado bajo; sabe que estamos aquí y eso me disgusta. ¿Para qué seguir?; me retiro.

¡Espera, vuelve, vas a romper la forma! El torbellino los atrapó de nuevo, los llevó a un vertiginoso abismo donde la noche de 1888 ya no existía. La espiral se desenrolló, se desenrolló, y se concretizó en su punto más infinitesimal en un rostro, el rostro ennegrecido y carbonizado de aquel que había sido un cardo gigante. Estaba muerto. La parte interior de sus órbitas había ardido por

completo. Algunos restos calcinados subsistían allí donde había anidado la inteligencia. Se habían servido de él como de un punto de focalización.

El hombre de 1888 recobró instantáneamente sus sentidos, así como el recuerdo total, eidético, de lo que le había ocurrido. No se trataba de una visión ni de un sueño ni de una alucinación. Había ocurrido realmente. Lo habían enviado al pasado de donde procedía, tras haber eliminado su recuerdo del futuro, de Juliette, de todo lo que había tenido lugar tras el instante en que se había encontrado frente al número 13 de Miller's Court. Y le habían hecho trabajar para su placer, gozando con sus emociones y sus pensamientos inconscientes, alimentándose y saciándose con sus más íntimas sensaciones, la mayor parte de las cuales, hasta ahora, habían permanecido completamente ignoradas para él.

Y mientras descubría uno a uno los conceptos inyectados en su conciencia por un efecto inesperado de retroalimentación, sintió que la nueva conciencia de sí mismo le iba ganando poco a poco. Antes que afrontar ciertas revelaciones, su mente hubiera preferido sumergirse en los más negros abismos. Pero las barreras habían sido alzadas: nuevas configuraciones se presentaban ante él, y podía descifrarlas y retenerlas fácilmente. Infecta y hedionda cloaca de prostitución: ¡que mueran todas! No, no era cierto, él no pensaba así de las mujeres, de ninguna mujer, por rastrera y despreciable que fuera su condición. Él era un caballero; respetaba a las mujeres. Recordó: ¡Ella le había pegado la blenorragia! La vergüenza, las aprensiones sin fin, hasta que había reunido el valor para contárselo todo a su padre, el médico. La expresión del rostro de aquel hombre. Ahora lo recordaba todo. La forma como su padre lo había curado, como hubiera curado a un apestado. A partir de entonces, nada había vuelto a ser como antes. Había querido dedicarse a la cruzada de remediar aquella situación. La reforma en materia social y bla bla bla. Todo ilusión. Había sido un charlatán, un payaso. algo mucho peor. Había matado por una cosa en la que ni siquiera creía. Habían dejado su mente completamente abierta, y sus pensamientos derivaron con rapidez, siguieron su sobresaltado camino. hasta la ¡EXPLOSIÓN EN SU MENTE!

Cayó de bruces contra la calzada de liso y pulido metal, pero nunca llegó a entrar en contacto con ella. Algo detuvo su caída, y permaneció grotescamente suspendido, doblado en dos a la altura de la cintura, como una marioneta privada

de sus hilos. Un soplo de algo desconocido, y estaba de nuevo en posesión de sus sentidos, como si no hubiera ocurrido nada. Su mente se vio obligada a examinar el pensamiento:

¡Quiere poseer a la mujer del reverendo Barnett!

Henrietta y su piadosa petición dirigida a la reina Victoria:

«Majestad, en nombre de las mujeres de Londres, horrorizadas por los abominables pecados que se cometen últimamente en el seno de nuestra comunidad.». Pedía su captura, la de él, Jack, del que nunca sabría, del que nunca podría llegar a sospechar que vivía en Toynbee Hall, en su propia casa, con ella y con el reverendo Barnett. El pensamiento se encajó en su mente tan desnudo como el cuerpo que secretamente había soñado cada noche, y del que ningún recuerdo había subsistido nunca a su despertar. Habían dejado las puertas de su mente completamente abiertas, y ahora veía con claridad todo aquello, sin más obstrucciones; se veía tal como era en realidad.

Un psicópata, un carnicero, un libertino, un hipócrita y un payaso.

—¡Vosotros me habéis hecho esto! ¿Por qué?

La rabia ahogaba sus palabras. Las cabezas-flores adoptaron la forma concreta de los hedonistas responsables de la loca y sangrienta aventura en la noche de 1888.

Van Cleef, la mujer-gardenia, se mofó:

—¿Y qué creías, pedazo de paleto? (Es paleto, ¿no, Hernon? Con los dialectos antiguos siempre me pierdo.) Después de haberte hecho liquidar a su Juliette, Hernon quería dejarte ir. ¿Pero por qué no aprovechar la ocasión? Nos debía al menos tres formz, y para empezar tú servías tan bien como cualquier otro.

Jack se puso a gritar hasta que sus cuerdas vocales se hincharon en el interior de su garganta.

—¿Era necesario esta vez? Respondedme. ¿Era indispensable para hacer llegar las reformas?

Hernon se echó a reír.

—Por supuesto que no.

Jack cayó de rodillas. La ciudad le dejó hacer.

—Oh, Dios mío, oh, Dios todopoderoso, he hecho lo que he hecho, me he cubierto de sangre. y todo ello para nada, absolutamente para nada.

Cashio, que había sido uno de los phlox, parecía perplejo.

—Diría que se preocupa tan sólo por esta última vez y no por todas las demás. ¿Cómo explicáis eso?

Nosy Verlag, que había sido una celidonia silvestre, respondió vivamente:

—No es cierto. No se trata tan sólo de esta última vez. Todas lo atormentan. Sondéalo y verás.

Los ojos de Cashio giraron unos instantes hacia arriba, luego hacia abajo, y finalmente se concentraron en Jack. Éste sintió como un estremecimiento de mercurio en su mente, luego nada. Y Cashio concluyó, con una afectada mueca:

—Mmm. sí.

Jack manipuló rabiosamente el cierre de su maletín. Lo abrió y sacó el bocal conteniendo el feto. Aquel que había retirado el 9 de noviembre de 1888 del cuerpo de Mary Jane Kelly. Lo mantuvo unos instantes a la altura de su rostro, luego lo lanzó con todas sus fuerzas contra el suelo de metal. No llegó a tocarlo. Al llegar a menos de un centímetro del limpio y aséptico revestimiento de la ciudad, desapareció sin dejar ninguna huella.

—¡Qué maravillosa sensación de repugnancia! —exultó Rose, que había sido una rosa.

—Hernon —advirtió Van Cleef—, está concentrándose en ti. Te está haciendo responsable de todo lo que le ocurre.

En el momento en que Jack sacaba del maletín el escalpelo eléctrico de Juliette y se lanzaba hacia él, Hernon estaba riéndose, sin mover los labios. Las palabras de Jack eran ininteligibles, pero mientras golpeaba estaba diciendo:

—¡Basura! Os mostraré lo que sois; os mostraré que no podéis hacerme esto, ¡os lo mostraré! ¡Vais a reventar todos, todos vosotros, todos!

Eso era lo que decía, pero las palabras no surgieron de su boca más que como un prolongado rugido de venganza, de frustración, de odio y de impetuoso furor.

Hernon seguía riendo cuando Jack le hundió en el pecho la hoja zumbante de electricidad, delgada como un ingrávido suspiro. Casi sin ninguna manipulación por parte de Jack, delimitó una abertura de 360°, de abiertos y carbonizados labios, que puso al descubierto el palpitante corazón de Hernon y el húmedo interior de su caja torácica. Aún tuvo tiempo de lanzar un desconcertado aullido antes de recibir el segundo golpe, que seccionó limpiamente las ataduras del

corazón. Vena cava superior. Aorta. Arteria pulmonalis. Bronchus principalis.

El corazón saltó hacia delante como un tapón, y un terrible chorro de sangre a presión roció a Jack con tal fuerza que lo cegó. Su rostro ya no era más que una masa sangrante que chorreaba un espeso líquido rojo y negruzco.

Hernon siguió el camino de su corazón y cayó en brazos de Jack. Como un solo hombre, las cabezas-flores lanzaron un penetrante grito y desaparecieron, mientras el cuerpo de Hernon se deslizaba entre las manos de Jack para volatilizarse un segundo antes de tocar el suelo, a sus pies. Alrededor de Jack, las paredes eran lisas, limpias, estériles, metálicas e indiferentes.

Con el sangrante cuchillo en la mano, Jack se plantó en mitad de la calle.

—¡Ahora! —gritó blandiendo el cuchillo—. ¡Ahora vais a ver!

Si la ciudad entendió no lo aparentó en absoluto, pero

La presión aumentó en los variadores temporales.

En un edificio situado a ciento veinte kilómetros de allí, una sección de plateada pared se convirtió en metal oxidado.

En las cámaras frigoríficas, doscientas cápsulas de gelatina se vaciaron automáticamente en un recipiente.

La máquina de regular el tiempo se habló a sí misma muy suavemente, registró los datos y se construyó al instante un circuito mnemónico intangible.

y en la ciudad eterna y brillante, donde la noche caía tan sólo cuando sus habitantes lo deseaban y solicitaban específicamente que cayera.

La noche cayó. Sin otra advertencia que:

—¡Ahora!

Una inmunda criatura de carne putrefacta merodeaba por la estética y aséptica ciudad. En la última ciudad del mundo, la ciudad al borde del mundo, donde los hombres se habían construido un paraíso a la medida, el merodeador acosaba las tinieblas familiares. Deslizándose de sombra en sombra, insensible a todo lo que no se moviera, vagaba en busca de una pareja para iniciar su danza macabra.

Descubrió a la primera mujer en el momento en que se materializaba al pie de un vibrante y cristalino chorro de agua, surgido de la nada y que terminaba en una fuente azulina de forma cúbica y material indefinible. La descubrió y le hundió la vibrante hoja en la nuca. Luego procedió a la enucleación de los ojos, que depositó en la palma abierta de cada una de sus manos.

Descubrió a la segunda mujer en una torre, a caballo de un viejo de silbante y entrecortada respiración, que se apretaba el corazón con una mano mientras ella lo empujaba a la pasión. Jack terminó con ella al mismo tiempo que con el viejo. Le hundió la vibrante hoja en la redondez del bajo vientre, seccionando sus órganos genitales, mutilando y matando con el mismo golpe al viejo introducido en el cuerpo de la joven. Ella cayó sobre el viejo, y Jack los dejó así, unidos en un último abrazo.

Descubrió a un hombre y lo estranguló con sus manos desnudas antes de que tuviera tiempo de desmaterializarse. Luego, dándose cuenta de que era uno de los phlox, le cortó el rostro con precisión e insertó en los cortes las partes sexuales del hombre.

Descubrió a una tercera mujer que canturreaba a un grupo de niños una encantadora canción que hablaba de un huevo. Le abrió la garganta y seccionó las cuerdas en su interior. Extendió las cuerdas vocales sobre su pecho, pero no tocó a los niños, que seguían con ojos ávidos la operación. Amaba a los niños.

Merodeó por la noche sin fin, recogiendo corazones a su paso, formando una grotesca colección arrancada de una, luego dos, luego nueve personas. Y cuando alcanzó la docena, jalonó con ellos una de las amplias calles donde jamás circulaba ningún vehículo, ya que los habitantes de aquella ciudad no necesitaban vehículos.

Contra todo lo previsto, la ciudad no absorbió las vísceras. Y las gentes ya no se volatilizaban. Gozaba de una cierta impunidad, y sólo se sentía en la obligación de ponerse a cubierto cuando veía a un grupo que creía lanzado en su búsqueda. Algo estaba pasando en la ciudad. (En un momento determinado, percibió el chirrido característico del metal rozando contra el metal, el scrrric del plástico mordiendo el plástico —aunque ignoraba si era plástico—, e instintivamente comprendió que algo en la oculta maquinaria se estaba agarrotando.)

Descubrió a una mujer en su baño y la ató con jirones de sus propias ropas; le cortó las piernas a la altura de las rodillas y la dejó, aullante y pataleante, vaciarse de su sangre y de su vida en un agua escarlata. Se llevó las piernas.

Cuando descubrió a un hombre que corría para salir de la noche, saltó sobre él, lo degolló y le seccionó los brazos. Los reemplazó por las piernas de la mujer del baño.

Y continuó así sin descanso, fuera del tiempo. Quería mostrarles lo que el mal podía engendrar; quería mostrarles hasta qué punto era risible su inmortalidad al lado de la suya.

Finalmente, algo le dijo que estaba ganando la partida. Acurrucado entre dos cubos de aluminio en un rincón de metal antiséptico, oyó una voz sobre él, alrededor de él, e incluso dentro de él. Era un mensaje público difundido por algún proceso de comunicación mental del que se servían los habitantes de la ciudad al borde del mundo.

NUESTRA CIUDAD FORMA PARTE DE NOSOTROS AL IGUAL QUE NOSOTROS FORMAMOS PARTE DE NUESTRA CIUDAD. ELLA ES UNA PROLONGACIÓN DE NUESTRO CEREBRO Y OBEDECE NUESTRAS ÓRDENES. LA ENTIDAD QUE CONSTITUIMOS SE VE AMENAZADA POR UNA PRESENCIA EXTRANJERA QUE ESTAMOS INTENTANDO LOCALIZAR. PERO LA FUERZA MENTAL DE ESE HOMBRE ES GRANDE. PERTURBA LAS FUNCIONES VITALES DE LA CIUDAD. LA NOCHE INTERMINABLE ES UN EJEMPLO DE ELLO. TODOS DEBEMOS CONCENTRARNOS. TODOS DEBEMOS UNIR NUESTROS PENSAMIENTOS PARA LA SALVAGUARDA DE NUESTRA CIUDAD. LA AMENAZA ES GRAVE. SI LA CIUDAD MUERE, NOSOTROS MORIREMOS TAMBIÉN.

Ésos no fueron exactamente los términos del comunicado, pero así fue como los interpretó Jack. En realidad, el mensaje era mucho más largo y complejo, pero Jack supo interpretar correctamente y comprendió que estaba ganando la partida. Los estaba destruyendo poco a poco. Las reformas sociales eran risibles, habían dicho. Bien, iba a mostrárselo.

Prosiguió con su alucinante programa. Exterminó, mutiló, destrozó a los habitantes de la ciudad por cualquier lado donde pudo hallarlos. Y ya no podían desaparecer, no podían huir, no podían detenerlo. La colección alcanzó los cincuenta, luego los setenta, luego los cien corazones.

Se cansó de los corazones y comenzó a extirpar cerebros. Su colección aumentó.

Y eso continuó durante días y más días. De tanto en tanto, un aullido se elevaba de la perfumada y aséptica limpieza de la ciudad. Las manos de Jack estaban constantemente pegajosas y chorreantes.

Luego descubrió a Van Cleef. Desde la oscuridad donde estaba agazapado, saltó sobre ella y levantó la larga hoja vibrante para hundírsela en el pecho.

Pero ella de sa pa re ció.

Recuperando su equilibrio, Jack miró a su alrededor. Van Cleef se materializó a tres metros de él. Se lanzó contra ella, con la cabeza baja, y de nuevo se volatilizó. para reaparecer tres metros más allá. Finalmente, cuando él hubo hendido en vano el aire en diez ocasiones, se inmovilizó, con los brazos colgando, jadeante, y la miró.

Ella le devolvió una mirada cargada de indiferencia.

—Eso ya no nos divierte —dijo, moviendo los labios.

¿Divertir? Los pensamientos de Jack, girando en un alocado vórtice, se refugiaron en un rincón aún más negro que todos los que hasta entonces había conocido. A través del velo empapado en sangre de su frenético desenfreno, comenzó a entrever la verdad. Se habían servido de él para sus diversiones. Le habían dejado hacer. Lo habían soltado por las calles de su ciudad y habían gozado con el espectáculo, un espectáculo gran guiñolesco y bufo.

¿El mal? Nunca hasta entonces había sospechado los verdaderos horizontes de la palabra. Se lanzó hacia Van Cleef. pero ella se volatilizó para no volver a aparecer.

Permaneció allí, abandonado, mientras la luz regresaba; mientras la ciudad limpiaba los restos de la carnicería, recuperaba los cuerpos mutilados y hacía con ellos lo que debía hacer. Y en las cámaras frigoríficas, las cápsulas de gelatina reintegraron sus alvéolos y los cuerpos congelados fueron puestos en reserva, ya que Jack el Destripador ya no necesitaría más materia prima para diversión de los sibaritas. Su trabajo había terminado para siempre.

Permaneció allí, abandonado en medio de las calles desiertas. Calles que para él estarían siempre vacías. Para él, los habitantes de la ciudad ya no serían más que las sombras inalcanzables que en realidad siempre habían sido. Se había considerado una encarnación del mal, y ellos lo habían reducido al estado de patético bufón.

Intentó girar hacia sí mismo la zumbante hoja, pero se disolvió en una infinidad de partículas luminosas que se alejaron arrastradas por una brisa que no tenía ninguna otra razón de existir.

Abandonado, contempló la victoriosa ciudad utópica, donde la limpieza

recuperaba sus derechos. Iban a mantenerlo en vida con sus técnicas, eternamente quizá, sólo por si algún día sentían de nuevo deseos de divertirse con él. Había sido reducido a la más simple expresión de su personalidad; su cerebro ya no era más que una masa de materia gelatinosa. Hundirse en la locura, en lo más profundo de la locura. No conocer jamás ni la paz ni el sueño ni el fin.

Permaneció allí, abandonado, en un mundo tan puro como el primer aliento de un niño; él, que había acechado en las más sórdidas callejuelas.

—No me llamo Jack —dijo suavemente. Pero no conocerían jamás su verdadero nombre. Tampoco les importaría—. ¡No me llamo Jack! —repitió más fuerte.

Nadie le oyó.

—¡NO ME LLAMO JACK, Y HE ACTUADO MAL, HE ACTUADO MUY MAL; SOY UN SER ABYECTO, PERO NO ME LLAMO JACK! —gritó otra vez.

Y gritó, y gritó una vez más, recorriendo sin destino las calles desiertas, sin ocultarse, sin verse obligado a merodear nunca más en la sombra, un extranjero para siempre en la ciudad.

* * *

A menudo los caminos por los que nos arrastra nuestra mente no son aquellos que creemos estar tomando. Y los destinos dejan frecuentemente que desear en el área de la hospitalidad. Éste es el caso de la historia que acaban de leer.

Me tomó quince meses —tomándolo y dejándolo— escribir El merodeador en la ciudad al borde del mundo. Como indiqué en mi introducción a la historia de Bob Bloch, al principio fue una imagen visual sin un argumento…, la criatura inmunda en la ciudad de esterilizada pureza. Parecía una espléndida ilustración, pero muy poco más que eso, me temo. Como máximo pensé que proporcionaría un breve momento de horror en un libro donde el realismo (aunque arropado de fantasía) estaba omnipresente.

Sugerí la ilustración a Bloch, y él dio su versión de ella. Pero la locura de intentar meter la visión de un hombre en la cabeza de otro hombre (aunque la visión estuviera originada directamente por la visión del primer hombre) era obvia.

Así que decidí colorear mi propia ilustración. Con permiso de Bloch. Pero ¿qué era mi historia? Estaba intrigado por el concepto mismo de un Destripador, un asesino obviamente loco que pese a todo actuaba con tanta habilidad que jamás fue aprehendido.

Y las cartas jactanciosas que enviaba a los periódicos, a la policía, a George Lusk, de los vigilantes del Este de Londres. ¡Qué audacia la de aquel hombre! ¡Qué eterno horror! Me sentía prendido por el tema.

Pero aún no había historia.

Sin embargo, intenté escribirla. La empecé dos docenas de veces —fácilmente— en los quince meses durante los cuales preparé esta antología. La empecé, y me vi frenado tras una o dos páginas, abrumado por mi propia pomposidad. No tenía nada en mi cabeza excepto un simple dibujo. Jack en el autoclave. La historia languideció mientras escribía un film y media docena de guiones para televisión, dos docenas de relatos, incontables artículos, reseñas, críticas e introducciones, y preparaba este libro. (Para aquellos que piensan que un escritor es alguien que pone su nombre en un libro, déjenme decirles que eso es un «autor». Un «escritor» es el pobre diablo que no puede impedir el poner sobre el papel incluso sus más delirantes pensamientos. Yo soy un escritor. Yo escribo. Eso es lo que hago. Y lo hago incesantemente.) La historia iba acumulando polvo.

Pero un escritor al que en un tiempo admiré mucho me dijo que por lo general una «depresión de escritor» no era una depresión propiamente dicha, sino un período de transición. Un período meseta en el cual su estilo, sus puntos de vista y sus intereses pueden estar transformándose. He descubierto que tenía razón. Cuando tengo ideas para historias que no consigo trasladar al papel, las dejo incubar. Durante años. Y entonces, un día, casi mágicamente, salto sobre el esbozo de la idea y la empiezo, y ahí está, escrita en unas horas. Inconscientemente, estuve dándole vueltas y más vueltas a esa historia en mi cabeza durante el tiempo en que otras cosas reclamaban a nivel consciente mi atención. En mi Cerebro de Escritor sabía que no poseía el talento o la agudeza

necesarios para llevar a término la historia que deseaba hacer, y que si me empeñaba en escribirla (como hacía cuando era más joven y necesitaba decirlo todo), produciría una historia medio lograda.

Éste era precisamente el caso con El merodeador. A medida que pasaban los meses, me daba cuenta de que lo que estaba intentando hacer era decir algo acerca de los límites y dimensiones del mal en una sociedad total. No era simplemente la historia de Jack; era la historia de los efectos del mal, per se, en una cultura maléfica.

Aquello empezaba a ser algo embriagador. Me di cuenta de que no podía escribirla a partir de la escasa información sobre Jack que podía obtener del Yours Truly, Jack the Ripper de Bloch, o del Little Blue Book (Pequeño libro azul) de E. Haldeman-Julius, que había leído en la escuela secundaria, o incluso de las referencias de pasada de The Lodger (El huésped) de Alan Hynd y la señora Belloc Lowndes, que había encontrado. De pronto tuve un proyecto en mis manos. La integridad de la historia exigía que me documentara profundamente.

De modo que leí todo lo que pude encontrar. Recorrí las librerías y las bibliotecas en busca de libros de referencia sobre Jack. Y a este respecto debo expresar mi gratitud y mi placer a los libros de Tom A. Cullen, Donald McCormick, Leonard P. Matter y The Harlot Killer (El asesino de prostitutas), recopilado por Allan Barnard, que encendieron aún más mi curiosidad acerca de esa increíble criatura conocida como Jack.

Estaba atrapado. Leí incesantemente acerca de los acuchillamientos. Y sin siquiera darme cuenta de ello, empecé a formarme mis propias conclusiones acerca de cómo debía de haber sido Jack.

La idea del «asesino invisible» —un asesino que podía ser visto cerca de la escena del crimen y no ser considerado un sospechoso— ya no me abandonó. La audacia de los crímenes y su naturaleza relativamente abierta —en calles, patios y callejones— parecía insistir en que mi hombre era un «asesino invisible». ¿Invisible? Veamos, consideremos: en el Londres Victoriano un policía sería invisible, una comadrona sería invisible, y… un sacerdote sería invisible.

La forma en que las pobres prostitutas habían sido asesinadas me indicaba dos cosas: un hombre obviamente familiarizado con las técnicas quirúrgicas, y un hombre adicto al concepto de feminidad que prevalecía en aquella época.

Pero por encima de todo, el esquema y la forma de los crímenes me sugerían —además y por encima de la obvia perturbación mental del asesino— que el sacerdote/asesino estaba intentando formular una declaración. Una declaración alocada y absolutamente atroz, por supuesto, pero una declaración pese a todo.

De modo que continué mis lecturas con todos estos hechos relacionados en mi mente.

Y en todo lo que leía el nombre del reverendo Samuel Barnett aparecía con regularidad. Era un hombre socialmente consciente que vivía en aquella zona, en Toynbee Hall. Y su esposa había hecho circular la petición dirigida a la reina Victoria. Su educación y sus aptitudes coincidían completamente, y por supuesto poseía el fervor religioso necesario para desear ver limpio de podredumbre su barrio a toda costa.

Mi mente saltó el abismo. Si no era Barnett —afirmación que, aun en una obra de ficción, con respecto a un hombre muerto hacía mucho tiempo, podía acarrear los peligros del libelo y la difamación—, entonces alguien cercano a Barnett. Un hombre más joven, quizás. Y de un concepto a otro la teoría fue formándose por sí misma, hasta que tuve en mi Cerebro de Escritor un retrato exacto de lo que era Jack el Destripador, y de cuáles habían sido sus motivaciones.

(Me alegré personalmente al leer en el libro de Tom Cullen sobre el Destripador, después de que mi teoría se hubiera establecido con firmeza en mi mente, que en muchos aspectos —aunque él apuntara a otro sospechoso— él había atribuido los mismos motivos a su Destripador que yo al mío.)

Entonces se inició un período de escritura que se prolongó durante varias semanas. Ésta es una de las historias que más me ha costado escribir. Me sentía furioso ante las limitaciones de la página impresa; deseaba librarme de ello, y lo mejor que pude hacer fue utilizar trucos tipográficos, que en un análisis final no son más que meros trucos. ¡Tiene que existir alguna forma en que un escritor pueda escribir un libro con un impacto tan visual y sensorial como un film!

En cualquier caso, mi historia ha sido contada.

El Jack que presento es el Jack que hay en todos nosotros, por supuesto. El Jack que nos dice que nos paremos y miremos cómo una Catherine Genovese es degollada, el Jack que tolera Vietnam porque no nos importa vernos envueltos en ello, el Jack que necesitamos. Somos una cultura que necesita sus monstruos.

Tenemos que desafiar a nuestros Al Capone, nuestros Billy el Niño, nuestros Jesse James, y todos los demás, incluidos Jack Ruby, el general Walker, Adolf Hitler e incluso Richard Speck, cuya carnicería al estilo Destripador de las enfermeras de Chicago ha empezado a ser considerada como una leyenda moderna.

Somos una cultura que crea a sus asesinos y sus monstruos y luego les proporciona lo único que Jack nunca fue capaz de conseguir: realidad. Él era un hombre condenado que deseaba desesperadamente ser reconocido por lo que había hecho (como lo demuestran las notas que escribió), pero que no pudo salir a la luz pública por miedo a ser capturado. La sensación de desgarro de un hombre que siente que la multitud lo venerará, aunque lo linche.

Éste es el mensaje de la historia. Ustedes son los monstruos.

La noche en que todo el tiempo escapó

Brian W. Aldiss

Brian Aldiss es un colega inglés que ganó un premio Hugo por su serie *Hot-house* (*Invernáculo*) hace algunos años, y un Nébula el año pasado por *The Saliva Tree* (*El árbol de saliva*), en un empate con otro relato, como mejor novela corta. Produjo también la novela *Los oscuros años luz*, en la que sólo hablaba de mierda. Eso es lo que yo llamo una visión peligrosa.

Vive en Oxford, Inglaterra. Nació el 18 de agosto de 1925 en East Dereham, Norfolk. Confiesa no tener religión, y está divorciado y casado de nuevo con Margaret (me han dicho), una muchacha deliciosa y encantadora.

Los libros de Aldiss incluyen *Starship* (*Nave estelar*), *Hot-house* (*Invernáculo*), *Greybeard* (*Anciano*), *Who Can Replace a Man! (*¡Quién puede reemplazar a un hombre!), *Earthworks* (*Un mundo devastado*), y es coantologista (con Harry Harrison) de *Nébula Awards Two* (*Premios Nébula dos*). Es también, incidentalmente, director literario del Mail de Oxford. Fue Huésped de Honor en la XXIII Convención Mundial de Ciencia Ficción, que se celebró en Londres en agosto de 1965.

Como recopilador de esta antología, yo sabía muy poco de Aldiss, excepto que admiraba su obra y deseaba obtener alguna historia suya. Habiendo recibido, leído y aceptado el singular relato que sigue, considero que mi responsabilidad en el asunto termina ahí. Cedo pues la palabra al propio señor Aldiss (pronuncíese Oldiss):

Nacido en 1925, puedo recordar haber sido llevado a la escuela —al jardín de infancia— cruzando las filas de gente sin empleo que aguardaba el auxilio social, mientras mi niñera se mostraba terriblemente asustada ante ellos. Eso debió de ser la gran depresión.

Empecé a escribir casi al mismo tiempo que aprendí a leer, y desde entonces nunca he parado realmente. Escribía ciencia ficción a la edad de seis años, antes de saber qué era aquello exactamente; escribí pornografía en el internado antes de saber de qué se trataba. Pasé cuatro años en las fuerzas armadas (1943-1947), con la edad justa para ser enviado a Birmania al servicio activo y ver algo de la guerra contra el Japón. Esos años adolescentes me produjeron una gran impresión… Vi la India, Birmania, Assam, Ceilán, Sumatra, Malaya, Hong Kong.

Después de todo eso, ya no deseaba hacer nada; nunca lo deseé, de hecho, excepto vivir y escribir. Probé a trabajar en una librería, pensando que al menos eso me daría la oportunidad de leer. Tras un tiempo dejé de escribir para mí y probé a escribir para el público. La cosa funcionó. Abandoné la librería. Mi carrera de escritor ha sido feliz y ha ampliado mis horizontes, permitiéndome entrar en contacto con mucha gente agradable e interesante. En ese aspecto he sido tremendamente afortunado. Mi mala fortuna llegó con mi matrimonio, una batalla que duró unos quince años…; sin embargo, todo eso ha terminado ya, y ahora estoy felizmente casado de nuevo.

En Inglaterra soy muy conocido; la edición de bolsillo de mi último libro me proclama «El mejor autor británico de ciencia ficción»… Puede que no sea totalmente cierto, ¡pero seguro que hace morderse las uñas a la oposición! Dentro de este pequeño campo soy muy versátil: escribo novelas y relatos cortos de diversa clase, produzco antologías (las tres que hice para *Penguin Books* siguen vendiéndose como rosquillas), aparezco en convenciones y en debates literarios, así como en la televisión y la radio. También dirijo junto con Harry Harrison una revista dedicada exclusivamente a la crítica literaria de ciencia ficción: *SF Horizons*.

En 1964, con mi matrimonio en un punto muerto, me compré un Land Rover de segunda mano y me fui a pasar seis meses a Yugoslavia, viajando un poco al azar, principalmente por el sur, Macedonia y todo eso. De la experiencia surgió un libro. A su debido tiempo, espero cubrir el resto de los antiguos estados

bizantinos. Y me encanta viajar por los países comunistas…; el hecho de que en caso de que las cosas se líen ellos estarán al otro lado de las alambradas le da un cierto sabor a la vida. Aunque no quiero decir que los yugoslavos no sean agradables.

Sigo siendo un hombre sin ambiciones…, excepto una; sé que soy el mejor autor de ciencia ficción del mundo; ¡desearía que los demás lo supieran también!

* * *

El dentista le indicó con una sonrisa la puerta, mientras le pedía un taxi. Se estaba posando en el balcón cuando ella salió.

Era del tipo no automático, lo suficientemente pasado de moda como para ser considerado chic. Fifi Fevertrees sonrió de modo deslumbrante al conductor y subió.

—Servicio extraurbano —dijo—. A la ciudad de Rouseville, fuera de la Ruta Z4.

—Así que vive en el campo, ¿eh? —dijo el taxista, alzándose hacia el seudo azul y conduciendo como un loco con un solo pie.

—Me gusta el campo —dijo Fifi a la defensiva. Vaciló, y luego decidió que podía permitirse un poco de vanagloria—. Además, es mucho mejor ahora que han conseguido que las cañerías del tiempo lleguen hasta allí. Precisamente nuestra casa va a ser conectada a la canalización ahora…; todo estará listo cuando yo llegue.

El taxista se alzó de hombros.

—Apostaría a que eso debe de costar un montón, en el campo.

—Tres payts cada unidad básica.

El otro silbó significativamente.

Ella sintió deseos de decirle más, de contarle lo excitada que estaba, cuánto hubiera deseado que papá estuviera vivo para gozar de la experiencia de estar conectado a las canalizaciones temporales. Pero era difícil hablar con el pulgar en la boca, de modo que se miró en su espejo de muñeca y palpó para ver lo que el dentista le había hecho.

Había sido un buen trabajo. El nuevo y pequeño diente nacarado estaba empezando a crecer ya firmemente en la rosada encía. Fifi llegó a la conclusión de que tenía una boca muy sexy, como decía Tracey. El dentista había extirpado el viejo diente con gas temporal. Tan sencillo… Un simple golpe de spray y ella estaba de vuelta al día de anteayer, reviviendo aquel agradable interludio cuando había tomado café con Peggy Hackenson, sin sentir el menor dolor. El gas temporal estaba tan de moda… Ardía de impaciencia pensando en que iban a tenerlo en su casa, a su disposición en cualquier momento.

El taxi burbuja se remontó y salió por una de las compuertas dilatables del gram domo que cubría la ciudad. Fifi sintió un momentáneo pesar al abandonarla. Las ciudades eran tan agradables hoy en día que nadie deseaba vivir fuera de ellas. Todo era también el doble de caro fuera, pero afortunadamente el gobierno pagaba una elevada asignación por penuria a todos aquellos que, como los Fevertrees, se veían obligados a vivir en el campo.

En un par de minutos descendían de nuevo al suelo. Fifi indicó su granja lechera, y el taxista se posó expertamente en su balcón de aterrizaje antes de tender su garra reclamando un exorbitante número de kilopayts. Sólo cuando hubo recibido el dinero se inclinó y abrió la puerta de Fifi con un pie. Uno no podía fiarse para nada de esos chimpancés conductores.

Lo olvidó todo cuando echó a correr a través de la casa. ¡Aquél era el gran día! Los constructores habían necesitado dos meses para instalar la central temporal —dos semanas más de lo que habían calculado al principio—, y todo el mundo había estado de un humor de perros durante ese tiempo, mientras los hombres hacían rodar sus tuberías y arrastraban sus hilos por todas las habitaciones. Ahora todo volvía a estar ordenado. Casi bailaba cuando bajó las escaleras en busca de su esposo.

Tracey Fevertrees estaba de pie en la cocina, hablando con el constructor. Cuando entró su esposa, se volvió y tomó su mano, sonriéndole de una forma que para ella era relajante pero que alteraba el sueño de muchas chicas de Rouseville. Sin embargo, su apostura quedaba empañada por la belleza de su esposa cuando estaba excitada, como ahora.

—¿Todo listo para funcionar? —preguntó Fifi.

—Sólo hay una pequeña complicación de última hora —dijo de mala gana el señor Archibald Smith.

—¡Oh, siempre hay alguna complicación de última hora! Hemos tenido quince de esas complicaciones la semana pasada, señor Smith. ¿Qué ocurre ahora?

—No es nada que les afecte directamente. Sólo que, como saben, hemos tenido que tender muchas canalizaciones de gas temporal desde la factoría central de Rouseville hasta aquí, y parece que tenemos algunos problemas para mantener la presión. Se dice que hay una fuga en el pozo principal de la central, y que no consiguen localizarla. Pero eso no tiene por qué preocuparles.

—Hemos hecho algunas pruebas, y parece que todo funciona bien —dijo Tracey a su esposa—. ¡Ven y te lo mostraré!

Le dieron la mano al señor Smith, que evidenciaba la tradicional reluctancia de los constructores a abandonar su lugar de trabajo. Finalmente se fue, prometiendo volver a la mañana siguiente para recoger los últimos útiles, y Tracey y Fifi se quedaron solos con su nuevo juguete.

El panel temporal apenas se distinguía entre todos los demás elementos de la cocina. Estaba situado cerca de la unidad nuclear, un pequeño y discreto accesorio con una docena de diales y el doble de manecillas.

Le mostró cómo habían regulado las presiones temporales: bajo para pasillos y cocina, alto para dormitorios, variable para el salón. Ella se frotó contra él e imitó un ronroneo.

—Estás contento, ¿verdad, amor? —preguntó.

—No dejo de pensar en todas las facturas que vamos a tener que pagar. Y en las que vendrán luego… Tres payts la unidad base… ¡Guau! —Entonces vio la mirada decepcionada de ella y añadió—: Pero, por supuesto, me encanta, querida. Sabes bien que me encanta.

Luego recorrieron toda la casa, con los controles en marcha. En la propia cocina, se conectaron a una reciente velada. Flotaron en el pasado hasta la hora del día en que Fifi gozaba más del trabajo de la cocina, cuando terminaba el desayuno y faltaba aún un rato para que tuviera que empezar a pensar en la comida y discarla. Fifi y Tracey seleccionaron una mañana en la que ella se había sentido particularmente tranquila y feliz; el ambiente de aquel período flotó sobre ellos y los envolvió.

—¡Maravilloso! ¡Delicioso! ¡Puedo hacer cualquier cosa, cocinar lo que quieras!

Se besaron y corrieron al pasillo, gritando:

—¡La ciencia es maravillosa! Se detuvieron bruscamente.

—¡Oh, no! —gritó Fifi.

El pasillo estaba en perfecto orden: las cortinas en su lugar, resplandeciendo metálicamente junto a las dos ventanas, controlando la cantidad de luz que penetraba por ellas y almacenando el exceso para las horas sin sol; la reptalfombra en su lugar y recién limpiada, llevándolos suavemente hacia delante; los paneles de la pared, cálidos y suaves al tacto. Pero habían sido cronocontrolados hacia atrás a las tres de la tarde de hacía un mes, una tranquila hora del día…, sólo que un mes atrás los constructores habían estado trabajando allí.

—¡Querido, van a estropear la alfombra! ¡Y estoy segura de que no sabrán volver a poner los paneles correctamente en su lugar! Oh, Tracey, mira…, ¡han desconectado las cortinas, y Smithy prometió que no lo haría!

Él la sujetó por el hombro.

—¡Cariño, todo está bien, de veras!

—¡No! ¡No está todo bien! Mira todos esos viejos tubos temporales por todas partes, ¡y esos cables colgando aquí y allá! Han estropeado nuestro maravilloso techo absorbepolvo… ¡Mira cómo el polvo se está acumulando por todas partes!

—¡Cariño, es el efecto del tiempo!

No obstante, tuvo que admitir que no podía decir que el corredor que tenía ante sus ojos estuviera en perfectas condiciones; hacía un mes él también se había dejado llevar por los nervios como Fifí, cuando vio cómo estaba el pasillo en manos de Smithy y sus terribles hombres.

Llegaron al final del pasillo y pasaron al dormitorio, escapando a otra zona temporal. Echando una mirada hacia atrás desde la puerta, Fifi dijo entre lágrimas:

—¡Cielo santo, Trace, qué poder tiene el tiempo! Creo que deberíamos cambiar los controles del pasillo, ¿no crees?

—Claro. Los sintonizaremos con el año pasado, digamos con una hermosa tarde de verano. ¡Tú di cuál, y la discaremos! ¿No es ése el eslogan de la Compañía Central del Tiempo? Y hablando de tiempo, ¿qué te parece el que tenemos aquí?

Tras echar una ojeada a la habitación, ella bajó sus largas pestañas y lo miró.

—Hummm, parece tranquilo, ¿no?

—Las dos de la madrugada, amor, a principios de la primavera, y con todo el mundo durmiendo su primer sueño. ¡Es difícil que suframos de insomnio ahora!

Ella se acercó y se apretó contra él, reclinándose contra su pecho y alzando la vista.

—¿No crees que quizá las once de la noche sería una hora más…, más propia de un dormitorio?

—Ya sabes que para ese tipo de cosas prefiero el sofá. Vamos a sentarnos allí, y de paso veremos qué piensas del salón.

El salón estaba en el piso de abajo, con sólo otros dos pisos, el garaje y la vaquería, separándolo del suelo. Era una habitación hermosa y grande, con amplias ventanas dando a un bello paisaje que alcanzaba hasta el distante domo de la ciudad, y tenía un espléndido sofá en el centro.

Se sentaron en su voluptuoso sofá y, siendo las que eran las asociaciones con el pasado, empezaron a hacerse arrumacos. Al cabo de un rato Tracey tanteó en el suelo y tiró de un control remoto que estaba conectado a la pared.

—Desde aquí podemos controlar nuestro propio tiempo sin tener que levantarnos, Fifi. Dime el tiempo que deseas y volveremos a él.

—Si estás pensando en lo que yo pienso que estás pensando, será mejor que no retrocedamos más de diez meses, porque antes de eso aún no estábamos casados.

—Oh, vamos, señora Fevertrees, ¿te estás volviendo chapada a la antigua o algo así? Nunca dejaste que eso te preocupara antes de que nos casáramos…

—¡No es cierto!… Claro que, mirándolo desde esta perspectiva, quizás alguna vez me dejara llevar por el entusiasmo… Él le revolvió suavemente el pelo.

—¿Quieres que te diga lo que me gustaría que intentáramos alguna vez?… Discar hasta cuando tú tenías doce años. Debías de ser una chica muy sexy en tu pre adolescencia, y me gustaría comprobarlo. ¿Qué te parece?

Ella iba a protestar con alguna argumentación convencionalmente femenina, pero su imaginación tuvo otra idea.

—¡Podríamos ir hacia atrás hasta nuestra infancia!

—¡Espléndido! ¡Ya sabes que siempre he tenido un toque de complejo de

Lolita!

—Trace…, debemos ir con cuidado para evitar que en nuestra excitación rebasemos el día de nuestro nacimiento y nos encontremos siendo montoncitos de protoplasma o algo así.

—¡Amor mío, has leído los folletos! Cuando obtengamos la suficiente presión como para rebasar nuestras fechas de nacimiento, simplemente entraremos en la conciencia de nuestros más próximos antepasados del mismo sexo…, tú de tu madre, yo de mi padre, y luego de tu abuela y de mi abuelo. No creo que la presión temporal de la factoría de Rouseville nos permita ir más lejos que eso.

La conversación languideció ante otros intereses, hasta que Fifi murmuró con voz soñadora:

—¡Qué invención celestial es el tiempo! Sabiendo eso, incluso cuando seamos viejos, canosos e impotentes seremos capaces de volver atrás y gozar como gozábamos cuando éramos jóvenes. Discaremos nuestro regreso a este mismo instante, ¿eh?

—Hummm —dijo él.

Era un sentimiento universalmente compartido.

Aquella noche cenaron una enorme langosta sintética. En su excitación por hallarse conectados a las conducciones temporales, Fifi había discado sin saber cómo una mezcla ligeramente incorrecta —aunque ella juró que debía de tratarse de algún error en la programación del recetario que había introducido en el cocinordenador—, y el plato no salió como debiera haber salido. Pero entonces discaron hacia atrás en el tiempo hasta una de las primeras y mejores langostas que habían comido en su vida juntos, poco después de conocerse, hacía dos años. El sabor recordado hizo olvidar la decepción del sabor actual.

Mientras estaban comiendo, la presión falló.

No hubo ningún sonido. Exteriormente, todo seguía igual. Pero dentro de sus cabezas se sintieron torbellinear a través de los días como hojas secas arrastradas sobre un páramo. Las horas de las comidas vinieron y se fueron, y la langosta adquirió mal sabor en sus bocas cuando tuvieron la impresión de estar masticando sucesivamente pavo, cordero, bizcocho, helado, budín, copos de cereal. Durante algunos desconcertantes momentos permanecieron sentados a la mesa, petrificados, mientras centenares de sabores variados se desplazaban unos

a otros sobre sus papilas gustativas. Tracey se puso en pie jadeando y cortó el flujo temporal del interruptor junto a la puerta.

—¡Algo se ha estropeado! —exclamó—. Eso ha sido cosa de ese tipo, Smith. Voy a llamarle inmediatamente. ¡Voy a matarlo!

Pero cuando el rostro de Smith flotó en el videotanque, estaba más impasible que nunca.

—No es culpa mía, señor Fevertrees. De hecho, uno de mis hombres acaba de llamarme para decirme que tienen problemas en la cronofactoría de Rouseville, de donde toma su suministro la canalización de ustedes. El gas temporal está escapando. Le dije esta mañana que tenían algunos problemas allí. Vayase a la cama, señor Fevertrees… Hágame caso. Vayase a la cama, y probablemente por la mañana todo estará arreglado de nuevo.

—¡Irnos a la cama! ¿Cómo se atreve a enviarnos a la cama? —exclamó Fifi—. ¡Esa sugerencia es inmoral! Ese hombre está intentando ocultar algo. Apostaría a que ha cometido algún error, y está intentando cubrirse con esa historia acerca de una fuga en la cronofactoría.

—Podemos comprobarlo muy pronto. ¡Vayamos allí y veámoslo!

Tomaron el ascensor hasta la planta baja, y subieron a su vehículo terrestre. La gente de las ciudades se reía de esos pequeños aerodeslizadores con ruedas, tan parecidos a los automóviles del pasado, pero no había ninguna duda de que eran indispensables en el campo, fuera de los domos, por donde no pasaba el transporte público gratuito.

Las puertas se abrieron y ellos salieron al exterior, despegándose inmediatamente del suelo y flotando a medio metro de altura. Rouseville estaba sobre una pequeña colina, y la cronofactoría estaba al otro lado. Pero cuando empezaron a ver las primeras casas, ocurrió algo extraño.

Aunque todo estaba tranquilo, el vehículo terrestre empezó a oscilar terriblemente. Fifi se vio proyectada hacia todos lados, y al cabo de un momento se empotraban contra una cerca.

—¡Diablos, esos trastos son pesados! ¡Algún día tendré que decidirme a aprender a conducir uno! —dijo Tracey, saltando fuera.

—¿No vas a ayudarme, Tracey?

—¡Anda ya, soy demasiado mayorcito para jugar con niñas!

—¡Pero tienes que ayudarme! ¡He perdido mi muñeca!

—¡Tú nunca has tenido ninguna muñeca! ¡Al diablo contigo!

Echó a correr por el campo y ella tuvo que seguirlo, llamándolo mientras corría. Era realmente tan difícil intentar controlar el torpe y pesado cuerpo de un adulto con la mente de un niño…

Halló a su esposo sentado en medio de la carretera de Rouseville, pateando y agitando los brazos. Al verla se echó a reír.

—¡Tace anda patín-patán! —dijo.

Pero en unos pocos momentos eran capaces de avanzar de nuevo a pie, aunque era doloroso para Fifi, cuya madre había cojeado mucho al final de su vida. Avanzaron penosamente, dos personas jóvenes con posturas de viejos. Cuando entraron en la pequeña ciudad desprovista de domo, fue para descubrir a la mayor parte de sus habitantes fuera de sus casas, cruzando por todo el espectro de las características de la edad humana, desde los balbuceos infantiles hasta el tartamudeo de la senilidad. Obviamente, algo serio le había ocurrido a la cronofactoría.

Diez minutos y unas cuantas generaciones más tarde, llegaron a las puertas. De pie bajo el gran cartel de la Compañía Central del Tiempo se hallaba Smith. No lo reconocieron; llevaba una máscara anticronogás, cuyos orificios de escape escupían viejos momentos.

—¡Imaginaba que vendrían aquí! —exclamó—. No me creyeron, ¿eh? Bien, será mejor que vengan conmigo y lo vean por sí mismos. La fuga original se ha convertido en un surtidor, y las válvulas no han podido resistir la presión y han saltado. Me temo que habrá que evacuar el área antes de pensar en repararlo.

Mientras los conducía cruzando las puertas, Tracey dijo:

—¡Espero que no se trate de un sabotaje de los rusos! Supongo que esta planta será secreta.

Smith se lo quedó mirando sorprendido.

—¿Se ha vuelto usted loco, señor Fevertrees? Los rusos tienen cronofactorías como nosotros. El año pasado fueron ustedes de luna de miel a Odessa, ¿no?

—¡El año pasado estuve en el servicio activo en Corea, gracias!

—¿Corea?

Con un potente ruido de sirenas, una forma negra destellando con luces rojas se detuvo en el patio de la cronofactoría. Era una unidad de bomberos

autopilotada procedente de la ciudad, pero su dotación humana saltó de ella en una terrible confusión, y un tipo joven se derrumbó en el suelo gritando que le cambiaran los pañales, antes de que el personal de la factoría pudiera proveerlos a todos de máscaras anticronogás. Y no había tampoco ningún fuego que extinguir, sólo el gran surtidor de invisible tiempo que en aquellos momentos dominaba toda la factoría y la ciudad entera, y soplaba a los cuatro vientos, arrastrando consigo inimaginadas u olvidadas generaciones en su aliento a prueba de polillas.

—vamos a ver lo que ocurre —dijo Smith—. Aunque sería lo mismo meternos en casa y tomar unas copas que quedarnos aquí y no hacer nada.

—Es usted un joven muy estúpido si quiere decir lo que imagino que quiere decir —dijo Fifi, con una voz vieja y severa—. La mayor parte del licor disponible es clandestino y no apto para el consumo…, pero en cualquier caso, mi opinión es que debemos apoyar al presidente en su loable intento de detener el alcoholismo. ¿No lo crees tú así, Tracey querido?

Pero Tracey estaba perdido en las abstracciones de extraños recuerdos, mientras silbaba para sí mismo La paloma.

Tambaleándose detrás de Smith, penetraron en el edificio, donde dos oficiales de la policía los detuvieron. En aquel momento un hombre gordo vestido con un traje civil apareció y habló con uno de los policías a través de su máscara antigás. Smith lo llamó, y se saludaron como si fueran hermanos. Resultó que lo eran. Clayball Smith los condujo a todos al interior de la planta, tomando galantemente a Fifi del brazo…, lo cual, para revelar su tragedia personal, fue todo lo que obtuvo jamás de una chica.

—¿No deberíamos ser presentados convenientemente a este caballero, Tracey? —susurró Fifi a su esposo.

—Tonterías, querida. Hay que echar por la borda las reglas de la etiqueta cuando uno entra en los templos de la industria.

Mientras hablaba, Tracey parecía estar acariciándose unas imaginarias patillas.

Dentro de la cronoplanta reinaba el caos. Ahora se veía claramente la magnitud del desastre. Estaban sacando a los primeros mineros del pozo donde se había producido la explosión temporal; uno de los pobres tipos maldecía débilmente y culpaba a Jorge III de todo lo ocurrido.

Toda la industria del tiempo estaba aún en su infancia. Apenas habían pasado diez años desde que el primero de los subterráneos, prospectando a gran profundidad bajo la corteza terrestre, había descubierto la primera cronobalsa. Todo el asunto era aún origen de maravillas, y las investigaciones se hallaban todavía en sus primitivos estadios.

Pero los grandes negocios habían metido mano en aquello y, con su habitual generosidad, se habían preocupado de que todo el mundo tuviera su ración correspondiente de tiempo, a su debido precio. Ahora la industria del tiempo tenía más capital invertido que cualquier otra industria en el mundo. Incluso en una ciudad pequeña como Rouseville, la factoría estaba valorada en millones. Pero la planta acababa de sufrir una terrible fuga.

—Es terriblemente peligroso estar aquí…; no deberían permanecer ustedes mucho tiempo —dijo Clayball.

Estaba gritando a través de su máscara antigás. El ruido allí era terrible, especialmente desde que un locutor había comenzado a retransmitir su reportaje a la nación a pocos metros de ellos.

En respuesta a una pregunta gritada por su hermano, Clayball dijo:

—No, es más que una fuga en la canalización principal. Eso es sólo lo que hemos dicho para calmar los ánimos. Nuestros valientes chicos de ahí abajo han hallado un nuevo filón temporal, han reventado la bolsa, y ahora se está esparciendo por toda la zona. ¡No podemos dominarla! La mitad de nuestros muchachos habían vuelto a la conquista normanda antes de que llegáramos a sospechar qué era lo que ocurría.

Señaló dramáticamente hacia abajo a través de las losas sobre las que apoyaba sus pies.

Fifi no podía comprender de qué demonios estaba hablando. Desde que había dejado Plymouth había estado derivando, y no metafóricamente precisamente. Ya era bastante malo el ser una Madre Peregrina acompañando a uno de los Padres Peregrinos, y además aquel Nuevo Mundo no le gustaba en absoluto. Se hallaba ahora más allá de sus posibilidades el entender que los enormes recursos de la tecnología moderna estaban trastornando todo el tiempo de un planeta.

En su actual situación, no podía saber que las ilusiones del geiser temporal se estaban extendiendo ya por todo el continente. Casi todos los satélites de comunicaciones que giraban en torno al planeta estaban difundiendo informes

más o menos ajustados del desastre y de los acontecimientos que estaba provocando, mientras los alucinados escuchas se sumían generación tras generación, como gente hundiéndose en un ventisquero sin fondo.

De aquellos depósitos procedían las reservas de tiempo que eran canalizadas al millón de millones de hogares en el mundo. Los expertos habían calculado ya que al actual índice de consumo todos los depósitos de tiempo quedarían agotados en doscientos años. Afortunadamente, otros expertos estaban trabajando ya en el intento de desarrollar sustitutivos sintéticos para el tiempo. Sólo el mes anterior, el pequeño equipo de investigaciones de la Time Pen Inc., de Ink, Pennsylvania, había anunciado que habían conseguido aislar una molécula nueve veces más lenta que cualquier otra molécula conocida por la ciencia, y que esperaban firmemente poder aislar otras moléculas aún más lentas.

Una ambulancia llegó derrapando al frenar, con otra tras ella. Archibald Smith intentó apartar a Tracey del camino.

—¡Quitad de mí vuestras manos, bellaco! —exclamó Tracey, intentando desenvainar una imaginaria espada.

Los hombres de la ambulancia estaban saltando de sus vehículos, y la policía estaba acordonando toda la zona.

—¡Van a traer de vuelta a la superficie a nuestros valerosos terranautas! —exclamó Clayball.

Apenas se le oía por encima de todo aquel tumulto. Había hombres con máscaras por todas partes, con la esbelta silueta aquí y allá de alguna enfermera también con máscara acompañándoles. Se estaban trayendo provisiones de oxígeno y sopa, se instalaban proyectores un poco por todas partes, enfocándolos a la cuadrada boca del pozo de inspección. Los hombres con monos amarillos penetraban en el pozo, comunicándose entre sí por medio de radios de muñeca. Desaparecieron. Por un momento un silencio respetuoso cayó sobre los edificios y pareció transmitirse a la multitud de fuera.

Pero el momento se transformó en minutos, y el ruido halló su camino de regreso hasta su nivel normal. Otros hombres de rostros hoscos se adelantaron, y los locutores fueron apartados a un lado.

—Es parecer mío que irnos de aquí deberíamos, por el soplo de Dios —susurró débilmente Fifi, aferrándose a sus ropas caseras con una temblorosa mano—. ¡Esto no me gusta nada!

Finalmente, hubo actividad en la boca del pozo. Sudorosos hombres con monos tiraron de cuerdas. El primer terranauta fue extraído a la vista, llevando el característico uniforme negro de los de su clase. Su cabeza colgaba, su mascarilla había sido arrancada, pero estaba luchando valerosamente por mantener la conciencia. Una sonrisa jovial cruzó sus pálidos labios, y agitó una mano a las cámaras. Una estentórea ovación brotó de los espectadores.

Pertenecía a la intrépida raza de hombres que se sumergían en los desconocidos mares del gas temporal bajo la corteza terrestre, arriesgando sus vidas para extraerle a lo desconocido una pizca de conocimiento, empujando cada vez más lejos los límites de la ciencia, anónimos y jamás honrados excepto por las constantes baterías de la publicidad mundial.

El as de los locutores se había abierto camino a codazos por entre la multitud para alcanzar al terranauta, y estaba intentando entrevistarlo, acercando un micrófono a sus labios mientras el torturado rostro del héroe aparecía en primer plano ante los incrédulos ojos de mil millones de espectadores.

—Ahí abajo…, un infierno… Dinosaurios y sus crías —consiguió jadear, antes de ser metido en la primera ambulancia—. Ahí en lo profundo del gas. Manadas de ellos, hambrientos… Unos cientos de metros más abajo y hubiéramos encontrado…, hubiéramos encontrado la creación… del mundo.

No pudieron oír más. Nuevos refuerzos de la policía estaban limpiando el edificio de todas las personas no autorizadas antes de que los otros terranautas fueran devueltos a la superficie, aunque su cápsula terrestre no estaba aún a la vista. Cuando el cordón armado se les acercó, Fifi y Tracey retrocedieron. No podían permanecer más tiempo allí, no podían comprender nada de lo que ocurría. Se dirigieron apresuradamente hacia la puerta, ignorando los gritos de los dos Smith con sus máscaras. Cuando echaron a correr hacia la oscuridad, por encima de sus cabezas se erguía muy alto el gran chorro del geiser temporal, derramando, derramando su destino sobre el mundo.

Durante un momento permanecieron jadeando junto a una cerca próxima. Ocasionalmente uno de ellos balbuceaba como una niñita, o el otro gruñía como un hombre viejo. Mientras tanto, respiraban pesadamente.

Estaba a punto de amanecer cuando reunieron sus fuerzas y siguieron su camino por la carretera en dirección a Rouseville, manteniéndose junto a los campos.

No estaban solos. Los habitantes de la ciudad huían también, abandonando sus hogares que ahora les eran extraños y estaban mucho más allá de su limitada comprensión. Mirándoles bajo sus fruncidas cejas, Tracey se detuvo y arrancó una rama de un árbol cercano para fabricarse un burdo bastón.

Juntos, el hombre y su mujer treparon la ladera de la colina, regresando a las tierras salvajes como la mayor parte del resto de la humanidad, sus pesadas y encorvadas figuras silueteándose contra los primeros resplandores de luz solar en el cielo.

—Ugh glumph hum herm morm glug humk —murmuró la mujer.

Lo cual significa, groseramente traducido del antiguo piedrés: «¿Por qué demonios siempre tiene que ocurrirle esto a la humanidad justo en el momento en que está a punto de volver a civilizarse?»

* * *

Si alguna vez una visión peligrosa se ha enraizado en la vida real, La noche en que todo el tiempo escapó es esa visión. Debo explicar que en la actualidad estoy viviendo en un remoto rincón de Oxfordshire, Inglaterra, donde he comprado una maravillosa casa del siglo XVI, toda de piedra, con vigas de madera y techo de bálago, y en un estado casi ruinoso. Le dije a mi amigo Jim Ballard, el escritor de ciencia ficción:

—Parece alguna extraña forma vegetal que creciera del suelo. Y él replicó:

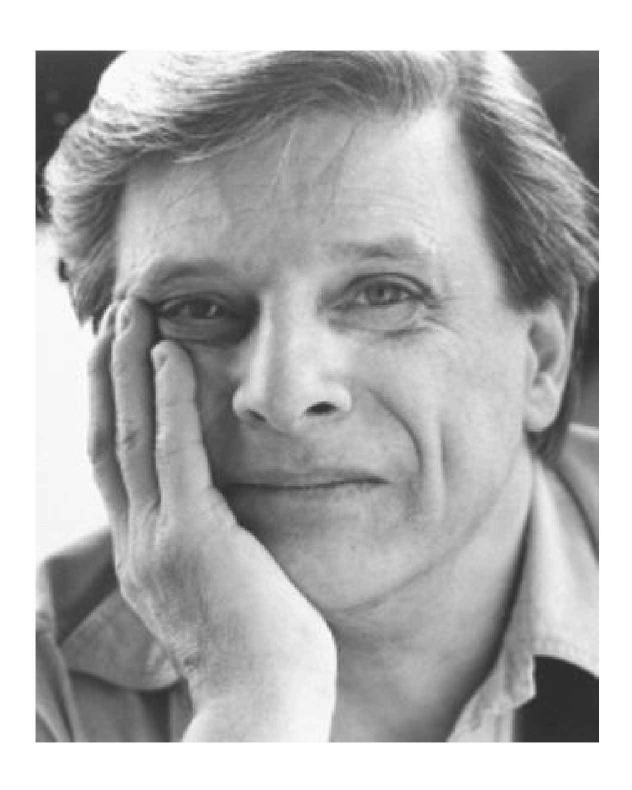
—Sí, y parece como si estuviera volviendo a él de nuevo.

En un esfuerzo por mantener la casa por encima del suelo, mi esposa y yo decidimos conectarla al sistema de desagüe general y rellenar la vieja fosa séptica. Nuestros constructores rodearon inmediatamente el lugar con gigantescos sistemas de drenaje y enormes tuberías. En pleno caos de todo aquello, me pregunté cómo se las arreglarían las generaciones futuras con problemas similares. Acaban de leer ustedes el resultado.

Aproximadamente, ésta debe de ser mi historia número ciento diez publicada. Abandoné el trabajo hace diez años para dedicarme a escribir. Fue una de las mejores ideas que haya tenido nunca. Creo que la historia que he

presentado aquí contiene una de las ideas más excéntricas que se me hayan ocurrido en toda mi vida. (Esperemos que queden aún algunas otras ideas extravagantes en mi cabeza… Odiaría tener que volver a ponerme a trabajar…)

FIN



HARLAN JAY ELLISON, nacido en Cleveland (Ohio, el 27 de mayo de 1934), es un prolífico y destacado escritor de novelas e historias cortas especializado en literatura fantástica, de terror y, sobre todo, de ciencia ficción.

En 1956 comenzó a enviar historias de ciencia ficción a diversas revistas (más de cien relatos cortos y artículos) hasta que al año siguiente lo llamaron para servir dos años en el ejército de los EE. UU. (desde 1957 hasta 1959). Posteriormente, en 1962, se mudó a California y comenzó a tener contacto con el mundo de la televisión, para la que ha escrito numeroso material para series de ciencia ficción como *The Outer Limits*, *The twilight zone*, *Star Trek* (*la serie original*) o *Babylon 5*.

A lo largo de cuarenta años de carrera ha ganado multitud de premios por la gran cantidad de libros que ha escrito o editado, así como por sus historias, ensayos artículos y columnas periodísticas, series de televisión. Entre dichos premios cabe destacar los premios Hugo (el mayor que se concede en literatura de ciencia-ficción), Nébula, Bram Stoker, el premio de la Horror Writers Association, varios Edgar Allan Poe y varios Audie.

Sus cuentos más famosos son *La bestia que gritaba amor en el corazón del universo* (*The beast that shouted love at the heart of the world*), *No tengo boca y*

debo gritar (*I have no mouth and I must scream*) y ¡*Arrepiéntete, Arlequín*!, *dijo el señor Tic-tac* (*Repent*, *Harlequin*! *Said the Ticktockman*).

Su obra ha sido adaptada a otros medios, incluyendo un videojuego basado en *I have no mouth*… en el que su voz aparecía como representación del ordenador.

Cabe destacar que no resulta sencillo realizar una biografía rigurosamente cierta sobre el autor, pues existen multitud de versiones distintas de su vida, totalmente disparatadas algunas, pero muy creíbles otras. Es difícil distinguir los hechos reales de los que no lo son, pues al autor le gusta bromear (en su página web podemos incluso ver una recopilación de biografías ficticias muy imaginativas).